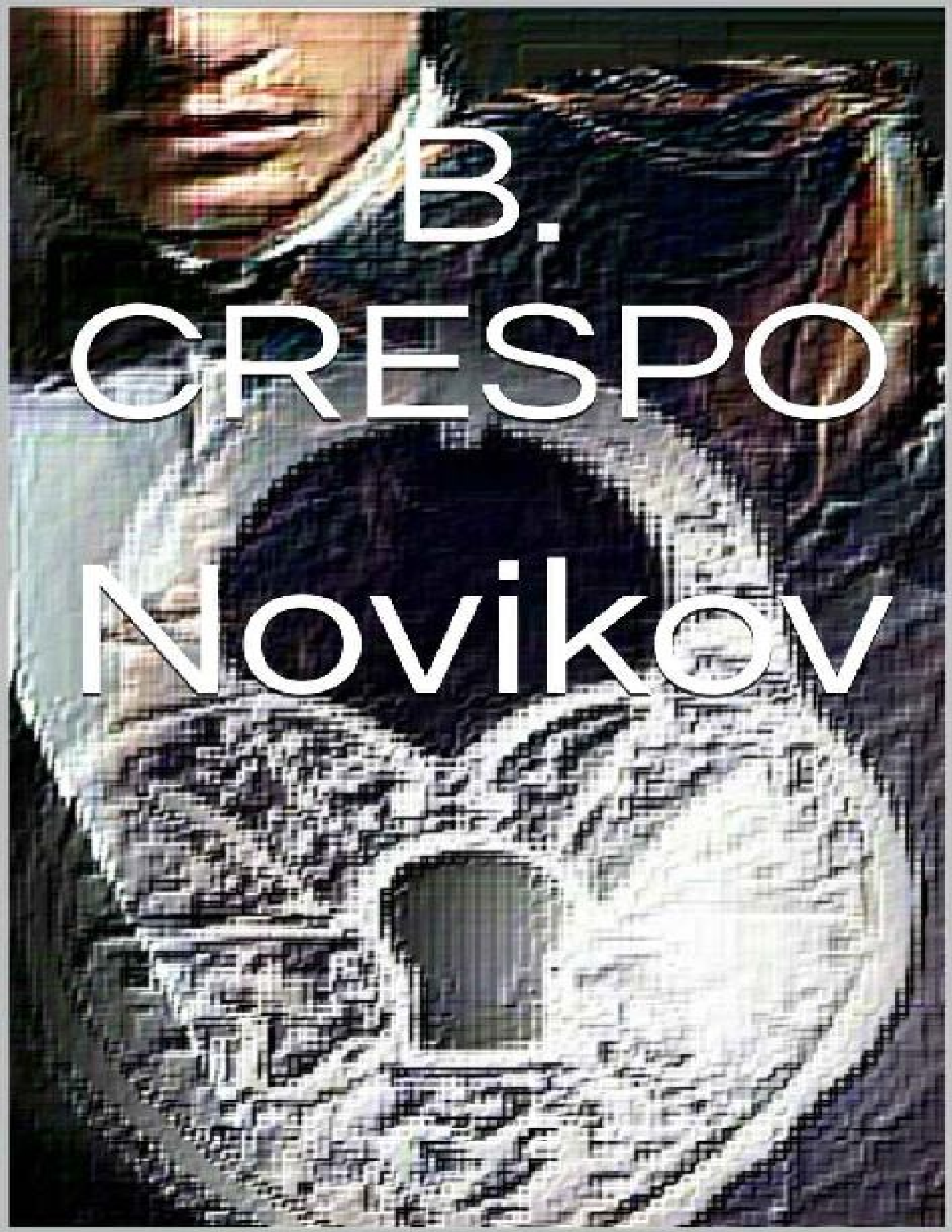




B.
CRESPO
Novikov

NOVIKOV

BÁRBARA CRESPO

WWW.CRESPOBARBARA.WORDPRESS.COM

©Barbara Crespo 2017

CONTENIDO

CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS

SINOPSIS

Cristina llevaba trabajando dos años en la empresa del hermano de su amigo Mijaíl. Su vida era como la de cualquier otra mujer de veintiún años...

Tenía un empleo estable; aunque aborreciera al engreído de ojos grises que tenía por jefe. Ni más, ni menos que el propio dueño.

Tenía dos amigas a cual de ellas más descerebrada; aunque no las cambiaría por nada del mundo.

Tenía un confidente, único y leal; para ella Mijaíl era especial y lo amaba como si fuera su hermano.

Tenía un piso; pequeño, pero al fin y al cabo era lo que podía pagar.

Tenía lo básico. Gente que la quería, que la hacía reír y que si lloraba, también lo hacían con ella. Siempre se dijo que lo importante en la vida era rodearse de buena gente y saber escoger a los buenos amigos. En cambio, ella no estaba conforme, sentía que le faltaba el amor...

Deseaba tanto enamorarse, que encontrar un hombre que la quisiera, se había convertido en su prioridad. Por eso cuando su amiga Claudia le pasó un enlace de una página de Internet, no le vio nada raro, por el contrario, a pesar de tener muchas dudas; creyó que esa era su oportunidad de que el amor llamara a su puerta.

Tal vez, no debió a hacerlo...

Tal vez, habría sido mejor dejar sus manos quietas...

Tal vez, en ocasiones, estar sola es la mejor opción...

CAPÍTULO UNO

Miró el ordenador con muchas dudas. Los nervios se movían libres en su estómago. No estaba segura de rellenar el cuestionario, algo dentro de ella se alteraba cada vez que iba a teclear para empezar. Desvió la mirada de la pantalla y observó como caía la lluvia. ¿Era malo que quisiera un hombre en su vida? Tenía un trabajo estable, buenas amigas y era joven para preocuparse por una banalidad, como lo era pensar en tener un novio con el que formar una familia y aun así la tristeza dirigía su vida.

Mientras veía como el agua chocaba contra el cristal, trató de entender porque todos los hombres que se ponían en su camino, se fijaban en sus amigas y pasaban de ella como si fuera una albóndiga de carne pasada que echaba tufo.

Diez minutos más tarde devolvió su atención a la pantalla. Empezó a leer el cuestionario y a medida que avanzó sus inquietudes aumentaron a la misma velocidad con la que pasaban los segundos. Se llevó las manos a la cabeza. Por unos breves minutos meditó, si merecía la pena hacer caso a su amiga Claudia. Esa tarde le había insistido mucho para que entrara en esa página de citas.

Mucha gente recurría a esos métodos para encontrar a su alma gemela, pero ella era joven. No estaba desesperada, todavía le quedaban muchos años en los que poder encontrar el amor. Igualmente siguió observando una cláusula con la que no estaba muy conforme. ¡Un mes! ¿Cómo iba a convivir con un extraño por un mes? No objetaba nada a salir en plan cita, pero vivir con un hombre, al cual no conocía ni sabía nada sobre su vida, la hizo debatirse por un largo rato consigo misma.

Siguió leyendo y decidió que era hora de buscar el amor. Que a veces había que darle un empujón a las situaciones para lograr lo que se quería.

Se levantó antes de empezar. ¡Café! Necesitaba café para hacer frente a esa hoja que le mostraba el ordenador y se burlaba de ella, como si supiera que aunque lo rellenara, no tendría el valor para mandarlo. ¡Vaya si lo iba a hacer! Le dio un trago a su taza y se puso a ello.

«Le rogamos conteste estas preguntas para poder evaluar qué clase de hombre necesita y con el cual le aseguramos tendrá el cien por cien de compatibilidad con usted».

Se rió y pensó que esa empresa debía de ser una broma.

- Por favor, si en veintiún años no ha llamado el amor a mi puerta y van a decirme unos desconocidos que, ellos tienen a mi media naranja sin siquiera conocerme. — Dijo, mofándose.

« ¿Podría decirnos como se considera?»

- Cómo me considero... ¿En qué aspecto? Porque si hablamos de mi forma de ser... soy muy corriente. Podría decir alegre, cariñosa, simpática... Vale sí, tengo mi carácter, pero lo tengo bien guardado y controlado. Problemas como todos. Pero si hablamos con respecto a como soy con un hombre... ¡Nula! Porque a mi edad todavía no he experimentado esa sensación a la que llaman amor. Mejor pongo lo primero, porque si pongo lo segundo, todos saldrán espantados. — Reflexionó, mientras escribía.

«Describa exactamente cómo es físicamente y adjunte una foto».

- ¿Y para qué contestar, si me pedís una foto? ¡Menuda birria de Web! — Se dijo pero siguió escribiendo. - Pues... Soy pelirroja, rondaré el uno sesenta y cinco... De ojos miel y... ¿Tengo que poner también lo que peso? — Le salió en un grito. - ¿Y ahora que pongo? Si evito subirme a un peso tanto como esquivar la comida. — Se recitó como un recordatorio a aquellos años en los que tuvo que aprender a controlar su apetito.

Cerró los ojos un segundo para desechar esos años en los que tanto había sufrido a manos de una de las personas que debía haberla protegido. Volvió abrir los párpados y se centró de nuevo en su tarea; dejó el peso sin poner.

«¿Cuales son sus preferencias en el dormitorio?

- ¿¿Qué?? — Se quedó mirando la pantalla con los ojos abiertos. - No tengo. —

Se dijo, mientras lo anotó.

Para ella ésa era la contestación más fácil, porque por su mente se le había pasado poner... "cuando lo averigüe te lo diré".

«Acepta dejar que él lleve las riendas».

- ¿Pero que clase de agencia es ésta? Bueno... ¡Y no es una pregunta! — Soltó incrédula.

Luego escribió "acepto", pensando que en su caso era mejor ser guiada que dirigir.

Las siguientes preguntas del cuestionario, las escribió así como ella creía que le podía gustar según las cosas que ponía el formulario y habiéndose hecho una idea informándose por Internet. Cuando llegó a su prototipo de hombre, se centró en lo típico.... Como amable, atento, divertido, cuidadoso, trabajador... Pero se le olvidó lo más importante; que supiera amar.

Se le hizo extraño observar el papel con todas las preguntas contestadas. No dejó de decirse que para ser una página de citas, habían olvidado todas las preguntas normales y de rigor para que dos personas se conocieran; únicamente se interesaban por el físico y los gustos con respecto a la intimidad.

Volvió a dudar antes de por fin, apretar el icono que ponía "enviar" con el ratón del ordenador y eso se debió a que no sabía que encima tenía que pagar un dineral para encontrar el amor. Después se alejó del aparato que, la había tenido tres horas sentada frente a la pantalla y se acostó.

- ¡Joder! — Murmuró por lo bajo al salir del elevador.

Había sido una suerte poder mantener el equilibrio a la velocidad que iba; su zapato se había torcido en el momento que ponía el pie fuera del ascensor. ¡Solo le faltaba eso! Suspiró de alivio, recobró la compostura y se dirigió hacia el recibidor.

Llegaba media hora tarde, su jefe se la iba a comer. Con lo exigente que era ese hombre, era muy difícil, por no decir imposible, escaparse del rapapolvo que le

iba a caer. ¡Qué bien empezaba el día!

Se sentó y encendió el ordenador. Mientras se iba encendiendo, dejó sus cosas debajo del mostrador. No creía que su jefe se hubiera dado cuenta de su pequeño retraso. Sabía que muy temprano él tenía una reunión. Contaba con eso a su favor y rezaba porque no se hubiera cancelado en el último momento. Con la suerte que ella tenía, todo podía pasar y si la había pillado, a saber que le iba a decir. Estaba claro que no podía decirle que la noche anterior recibió un mensaje de la agencia que había contactado dos semanas atrás y que tenía que estar a las ocho y media esperando porque un muchacho debía aparecer con un paquete para ella.

Dejó de darle vueltas a algo que no tenía remedio. De momento parecía que podía relajarse. Verificó que el ordenador estaba encendido y se cruzó de piernas. La debilidad hizo que girara un segundo la mirada hacia su bolso; dentro estaba el paquete... Un sobre marrón de la misma estatura que un folio. No era difícil adivinar que se trataba de algún convenio que tenía que firmar y eso que todavía no había tenido tiempo para abrirlo. Tampoco lo había tenido para dejarlo en su casa. Se había pasado desde las ocho y cuarto de la mañana parada en un costado del portal esperando el susodicho paquete. Y cuando lo tuvo entre sus manos, salió a la carrera para poder llegar cuanto antes a la empresa y que su jefe no la despidiera.

No es como que tuviera motivos para llegar a ese fin. Llevaba dos años trabajando para él. Procuraba tenerlo todo a su gusto y siempre llegar antes de su horario y salía de las últimas personas en la oficina. Incluso siendo la mejor de las secretarías, sabía que no se salvaría de la ira del señor Novikov como la hubiera descubierto.

- ¿Cristina?

¡Mierda y mierda!

Levantó la cabeza a la vez que tragaba con dificultad. Se puso de pie y ocultó lo mejor que pudo sus nervios. Dmitriy Novikov estaba parado de brazos cruzados, con una mirada de reproche, esperando que contestara la pregunta que implicaba su nombre.

- Lo siento. — Le salió en un hilo de voz.

Llevaba dos años junto a él, cumpliendo todas sus ordenes y ni el haberse acostumbrado a su actitud, ni el tiempo, habían logrado que dejara de sentirse atemorizada a su alrededor. Ella creía que todo el mundo tenía un corazón, pero con el señor Novikov, estaba a punto de rendirse; o no lo tenía o lo tenía y era puro hielo.

Arqueó una ceja impacientado. Esa jodida mañana su café solo y sin azúcar no estaba en el lugar de todos los días; su mesa. Cristina sabía que su café diario no podía faltar, se ponía de muy mal humor. No en sí por el café, más bien por la falta de haber ordenado una cosa y que sus empleados se lo saltaran a la torera. Tenía curiosidad por averiguar cual había sido el motivo. En el tiempo que ella llevaba trabajando para él, nunca hasta hoy había cometido una falta.

"Bueno, por hoy pase", pensó. Bajó los brazos a sus costados y se acercó hasta el mostrador. Aunque había decidido dejarlo pasar, esperó su respuesta. Tenía la advertencia en la punta de la lengua y quería escuchar su excusa, antes de dejarla caer. Podía darle las gracias. La próxima vez... La pondría de patitas en la calle.

No había creado un imperio a sus veintinueve años, a causa de ser comprensivo y piadoso. Cuando su padre decidió retirarse, él fue el único que quiso meterse a dirigir aquella empresa. Todo lo que tenía lo había logrado a base de ser implacable, severo y firme. Algo que no iba a dejar de ser. Lo que decía se cumplía y si ordenaba lo quería hecho con la mayor brevedad posible.

- ¿Se puede saber por qué lo primero de mi lista diaria no ha sido cumplido? — Dijo con dureza mirándola a los ojos.

Apartó la mirada nerviosa, sus ojos grisáceos no dejaban los suyos. Debería estar acostumbrada, él siempre que hablaba procuraba mantener contacto visual con su interlocutor; fuera hombre o mujer. Ella personalmente, no aguantaba esos ojos profundos y fríos sobre los suyos. Sentía que quería ver su alma, averiguar lo que había en su interior y eso la intimidaba. Por eso contestó sin poder mantener contacto visual con él...

- Yo... Lo siento... No volverá a pasar.

A punto estuvo de perder la paciencia. Esa pelirroja, como solía llamarla despectivamente en las conversaciones que mantenía con su hermano, sacaba lo peor de él.

No toleraba que estuviera hablando con ella y no fuera capaz de mirarle a la cara. Le molestó. Si antes ya estaba enfadado, ahora se estaba cabreando. Su actitud de niña miedosa que no es capaz de mostrar el respeto correspondiente cuando se dirigía a él, le daban ganas de cogerla por la barbilla y tenerla mirándole durante horas, para que de una vez aprendiera que no le gustaba que le hablara mientras adoraba el suelo.

- Eso espero. Porque si vuelve a suceder, puede pisar mi edificio únicamente para recoger sus pertenencias. ¿Lo ha entendido? — Se quedó muda. - Señorita Harris, ya debería saber que, si hago una pregunta quiero que sea contestada. — Insistió descontento con ella.

- Lo he entendido. — Se arrancó las palabras de la garganta para evitar ser despedida en el acto.

- Quiero los balances y encuestas que esperan los chinos en diez minutos en mi mesa. — Dijo dándose la vuelta sin esperar su contestación.

Vio como se dirigía a su oficina y se quedó pasmada viendo la soltura con la que caminaba hacia ella. Segundos después, lo perdió de vista y dejó de contener el aire. Se apresuró a salir de su habitual zona y casi corrió al piso de abajo. Unos minutos más tarde, tocaba a la puerta de David.

- Pase.

- Siento no haber avisado, pero ya conoces a Don perfección. — Le dijo bromeando.

David era el gerente de marketing de la empresa Novikov y tenía el mejor grupo de personas para llevar a cabo su trabajo. Se había encargado de buscar a los mejores y así debía de ser, si en el último año la empresa había crecido y aumentado el número de beneficio. Ella de cuentas sabía bien poco, la verdad,

los números y ella no se llevaban bien. Ella era buena para atender llamadas, programar agendas, atender recados, cumplir ordenes, pero para lo demás su cabeza no daba. Ella para ser publicista no servía y si se presentó a aquella entrevista hace dos años, fue por el hermano del jefe y estaba segura de que lo consiguió por enchufe y por el mismo motivo lo seguía conservando.

- ¿Qué quiere ahora?

David se echó hacia atrás en su silla.

- La propuesta de los chinos.

Resopló con fuerza. Ese impaciente, el día menos pensado iba a lograr que subiera y le diera un puñetazo. No lo había hecho todavía y no porque no quisiera, al contrario, deseaba desde hace tiempo hacerle bajar el temperamento gruñón. Cada día estaba peor. Lo conocía y sabía que lo que necesitaba, no era otra cosa que un buen polvo que lo dejara sin energías.

Abrió el segundo cajón de su mesa de roble y extrajo el balance de la prueba que habían llevado a término. No había tenido mucho tiempo, pero para las pocas semanas que había durado la prueba, parecía que ese pequeño artilugio que se adhería a la muñeca, estaba causando revuelo y los hombres en las redes, no dejaban de preguntar; cuando lo podrían obtener.

David sonrió mientras dejaba en la mesa la carpeta que, enseguida cogió.

- Aprovecha, hoy estará contento. Esos chinos son unos cracks.

Le guiñó el ojo, antes de que se girara para dirigirse a la puerta.

No se demoró e hizo el camino de vuelta. No se le ocurrió en ningún momento fisgonear la carpeta, poco le importaba los artilugios raros que creaban. Solamente quería hacer bien su trabajo y conservarlo. Por eso lo llevó pegado al pecho hasta que llegó arriba, tocó a la puerta de su jefe y esperó hasta que obtuvo un "adelante" en un gruñido. Esperaba que David tuviera razón y esa carpeta con el nuevo producto, hiciera que a su jefe se le suavizara el carácter.

Dmitriy cogió la carpeta con prisas y revisó las estadísticas. Una sonrisa se fue

abriendo paso en sus labios...

- Sí, mis queridos amigos van a estar encantados con nosotros. — Alzó la vista y la vio, se había olvidado de la pelirroja. - ¿Eres un trofeo?

- ¿Qué? — Habló contrariada.

Estaba esperando que le diera permiso para irse. Otras veces se había marchado sin su permiso y él había deleitado a sus oídos con una voz y un "¿te he dicho que puedes irte?"

- Que si no lo eres, cojas y me traigas el puñetero café que aún estoy esperando, porque no tengo ganas de estar observando cuan incompetente eres.

Cerró los labios con fuerza, le costó un mundo, pero lo logró. En ese momento temía que su lengua se soltara y le dijera a ese imbécil "que lo aguantara su madre" y "metiera el trabajo por donde le cogiera".

Se mordió con fuerza el carrillo y recordó que ese hombre que seguía mirándola era su jefe. No podía permitirse perder el trabajo. Por muchas ganas que tuviera por matarlo. Salió sin siquiera darle una mirada, ese capullo la había puesto de mal humor.

Se sentó frente al ordenador y pagó su furia con el aparato tecnológico. Con movimientos rápidos y algo bruscos, empezó a mirar la agenda del idiota; tenía dos reuniones y una de ellas poca gracia le iba a hacer. Poco más tarde volvió a la oficina con el café, lo dejó frente a su jefe en la mesa de diseño y sin abrir la boca regresó a su puesto.

- Buenos días le atiende la secretaria del señor Novikov, ¿en qué puedo ayudarle?

- Soy Susana, ¿me podría comunicar con él?

- Déjeme que compruebe si está. — Contestó pensando, "sí, claro, lo hago y me quedo sin trabajo".

Hizo el paripé, dejó el auricular a un lado y por varios minutos se miró las uñas.

Ese era su verdadero cometido. No estaba bien, lo sabía, pero su trabajo consistía en no dejar que ninguna mujer se contactara con él, a no ser claro que él la hubiera avisado de la llamada que expresamente quería recibir. Al principio, sintió mucha lástima por todas esas mujeres que se pasaban todo el día llamando. Eran tantas que no daba a basto para contarlas, al final dejó de intentarlo y se ciñó en su cometido. Era eso o que se buscara a otra que pudiera hacer una cosa tan sencilla cómo darle largas a las mujeres desesperadas que llamaban.

- Lo siento, pruebe más tarde, ahora se encuentra en una reunión. — Y cortó la llamada.

Miserable. Así se sentía cada vez que terminaba una llamada. ¿Cómo podía ese hombre tratarlas de esa manera? ¿No tenía consciencia? Era increíble que se acostara con ellas y luego pusiera a gente a cargo para deshacerse de esas pobres mujeres.

Se posicionó de nuevo frente al ordenador y anotó la programación del día siguiente. Casi siempre era igual, por mucho que el memo ese dijera que trabajaba, se pasaba la mañana encerrado en su oficina, recibía a dos o tres personas por la mañana y el tiempo restante, se lo pasaba divirtiéndose a su costa; la tenía de recadera para entretenerse.

Desvió la mirada y se topó con el bolso. Debatió por unos largos minutos con su propia cabeza y terminó tirando de él hasta ponerlo en su regazo. Sacó el sobre con prisa. Levantó la cabeza para asegurarse que no la iba a pillar con las manos en la masa y lo abrió. No tenía que preocuparse de nadie más, en esa planta, ellos dos siempre estaban solos.

No se sorprendió al ver un montón de folios juntos y ordenados. Apartó el bolso y en su lugar dejó reposar lo que parecía un contrato. Los revisó por encima; nada del otro mundo, simplemente era un contrato como que se comprometía a cumplir todo el mes sin derecho a poder romper el trato hasta pasado ese tiempo.

¡Genial! ¿Y ahora qué? Tal vez... Debía retractarse. De nuevo los nervios la atacaban. ¿Tan difícil era? Solamente tenía que coger y hacer un rayajo. Todo el mundo hacía alguna locura en su vida, nadie la culparía, ni señalaría si no salían las cosas bien. ¿Entonces por qué sentía que no debía hacerlo?

Cerró los ojos y los volvió a abrir. "Era ahora o nunca". Se infundió valor, cogió el primer bolígrafo que tenía a mano y firmó. Después se levantó de su mesa y decidió aprovechar que tenía que ir por la comida de su jefe gruñón, para acercarse a la dirección que adjuntaba el sobre y allí se lo entregó a la mujer que había en el mostrador. No pudo abrir la boca. Se sintió avergonzada y simplemente se lo dio.

- Ya está hecho. — Le confesó a su amiga regresando a la oficina.

Había creído conveniente hacerla conocedora, ya que ella había sido la que le dio el coñazo para que por una vez hiciera algo sin medir las consecuencias.

- ¡Jamás creí que lo harías! — Dijo eufórica Claudia.

- Lo he hecho... Y ahora me arrepiento. — Informó. - Como me manden un loco...

- No seas tonta. Verás como te diviertes.

- No estoy muy convencida... — Bajó la voz. - Tengo que dejarte. — Colgó apresurada.

Se acercó a pasos pausados hasta el hombre que esperaba en los sillones. Posó la mano en su espalda y este al sentirla se puso en pie y la abrazó. Correspondió su gesto y al alejarse le dedicó la sonrisa más hermosa que tenía.

Le apreciaba. Mijaíl Novikov no se parecía en nada a su hermano. Puede que en apariencia si fueran similares; tenían los mismos ojos, la misma sonrisa, la misma complexión física, pero todo lo rudo y antipático que tenía Dmitriy, lo tenía de cariñoso y delicado Mijaíl. Otra diferencia enorme que existía entre ellos... Mijaíl era tan rubio que su cabello se asemejaba al oro. Dmitriy era moreno, un pelo tan negro como la misma noche. A Veces pensaba que esos detalles iban acorde con su personalidad.

Le tenía un enorme cariño. Siempre se reía con él, disfrutaba de su compañía. Era un buen amigo. Cuando lo conoció tres años atrás, él recién empezaba a salir con la que era en día su esposa. No la conocía, pero sabía que, Mijaíl estaba

perdidamente enamorado de ella. Muchas veces se decía que, si él no hubiera estado saliendo con aquella chica, ellos hubieran sido la pareja perfecta.

Él sabía más de su vida dejada atrás que sus propias amigas. Todavía recordaba su cara cuando le contó sus problemas. Como se indignó, cuando se enteró de lo mal que lo estaba pasando, gracias a su amado padre que se había estado encargando de matar sus sueños y obligando a seguir sus ordenes, preparándola para una vida que no estaba dispuesta aceptar. Y eso que no hacía ni un mes que se conocían.

- Has llegado pronto. — Dijo desechando los recuerdos.

- Hemos quedado para comer.

- Lo sé.

- Quiso cancelarlo.

- También, lo sé. — Le dedicó una sonrisa pequeña. - ¿Con qué le has sobornado esta vez?

- Ja, ja, ja. Es un secreto. — Le dijo haciendo un gesto de silencio con el dedo.

Sonrió. Estaba segura que venía a darle por saco a su hermano. Siempre que aparecía, el carácter de Dmitriy empeoraba. Él le regaló una sonrisa abierta, no había un solo diente que no se viera. Depositó un beso en su mejilla, le arrebató la bolsa de comida tailandesa y se alejó de ella.

No se molestó en tocar a la puerta, ni siquiera esperó que Cristina le anunciara. Si a su hermano le molestaba, le importaba bien poco, estaba seguro que lo que tenía por decir, le quitaría esa cara agria... O no.

- ¿De qué ánimos te encuentras?

- Vete a la mierda. — Espetó, viendo como tomaba asiento.

- Ya la tengo. Me han llamado hace diez minutos. Luego te traeré el convenio. —

Sonrió con picardía, extrayendo la comida de las bolsas.

- ¿Qué tienes?

No le gustaban las sorpresas y se lo hizo notar con su voz áspera. Su hermano sonrió más ampliamente y sacó un pequeño sobre que tenía guardado en el bolsillo. Estiró la mano y se hizo con él. Lo abrió con cuidado y una foto cayó en sus manos al volcarlo. Sus ojos se desencajaron. El desgraciado se la había vuelto a jugar.

CAPÍTULO DOS

- ¡Cabrón, hijo de puta!

Pegó un salto de la silla. Su corazón se disparó y temió sufrir un infarto. ¿Qué ocurría? El grito que acababa de oír, no podía ser el de un hombre. Que va, eso tenía que ser un oso o el mismo puto más cabreado que nunca. Con precaución se asomó por la puerta y pudo ver muy confundida, como Mijaíl se carcajeaba de su hermano.

- ¡No tiene gracia!

- Porque no estás siendo objetivo. — Aclaró recobrando la compostura.

- Me estás puteando.

- Te estoy haciendo un favor...

- Y una mierda. — Cortó duramente. - Busca a otro.

- ¿Temes no estar a la altura?

Observó como Dmitriy lo atravesó con los ojos. Ella se habría hecho chiquitita, si fuera la recibidora de esa mirada helada. En cambio, pudo ver como Mijaíl lo miraba desafiante. Nunca había sido una entrometida, pero no podía dejar de mirarlos. Luego se dijo que, no era su culpa que dejaran la puerta abierta.

- Lárgate antes de que olvide que eres mi hermano...

- ¿Tu respuesta?

- La sabes. Te arrepentirás, te lo aseguro. — Sentenció, sentándose de nuevo en su escritorio.

Esperó hasta que el reloj marcó las dos y media, ni uno más, ni uno menos. Recogió su bolso, apagó el ordenador y se apresuró a salir de allí. Los dos hermanos seguían en la oficina, no los entendía, en un momento estaban bien y al otro parecía que iban a matarse. Desde que los conocía, su actitud había sido la misma. Dmitriy nunca estaba dispuesto a recibirlo, pero Mijaíl siempre se salía con la suya y su hermano le atendía. En el fondo, ella sabía que, Dmitriy quería a su hermano y por eso siempre cedía.

Era muy observadora. Dmitriy adoraba a su hermano, eso lo podía afirmar. En alguna ocasión había percibido como sus labios ocultaban una sonrisa. Eran excepciones contadas, pero había visto como le divertía su actitud desenfrenada, despreocupada e incluso se arriesgaría a decir que envidiaba poder ser igual de irresponsable que él.

Era extraño. Ese hombre vivía enterrado en fajos de billetes y nunca le había visto tomar unas vacaciones, irse de viaje o quedarse en casa simplemente porque le apetecía. Muy raro... Raro... Raro...

- ¡Cristina!

La detuvo la voz de Dmitriy, cuando abría la puerta del coche.

- ¿Sí? — Se giró para ver su rostro.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo alto que era. Su cabeza como

mucho le llegaría a la barbilla y eso contando con que llevara zapatos. De otra forma lo más seguro es que se sintiera una enana a su lado.

Él simplemente la observaba. Que la mirara como si fuera alguna cosa que tenía que descifrar, la empezó a poner incómoda. Debía haberse percatado de su ausencia por las cámaras. Todo el edificio estaba lleno de ellas y estaba segura que cada una de ellas las controlaba con esa pantalla gigante que tenía colgada en la pared; según él, para las conferencias vía Internet, según ella... "una mierda pinchada en un palo".

Nadie mejor que ella sabía lo que era que alguien quisiera tenerlo todo bajo control. Por eso no la engañaba, podía ponerse las máscaras que le diera la gana, poner mil excusas creíbles y aun de esa manera, ella seguiría viendo un hombre que tiene que tener hasta el control de una hormiga caminando a su alrededor.

- ¿Novikov? Tengo prisa... He quedado con una amiga. — Mintió.

Sonrió y sin dar explicaciones le quitó las llaves de las manos, tampoco es que ella pusiera mucha resistencia; estaba muy entretenida intentando entender qué hacía, además de ignorar la corriente que sintió cuando sus dedos rozaron la piel de su palma. Descolocada por su actitud observó como cerraba la puerta del coche y se guardaba las llaves en el bolsillo del pantalón. Luego tomó su mano con firmeza y la llevó hasta donde su chófer esperaba. Se quedó petrificada ante la puerta abierta del coche negro realmente lujoso. No podía moverse.

¡La estaba secuestrando!

Cuando reaccionó y fue a salir corriendo, Dmitriy ya la había cogido por la cintura y adentrado en el auto. No entendía nada, estaba sentada en un coche que no era el suyo, con su jefe y a saber donde la llevaba.

- ¿Qué hace?

- Ir a casa.

¡A casa! ¿Y ella que había perdido en su casa? Se contuvo como pudo, respiró con tranquilidad y volvió a fijar su mirada en esos ojos grises que no dejaban de

verla con diversión. ¿Perdería su trabajo si dejaba al jefe lisiado?

- Señor... Si he hecho algo que no...

- Todo está bien, Cristina.

- No, no lo está. ¡Me ha secuestrado! — Perdió los papeles y alzó la voz.

- No la he secuestrado. — Zanjó la conversación. - Y no vuelva a gritar. — La amonestó.

En quince minutos llegaron a Webster Avenue Lincoln Park. El coche se detuvo. Sus nervios eran un incordio. Le presionaban la boca del estómago y hacían que su cuerpo temblara descontrolado. Quería evitarlo, pero su jefe no le había quitado el ojo de encima en todo el trayecto. No sabía lo que estaba pensando y eso la molestaba.

Se colocó las mangas sin dejar de mirarla. No podía dejar de observar como el pecho de la pelirroja subía y bajaba profundamente por la acción que había tenido. Quizás, debía haberle explicado porque estaba en su coche. Tal vez haberla llevado a tomar un café antes de arrastrarla a su casa. Moviò la cabeza y deshecho ese pensamiento absurdo. Ese gesto lo único que lograría es que la pelirroja le viera como no quería que nadie le viera; humano.

Él era de todo menos eso. La prueba estaba en que no le importaba lo que le sucediera a los demás, su corazón no le permitía que afianzara lazos con nadie que no fuera de su propia familia. Era orgulloso y no conocía lo que era la compasión. Subió su mirada y se encontró con sus ojos llenos de angustia. Sopló el aire de sus pulmones hacia afuera con fastidio. Le temía. Esa menuda mujer pelirroja, parecía que en cualquier minuto se iba a desmayar ante sus narices.

Con un movimiento ágil abrió la puerta. Colocó su chaqueta perfectamente. Luego estiró el brazo y aguardó a que su secretaria tomara su mano. No la tomó, se hizo más pequeña en el asiento y clavó sus uñas en el cuero negro.

¡No podía creerlo! ¿Qué pensaba que para meter a una mujer en la cama, tenía que retenerla a la fuerza? Su paciencia menguó. Entrecerró los ojos en su dirección. Se internó de nuevo en el auto con un único pensamiento; "vas a salir

aunque para ello tenga que cargarte como a un puto saco de patatas".

- ¡Socorro! — Chilló, agarrándose a la puerta del coche.

El chofer de Dmitriy no pudo más y aun cuando se había tapado la boca, la risa retumbó sin control.

- ¡Callaros los dos ahora! — Graznó, perdiendo el poco control que le quedaba.

Terminó de despegar los dedos de la pelirroja y la dejó en sus propios pies a su lado. Vio su pensamiento. Antes de que ella lo ejecutara, con un movimiento lento de cabeza puso sus ojos en los de ella y la dejó clavada en el sitio sin tocarla. Su mirada lo decía todo; si te mueves, hablas o gritas, te amordazo y haber quien me lo impide.

- Paolo, avísame cuando llegue Mijaíl. No tardará mucho.

- Sí, señor.

- Y tú... Mueve esas piernas y sígueme sin rechistar.

- Me quiero ir.

Ignoró la orden que le había dado y se cruzó de brazos haciendo que su pecho se incrementara.

- Ese también es mi deseo, pero desear es una cosa que no va unida con poder. Vamos.

Se resignó y siguió los pasos de Dmitriy. Lo hacía porque sabía que él no la dejaría irse y en parte porque la curiosidad de entender porque actuaba de esa manera, la tenía en vilo. El día había transcurrido como de costumbre. El único inconveniente que había tenido fue el que ella misma ocasionó al llegar tarde, pero por lo demás nada había sucedido para provocar la actitud que su jefe estaba tomando.

Tan distraída iba con los ojos puestos en el suelo que, no se percató de cuando

Dmiriy se había detenido y colisionó contra su espalda.

- ¡Mierda, para que tienes dos ojos!

La sostuvo por la cintura escasos segundos antes de que aterrizara de espaldas al suelo.

Una vez la estabilizó, no la soltó hasta haberla sentado en el sofá. De esa manera se aseguraba de que se estuviera quieta y con suerte que se tranquilizara, dejara de temblar y recobrara la compostura de mujer hecha y derecha que desde hace rato la había visto perder para dejar paso al comportamiento de una niña aterrorizada a la que su padre está golpeando sin parar. Se estremeció. Ese pensamiento no le gustaba nada.

Se alejó de ella. Necesitaba distraerse y sabía lo que en esos momentos quería. Se acercó a la cocina sin perder de vista a la pelirroja en ningún momento. No se fiaba de ella, era capaz de en cuanto se diera la vuelta salir corriendo, tampoco es que fuera a lograr salir; tenía a Paolo fuera y primero tendría que lograr quitar el seguro a la puerta. Se rió, sería muy bueno ver la cara que pondría, al darse cuenta que la tenía encerrada. Si antes pensaba que la había secuestrado, no quería saber lo que pasaría en ese momento por su cabeza. "Seguro y piensa que voy a matarla", se mofó.

Echó el whisky en el vaso con hielo que había dejado encima de la encimera y le dio un trago largo sin apartar los ojos de la pelirroja. Volvió junto a ella y tomó asiento en el sillón blanco. Esperó unos segundos a que ella se dignara a mirarle a la cara, pero estaba demasiado sorprendida para prestar atención a su persona y darse cuenta que estaba a su costado.

Su boca se acababa de abrir al máximo, no podía apartar la mirada del lugar. Había visto poco, pero el salón y la cocina fueron suficiente para dejarla maravillada. Miró fijamente la chimenea. Ni siquiera se había dado cuenta hasta ese momento que la casa era nueva. Debía llevar poco tiempo construída y no podía evitar desear tener una exactamente igual en un futuro. Los muebles eran de la mejor calidad, hasta una tonta se habría percatado de ello simplemente dando un repaso al mobiliario. Ella lo había descubierto en cuanto Dmitriy la había guiado sin preguntar si quería sentarse y su culo tocó el sofá. La luz de fuera entraba abundantemente haciendo la estancia muy luminosa y el suelo era

una exquisitez, la encandiló el tono marrón claro.

Giró la cabeza y ya no pudo contenerse. Sin permiso se puso de pie y se dirigió a la cocina que conectaba con el salón. Sabía que Dmitriy no dejaba de seguir sus movimientos. Se detuvo junto a la piedra de en medio de la cocina y pasó la mano por ella. De repente todo el miedo que sentía, se evaporó, sustituido por la curiosidad de recorrer cada rincón de aquella hermosa vivienda. Como había previsto, los electrodomésticos no podían ser corrientes, toda cocina buena, merecía los mejores complementos. Regresó al salón y una puerta llamó su interés. No dudó y la abrió. Le importó muy poco si aquel loco se enfadaba. Si él tenía derecho para secuestrarla, ella podía hacer lo que quisiera en su casa. Y así lo hizo, se internó en lo que era un cuarto de baño.

¡Dios bendito! Se acababa de enamorar del cuarto de baño. Lo primero que escaneó minuciosamente, fue el enorme cristal que le devolvía el reflejo. Luego movió su vista hacia abajo y miró de punta a punta el mueble del lavamanos. Bueno, dos, porque ese espacio era como entrar a un aseo en un restaurante, con la diferencia que este, disponía de una ducha enorme que estaba segura llevaba hidromasaje incorporado.

Dio un paso atrás, tanto lujo la estaba aturdiendo. No era una mojigata, era de esperar que un hombre poderoso, como lo era Dmitriy, tuviera lo mejor, pero ella hacía mucho que dejó de sentirse bien rodeada de tanto dinero y lo que tenía delante, aunque le gustaba, era como recibir una patada en la boca del estómago. Le recordó todo lo que ella había dejado tiempo atrás.

- ¿Quieres seguir el recorrido? No te cortes... Estás en tu casa. — Dijo burlón.

- Gracias. Ya he visto suficiente. — Ocultó lo incómoda que la ponía su cercanía.

Dmitriy se apartó, pasó por su lado y al pasar su cuerpo rozó el de él. Por inercia se quedó muy quieta. Sintió como una mano se posaba en su barbilla y alzaba su rostro. Mordió su labio intentando que esos ojos no se apoderaran de sus sentidos. La forma en la que la miraba, le hacía desear averiguar que más sabía hacer, además de ser un fenómeno consiguiendo que una mujer olvidara con que clase de hombre estaba tratando.

- Deberías dejar de mirarme así. — Advirtió.

- ¿Así? ¿Cómo?

- Como una mujer que desea ser poseída.

- ¡Qué dice! — Se echó a reír. - ¿De verdad cree que usted me podría interesar? — Volvió a soltar una risotada. - Novikov, no sea tan arrogante. Que me intimide es una cosa y que me interese un hombre como usted es... Imposible, increíble...

- Tenga cuidado señorita Harris. No es la primera que dice no cuando lo que quiere es decir sí.

- Claro, claro. Enamorarse de usted es el sueño de toda mujer. — Soltó despectivamente.

Se dirigió al sofá y se sentó.

- ¿Y quién le ha dicho a usted que yo hablo de amor? — Arqueó una ceja en su dirección.

No dispuesta a seguir con esa conversación sin sentido, cerró los labios con fuerza y le ignoró. El silencio se hizo eterno. Seguía esperando una explicación y él no estaba muy colaborador para dársela. De repente la música de un móvil retumbó. Dmitriy introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta, lo extrajo y poniéndolo a unos metros de sus ojos, comprobó quien era.

No había podido evitar seguir cada movimiento que hacía y sus ojos no habían tenido otro lugar en el que fijarse que en el hoyuelo que se le había formado cerca del labio cuando estaba cortando la llamada que ni siquiera se dignó a contestar y que le había llevado a esconder una sonrisa que estaba floreciendo en sus labios. En dos años, en ninguna ocasión ella pudo ser testigo de ver una sonrisa en el hombre que tenía sentado al lado y por eso ese pequeño gesto inconsciente, la dejó con las ganas de saber como sería ver en sus labios una sonrisa.

- ¿Qué? — Siseó Dmitriy consternado por la manera tan descarada con la que la

pelirroja le observaba.

Se levantó como si el sofá de cuero blanco le hubiera asestado un corrientazo sin esperar la respuesta de su secretaria. Quería tenerla lejos. Esa mujer minaba su paciencia con su torpeza, nerviosismo y tartamudeo. Metió la llave en la ranura y se apuró en abrir; su hermano con esa sonrisa picara pintada en el rostro, esperaba apoyado en el cristal que mostraba la biblioteca.

"Una pena que la pelirroja no quisiera seguir investigando el lugar", pensó mientras tiraba de su hermano hasta el salón; si se hubiera entretenido un poco más en el baño... Habría hallado que la ducha quedaba en medio del cuarto y el lugar tenía dos salidas. Estaba seguro que se hubiera caído de culo, viendo el dormitorio blanco, con el techo cristalizado para ver desde la cama las estrellas y la biblioteca a la que se accedía por ese mismo cuarto con otra puerta a la derecha; ese era su rincón favorito.

- ¡Mijaíl!

Se echó a sus brazos desesperada.

- Cristina, calma que me ahogas. — Le dijo jugando.

- ¡Este loco me ha secuestrado! Por favor, ayúdame.

- Ja, ja, ja.

Giró la cabeza sin poder creer que el corazón de hielo estuviera riendo a carcajadas limpias.

- No me tendrás tanto miedo... Si tienes un teléfono y no lo has utilizado.

- ¡Por qué lo he olvidado! — Le encaró.

- ¿Y de verdad crees que él es tu salvador? — Le señaló a su hermano. - Para que lo sepas, estás en un enorme error. — Hizo un círculo en el aire conforme decía las palabras. - Es tu verdugo. — Sonrió.

Por primera vez se quedó descolocada sin poder dejar de mirar esa media sonrisa. Sabía que no era de corazón y que tampoco iba dedicada a ella, pero poco le importó, porque aunque era una sonrisa guasona para burlarse de ella; le pareció la más hermosa del mundo y pensó qué, cuando sonreía su belleza se acentuaba.

- Siéntate. — Pidió Mijaíl con una voz tan suave que habría sido capaz de encandilar hasta la serpiente más rabiosa.

No dijo nada y tomó asiento. Se llevó la mano a la cabeza y se peinó el cabello con los dedos. Necesitaba serenarse, la cabeza le daba tantas vueltas que empezaba a sentir un leve dolor. Hizo un par de respiraciones mientras cerraba los ojos. Poco a poco los nervios fueron abandonando su cuerpo.

Mijaíl estaba allí, él no dejaría que le pasara nada. Ya en una ocasión tiempo atrás la defendió. Fue al principio de llegar allí. Había pasado tanto tiempo que casi no lo recordaba, pero podía confiar en él. Con él estaba segura, no importaba que el troglodita que la miraba con frialdad fuera su hermano. Si se diera el caso, aunque fueran sangre, la seguiría protegiendo.

Un poco más tranquila, regresó sus ojos a los dos hombres que discutían animadamente frente a ella. Se encogió de hombros. No se enteraba de nada. Por lo menos, podía agradecer que el dolor de cabeza se había pasado.

- No puedo creerlo, Dmitriy. Pensé que se lo dirías, no que la raptarías. — Recriminó.

- Es mía y hago las cosas a mi manera.

Eso llamó mucho su atención. Siguió mirando de uno a otro sin abrir la boca. Pensaba que se habían olvidado que seguía allí sentada. Discutían entre ellos y se estaba cansando. Ninguno parecía tener prisa por explicarle lo que estaba ocurriendo.

- Sabes que no...

- ¿No? — Levantó una ceja desafiante. - Pues ya sabes lo que tienes que hacer y

aquí no ha pasado nada.

- ¡Eres un jodido testarudo!

- Y tú un romántico empalagoso que no deja de meterme mujeres por los ojos. ¿Cuántas van?

- Las suficientes para rendirme... — Susurró.

- ¡Bravo! Cristina te puedes ir.

Le dedicó un guiño que la confundió más de lo que estaba.

- ¡Una mierda! — Vociferó, Mijaíl. - Ella es la última. — Se plantó en sus trece, clavando en sus ojos la misma mirada de desafío.

- Es pelirroja. — Soltó despectivo.

- Sigo aquí, capullo. — Insultó, cansada de su comportamiento, dejándolo sorprendido.

- La última. — La ignoraron.

- Vale. — Concedió. - Ni una más. — Alzó el dedo en advertencia. - Y por supuesto... Se lo dices tú.

Se sentó en la silla y observó divertido a su hermano. Estaba deseando ver como terminaba aquella situación. Con las cartas a su favor, tal vez la pelirroja, le cortara las pelotas y se las hiciera tragar.

Mijaíl se pintó una sonrisa en el rostro y se posicionó frente a ella, tomando asiento en la pequeña mesa de cristal. Luego introdujo su mano en el bolsillo interior de su traje carísimo y extrajo un papel bajo la atenta mirada de Cristina.

- Hay un pequeño problema.

- Se acabó. Ahora mismo llamo a la policía. — Escuchó la risa amortiguada de

Dmitriy.

Mijaíl sostuvo sus manos con velocidad y evitó que pudiera hacerse con su móvil. Le dio una sonrisa de disculpa y luego acarició su mejilla.

- Cristina, ¿contactaste con una página llamada, "te quiero para mí"?

Sus ojos se abrieron sin medida y la palidez se apoderó del color rosado de su cara. Bajó la cabeza debido a la vergüenza que sentía. Cogió aire lentamente y cuando sintió que podía hacerle frente a la situación, asintió despacio.

- Esta misma mañana firmaste el contrato de confidencialidad. Sabes que no puedes anularlo y que su fecha es un mes obligatorio.

- Yo... — Trató de explicarse. - Yo solamente... Quería conocer a alguien... — Tragó con dificultad.

Empezaba a entender por donde iba la cosa, pero eso no hacía que el trago fuera menos amargo. Dmitriy rió abiertamente. Su risa estridente, le erizó el vello del cuerpo. Le miró de reojo. No entendía que era tan divertido, a ella toda esa situación, le parecía una broma de mal gusto. Percibió los dedos de Mijaíl posarse en su barbilla. Sus ojos se encontraron. No quería escucharle, quería irse a su casa y olvidar que había rellenado y enviado esa maldita hoja.

- ¿Por qué escogiste esa página Web en concreto?

- Claudia. Ella me mandó el enlace y no vi nada de malo en probar.

- ¿Sabías... Que es una página de sexo donde las mujeres dejan su voluntad a manos de un desconocido?

Mijaíl se puso colorado.

¿Qué era qué? Seguro no había escuchado bien. No era posible. ¡Condenada Claudia!

- No, no...

- Firmaste y pagaste para ser propiedad de un hombre por un mes.

- ¡No jodas, Mijaíl!

Su piel se volvió más blanca que el color de las paredes.

- Sí, bonita, has pagado para que te tome cuando quiera, como quiera y donde se me antoje. — Esclareció, por si aun no entendía de qué iba todo.

- Lo siento. Pero si lo incumples, tienes que pagar mucho más de lo que has pagado.

- ¿Mijaíl? ¿No se puede a hacer nada?

Negó con la cabeza perceptiblemente. Ella sabía que le estaba mintiendo, que si él quisiera podría romper el acuerdo, pero no lo iba hacer. Sus ojos culpables se lo gritaban. Él había tomado una decisión y acarrearía con las consecuencias que tuvieran. Su mirada se entristeció.

Por unos leves segundos las dudas le atacaron. Observó de nuevo a su amiga y suspiró. Era un cabrón.

Cuando vio su solicitud, supo que ese era el momento que había estado esperando. En muchas reuniones había tratado que Dmitriy se acercara a ella, pero el cabrón cortaba la conversación en el acto y sabía que no era porque la pelirroja le fuera indiferente, si no porque él pensaba que no podía amar. Gracias a la suerte, la situación había cambiado y tenía la oportunidad de juntarlos. No la iba a dejar pasar, a pesar de estar viendo como su amiga se desanimaba ante sus ojos.

Ella no podía romper el contrato. Era su amiga y nadie mejor que él, sabía que no disponía de la cantidad que le estaba pidiendo para anular el acuerdo y por su orgullo tampoco iría a rebajarse a su padre. Si lo hacía, tendría que pagar las consecuencias y volver de nuevo a acatar ordenes y ser una persona que hace mucho dejó de ser; gracias a él.

CAPÍTULO TRES

Se levantó despacio. Sus ojos se habían convertido en dos agujeros llenos de fuego. La tristeza había sido tragada por la rabia. Una rabia contra su amigo, el traidor, el maldito que la estaba dejando a manos de su hermano. Intentó calmarse, controlar las ganas que tenía de matar a su amigo. Para la marranada que le estaba haciendo, fue muy considerada. Había optado por darle un rodillazo en las pelotas, pero su amigo que la conocía fue rápido y salió a una velocidad extraordinaria por la puerta sin tropezar ni una vez, mientras Dmitriy se reía agarrando su estómago. Una acción que duró hasta que se plantó delante de él y lo miró con desprecio.

- ¿Usted tampoco puede hacer nada?.

Era absurdo intentarlo y aun así probó.

- Sí, claro. — Sonrió esperanzada. - Darte alojamiento y dejar que pase el mes.

Le dedicó una mirada despectiva haciéndola consciente que no le interesaba lo más mínimo ayudarla. Se incorporó de la silla y la dejó en el salón. ¡Tenía que ser una broma! ¿Por qué tuvo que rellenar ese papel? Y ella que iba a saber que su amiga iba a tenderle semejante trampa y aun mejor, como iba a imaginar que Mijaíl era quien dirigía esa Web y en vez de protegerla como el cazador a Caperucita, se la iba a servir en bandeja de plata como Herodes le entregó la cabeza de Juan a Salomé.

Había pasado media hora y seguía en medio de la sala sin saber que hacer. Le estaba costando asumir que tenía que compartir un mes entero, con sus veinticuatro horas y siete días a la semana con su jefe. Aquello iba a ser una catástrofe. Si ya le costaba tener el pico cerrado en la oficina, no podía imaginar como haría para a hacer lo mismo conviviendo juntos. O una de dos, aprendía a controlar su lengua o cuando finalizara el mes; se quedaba sin trabajo.

- ¡Maldito Mijaíl! — Exclamó sin poder estarse callada.

- Tú por lo menos no tienes que aguantarlo de por vida.

Se sobresaltó al oír la voz de Dmitriy detrás de ella. Se giró lentamente y tuvo

que morderse el labio para callar el jadeo de sorpresa que le había provocado verle vestido con un chándal Adidas completamente azul. Se le veía tan corriente, tan normal que, perdió varios puntos ante sus ojos en su pose de hombre duro, frío y malnacido. Vestido así, lo único que le provocaba, era que quisiera ser abrazada por esos brazos tonificados y sentir como el vello facial de dos días, acariciaba su mentón mientras la besaba.

- Me voy, volveré más tarde.

No era tonto y sabía cuando una mujer lo miraba con deseo. La pelirroja se había quedado pasmada, sin poder cerrar la boca y fijamente mirando la suya. Eso lo había hecho sonreír. ¡Otra ilusa que se dejaba engañar!

Todas querían ver en él algo que no había; sentimientos. ¿Amor? Para él eso no existía. Era un sentimiento inventado que utilizaban para revolcarse sin censuras. A él le gustaban las relaciones, claro que sí, no había nada más satisfactorio que ver como una mujer se deshacía en sus manos, como suplicaban por más, como los gemidos se filtraban por sus oídos e inflaban su ego. Pero... Quería las relaciones abiertas, sin censuras y sin ataduras. La mujer que estuviera cerca y creyera en cuentos con príncipe y final feliz, sobraba en su vida. Ya se encargaba él de echarlas y mantenerlas lo más lejos posible.

Eran las cuatro cuando se cansó de recorrer la vivienda que por un mes sería su hogar. No pudo seguir, aquel lugar no tenía fin. Había encontrado una sauna, un gimnasio, una bodega por la que se descendía por una puerta que había casi escondida en la cocina y cuatro dormitorios todos con chimenea. Ninguno le gustó. Aunque parecían habitaciones cálidas, eran excesivamente lujosas y no se sentía bien. ¿Tan difícil era encontrar un dormitorio normal? También encontró el vestidor y poco le faltó para coger todo el mogollón de ropa que había tan ordenada y tirarla al suelo para ver si Don perfección planchaba.

Se dejó de estupideces porque era el primer día y no quería empezar una guerra antes de tiempo. Quería llevar la convivencia con serenidad y tratarse con el mayor respeto que pudieran. Eso era fácil, ¿no? No porque su jefe fuera un capullo en la oficina, tenía porque ser igual en casa. Quizás, aquí, él se relajaba y apartaba el estrés del trabajo. A lo mejor, incluso se podía conversar con él. ¡Lo llevaba claro! Se rió de ella misma.

Salió por la puerta de la calle y el tal Paolo se interpuso en su camino. ¿Le había dejado escolta? ¡Eso sí qué no! Fulminó al pobre hombre con la mirada y le señaló la verja de hierro que daba acceso al jardín. El hombre asintió y dejó que se internara en la zona. Sentía su mirada precavida, siguiendo sus movimientos.

Cogió su celular y lo sostuvo en sus manos un poco indecisa. Temía estar siendo una exagerada o estar haciendo un enorme drama por algo insignificante, pero le había sentado como tragarse un clavo, darse cuenta que tenía vigilancia. Por un momento, Dmitriy le recordó a su padre y en escasos minutos le odió. ¿Minutos? No, ya lo odiaba de antes, con ese gesto lo que había logrado es que se acentuara. Aún con ganas de decirle un par de cosas que se merecía, guardó el celular. Tendría muchas más oportunidades de soltar lo que pensaba de su actitud controladora.

Se detuvo en una cafetería. Estaba deseando ducharse, olía a sudor y especialmente no era el sudor que tanto le gustaba sentir en su cuerpo. Cogió su café y sin siquiera dar las gracias, siguió su camino. Al llegar, buscó a Paolo para que le informara sobre la nueva inquilina. Se quedó de piedra, cuando no lo encontró en la puerta y en su lugar, vio que estaba sentado en el jardín con la secretaria comiendo bocadillos. "Ya me empieza a dar problemas", pensó. Cerró los puños a su costado, apretó la mandíbula ferozmente y con la mirada igual de helada que el polo norte, se fue acercando a ellos.

- ¡Paolo! — El pobre se puso de pie al instante y no sabía donde fijar la mirada. - No te pago, para que estés de charreta. Vuelve a tu puesto.

Indignada se puso de pie y le plantó cara. ¿Cómo podía ser tan brusco? Paolo únicamente le estaba haciendo compañía. No tenía porque ser tan borde, ni tan imbécil. El pobre hombre no era un robot, era humano, tenía sentimientos y eso era bueno, porque si los tenía, era porque ahí, dentro del pecho, había un corazón que latía. Y eso el hombre que tenía delante, mirándola con cara de pocos amigos, ni siquiera se acercaba a saber que significaba.

- No estaba haciendo nada para que lo trates como perro.

- No estaba haciendo su trabajo.

- ¿Cuál? ¿Vigilarme? No me digas que no puede hacerlo sentado. — Soltó con sarcasmo.

Dmitriy se acercó tanto que el aire de su nariz al respirar, acarició su cabello. Dio un paso atrás y levantó la cabeza para encontrar sus ojos. Se sentía pequeña cerca de él. Lo había hecho adrede, la quería intimidar. No se lo pondría fácil, estaba acostumbrada a hombres como él.

- Su trabajo... Además de vigilarte, consiste... En no interactuar contigo. — Dijo muy despacio.

- ¡Eres un cretino!

Se dio la vuelta y entró a la habitación que había decidido sería la suya.

La siguió. Nadie le insultaba y mucho menos en su casa. Que tuviera que aguantarla un mes, no significaba que la iba a dejar que se tomara esas confianzas. La encontró quitándose la camiseta, mientras caminaba hacia el baño. Se paró de golpe en medio de la puerta con la vista fija en su espalda. Así se quedó durante varios minutos, la escena se le había atragantado de tal forma que, no estaba seguro si seguirla. Oyó como el agua empezó a caer y todo pensamiento coherente se esfumó.

Abrió la puerta sin molestarse en tocar. Era su baño, no tenía porque hacerlo y si acataba lo que estipulaba el acuerdo; ella de momento también era suya.

- ¡Sal de aquí! — Gritó, apretando más fuerte la toalla contra su cuerpo.

- ¿Por qué debería hacerlo?

Se apoyó en el marco de forma casual. No le gustó nada su sonrisa graciosa. Estaba encantado con el color rojizo que estaba tomando su cara. Lo apuñaló con la vista. Si hubiera tenido las llaves de su coche, habría ido a por esa máquina rodante y le habría pasado con ella por encima.

- ¿Por qué es lo correcto? — Dijo retórica.

Sonrió de una forma extraña. Los músculos se le tensaron y tuvo que desviar la mirada para que no viera que temía estar a solas con él.

- No hago lo correcto. No te equivoques, no soy un caballero.

- Creí que no querías que tú y yo... — Obligó a su voz que sonara firme.

- No recuerdo que hayamos tenido esa conversación... — Sonrió con picardía. - Podríamos... Pasarlo bien.

- No...

- ¿No? — Cortó. - Tengo un contrato que claramente dice que puedo tocarte cuando me dé la gana. — Le recordó. - No vuelvas a atreverte a faltarme el respeto. Y esta es mi habitación y por lo que veo te has apropiado de ella. Así que, compartiremos el dormitorio y ya veré si me apetece poner mis manos en tu cuerpo o por el contrario si quiero que calmes mis necesidades.

Giró sobre sí mismo y al salir pegó un portazo. Sabía que Cristina se había quedado como una roca. Mirándola pudo sentir como su respiración cambiaba y ver como sus ojos brillantes no se apartaban de él anonadada por sus palabras. Ni de lejos llegaba a ser tan mamón. Nunca había tocado a una mujer en contra de su voluntad y esa no iba a ser la primera. Lo que había soltado por su boca, lo había dicho por rabia. La forma en la que ella suplicante, se había negado a que ellos tuvieran intimidad, le había asestado un buen golpe a sus pelotas. Se tenía por un hombre deseable y generoso con las mujeres que se llevaba a la cama. Pero... En ese instante que lo pensaba y rememoraba cada día que ella había pasado en la empresa, se dio cuenta que esa pelirroja, nunca dio indicios de fijarse en él, ni de mostrar atracción hacia su persona.

Al ser consciente, su instinto cazador se despertó como nunca antes lo había hecho y supo que cumpliría ese contrato; ella sería suya por voluntad propia antes de que finalizara el mes.

Asomó la cabeza por la puerta del baño. Tenía que asegurarse que Dmitriy no hablaba enserio, que sus palabras habían sido dichas con el único propósito de

asustarla. Escaneó cada centímetro del dormitorio como si ese hombre no fuera una escultura humana y pudiera haberse escondido en cualquier rincón. Todo su cuerpo se relajó al comprobar que no estaba. Volvió al interior del baño y se dio la ducha más veloz que alguien se pudiera dar. Ni siquiera se preocupó por lavarse el cabello, si no que lo amarró en una cola. Se lo lavaría más tranquila cuando él no anduviera cerca. Después de las palabras que había dejado salir en forma de amenaza, no estaba dispuesta a entretenerse más de lo debido bajo el agua y que a su jefe, loco, posesivo e irracional, le diera por meterse con ella en la ducha.

Cuando Dmitriy regresó, ella estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en el respaldo y viendo animada una serie de risa que echaban en la televisión. No era fanática de estar pegada a la tele. A ella le gustaba pasar el tiempo libre bailando, ensayando todos los pasos de baile que había aprendido hace ya tanto que ni se acordaba de la ilusión que le hacía asistir aquellas clases. Ese era su escape, su libertad en esa vida que nació y en el que las mujeres no tenían derecho a opinar, solo a cumplir.

Todo su ser percibió su presencia. Se había apoyado en la puerta y podía sentir como sus ojos la miraban. Sentía calor. Cada vez que la miraba, se sentía desnuda ante él. Sabía que no lo estaba, pero su cuerpo no la escuchaba cuando se lo decía.

- Baja la voz. — Gruñó, acercándose a la cama.

- ¿En serio vas a dormir aquí? — No pudo dejar de hacer la pregunta.

Dmitriy la miró. Sus ojos grises clavados en los suyos.

- Nunca miento. — Susurró de frente a ella.

- ¿Qué...?

No pudo hacer la pregunta. La mano de Dmitriy había ido a parar a la corbata y se la estaba quitando. Después se deshizo de la chaqueta, poco seguido le siguió la camisa un poco más lento de lo previsto. Los colores debían haberse apoderado de sus mejillas si su jefe estaba sonriendo como un imbécil. Llegó al

cinturón y observó como sin dudar, lo desabrochó y pegó un tirón sacándolo de las hebillas del pantalón.

Estaba atónita por el comportamiento nudista de su jefe. Hace rato debía haber dejado de mirar y ahí seguía con los ojos puestos en cada movimiento, que ya que lo pensaba... Cada uno de ellos era más sensual que el anterior y le parecía muy... Excitante. Y entonces le vio toquetear el botón del pantalón. Se ruborizó y comenzó a respirar con dificultad. Sentía un calor insoportable. Cohibida subió de nuevo la mirada a sus ojos.

¡No lo haría!

Por sus oídos se abrió camino el leve sonido de la cremallera al ser bajada...

- ¡No puedo creerlo! — Soltó sofocada mientras corría al baño y se encerraba en la seguridad del enorme espacio.

Podía oír las risas de Dmitriy. Apostaba que debía estar revolcado por la cama. No le gustaba que se riera así de ella. No sabía como tratarlo, ni como dirigirse a él. ¡Era su jefe! Y a él eso le traía sin cuidado, la estaba provocando.

Diez minutos habían pasado, cuando sintió que Dmitriy tocaba a la puerta. No le contestó. La operación volvió a ejecutarse. Dejó de darle la espalda y colocó las manos en ella. ¡Ese bruto era capaz de derribarla.

Tras haber escuchado los golpes tres veces. Se percató que Dmitriy había desistido de seguir tocando. Dejó escapar un suspiro de alivio. No se atrevía a salir. ¿Qué tal si quería que se conocieran mejor? Y por conocer no se refería a pasar varias horas hablando. No, de eso nada, ella no estaba dispuesta a caer en sus garras. Al comino si él tenía un contrato en el que estaba implantada su firma, no pensaba acostarse con él. Primero porque era su jefe, segundo porque ella no estaba preparada para tener una aventura de varios polvos esporádicos y en tercer lugar, porque ella necesitaba que la otra persona fuera delicado y paciente; y esas palabras no cuadraban con el bruto ese que quería llevarla al límite de su control.

- ¿No tienes hambre?

Se dio un susto de muerte y se arrimó más a la puerta intentando obviar el cosquilleo que le había causado el pecho desnudo de Dmitriy pegado a su cuerpo. Sus manos apresaron sus caderas y la obligó a darse la vuelta. No sabía donde fijar la vista, sus ojos vagaban sin rumbo.

Sonrió. No pensaba que la pelirroja, iba a hacer que olvidara su vida rutinaria de mierda. Para haber sido bastante reticente de tenerla allí, se estaba divirtiendo más que en todos los años que llevaba vividos.

- ¿Comemos? — Dijo muy sugerente.

- ¿Comida?

No era capaz de pensar, ese hombre la ponía muy nerviosa.

- Ja, ja, ja. Si me dices que aquí hay algo más que quite el apetito... — Con la mirada llena de lujuria, descendió por todo su cuerpo para pocos segundos después de nuevo tener sus ojos fijos en los suyos. - Me lanzo a por ello y dejo el comer para más tarde. — Sonrió depredador.

Tembló y tuvo que cerrar los ojos para recuperar un poco del aliento que acababa de perder. ¡Condenado egocéntrico!

Orgulloso por las reacciones que sabía le provocaba. Siguió observando sus párpados cerrados. Percibió que por mucho que ella se esforzaba en mantener las formas, no lo lograba. Su cuerpo la traicionaba. Se movía como si fuera las alas de un pajarillo cuando echa a volar. Su garganta tragaba saliva sin control, como si en su boca se hubiera formado un cúmulo de exceso de líquido y si se fijaba en su pecho, era muy difícil disimular y dejar de prestar atención a esas dos preciosidades que le llamaban a gritos, cada vez que ella aspiraba una bocanada de aire profunda.

- ¿Cristina? — Dijo con suavidad.

- Tengo hambre. — Se removió inquieta.

Ocultó una sonrisa. Sabía que lo que ella había dicho era para que se alejara, pero Dmitriy que de pronto deseaba lo contrario, decidió pinchar un poco más su resistencia.

- ¿De comida?

- Sí, no creo que yo pudiera comer lo que tú quieres que coma. — Espetó, tratando de borrar las imágenes que en ese momento estaban pasando por su mente.

Dmitriy esta vez no ocultó su sonrisa. Le dio una grandiosa y radiante. Llevó sus manos a su cuello y la acercó tanto como pudo a su cara. Quiso alejarse al momento, estaba viendo sus labios demasiado juntos y empezaba a desear que la besara y eso era peligroso para ella. La actitud juguetona que estaba descubriendo en su jefe, más que gustarle le aterraba. Nunca hubiera imaginado que ese hombre de hierro, que te dedica un simple hola, adiós y es incapaz de agradecer algo, estuviera burlándose de ella y pasando un buen rato a su costa.

- Lo pongo en duda, pelirroja. Estoy seguro que podrías hacerlo y aprobarías con matrícula de honor por muy mal que lo hicieras. ¿Sabes por qué? — No quería que contestara, o ¿sí? - Simplemente por el hecho de tener esos labios carnosos en la parte más preciada de mi cuerpo, ya es suficiente para darte el aprobado, añádele esa lengua contestona... Y ahí tienes tu matrícula.

La liberó de su agarre y en dos zancadas abandonó el servicio; no estaba seguro de seguir pudiendo contenerse. Su cometido cuando fue a buscarla, era desestabilizarla un poco más, desorientar esa cabeza que daba demasiadas vueltas a las cosas, pero la jugada le había costado cara. Ahora tendría que darse una ducha fría y haber quien era el santo que pasaba la noche con ella sin ponerle una mano encima.

Le costó media vida poder salir del confort del cuarto de baño. La cercanía de Dmitriy la había descolocado y a su vez calentado. Cuando desapareció en un visto y no visto, tuvo que tomar asiento en la taza del inodoro; las piernas no la sostenían. Ese hombre iba a acabar con ella. Lo había visto en sus ojos, en la manera de apresar su cuello, en su sonrisa lobuna... Todos sus actos hablaban el mismo idioma y llegaban a la misma determinación; sería suya.

Se sentó en la cama y en esa posición se quedó un buen rato. Su cabeza giraba sin parar y un único pensamiento volaba libre; si casi no había sobrevivido al primer día... ¿Cómo lo haría los veintinueve restantes? Terminó de subirse en la cama, se introdujo en las sabanas de seda y se dejó caer exhausta.

CAPÍTULO CUATRO

Llevaba más de una hora dando vueltas en la cama. Apenas habían dado las seis y a su cuerpo de poco le valía lo que él quería. Se había despertado con ganas de fiesta y él no estaba dispuesto a darle lo que su piel reclamaba. La noche anterior, se había asegurado de dejar la mayor distancia entre los dos, no era lo que deseaba, pero sí lo más sensato; no quería asustarla. Por supuesto que regresó al dormitorio y lo hizo con un plato de embutidos combinados para marcar un tiempo entre los dos. Se sintió un completo imbécil, cuando la vio plácidamente dormida y peor fue ver las ganas instintivas que casi le dominaban, para que se metiera con ella en la cama y le enseñara la bestia que anidaba en él y poseía cada parte de su cuerpo.

Contempló el techo con insistencia y una idea le vino a la cabeza. Se levantó con unas prisas excesivas y se vistió tan veloz que, podrían haberle llamado para participar en la televisión en uno de esos programas, donde se cambian de vestimenta hasta diez veces en menos de cinco minutos.

- Cristina. — Dijo con voz fuerte.

- ¿Quéeee? — Contestó por inercia.

Todavía tenía sueño y esa cama tan cómoda la invitaba a seguir descansando en ella. Únicamente contestó porque era muy temprano para discutir. Antes de dormirse había tomado la clara resolución de intentar llevarse bien con el jefe y sobre todo evitar que el quisiera de nuevo llevarla a la cama. Tenía un plan y lo iba a seguir.

- Cristina.

- ¡Oh, cállate!

Se tapó la cabeza con la almohada.

Flipó. No podía dejar de ver como la pelirroja, le ignoraba. ¿Sería que solo en la oficina podía ser complaciente? "Un dato que anotar", se felicitó por su descubrimiento del que muy pronto sacaría ventaja. La volvió a mirar. No le gustaba repetir las cosas y con ella ya lo había hecho dos veces. Lo que se dispuso a hacer a continuación, fue culpa de ella.

- ¡Novikov!

De estar dormida había pasado a estar roja y furiosa.

- ¿Estás despierta?

- ¡Sí! — Gritó.

- No estoy muy seguro.

Se removió para poder apartar la mano que descaradamente se había colado en el pantalón de su pijama y acariciaba sus cachetes con parsimonia. ¡Lo iba a matar! ¡No podía a hacer eso! No sin su permiso, eso se decía para callar la voz que le decía, "sella los labios y disfruta".

Dmitriy apresó su cuerpo bajo el suyo antes que ella tuviera tiempo de alejarse y escapar. Hizo un recorrido suave pasando su mano libre desde su muslo a su rostro. Cuando llegó a su cabeza y se deleitó en apartar el cabello que le tapaba el rostro matutino, ya no pudo seguir conteniendo el aire en sus pulmones y al expulsarlo, le fue difícil contener el gemido.

- Sí, parece que estás bien despierta. — Dio un salto y se encaminó hacia la puerta. - Date prisa.

- ¡Para qué!

Porque el colchón amortiguó su voz, que si no estaba segura que el jefe hubiera

vuelto a la cama.

- Corro todas las mañanas y hoy... Vienes conmigo.

- ¿What?

Le miró de frente.

- No repito las cosas, deberías saberlo.

- ¡Gilipollas! — Gritó, más para volver a sentir su cercanía que por haber querido hacerle enfadar.

No lo consiguió. El muy cabrón que parecía intuir sus acciones, ya había cerrado la puerta en su cara. Se incorporó del todo y miró el dormitorio. Casi se echó a reír; no tenía ropa. El pijama había sido cortesía del imbécil que había mandado a su chofer a comprarle uno. Pensó que esa cortesía fue más para su propio control, que para que ella tuviera algo con lo que cubrirse.

Ni corta, ni perezosa, se desprendió del pijama y en bragas y sujetador se fue a la cocina que era donde se suponía creía estaría. Si él podía tocarle el culo, su deber era devolverle el favor y que saliera a correr con una dolorosa erección.

- Dmitriy. — Llamó al entrar y encontrarlo de espaldas.

Se dio la vuelta para encontrarla. Sonrió traviesa. Todo su cuerpo se había tensado. Le extrañó que la taza no hubiera impactado contra el suelo. Su cara al verla se había quedado como si acabara de sufrir un aire y le hubiera dejado media cara paralizada. Esta vez fue su turno de reír. No le dio la gana de contenerse. Era consciente que Dmitriy intentaba sin éxito alejar los ojos de ella. Sabía que estaba jugando con fuego, que lo estaba incitando, pero... ¡Qué bien sentaba asestar un golpe a su hombría!

- No tengo ropa. — Dijo, inocentemente.

- ¿Quieres que nos dejemos de juegos y te coja?

Se calló de golpe. La risa se le cortó. Ninguna frase se formó en su mente. Lo único que podía hacer era salir corriendo antes de que la atrapara y eso fue lo que hizo. Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el cuarto. No volvería a provocarle, se recordaría que no podía jugar con un hombre que estaba acostumbrado a ganar. Antes de llegar a la puerta, la atrapó y acorraló en la esquina de la chimenea. Dio un golpe breve con su pie en la pierna derecha, luego a la otra y coló su rodilla entre medio de ellas.

Ahogó un grito en su garganta. No iba a darle el gusto de ver cuanto la intimidó y aun menos que supiera lo mucho que le gustaba que sus manos la tocaran.

- Te he hecho una pregunta.

- ¡Qué te follen!

Le propinó un empujón que no lo movió ni un palmo.

Dmitriy agarró su manos con fuerza, las levantó y las guió hasta su cuello. No esperaba ese gesto y las dejó muy quietas sobre sus hombros. Segundos después, su instinto la llevó a desplazarlas y enredarlas en su cabello. No era demasiado largo, pero suficiente como para que sus dedos pudieran tomarlo entre ellos.

Por una vez, se contuvo y aplacó el deseo que desbordaba su capacidad de control. No lo entendía. A otra ya le habría arrancado lo que quedaba de ropa. No sé explicaba porque no lo había hecho. Su cuerpo reclamaba que la poseyera. Estaba seguro que ella también lo deseaba, que no se negaría, pero su cabeza no le dejó hacerlo. Algo dentro de él, necesitaba que ella se le entregara y eso... Le asustó. Tanto como si le hubieran dicho que tenían que cortarle un huevo.

- Ahora mismo... Eso es lo que yo quiero hacerte a ti. — Susurró en su oído.

Fue consciente de como la carne se le puso de gallina. Imaginó como sería alzarla en sus brazos, sentir sus piernas rodeando su cintura, internarse en ella... Soltó un gruñido gutural y se alejó de sopetón. Se mesó el cabello con las palmas de las manos y salió en tromba. Ya no quería que corriera junto a él. Si la llevaba, nadie podría parar al animal que había en él para que no la tomara en el primer césped que se pusiera en su camino del parque.

Despacio se separó de la pared. No podía creerlo. Ella que siempre pensó que su jefe era un payaso que tomaba lo que quería; ante sus ojos se había detenido. Ni siquiera la había besado y eso que ella lo deseaba. Había querido sentirlo, descubrir como era un beso de Dmitriy Novikov.

¡Se le estaba yendo la cabeza! ¿Ella deseando un beso del hombre de hielo? ¿Qué ya se le había olvidado que ese hombre no era de una sola mujer? Había oído a miles de mujeres despotricar contra él, eran tantas las barbaridades que decían, que realmente las había creído y ese día él, echaba abajo de un solo golpe esa muralla basada en todas esas escuchas que durante dos años ella había levantado. No podía permitirlo.

Se acercó a la cocina y se bebió un vaso de agua del tirón. Todavía sentía los nervios de la excitación que había sentido mientras era acorralada por ese gigante. La imagen se hizo fuerte y lo vio como si lo tuviera allí mismo; era alto, cabello completamente negro, ojos grises increíblemente hermosos, voz sensual, fuerte... Mierda, era un sueño de hombre.

Decidió llegar más pronto al trabajo y así compensar el retraso del día anterior. Como no tenía que ponerse, se colocó el pijama y le pidió a su guarda y chófer que la llevara a su casa. Allí se puso un pantalón de vestir y un jersey que combinaba con el pantalón negro. Hacía bastante frío para elegir un vestido y después de la escena con Dmitriy tampoco era una opción escogerlo. El recuerdo regresó y su respiración se agitó. Debía olvidar lo que había pasado. No podía dejar que volviera a suceder o sería otra más de su lista larguísima de conquistas.

Se hizo un moño sofisticado. Se maquilló con tonos claros, se calzó con unos zapatos cerrados y que apenas llevaban tacón y colgó su bolso en el brazo. Poco después entró por las puertas del edificio. Saludó a los guardias apostados en las puertas como cada mañana y a las simpáticas recepcionistas de la entrada. Pulsó el botón del ascensor y aguardó hasta que llegó. Era normal que a veces tardara, eran demasiadas plantas, no estaba segura si eran quince. Una vez dentro marcó la novena. Minutos más tarde estaba arriba. Salió por las puertas, verificó que Dmitriy no había llegado y se dispuso a preparar su café; él no tardaría.

Portó el café y lo dejó reposando en la mesa. Encendió el ordenador como

siempre. El jefe lo quería así para cuando llegara no tener que estar esperando que la computadora prendiera. Colocó las tres notas de las reuniones que tenía junto al café y varias hojas rosas con los nombres de todas las mujeres que le habían llamado. Abrió las persianas y se dirigió de nuevo a la sala donde preparaba el café; ella también debía espabilarse.

Se llevó la taza a los labios. Las puertas del ascensor se abrieron y el mandamás, apareció con su típica cara agria. No sabía qué actitud tendría, pero por la cara que traía, mejor no se haría ilusiones de que un ángel hubiera tocado y cambiado su corazón mustio. Esperó mientras fingía que el ordenador tenía toda su atención. En realidad, no estaba haciendo nada, su trabajo la mitad del tiempo era aburrídisimo.

Estaba cansada de atender llamadas de mujeres que lo único que lograban era dar pena. A ella jamás se le ocurriría seguir siendo un incordio para un hombre que no tenía ni mota de interés en ella. No sé explicaba como esas mujeres no captaban que ese hombre pasaba de ellas, que para él, ellas habían sido un polvo, con suerte de un par de horas, quizás bueno o quizás no, eso a ella le traía sin cuidado, pero en muchas llamadas había estado tentada de dejar de morderse la lengua y decir lo que pensaba para que dejaran de hacer escenas patéticas.

- Buenos días. — Dijo al pasar sin siquiera mirarla.

Correspondió al saludo cordialmente. No quería arriesgarse a una reprimenda, ya había corroborado que en la oficina la actitud seguía siendo la del hombre de hielo. No pasó por alto que llevaba el pelo mojado y se preguntó dónde habría estado mientras refrenaba el deseo que la asaltó de pronto por volver a enredar sus dedos en él.

No le extrañó su actitud, durante el tiempo que llevaba allí, era la máscara que siempre había visto. Nunca sonreía, bromeaba o era amable con alguien más que no fuera su familia. Hasta con el mismo David que era su amigo, era un hijo de puta sin escrúpulos. Si tenía que decir algo, lo decía sin medir el efecto que pudiera causar. Ella de momento había tenido suerte. Aunque era su secretaria, cosa que era un eufemismo, porque ella sabía que su trabajo era pura apariencias, casi ni se cruzaban. Contadas eran las veces que ella pisaba la oficina o él salía para reclamarla. Habitualmente se ceñía a utilizar el teléfono para comunicarse y cuando pisaba su habitáculo, simplemente la ignoraba o se dirigía a ella con

palabras mordaces.

Acababa de cortar la cuarta llamada de ese día. Consideró desconectar el aparato, total, su jefe no se daría cuenta. Había prescindido de comunicarse con ella. Había atendido dos de las tres reuniones y en ninguna la llamó como era costumbre para que sirviera de beber a los clientes. Supuso que eso se debía a que estaba muy entretenido conversando. No era estúpida, durante mucho tiempo había observado en silencio y él normalmente, prefería hacer acuerdos con hombres que con mujeres, pero ese día era un gran cambio; había abierto la puerta y recibido con una sonrisa a dos mujeres.

Meneó la cabeza y apartó la mirada de la puerta. De repente tenía unas ganas incontrolables por acercarse y averiguar que estaba sucediendo allí dentro. Hacía más de media hora que la segunda mujer estaba encerrada con él. No se explicaba de donde venía tanta curiosidad, ni porque se sentía tan incómoda.

Se restregó de nuevo la palma con sus afiladas uñas. Hacía rato que las manos le picaban y no podía contener las ganas de rascarse. Si seguía, no pasaría mucho tiempo hasta que no pudiera soportarlo más y tuviera que echarse crema. Era un mal hábito que tenía. Cuando algo le preocupaba o se sentía muy nerviosa, rascaba sus palmas con las uñas hasta hacerse pequeños cortes. Había tratado de dejar de hacerlo, pero la manía continuaba ahí y ahora pensaba que no había sido una genial idea utilizar el dolor para poder soportar la autoridad de su padre.

Al darse cuenta de hacia donde se dirigían sus pensamientos, cogió el teléfono y empezó a marcar. Tenía que distraerse, ya había quedado a la salida con Claudia para tomar unas copas, pero no era suficiente. Su mente le estaba jugando otra mala pasada y aunque seguía molesta con su amigo, solamente con él podía contar.

- Mijaíl. — Habló rápida sin dejar que él la saludara primero.

- ¿Qué sucede? ¿Te ha hecho algo mi hermano? — Dijo preocupado.

"Como ese gilipollas haya utilizado sus prácticas con ella, lo iba a capar", pensó, mientras la impaciencia crecía a grandes pasos.

- Está sucediendo otra vez. No puedo bloquear los pensamientos.

- Voy para allí.

Se quedó con el teléfono suspendido en el aire. Con torpeza lo dejó en su lugar, apoyó los codos en el mostrador y sostuvo su cabeza entre las manos. Trató de controlarse, no quería que Dmitriy saliera y la viera de aquella forma. Mentía, eso no era lo que realmente le importaba, lo que no quería era que él se enterara de nada de su vida anterior.

Sus ojos descontrolados volvieron a observar aquella puerta que seguía cerrada. Los picores se intensificaron. Frotó con vehemencia y juntó los labios con fuerza, cuando un grito casi escapó de su boca; se había hecho un arañazo bastante feo y le atravesaba la palma desde el dedo medio hasta el principio de la muñeca. Sus ojos se desencajaron, ni siquiera era consciente de lo que se hacía hasta ver el hilo de sangre correr por su mano.

- ¿Qué ocurre?

La voz de Dmitriy la asustó. Juraría que de sus labios no había salido sonido alguno, que era imposible que él la hubiera oído gritar, pero por su mirada profunda que la escaneaba de pies a cabeza con preocupación, sabía que había sido una palurda por no poder controlar su mente y que Dmitriy no volvería a su oficina hasta comprobar que estaba pasando.

- Nada.

Forzó una sonrisa y escondió su mano tras la espalda.

Dmitriy arrugó el ceño. Podía ver en sus facciones que no le gustaba ni que le mintieran, ni que le tomarán por bobo. Se acercó lentamente. De repente parecía que ni el estar en la oficina, ni el mantener la distancia era para él una prioridad.

- Si me mientes a la cara, al menos aprende a hacerlo. — Rugió, por encima del mostrador.

Se había inclinado tanto que casi podía rozar su cara. Quería que viera sus ojos.

Se puso nerviosa. Ver la claridad con la que le gritaban lo que quería que entendiera, fue devastador para su alma; aborrecía las mentiras y detestaba los secretos.

- No sé...

Dmitriy saltó el mostrador con un movimiento ágil y perfecto. Si ella lo hubiera tratado de hacer, además de hacerse daño, no habría conseguido saltarlo y aún menos con la maestría con la que él lo había hecho. Cogió su mano sin mucha dificultad y la expuso a su vista.

- No me mires así. — Repitió sus palabras del día anterior.

- ¿Así? ¿De qué manera?

- Como si me conocieras. Como si te importara.

Dmitriy entrecerró los ojos. Apretó los labios y no dijo nada. Liberó su agarre. Sintió como su cuerpo dejaba la rigidez que había adquirido al verlo regresar a su oficina. Le duró poco la dicha. En la misma puerta despachó a Ania, la segunda visita. No se veía muy contenta, pero Dmitriy le susurró algo al oído y la sonrisa volvió a aparecer en su cara.

- Ven aquí. — Le hizo un gesto con el dedo.

No podía desobedecer, quien le habló, no era el hombre bromista y divertido con ojos chispeantes y de carcajadas fáciles. No, quien la reclamó era el jefe y debía acudir sin discusión. Llegó hasta él y de nuevo se apoderó de su mano. Tiró de ella y la sentó en su sillón. Sonrió y no por el hombre que actuaba por primera vez como un humano, si no porque no podía dejar de pensar que algún día le cambiaría su silla por la de él a ver que cómodo le parecía una silla plana en la que tenía que estar sentada ocho horas diarias.

- Tienes un corte en la mano, ¿y sonríes?

- No me duele. Pondré una venda y ya está.

- ¿Cuántas veces lo has hecho? — Interrogó curioso.

Por su forma de hablar sabía que había más de una.

- No sé qué quieres decir. — Se encogió de hombros.

Se empezó a enfadar. Sus fosas nasales se dilataron y sus ojos se volvieron cuchillos. Quiso calmarse, pero no pudo dejar de pensar que la pelirroja, además de transparente, era una toca pelotas, si no se daba cuenta que él la leía como a un libro abierto. Que lo que pensaba, él lo adivinaba sin esfuerzos, lo que sentía él lo percibía y todavía le costaba entender cómo era posible.

Él era bueno para interpretar caras, desenmascarar mentiras, para negociar, para complacer, pero nunca había percibido emociones y poco le interesaban; con ella era diferente. Quería poner distancia y no lo conseguía. Quería mantenerse frío y hacía lo contrario. Quería no ver sus emociones y las sentía como si fueran suyas. Quería meterse entre sus piernas y santo infierno no podía porque no sabía de donde cojones le había florecido la moral y decencia de que no podía cogerla para luego deshacerse de ella como si fuera un zapato viejo y usado que tiras a la basura.

- Minas mi paciencia. ¿Cuántas veces los has hecho? — Volvió a repetir con voz autoritaria.

Retiró la mano. Agarró uno de los pañuelos de la mesa y lo sostuvo presionando la herida. No se lo iba a decir, él no era nadie en su vida, si ahora estaba pendiente de ella, no era por otro motivo que quería llevarla a la cama. Durante dos años ni siquiera la había mirado. Estaba segura que si ese contrato no existiera, él no estaría actuando de esa manera tan cordial. Incluso aunque le hubiera preguntado qué le pasaba, que lo dudaba, se habría vuelto a encerrar en su perfecta oficina, sin preocuparse de si se curaba o no.

- No es de su incumbencia, señor Novikov. — Contestó con la misma mordacidad con la que él se dirigía a ella.

Apretó los puños y empezó a contar. Lo intentó, realmente que trató de contener el animal que había en él. Pero esas fuerzas se vieron demolidas cuando una

pelirroja insolente fue a salir de su oficina, sin haber contestado su pregunta y sin haberle concedido el permiso para que regresara a su puesto.

Se levantó y con velocidad la alcanzó. La cogió por el brazo y la hizo girar bruscamente de manera que el cuerpo de ella, chocó con el pecho duro de él. La miró desafiante. Estaba ansioso de que dijera cualquier insulto para pegar sus labios a los de ella y hacer que sus palabras murieran en su boca.

¡Qué pesado! Si él creía que mirándola de esa forma intensa la iba asustar, estaba muy lejos de lo que en ese momento sentía. Fue abrir la boca y se sorprendió cerrándola de nuevo sin decir nada. Tenía varios improperios en la lengua para decirle, pero sus cuerdas bucales se habían bloqueado. De repente se olvidó como se formaba una palabra. Tenía sus labios tan cerca... Si se elevaba un poco los podría rozar, podría sentir la suavidad de sus labios, la raspadura de su barba contra su piel...

¿Y luego qué? No creía poder ser capaz de tener una aventura con él y luego olvidarlo. Ella no valía para ese tipo de relaciones. Perdería su trabajo y no porque él la botara, si no porque ella tendría que dejarlo, no podría sostener un día a día con él como si nada hubiera pasado.

- He visto esta clase de acciones muchas veces... — Susurro, sacándola de su razonamiento. - ¿Por qué lo haces tú? — Contempló sus ojos directamente, no dejaría que le mintiera.

- No... yo no...

Pegó sus labios a los de ella. Un pico sencillo que la dejó sin respiración y mirándolo como una boba a la que un gato se le ha comido el habla; se veía arrebatador. ¿Qué le estaba pasando?

- Mis padres son los dueños de una asociación de mujeres que se autolesionan. — Se le escapó un quejido, antes de poder contenerlo. - He visto mujeres llenas de cortes porque se sienten solas. Jóvenes que son acibilladas en la escuela y tanto miedo tienen de decir lo que pasa que utilizan esto como una llamada de auxilio. Mujeres que no tienen a nadie, que ya no saben de que manera escapar y olvidar la vida que les ha tocado vivir y mujeres que lo hacen porque disfrutan

haciéndose daño... Puedo decirte tantos casos... — Dmitriy sacó su lengua sin cortarse un pelo. La pasó por su labio superior, después por el inferior y para terminar de acabar con su cordura, le dio un leve y suave mordisco. - Quiero saber... Tú caso. ¿Qué es lo que te ha llevado a hacer esto?

Apartó el pañuelo y le hizo ver la herida que se había provocado.

- No... Puedo controlarlo... — Bajó la mirada al suelo.

CAPÍTULO CINCO

Se sintió mal, muy mal. Era difícil mentir, cuando el hombre que tenía delante dejaba de ser la torre de hielo que conocía. No quería decirle nada de su vida. No quería recordar el desprecio, no quería escuchar las palabras hirientes. No quería volver a sentir que era una basura. Una mujer que no servía para otra cosa que ser como su madre.

Amaba a su madre, no la culpaba por hacer lo que hacía. Ella no era responsable de que sus abuelos la repudiaran por haberse enamorado cuando no le estaba permitido tener cerca a ningún hombre hasta haberse casado.

Su madre le había relatado los sucesos muchas veces. Desde aquel entonces su vida fue cayendo y no tuvo más opción que hacer algo que no quería. Hubo un tiempo en el que creyó que lo podría dejar. Nunca disfrutó la vida que llevaba, se sentía sucia y se despreciaba. Después conoció a su padre y con el paso de los días, supo que ya no habría salvación; no tendría una vida normal, un marido amoroso, ni la familia que tanto había deseado tener.

- ¿Interrumpo?

Vio a Mijaíl parado en la puerta con una sonrisa alegre y no dudó; se alejó de Dmitriy para lanzarse a los brazos del hombre que siempre había sido su anclaje a la tierra, pero ese no era el único motivo por el que corrió a sus brazos; quería escapar de la mirada inquisitiva de Dmitriy. Por su mirada se dio cuenta que no le había gustado su acción. Hasta adivinó lo que había pensado como si lo hubiera dicho en voz alta; creía que amaba a Mijaíl.

Vio como sus manos se volvían puños y atravesaba a su hermano con los ojos. Su desagrado brillaba.

Dio un paso dispuesto a quitar las manos de su hermano de la pelirroja y con firmeza lo volvió a dar a atrás cuando se percató de lo que estaba haciendo. Él que era tan bueno en mantener unamáscara ante el mundo, por primera vez no había sabido ni como reaccionar, ni como ocultar sus emociones. Se molestó, tanto con él mismo, porque sabía que no debía ablandarse, como con su hermano por haberle hecho la jugarreta, como con la pelirroja por estar sostenida al cuello de Mijaíl, cuando tendría que estar entre sus brazos.

- ¿Qué haces aquí?

Ladró con muy poca educación en ruso para que la pelirroja no detectara que estaba malhumorado.

- Me necesita. — Espetó con suavidad.

Quería sonreír ante la actitud que estaba mostrando su hermano. Que se mostrara posesivo, significaba que no se había equivocado y que ella era la indicada para que volviera a ser el hombre que una vez fue. Se había estado sintiendo miserable por obligarlos a cumplir el acuerdo. Él era el jefe, era su empresa,

funcionaba de maravilla gracias a que había un sin fin de mujeres que querían sentirse dominadas por un hombre, por lo menos en la intimidad.

Él podría haber roto el acuerdo, podría haber hecho como que la solicitud de Cristina no había llegado a sus manos, pero no pudo y aun sabiendo que quizás, no funcionaría, prefirió arriesgarse a que su hermano le diera una tunda y que su amiga no volviera a dirigirle la palabra.

- Dejó de necesitarte desde que la metiste en mi casa. — Le dijo rencoroso.

- ¿Eso significa que no habrá más cit...?

- No sueñes. — Le dijo con arrogancia.

Los miraba... Y miraba. Aquellos dos habían empezado a hablar en ruso para que ella no entendiera lo que decían. Se habría echado a reír, si no hubiera estado segura que además de dar explicaciones, tendría que aguantar el cabreo de su jefe.

Que hablaba ruso y varios idiomas más era una de las cosas que nunca le había comentado a nadie. Le daba mucho reparo decir que mientras su madre estaba ocupada con su deber, ella se sentaba en una mesa con uno de los perros de su padre esforzándose por aprender bajo la amenaza de su padre de iniciarla en la vida que tanto despreciaba antes de que cumpliera los dieciocho.

Se mordió la lengua y se cruzó de brazos. Todo era un montaje para que ellos no se dieran cuenta que los había entendido. Supuso que había funcionado, cuando Mijaíl la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él, enterrando su cara en su pecho.

- ¡Qué dejes de hacer eso!

- ¿El qué? — Picó Mijaíl, bajando las manos hasta sus caderas.

Estaba a poco para romper a reír. Sabía que no debía hacerlo. Tenía que contenerse de cualquier forma posible. Que ellos no supieran que los entendía era una ventaja muy buena que, no iba a desaprovechar. Se mordió fuertemente el labio. Sintió como se rasgaba y como se filtraba por la rendija de sus labios el sabor metalizado de la sangre.

Con argumentos válidos que le otorgaba la actitud de Dmitriy, desplazó sus manos suavemente sin apartar los ojos de los de su hermano. No era una opción desviarlos, podía asegurar que en el momento que lo hiciera su hermano le atacaría como si fuera un oso protegiendo a su cachorro.

Apretó los dientes como un perro rabioso. No podía dejar de seguir cada movimiento con impaciencia. Era una locura que tuviera ganas de liarse a puñetazos con su hermano. En los minutos que llevaba allí, el impulso de ir hacia él y arrancar a la pelirroja de sus brazos había pasado dos veces por su cabeza. Se enorgullecía de su inmensa capacidad para mantenerse impassible, otro ya se hubiera lanzado contra él, sin medir sus actos y más cuando su hermano trataba de acabar con su paciencia.

Observó como ponía sus manos en las mejillas de Cristina y se tuvo que recordar que a su hermano no le interesaba ella como mujer, cuando vio la delicadeza con la que alzaba su rostro.

- ¡Maldita sea! — No pudo cerrar la boca a tiempo cuando sus rostros se encontraron.

Actuó con ligereza. La cogió por el brazo y le dio la vuelta para contemplar, lo que su hermano estaba viendo con ojos lastimeros. Sus facciones se volvieron más duras y las ganas de matar a su hermano se disiparon, siendo sustituidas por unas ganas de protección desmesuradas. Acarició su labio. No era un corte profundo, pero no le gustaba. Ver como se lastimaba, hizo que quisiera saber que la había llevado a herirse tan fácilmente como si fuera una cosa normal.

La miró intensamente y a la par se recriminó por no haberse dado cuenta antes que aquella mujer que le miraba con una mirada tan apacible como si lo que se hacía no tuviera importancia; estaba rota. No se explicaba como había sido tan bastardo para no darse cuenta en dos años que ella llevaba allí. "Imbécil, ni siquiera te dignaste a mirarla por el hecho de ser pelirroja", cayó sobre su mente como culpabilidad.

Era verdad, había sido tan obcecado que dejó hace mucho de querer tener mujeres cerca. Únicamente disfrutaba con ellas un rato y las mandaba a volar, pero lo peor y por lo que más remordimientos sentía, era que no podía tener a

una pelirroja demasiado cerca.

Viendo a esa pequeña y flacucha mujer delante, siendo consciente de lo apagados que se veían sus ojos, de la sonrisa que dibujaban sus labios, pero que no llegaba a resplandecer como una sonrisa real y de descubrir que ella misma se hacía daño, se dio cuenta de lo indefensa que se veía esa mujer.

- ¿Cristina?

Había visto el dolor en sus ojos, había visto los remordimientos, casi podía haber visto lo que él pensaba como si fueran sus propios pensamientos; no quería su pena, no quería su mierda de lástima, no quería que la siguiera mirando como si fuera un cristal frágil que en cualquier momento se le iba a caer de las manos y romper.

¡Ella no era débil!

Ella había luchado con uñas y dientes por salir de aquella vida que tanto daño le hacía. Solamente pensar en su madre, ya le hacía una herida en el pecho que sangraba de dolor. No, ella no era frágil. Sí, tenía sus problemas y puede que fuera bueno recibir ayuda, pero no merecía la lástima, pena, tristeza o cualquier sentimiento que se asemejaba; ella todavía seguía luchando.

Cambió sus gestos y convirtió todas sus emociones en resentimiento. Le pegó un manotazo y dio un paso atrás. Giró su cuerpo bajo la atenta mirada impactada de Dmitriy por el rechazó con el que le acababa de otorgar y le dio la espalda. Pasó por el lado de Mijaíl y recogió sus cosas. No le importó que todavía le quedaran dos horas para acabar su jornada. ¡Qué la despidiera! Gritó mentalmente, mientras bajaba en el ascensor.

- ¿Qué te pasa? — Se interesó Claudia, viendo a su amiga desanimada.

Apartó sus ojos del plato que contenía un Chicago Style Hot-Dog, que tanto le gustaban y unió sus ojos a los de su amiga. No dijo nada, se quedó pensativa. Claudia y Mijaíl eran las dos personas en quien más confiaba, pero por extraño que fuera, Claudia no sabía nada de su anterior vida y Mijaíl sabía lo justo y porque él fue quien la ayudó cuando se vio obligada a escapar. Si no lo hubiera hecho, a saber como estaría en esos momentos de su vida. Posiblemente, se hubiera acostumbrado a ser una mujer sumisa que si no cumplía su cometido era castigada.

Cerró los ojos con fuerza. Quería tener amnesia, olvidar de donde venía, quien era su padre y el sufrimiento en los ojos de su madre cuando descubrió que no podía protegerla del destino que su padre había sentenciado para ella. Volvió abrir los ojos y la angustia presionó con fuerza su garganta. No podía permitirse llorar, desahogar sus frustraciones con su amiga, dejar que la verdad saliera a la luz. Tal vez... Si lo hiciera se sentiría mejor. Tal vez... La cura era compartir sus penurias.

No... No podía. No se sentía preparada para que nadie la volviera a señalar, cuando ella no había elegido vivir esa clase de vida.

- Estoy bien. — Le dio una sonrisa.

Claudia no le dio más importancia y le hincó el diente a su perrito. Hizo lo mismo. No tenía hambre. Su estómago se había cerrado completamente y aun así se puso a comer para apartar de ella la atención de su amiga. Le encantaban esos perritos, eran sencillos y para nada empalagosos; con exactamente la cebolla justa, guindilla, mostaza, pepinillo y sal de apio para completar el exquisito Hot-Dog, te ponías morada. Ella que ya de por sí, comía poco, aquel día lo dejó casi entero. Ni siquiera consiguió que por su garganta pasara la mitad de aquella comida.

- Claudia, ¿por qué me pasaste ese enlace? — Preguntó, una vez habían acabado de comer.

- Mm. — Su amiga que sabía que le iba a caer una reprimenda, se entretuvo en limpiarse las manos minuciosamente. - Creí que te hacía falta algo de acción... Siempre estás inmersa en tu trabajo, casi no sales de casa y la mitad de los días te los pasas quejándote de tu cabrón jefe. — Se inclinó por decir la verdad.

- ¿Y no crees que debiste mencionar de qué iba la página? — Recriminó.

- Nunca hubieras rellenado la solicitud.

- ¡Claro que no! Joder, Claudia, es una puta página de sexo. — Se obligó a mantener la voz baja.

Estaban en un restaurante donde eran bastante conocidas. Asistían a menudo y también estaba el pequeño detalle que, allí trabajaba su amiga Melisa. No era un trago bonito que todo el que estaba allí comiendo se enterara; que por la cabra de su amiga había rellenado por error una solicitud para tener sexo y que encima había pagado por ello, pero el colmo, era que para su maldita suerte, había acabado en casa del jefe al que tanto criticaba. El que de repente había empezado a despertar sensaciones en su cuerpo que hasta ahora no conocía y el cual sabía que era culpable de que sus recuerdos estuvieran acribillándola sin descanso.

- ¿Por qué no te relajas y empiezas a disfrutar de la vida?

¿Pagaría mucho si le cortaba la mano como hacían antes cuando un ladrón robaba? No lo sabía, pero la idea era bastante potente. Era su amiga, joder, y ella le había hecho el lío. Estaba segura que no lo había hecho con maldad, que lo único que quería era que empezara a ver lo que se estaba perdiendo, pero... ¿Era tan difícil respetar su vida? ¿Sus decisiones? Ella no iba por ahí planeando la vida de los demás y mucho menos tomando decisiones que no le correspondían respecto a sus amigos.

Cada cual, era libre de escoger su camino. El suyo hace tiempo lo había escogido; quería un hombre, pero uno que la amara. No quería ser un buen polvo y si te he visto no me acuerdo. El problema estaba en que Dmitriy la desestabilizaba y que junto a él, quería dejarse llevar sin medir que luego lo más probable que sucediera, es que se arrepintiera.

- Me encantaría hacerlo si me considerara una fulana.

- ¿Me estás diciendo que soy una puta? — Bromeó.

- Jamás se me ocurriría. Solo te hago saber que yo no sirvo para tirarme a un tío y olvidarme de él dos horas después.

- A veces tardo más. — Comentó divertida.

No pudo contener la risa y las dos terminaron riendo ruidosamente, provocando que varios clientes se giraran curiosos a contemplarlas.

- Un día mi padre os mostrará amablemente la puerta. — Se sentó Melisa junto a

ellas.

- ¿Se puede ser amable y a la vez echar a alguien? — Inquirió Claudia.

- Si se trata de mi padre. Te aseguro que sí. — Sonrió divertida.

- Bueno ahora que estamos las tres, hablemos de temas serios. ¿Cómo se llama?
— Soltó impaciente Claudia que la miraba, con los ojos brillantes por la ansiedad que le atacaba el cotilleo que ahora mismo desbordaba su curiosidad.

La ignoró haciéndose la sorda. Cogió su refresco y bebió un largo trago. Luego lo dejó con cuidado en la mesa y las observó; no iba a poder escapar al bombardeo de preguntas que desembocaría la revelación de quien era el tipo que trataba de meterse en sus bragas.

- ¿Cristina? — Presionó Melisa.

- ¿Es obligatorio responder? — Probó haber si había suerte.

- ¡Sí! — Se pusieron de acuerdo para responder a la vez.

- Dmitriy. — Dejo salir despacio, tras haber cogido una buena bocanada de aire.

- Que mala suerte. — Habló primero Claudia. - Precisamente se tenía que llamar como don renombre hombre de hielo.

Se calló sin saber que argumentar. Se iban a quedar en conmoción cuando supieran que los dos eran el mismo. A Claudia que todavía seguía pendiente de ella, se le hizo muy raro que su amiga no hubiera dicho ninguna frase irónicamente y eso la llevó a darse cuenta de lo que no quería decir. Abrió los ojos todo lo que pudo y se dijo “que el destino era en ocasiones muy caprichoso”.

- Es él, ¿verdad?

- Sí, cariño. Tú, una de mis mejores amigas me ha puesto en manos del hombre de hielo.

- ¿Cómo es posible? — Interrumpió Melisa.

- Bueno... Lo que he deducido es que Mijaíl es quien está a cargo de esa puñetera Web y no se le ha ocurrido nada mejor que su hermano sea mi dueño por un mes.

- ¿No qué era tu amigo?

Sí, lo era y por eso sabía que Mijaíl lo había hecho expresamente por algo. Le había dado muchas vueltas y no encontraba otro motivo para que él hubiera actuado de aquella forma. Le había visto hablar con su hermano, Dmitriy quería que él rompiera el acuerdo, pero su hermano se negó. Así que ahí había gato encerrado y Mijaíl sabía algo de su hermano y la estaba utilizando a ella... ¿Para qué? Esa era la famosa pregunta. ¿Que pensaba que conseguiría con su presencia que había dejado la amistad a un lado?

- Lo es. — Dijo convencida.

- ¿Entonces no le odias?

- Antes debería odiaros a vosotras por tramar planes a mis espaldas. — Dejó caer con maldad.

Se quedaron calladas y no volvieron a tocar el tema. Las dos sabían que habían procedido malamente, pero ellas únicamente querían que su amiga fuera feliz, que se diera cuenta que había un mundo que vivir y que tenía que dejar ese aislamiento que entorpecía que ella mantuviera una relación. Aunque siempre se quejaba con ellas que los hombres no se le acercaban, eso no era del todo cierto. Ellas habían presenciado con sus propios ojos, como pasaba descaradamente de todo aquel que se arrimaba a ella.

En muchas cenas de las que compartían se lo habían mostrado y señalado, pero siempre tenía excusas; que si no se veía decente, que si solamente se acercó para preguntar por ellas, que si es que ese hombre no era su tipo, que si era un grosero, que si no le gustaban sus ojos, que si llevaba marca de haber llevado anillo... Y así hasta el cansancio. Por eso ellas habían decidido tomar medidas drásticas; no darle opción a fijarse en un hombre.

- ¿Mañana en Princezno?

¡Claudia y las fiestas!

Se quedó pensativa valorando si era mejor quedarse en casa. Las últimas veces se había aburrido como una ostra, sus amigas terminaban yéndose a casa con un par de chicos guapos y ella desilusionada y cabizbaja por volver a un espacio vacío, oscuro y sin vida, como lo era su casa. Se había acostumbrado a la soledad, a tener su espacio, pero seguía añorando regresar a un lugar donde el hombre indicado la esperaba para preguntarle que tal lo había pasado y luego con mucho mimo hacerle el amor. Envidiaba las películas con final feliz y se lamentaba porque la vida no se pareciera en nada a lo que les pintaban en las historias románticas de los libros; ella quería enamorarse, sentir que alguien la amaba tanto como para dar su vida por ella, quería ser especial, única y tener un hombre el cual sus ojos solo la vieran a ella.

- Vale. — Concedió unos minutos después.

Cuando las amigas se separaron eran pasadas las cinco. No quería regresar a casa de Dmitriy, pero no tenía más remedio que hacerlo, si no quería verse debiendo una deuda que no podría pagar ni aun metiéndose a prostituta por un año. Ese pensamiento fue escalofriante y se quedó petrificada ante la idea absurda que le había pasado por la cabeza sin venir a cuento. ¿En qué demonios pensaba? ¿Por qué su cabeza tenía que ser tan retorcida?

Se paró media hora después frente a la puerta de Dmitriy. Paolo se le acercó mostrando en su cara lo descontento que estaba con ella. Se imaginaba porque y esa veracidad le hizo mostrar una sonrisa brillante que, por primera vez, si se parecía a una sonrisa y no a una que tanto había ensayado y que ya le salía sola como si no conociera otra forma de sonreír.

- Señorita Harris...

- Cristina, por favor.

- ¿Me puede decir porque habíamos acordado una cosa y luego me he tenido que tragar un sermón poco amistoso?

- Lo siento. — Se excusó. — No estoy acostumbrada a tener niñera. Se me olvidó.

- Ya... No vuelva a esperar que confíe en usted. — Le dijo con contundencia.

Le dio una sonrisa que ablandó un poco el corazón del chófer. Resopló, esa chica era una manipuladora innata, sería capaz de llevarse a su territorio al hombre más infernal. No, nunca lo pondría en duda, con esa sonrisa inocente, esos ojos rebosando en vida y esa cara angelical, donde resaltaba una hermosa peca en el pómulos, haciéndola más preciosa, si se podía, sería la perdición del señor Dmitriy.

Entró por la puerta y se dirigió al jardín, llevaba idea de pasar desapercibida para los ojos de Dmitriy. No creía que le costara mucho lograrlo, esa habitación contaba con una puerta por la cual podía internarse sin ser vista desde el jardín. Esperaba que Paolo le guardara por un rato el secreto de que había llegado y que cuando don gruñón se percatara de su presencia, ella contando con buena suerte, yacería en la cama, con un buen sueño cogido. Puede que fuera tan fuerte su sueño que ni aunque se le pasara por la cabeza ponerse a cantar a voces, conseguiría despertarla.

CAPÍTULO SEIS

Asomó la cabeza con precaución y se aseguró que Dmitriy, no hubiera sido más listo y la estuviera esperando en la habitación. Era una acción tonta, no entendía

porque él iba estar esperándola, no era su pareja, ni siquiera llegaba a ser su amigo. ¿Entonces por qué lo hacía? Porque quería volver a sentir la preocupación que por unos minutos él había mostrado en la oficina como si realmente le importara lo que le pasaba. Ese breve momento en el que él, había dejado de ser un hipócrita para interesarse por ella, había conseguido que su corazón diera una especie de sacudida y era una sensación que quería volver a experimentar.

Se sentó en la cama. Soltó un sonoro suspiro. Se dijo que era de alivio, cuando la realidad era muy distinta, se había decepcionado de no encontrarlo. Sus ojos se apagaron desilusionados y una sensación extraña a la que no podía ponerle nombre se instaló en su pecho. Se recostó estirando los brazos para abarcar la enorme cama con su pequeño cuerpo.

No entendía lo que le estaba sucediendo. Su cabeza no la ayudaba a razonar y para más pesar de ella parecía que se había puesto en su contra, dejando que el nombre de Dmitriy pasara sin cesar por sus pensamientos. Su cuerpo iba por el mismo camino, se había levantado con espada para la guerra y le reclamaba la presencia de Dmitriy a su alrededor. Peleaba por la cercanía de él. Era como si de la nada, le hubiera crecido de repente, unas increíbles y fuertes ganas por no estar en ningún otro lugar que no fuera donde él se hallara y bajo su atenta mirada intensa que por arte de magia, ya no le parecía fría.

Frustrada rodó sobre la enorme cama. Tenía que dejar de pensar estupideces, si seguía así, no podría resistirse cuando Dmitriy le volviera a poner las manos encima. Por el contrario, sería ella la que le rogaría desesperada por un poco de atención. ¡Jamás!

Se internó en el baño, se soltó el cabello, se pasó el cepillo para alisarlo de haberlo llevado casi todo el día recogido y se quedó fijamente mirando su reflejo. Su imagen se volvió borrosa. La imagen cambió. Aunque sabía que era ella, pudo ver la sonrisa de su madre, sus ojos tristes, su cabello rizado igual de rojo que la sangre... El cepillo se resbaló de sus manos y el estruendoso sonido la hizo volver del lugar lejano al que se había ido. Parpadeó con rapidez varias veces seguidas. La imagen había desaparecido, solamente quedaba el reflejo de una mujer con los ojos empañados y una mirada compungida y llena de pesar.

Recogió despacio el artilugio como si pensara que hacerlo más rápido traería de

nuevo la visión. La echaba de menos. Hacía años que no sabía nada de ella y no porque no quisiera, sino porque sabía que eso era un riesgo muy grande para ella. Se había obligado a esconder sus inquietudes. Durante un tiempo estuvo bien, había podido refrenar las imágenes de ella siendo infeliz, aceptando que ese era su destino y que nunca saldría de aquella vida que cada día hacía que se deteriora a marchas forzadas, pero... Tres años eran demasiados para una hija sin tener noticias de su madre.

Al ponerse de pie, no pudo volver a observar su reflejo. Su mirada estaba puesta en un artilugio que había encima del lavamanos. Sentía que la estaba llamando, como si la hipnotizara, como si le dijera que así el dolor se iría. No se dio cuenta de cuando había dejado el cepillo e intercambiado por el artefacto que ahora sostenían sus manos. Era como si entrara en un trance y no supiera lo que hacía, únicamente seguía su instinto queriendo alejar la desazón que consumía su corazón.

Soltó un aullido desgarrador cuando sintió abrirse su piel. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se arrepintió en el mismo momento que la sangre caía por su estómago; la maquinilla de afeitar que Dmitriy había utilizado unas horas antes, cayó de sus manos. Se apresuró a buscar algo que cortara la sangre, temía haber apretado con demasiada fuerza. Minutos después, confirmó que no era tanto como creía y tras haber buscado por todos los cajones que aquel mueble tenía, encontró unas gasas y esparadrapo para poder cubrir la herida y que no se infectara.

Cansado se pasó la mano por la frente. Después de haber regresado a casa, se vio de nuevo obligado a salir sin saber donde se había metido Cristina. La forma en que se fue de la oficina le dejó muy contrariado; no sabía qué hacer con ella. La quería en su cama, eso estaba claro, no era una opción no tenerla. Pero también quería protegerla, quería averiguar porque se veía tan destruida, porque sus ojos gritaban por ayuda y eso empezó a asustarle. Por eso había concluido que lo mejor era quitarse las ganas que le tenía y luego mandarla a su casa, sacarla de su oficina y que desapareciera de su vida. Se estaba comportando como un jodido despiadado, lo sabía, pero no le importó. En su vida no había sitio para los sentimientos, él no creía en el amor y no iba a empezar a hacerlo ahora. Nunca le había importado utilizar a una mujer para su placer y lo iba a seguir haciendo.

Se echó a reír, ya no sabía ni lo que pensaba. Claro que iba a seguir con la vida que llevaba, la disfrutaba, llevaba años así y gozaba del privilegio de tener una mujer distinta cada vez que quería.

Se detuvo de pronto poco antes de llegar. Iba caminando porque había dejado a Paolo para que le avisara cuando ella llegara. Una pregunta que no tendría porque haberse colado en su pensamiento, apareció en letras gigantes; ¿Qué pensaría si le confesara a lo que realmente me dedico cuando estoy en la oficina? Meneó la cabeza con insistencia. ¡Qué mierda! ¿A qué había venido eso? Era su vida y poco le interesaba lo que la pelirroja tuviera que decir y por supuesto, estaba el punto que él nunca le diría la clase de vida que llevaba. Si lo hacía, podía olvidarse de ponerla bajo su cuerpo. Ella no era como las demás, ella era una jodida romántica como su hermano y quería un puto príncipe azul, cosa que él no era ni aunque lo intentara aparentar.

- Paolo, ¿ha llegado?

Paolo desvió la mirada. Desde hacía un buen rato, sabía que debía haberle avisado. La chica hacía dos horas y media había llegado, pero no era eso lo que le preocupaba decirle, si no que hace buen rato la escuchó gritar de una manera desgarradora y no se había atrevido a entrar; lo iban a despedir. ¿Por qué su jefe tenía que pensar que él era un guardaespaldas? ¡Chófer! Él era chófer, la licencia de guardaespaldas, vigilante, protector o como quiera que se llamara, no venía conjunta con la de chófer. ¡Son dos cosas diferentes! Estaba al borde de chillar.

- Paolo. — Llamó de nuevo su atención.

- Síii... Señor.

El arrastre de palabras, seguido con el tartamudeo, más sumado el leve temblor de las manos de su fiel chófer; lo puso alerta y su corazón empezó a retumbar.

- ¿Le ha pasado algo? — Preguntó sin poder contener la vibración de ansiedad en su voz.

- No lo sé. — Dijo taciturno.

- ¿Qué demonios significa eso?

- Ella... Bueno... Yo la oí gritar hace un rato.

- ¿Y no la has revisado? — Rugió más que preguntó.

Su voz era puro fuego, le extrañó no ver a su empleado chamuscado, sabía que con la ira que ahora mismo corría por su venas, era una posibilidad que podía haber sido efectuada. Su empleado negó precavido, temía que lo cogiera de un puñado y lo sacara a empujones de su propiedad. No iba muy desencaminado. En un primer momento ese fue el instinto a seguir, pero pronto recordó lo que había dicho su chófer y salió corriendo preso del pánico.

Pasó otra página de la novela de terror que estaba leyendo. Era uno de sus pasatiempos favoritos, la distraía de hacer alguna idiotez que pasara por su mente. La puerta se abrió de golpe y se estampó con brutalidad contra la pared, salió corriendo mientras chillaba y buscaba un lugar para refugiarse.

- ¡No me maten, yo no vivo aquí! — Gritó apelando al juicio, de los locos que creía enemigos de Dmitriy habían entrado.

Se quedó en conmoción por unos segundos al escucharla. Su intención no había sido asustarla, únicamente quería comprobar que estaba bien. Puede que debiera haber controlado su temor y acercarse con más calma, pero pensar que estaba posiblemente inconsciente le había llevado a ser momentáneo e imparable.

Dándose cuenta de lo surrealista que era él entrando en estampida y Cristina corriendo para encerrarse en un baño que más que su salvación, sería su tumba, le hizo reír a carcajadas. Hacía mucho que no se reía con tanta intensidad, sin preocupaciones, sin sentir dolor al recordar porque había dejado de hacerlo. Se sintió rejuvenecer. No era un viejo, eso él lo sabía, pero hacía mucho que se sentía como uno.

Se agarró el estómago y dejó que su espalda reposara en la pared. Sintió como su músculos estomacales se contraían, como el leve dolor de la risa atacaba sin compasión su barriga. Aun así, siguió riéndose varios minutos más, mientras sentía como se iba familiarizando con la risa que había olvidado que tenía y que estaba llenando sus ojos de lágrimas.

Abrió la puerta y se sintió estúpida. Había reconocido la voz de Dmitriy, ese tono estridente era muy difícil de confundir por eso se había atrevido a salir. Al verlo de aquella manera, el enfado que había tomado posesión de todas sus terminaciones, se había disipado. Ya no corría por sus venas las ganas de estrangularlo con su propia corbata. No, ni rastro de enojo. Debería estarlo, la había aterrorizado, en cambio, lo único que quería era que no dejara nunca de liberar esa espléndida melodía.

Sus carcajadas fuertes e incontrolables, se le filtraban por los oídos, haciendo que su cuerpo sintiera escalofríos y su latido se acelerara al sentir que le estaban tocando el lugar más valioso que tenía; su corazón.

- ¿Me quieres matar? — Dijo sin poder contener la sonrisa que florecía contagiada por la imagen de ver a Dmitriy relajado.

- Podría hacerte la misma pregunta. — Inquirió, cambiando el tono de su voz.

No podía permitir que le viera de aquella forma. Un poco tarde para eso. Por la forma de mirarle ella llevaba varios minutos ahí parada, observando como se tronchaba de risa. Lo que sí podía hacer, era perseverar en su forma de ser y mostrarle que él no era penetrable, que su corazón carecía de sentimientos y que él nunca sería una buena opción a escoger para ella.

- ¿Por qué? Tú has sido el que se ha llevado la puerta por delante como si fueras una grúa.

- ¿Estás bien? — La revisó disimuladamente.

- ¿Debería no estarlo?

Dmitriy se acercó a ella. Dio una vuelta a su alrededor y luego se plantó frente a ella. Quería ponerla nerviosa, ver algún indicio de que ocultaba algo, pero ella era buena, sabía ocultar tan bien como él, lo que no quería que fuera descubierto y lo habría logrado si Dmitriy que era un detector de mentiras, no la hubiera cogido por los brazos, tirado de ella bruscamente y pegado a su cuerpo.

- Mmm. — Le salió un quejido, que había tratado de ocultar mordiéndose el

labio, para que Dmitriy que tenía su cara pegada a la de ella, ni escuchara, ni viera la mueca de dolor.

Reaccionó rápida y sonrió. Era la sonrisa más falsa y superficial que había podido dibujar.

Se puso de mal humor, no le gustaba su sonrisa ficticia. En otras ocasiones no le importaba, pero justo en aquella era un jodido problema. El animal hambriento estaba despierto, quería saciarse, obtener lo que él sabía le pertenecía. Por lo menos por un mes. Si juntaba el cabreo con las ganas de internarse en ella que le nublaban la razón, no sería delicado, sería una bestia y además de duro y cruel; no le importaría si ella lo disfrutaba.

Su sonrisa fue borrada al percibir el cambio que habían mostrado sus ojos. Quiso dar un paso atrás. Dmitriy se lo impidió presionando la mano en la parte baja de su espalda y la mantuvo pegada a su cuerpo. Empezó a sentir su boca seca. Ese simple roce había abierto una fuerza en su vientre, una sensación que no sabía como describir, que la aterrorizó, pero a la vez la empujó a dejarse llevar. Era como si su cabeza hubiera perdido el control de su cuerpo y se hubieran intercambiado los roles, siendo el cuerpo el que ahora dictaminaba lo que había que hacer.

Sintió las caricias en su espalda. La respiración descontrolada que rozaba su cara, los ojos que la miraban con ansias. Su respiración se aceleró y la temperatura de su piel empezó a subir como era inminente que ocurriera cada vez que se le acercaba de esa manera.

- No lo hagas. — Consiguió coordinar una frase sensata antes de que Dmitriy apresara sus labios.

Gruñó. La súplica que había detectado en su voz, mandó al garete sus planes. Abruptamente la soltó y se llevó las manos a la cabeza. Sabía que ella estaba igual de afectada que él, entonces... ¿Por qué le rechazaba? Reconocía el deseo en una mujer, no había sido imaginación suya. Si la miraba detenidamente, vería que a pesar de estar a una distancia prudente, ella deseaba seguir enterrada entre sus brazos y pecho.

No podía negarlo, se había rendido a él. Su fuerza de voluntad fue sometida por esos ojos grises. El deseo se había abierto paso incitada por esas suaves caricias que le prodigaba. Breves segundo había deseado sentir sus labios. Averiguar si su sabor sería igual de exquisito que toda su envoltura de fuera. Por eso pudo romper el silencio que les envolvía, sus pensamientos eran suficientemente fuertes para darse cuenta que no podía dejarse deslumbrar.

Recobró la cordura que había perdido y se centró en recuperar el control de su traidor cuerpo. No lo permitiría, lucharía con fuerza contra su propio deseo, ella no iba a ser una distracción de escasas horas.

- Los dos lo deseamos.

La miró de frente, empezaba a sentir que su rechazo le asfixiaba.

Dmitriy de nuevo apresó sus caderas. Inclino la cabeza y metió la nariz en su cuello, luego lo oyó aspirar su aroma. Se alteró y no lo pudo ocultar. Era tan sexi que era imposible no pensar en los dos haciendo mil y una locuras.

- Cuando alguien desea algo con mucha fuerza, ve cosas que quiere ver. — Mintió, poniendo distancia.

Si se atrevía a decirle que llevaba razón y que le había detenido porque no iba a consentir ser una más en su cama. Estaba segura que se habría girado, abrazado y calentado el oído hasta estar los dos retozando hasta estar sin energías.

- Porque chillaste. — Cambió Dmitriy de tema, pasando descaradamente del problema que tenía de nuevo entre las piernas.

- Yo no... — Empezó a decir convincente.

- Hace cinco minutos... Has soltado un gemido de dolor. Deja de tomarme por idiota.

- Deja tú de meter las narices donde no te llaman.

- Mientras estés en mi puta casa... Tú eres mi problema, todo lo que te rodea es mi problema y todo lo que tenga que ver contigo es mi mierda de problema. —

Dijo furioso, pero con una voz tan calmada que le provocaba espasmos. - Ahora muéstrame el estómago, si no quieres que sea yo quien vaya e inspeccione, además de verificar que otra vez me estás mintiendo. — Espetó tosco.

Soltó el aire fastidiada. No había escapatoria. Poco a poco deslizó el jersey hacia arriba hasta que su estómago quedó al descubierto, enseñando la gasa que mostraba la transparencia de la sangre que se había adherido a ella.

- Destápala. — Ordenó perdiendo la paciencia que le quedaba.

Hizo lo que le acababa de pedir. Sus ojos se oscurecieron. Su enfado acababa de aumentar hasta el punto más alto. ¿En qué mierda le había metido su hermano? ¿Qué atormentaba aquella chica de esa forma? Se giró con agilidad, entró al cuarto de baño y se mantuvo encerrado por unos minutos, tratando de recuperar la compostura. Como no lo hiciera pronto, él iba a enseñarle de una forma poco agradable lo que era el dolor. Respiró despacio y luego aspiró muy hondamente. Cuando creyó que podía mantener sus impulsos a raya, se hizo con el botiquín y volvió a salir.

La puerta se abrió y Dmitriy se acercó a pasos agigantados hacia ella. Se mantuvo impassible ante lo que traía en sus manos, no hacía falta que lo hiciera, estaba bien. Aunque le escocía un poco, no era muy molesto y podía olvidar que otra vez había destrozado su piel.

- Apoya tu cuerpo sobre tus manos.

- Dmitriy...

- Como me hagas volver a repetirlo, te juro por mi vida que te ato a la cama y no te suelto hasta que no dejes de ser mi puto problema. — Amenazó.

No volvió a abrir la boca. Por la forma y dureza con que la había amenazado, ya había acabado con su paciencia y no ponía en duda que lo cumpliera. Se tumbó un poco hacia atrás y se colocó como su jefe había ordenado.

Las manos de Dmitriy apresaron la tela y la subió lo justo para dejar la herida a la vista. En ningún momento dejó de mirarle. Parecía un experto. Extrajo el alcohol y antes de echarlo sobre la raja, sus dedos tantearon alrededor de su

herida. Escondió una sonrisa. Ella había hecho lo mismo hace un rato, pero ver como él comprobaba que no necesitaba puntos, hizo que le observara de una forma que jamás habría intuido lo haría.

- Estate quieta. — Reprendió.

¡Iba a darle una patada! Como no quitara sus manos pronto de ella, se la daría. No podía seguir sintiendo sus manos en su bajo vientre. El cosquilleo que sentía con cada dedo que la acariciaba, le hacía dar respingos. No sabía que hacer para dejar de sentir de nuevo la sensación que Dmitriy provocaba a su cuerpo cada vez que la estaba tocando. Aquello era un suplicio. Ni el morderse el labio, ni el agarrarse a las sabanas con fuerza, ni el mirarlo con maldad, conseguían que el idiota dejara de acariciar su vientre como si fuera un mapa que estaba revisando.

Le había gustado la sensación de ver que su contacto le provocaba reacciones. Que no las hubiera tenido, habría sido una mala señal. Significaría que ella le era indiferente y que él tendría que dejar que pasara el mes sin poner sus manos sobre ella, dándose por vencido. Habría sido la primera vez, pero siempre había una primera vez para todo y él sabía que podía haber sido el caso.

Se pasó un buen rato curando la herida, verdaderamente, no era una herida de importancia. Ese no había sido el motivo de la demora; él la había creado aposta. Se había empeñado en tener sus manos tanto tiempo como pudiera en esa piel tan suave que se burlaba de él, por no poder reclamarla como quería. Habría pasado horas de esa forma, únicamente acariciando aquella zona, pero Cristina no dejaba de moverse. Y empezaba a ser muy difícil ocultar las ganas que tenía por tumbarse encima de ella y tomarla.

¡Tenía que hacerla suya! Estaba completamente seguro que cuando eso pasara, su fascinación por ella desaparecería y él volvería a ser el hijo de puta, egocéntrico, malhumorado, cabrón que era. Por el momento, se tendría que joder, porque por mucho que soñara con ese momento, no era un desalmado violador. A él le gustaba obtener las cosas trabajadas. Por mucho tiempo que le llevara, pero no había mejor sabor para la victoria que haberla tenido porque ella se había entregado a él; únicamente y expresamente a él.

CAPÍTULO SIETE

Después de curarla, Dmitriy enmascaró sus expresiones y sin mostrarle ningún interés, se marchó del cuarto. Se incorporó y observó el buen trabajo que había hecho, "tenía dotes de enfermero". Sonrió recordando lo sería que se volvían sus facciones cada vez que tenía que centrar sus ojos en la herida que se había provocado ella misma debajo del ombligo.

Dimitriy volvió media hora más tarde. No pudo ocultar su sorpresa al verlo cargado con una bandeja. No esperaba que él hiciera eso, cotidianamente él era quien demandaba y ella la que cumplía, por eso le causó confusión verlo de nuevo como un humano y no como al hombre de hielo al que estaba habituada. La sonrisa se pintó en su rostro y unas ganas irreprimibles le nacieron por comérselo a besos.

Como estaba acostada Dmitriy no tuvo que demandar que lo hiciera y dejó sin problemas la bandeja sobre sus piernas. Brincó de felicidad al darse cuenta que la bandeja venía preparada para dos y su visión sobre él empezó a cambiar drásticamente. ¿Por qué tenía que ser un encanto? Observó cómo preparaba los cubiertos para los dos. Era hermoso. No lo diría en voz alta, pero se dio cuenta que verdaderamente, pensaba que era hermoso. Igual que sabía que verlo con otros ojos, le traería muchos problemas.

- Gracias. — Susurró, sin poder mirar sus ojos, cuando le entregó el tenedor.

No contestó. Ese era el tipo de acciones que no debía hacer y en contra de lo que sabía no debía haber hecho, lo hizo. Se llevó el pollo en salsa a la boca que había preparado la mujer de su hermano muy amablemente para ellos y saboreó la comida deliciosa, mientras Cristina bebía un sorbo de agua.

- ¿Lo has hecho tú?

- ¿Me ves cara de cocinero?

- Ja, ja, ja.

No esperaba hacerla reír y tuvo que desviar sus ojos de ella.

- Ha sido mi cuñada. La mujer de Mijaíl. — Recalcó.

Ahogó una risa en su garganta. Había sonado tal cual lo había dicho. Verdaderamente ese hombre creía que le gustaba Mijaíl. No podía estar más equivocado. Ella apreciaba a Mijaíl, había sido un buen amigo y su mayor apoyo, pero nunca había construido otro tipo de sentimientos hacia él que no fuera de una pura y buena amistad.

- ¿Qué tiene gracia? — Preguntó curioso, entrecerrando los ojos.

- Crees que tengo sentimientos por Mijaíl. — Dijo sin importancia, mirando directamente a los suyos.

Le encantaba verse reflejada en el color grisáceo. No por su color que eran claramente preciosos, si no porque cuando se veía a ella misma, era consciente que la miraba a ella, que no simulaba verla y luego estaba observando otro punto lejano; le prestaba a ella toda su atención.

- ¿Y no es así?

- No. Es un buen amigo.

- Cualquiera lo diría después de ver como te lanzaste a sus brazos. — Ironizó.

- Te molestó. — Afirmó.

La miró. Puede que estuviera cavando su propia fosa siendo sincero, pero para él las mentiras no tenían cabida en su vida. Era una de las pocas cosas que le hacían actuar como un malnacido. Que le miraran a la cara y le mintieran era algo con lo que no podía vivir. Una vez sufrió las consecuencias que acarrearán las mentiras. No quería gente de ese calibre a su alrededor, no merecía la pena que gente sin escrúpulos fueran tus amigos, para eso era mejor ser un solitario como venía haciendo él.

Se ahorra problemas si no dejaba que nadie se acercara demasiado, si no dejaba que nadie escalara el muro que había creado y si no daba una oportunidad

para que accedieran a sus sentimientos. Mira por donde ahora una pelirroja estaba desestabilizando y trayendo el caos a su mundo. Ese era el motivo mayor por el que se había dicho mientras recogía la comida que "tenía que poseerla cuanto antes para sacarla de su vida y de su mente".

- ¿Te parece raro? — Soltó con recochineo.

- ¿Qué? ¿Qué un hombre frío como tú muestre interés en alguien que no sea él mismo? — Contestó a la carrera.

- No soy frío. — Espetó a la defensiva. - Si me dejaras te haría conocedora de cuan caliente puedo ser. — Insinuó.

No deseaba nada como que esa posibilidad se diera.

- No lo pondré en duda... Pero me refiero como a persona.

- No quieras ver lo que no hay, porque cuando quieras darte cuenta de lo desgraciado que soy, será demasiado tarde, terminarás odiándome, sufriendo y con el corazón hecho cachos. — Advirtió con demasiada convicción.

- Todo el mundo tiene un corazón... — Se aventuró a decir insegura.

- Yo no. — Aseguró mirándola con frialdad.

Se mantuvo callada, no quería ver como se volvía a enfadar. Le gustaba verlo relajado, con sus facciones suavizadas, con el destello brillante que aparecía en sus ojos y la hacía sentir que podía traspasar sus barreras. Intuía que él no quería que viera nada bueno en su persona. Sería capaz de afirmar sin equivocarse que si Dmitriy hubiera podido escuchar sus pensamientos, habría salido a correr por la primera puerta que le llevara a la seguridad de su vida perfecta y rutinaria.

Finalizaron la cena sin que ninguno de los dos volviera a abrir la boca. Se deshizo de la bandeja entregándosela a Paolo que esperaba fuera. Regresó al dormitorio y fue testigo de como Cristina hacía una mueca de dolor al tumbarse y rozar la tela su herida. Cerró los puños inconscientemente, era puro acto reflejo, ni siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo, hasta que sentía sus

puños volverse blancos de la presión que hacía.

Apretó los labios con ahínco y abrió los puños apartando las ganas por despedazar a la persona que la había llevado a hacerse aquellas atrocidades. Quería pensar que era humanidad, que no estaba empezando a sentir nada por esa pelirroja que se empeñaba en mirarle como si él fuera un hombre maravilloso. Él sabía que no lo era y no lo sería nunca; tendría que encontrar la manera para que ella dejara de verle como un hombre tierno. Aunque si seguía haciendo cosas como curarla, llevarle de comer y mostrar unas misteriosas fuerzas por protegerla, difícilmente conseguiría que ella le viera como un desgraciado sin emociones.

Atenta a todos sus movimientos, pudo percibir como su carácter se había agriado con el pasar de los minutos. Por eso cuando él se recostó a su lado, mantuvo la boca sellada y su cuerpo lo más lejos posible de su piel; se había vuelto a quitar la ropa bajo su mirada. Al principio pensó que querría reclamar sus derechos, pero se sintió aliviada cuando él simplemente le dio la espalda y apagó las luces. Le costó un mundo conseguir relajarse sabiendo que Dmitriy podía cambiar de opinión y poner sus manos sobre ella, pero después de unos minutos, su respiración se fue volviendo pausada y sintiendo el respirar profundo de Dmitriy confirmando que se había dormido. Dejó que su cuerpo se relajara y se entregó al sueño.

Sintió como unas manos se posaron en su estómago, no le hizo falta estar completamente despierta para saber de quien eran esas manos sedosas que tan delicadamente la acariciaban. Su pulso se aceleró y todavía con los ojos cerrados se incorporó como si fuera un coche de carreras y hubiera puesto la primera. Reposó su espalda sobre el respaldo de la cama obviando lo mucho que la herida estaba molestándola por sus movimientos bruscos.

Sus ojos conectaron con los de Dmitriy y sintió un pinchazo atravesar su pecho al ver la mirada horrorizada que él le devolvía. Se sintió como una tonta y los remordimientos atormentaron su alma. Debía disculparse. Se acercó despacio y soltó el aire muy lentamente antes de poder formar un conjunto de frases que Dmitriy no le dio oportunidad de expresar.

- Me tengo por un maldito bastardo, pero tengo principios y entre ellos el que

más destaca es el de no aprovecharme de una mujer. — Dijo mirándola pasmado.

Eso la hizo sentir mucho peor. Ella no se había apartado por miedo a él. Lo había hecho porque se había asustado de lo dispuesto que estaba su cuerpo y por lo bien que se había sentido al sentir sus dedos fuertes cosquillearla en la tripa. Empezaba a pensar que estaba perdiendo la cordura. Quería seguir viendo al hombre frío, el hielo que ella conocía, pero le estaba siendo irrealizable esa operación. Todo lo que veía era un hombre dañado, no sabía porque, que se había encerrado en sí mismo, mostrando una cara que ahora ella empezaba a descubrir era fingida. Era absurdo que ella que tanto le había criticado con sus amigas, que tanto se había quejado de él, que había aborrecido cada frase hiriente que en dos años había soltado su boca, ahora se estuviera viendo fascinada por él a cada segundo que pasaba.

- Si lo miras bien, no sería realmente así, tienes mi firma concediéndote la autorización para hacerlo si quieres.

Trató que la tensión que se había creado entre los dos desapareciera.

- Sí, lo tengo, pero tú no quieres que ejerza ese poder. — Se levantó cabreado.

¿Por qué no podía desearle como todas las otras mujeres? ¿Por qué esa jodida pelirroja tenía que huir de su toque? Él la quería en su cama y no podía tenerla porque ella no estaba dispuesta, porque era tocarla y saltaba, porque trataba de acercarse y ella daba dos pasos atrás. Estaba empezando a perder la paciencia, además de la cabeza. Lo estaba intentando, se mostraba cordial, la trataba como si fuera de seda, contenía sus impulsos a buen recaudo y ella... Seguía evitando un acercamiento. Por lo menos podría tener la decencia de darse cuenta y ceder en algo. Al paso que iba, por mucho que se acabara de sentir ofendido por sus pensamientos, si se acercaba la finalización del acuerdo y todavía no la había tenido, no aseguraba mandar a la mierda su moral y tomar lo que ansiaba.

- ¿Importa? — Llamó su atención trayéndolo del mundo lejano al que había ido a perderse.

Levantó la vista de nuevo hacia ella. Durante unos segundos valoró contestar

con la verdad, pero ver los ojos miel brillantes llenos de esperanza, consiguió que apartara la mirada de ella, se pusiera de pie y se alejara de su cercanía. Se iba a saltar una de sus más queridas normas, iba en contra de él y esa era la única vez que no le iba a importar, si con ello mataba las ridículas ilusiones que veía en ella cada vez que ponía sus ojos en él.

- No. — Mintió clavando sus ojos con dureza en ella. - De momento puedes estar tranquila, pero no te confíes, porque cuando menos lo esperes puedo utilizarlo en tu contra. — Salió del dormitorio poniendo distancia entre los dos.

Durante unos segundos observó en aquella dirección. Le había escuchado perfectamente, pero entonces... ¿Por qué su corazón protestaba? ¿Por qué sentía que solamente habían sido palabras vagas? Aquello iba a terminar muy mal. Tanto su corazón como su cabeza se lo gritaban poniéndose de acuerdo por primera vez en algo; "huye de él antes de que sea demasiado tarde".

Miró el reloj. Tenía que empezar a vestirse. Se dirigió al armario y se quedó blanca. ¿Dónde estaba su ropa? Paolo la había traído el día anterior, incluso la había perfectamente guardado. En cambio, el armario estaba vacío, puede que Dmitriy la hubiera sacado pensando que estaba ocupando su espacio personal y que ese derecho solamente le correspondía a la persona que fuera su pareja. Aun así lo dudaba, ella había encontrado su espacio personal arriba, en una habitación igual de grande que un comedor. Había estado dando vueltas por el cuarto consternada de ver tanta ropa junta, además de que había valorado la posibilidad de tirarla toda al suelo.

Se encogió de hombros y atravesó el cuarto de baño para salir directamente al salón. Allí en el espacio de la cocina, estaba Dmitriy como cada mañana tomando su café. Se acercó sin preocuparse si quería compañía o por el contrario le molestaría su presencia. Se sirvió un café con leche y le añadió dos cucharas de azúcar. Después tomó asiento frente a él. Se vio tan normal la escena que por unos segundos soñó que aquella era su vida, su casa y su pareja. No le duró demasiado, la cara de Dmitriy alzada escaneando cada gesto de su rostro con sus ojos detectores, hizo que se sonrojara y se sintiera avergonzada por sus pensamientos descerebrados.

- ¿Y mi ropa? — Se llevó el vaso a los labios.

- ¿Para qué la quieres?

Eso confirmó que él sí sabía donde estaba su ropa y lo más seguro que fuera él mismo quien la había hecho desaparecer del armario. La tristeza de saber que él no quería sus pertenencias en su cuarto, se mostró en cada facción de su rostro.

¡Joder! Él que era muy bueno observando, no dejó que escapara esa reacción a su entendimiento y supo que acababa de hacer otra cagada que no debería haber hecho.

- Necesito vestirme. No puedo ir a trabajar así. — Señaló su camisón de dormir.

Tensó los músculos de su mandíbula para mantener sus gestos impasibles. Que hubiera sentido como sus pantalones se sacudían en señal de aprobación, no quería decir que ella viera que le gustaba la idea.

- Pensé que hoy te quedarías en la cama.

- ¿Por qué? No es mi día libre.

- Tu ropa está en el guardarropa. — Dejó su café a medio tomar y salió por la puerta.

Eso era mejor que decirle que no quería que fuera, que quería que mantuviera reposo y que se quedara tranquila en casa. Se tuvo que morder la lengua con energía para que esas palabras no salieran de su boca. Ya bastante le estaba costando estar cerca de ella, hacerse el inmune a ese cuerpo que se paseaba naturalmente por su casa, para que encima él la tratara como si fuera su novia y no su secretaria. Habría estado fuera de lugar haberle hablado así, ella se habría ilusionado con algo que nunca iba a pasar y luego sería peor; mientras él trataba de ser amable y considerado, ella vería fantasías en cada palabra que dijera o cosa que hiciera. No podía permitirlo, a pesar de saber que ya había metido la pata y no se había dado cuenta hasta ver como la cara de ella se llenaba de pena en el desayuno.

- Y otra vez sale huyendo. — Se dijo con sorna.

Subiendo las escaleras oyó como un teléfono sonaba, no estaba segura si debía retroceder y cogerlo. No era su casa. Estaba viviendo allí, pero no sentía que estuviera bien contestar una llamada que claramente no era para ella. Aun así desando los pasos que había dado y buscó el sonido; venía del lado del sofá. Se asomó y encontró un teléfono de casa cuadrado en color gris. No pudo esconder la sonrisa, cuando mirándolo le vino a la cabeza los ojos de Dmitriy.

- ¿Sí?

- ¿Quién eres tú?

- ¿Y tú? — Contestó a la defensiva.

La voz le había parecido conocida, pero por más vueltas que le daba no llegaba a ubicarla. Esperó con el ceño fruncido, aquella mujer se había quedado callada. No había colgado, de eso estaba segura, todavía oía su respiración.

- ¿Eres una de sus putas? Esto es nuevo, no esperaba que ahora también las llevara a su casa. El despacho, vale. Al piso de soltero, de acuerdo, pero... ¿A su casa?

Dejó de escuchar en el acto; esa mujer no dejaba de soltar improperios. Lo que no entendía era porque todavía no había finalizado la llamada que era lo que deseaba y lo más sensato. No conocía a la mujer que se notaba que estaba hirviendo en ataques de cólera, tampoco tenía porque aguantar que la insultara y mucho menos sus gritos de loca.

- Disculpa. — Cortó, antes de que su boca soltara otra palabra mal sonada. - ¿Quién has dicho que eras?

- ¡Maldita destroza relaciones! ¿No escuchas cuando hablo? ¡Soy Susana, su novia! — Gritó encorajada.

De repente se sintió como una escoria. Sin poder seguir escuchando a esa mujer, puso el aparato en su lugar. El mal sabor de boca que tenía, le hizo ser consciente de lo que había sucedido y de lo ilusa que había sido al creer que su jefe, podía

tener un corazón en el fondo de su negra alma. Ahora empezaba a dudarlo, si un hombre quería meterse en las bragas de una mujer, teniendo una novia que podía complacerlo cada vez que él quisiera, eso remotamente podía significar algo bueno. Él la había avisado y no quiso creerlo, entonces... ¿Por qué sentía que le había mentado? ¿Por qué nunca había mencionado que había alguien en su vida?

¡Por qué la quería en su cama!

- Paolo. — Reclamó su atención.

- ¿Sí?

- ¿Puedes ir trayendo el coche?

Se había vestido con rapidez queriendo salir de aquel lugar cuanto antes. Después de la conversación extraña que había mantenido con esa mujer, ya no se sentía bien estar allí. Tampoco pensaba ir a la oficina, no podría aguantar la incomodidad y ¿qué tal si la novia aparecía por allí?

Estaba muy confundida, ella había visto alguna que otra mujer en el despacho, pero ninguna parecía una novia y después de lo que había oído empezó a tener unas ganas descomunales por vomitar. Lo que implicaban las palabras de esa mujer, estaba claro, no entendía mucho, pero sí lo suficiente para saber que se refería a que mantenía sexo en la oficina.

Ya empezaba a entender porque cuando recibía una mujer la reunión duraba mucho más de lo que habitualmente solía durar la reunión con un hombre. La presión en su estómago se intensificó y las arcadas crecieron a una velocidad vertiginosa.

- ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que avise al señor Novikov?

- No. — Casi le salió en un chillido.

La observó con preocupación y debatió durante unos breves segundos como era mejor proceder. Hizo un intenso escrutinio en el rostro de Cristina y no vio nada anormal. Ella volvía a sonreír y le dedicaba una mirada suavizada que le transmitía serenidad. Achacó el miedo de su voz a que temía las represalias que

podieran acarrear el importunar al señor Novikov y lo dejó pasar. Aunque el señor, le había exigido que estuviera al pendiente de ella y que se comunicara con él por cualquier cosa extraña que le provocara que algo sucedía, no veía él donde estaba el problema para molestarle, cuando lo más seguro es que hubiera imaginado la voz de pánico en Cristina.

El hombre se giró y se internó en el garaje dejándola parada en la puerta. Sabía que lo había alertado. Esperó hasta ver como se adentraba en el auto y buscaba las llaves en su bolsillo. Entonces echó a correr antes de que él se diera cuenta que le había engañado para salir huyendo. Corrió como alma que lleva el diablo hasta que estuvo segura que el pobre Paolo ya no la seguía. Dmitriy se enfadaría, lo conocía lo suficiente para saber que no le haría ni mota de gracia que se le hubiera escapado y no apareciera por la oficina.

Sintió un poco de lástima por Paolo, por culpa de ella iba a terminar perdiendo el empleo, pero ese no era su problema. No era culpa suya que el jefe tuviera empleados demasiado confiados. Era la primera vez que faltaba al trabajo, antes nunca se le habría ocurrido. Saber que podría perder el trabajo era un buen incentivo para tragarse todo lo que pensaba y asistir día a día a un trabajo que no la llenaba. En aquel momento ese argumento, fue poco concluyente para que ella pasara por alto las ganas de perderse el día entero y hacer que Dmitriy se volviera loco cuando no diera con ella.

Puede que no sintiera nada por ella, que le importara un comino lo que hiciera con su vida eventualmente, que se la trajera sin cuidado si se perdía y no regresaba. Quien sabe, a lo mejor hasta recibía con agrado la noticia de que se había ido.

¡Iba a reventar!

Rió interiormente. Sabía que eso era lo menos probable que pasara. Aunque él no había desarrollado sentimientos hacia ella, sabía que era posesivo, controlador, orgulloso, altivo, además de petulante y creído. Cuando decidió salir por patas de su casa, ya contaba con el genio que lo poseería hasta dar con ella. Dios la salvara de que no la hallara, porque sabía que cuando diera con ella no se encontraría con el Dmitriy juguetón que había atisbado, ni con el afable y cortés, si no que estaba segura que se enfrentaría al hombre de hielo; el implacable,

déspota e intolerante Novikov.

CAPÍTULO OCHO

- ¡Hola! — Saludó con efusividad.

- ¿Qué haces aquí?

- Mijaíl, después de la emboscada que me has tendido, creo que deberías estar haciéndome la pelota.

- ¿Sabe qué estás aquí?

- No, y tampoco se lo dirás.

Soltó un resoplido. Esa condenada sabía que le tenía ganado desde el momento que había nombrado la palabra "emboscada". No contaba con tenerlas todas con él. Si su hermano se aparecía por allí, como solía ser su costumbre cuando quería comer comida decente, aquella casa se convertiría en su funeral. Debía evitar que Dmitriy se acercara a su casa. Como supiera que él no le había avisado de que ella estaba con él, después de haberle llamado el día anterior para pedirle explicaciones tras la nueva lesión de Cristina, le arrancaría la yugular a mordiscos y no era una exageración. Conocía a su hermano y lo que podía ocurrir si alguien tocaba lo que creía era suyo.

- Pasa.

Se apartó y extrajo el celular de su camisa.

- ¿Qué haces?

- Solo voy a enviar un mensaje para que Dmitriy no tenga la brillante idea de acercarse.

- ¡Eres listo! — Halagó. - Pero también un traidor. — Siseó molesta. - ¿Por qué yo? — Interrogó, poniendo su trasero en la silla más cercana. - Y quiero saber que le has contado de mi vida.

- Aunque te parezca raro, no le he dicho nada sobre ti.

- Es tu hermano, ¿por qué no lo harías?

- Vamos a dejar la mente abierta, ¿vale? — Asintió poco convencida. - Pensé que se enamoraría de ti y que llegado a ese punto tú le dirías todo sobre ti.

- ¿Estás loco? — Lo miró como si fuera tonto. No podía creer que verdaderamente creyera que ese hombre de corazón duro se enamoraría de ella en un simple mes. - ¿No puedes pensar? Al final voy a darle la razón al capullo que tienes por hermano y creer que eres demasiado entusiasta además de un romántico empedernido. — Suspiró con pesar.

- Nada es imposible.

- Eso ya lo sé. ¡Piensa de una vez! — Se enfadó por tener un amigo que veía amor en todas partes. - Mijaíl. Si eso llegara a ocurrir, que lo pongo entredicho, él me despreciaría, dejaría y echaría de su vida sin siquiera pestañear. Lo sabes también como yo, tu hermano detesta las mentiras y la mía es gorda de cojones como para que la pase por alto. — Dijo con seguridad. - Y luego te olvidas que yo también tendría que enamorarme de él para contarle mis secretos.

¡Esos no podían ser sus amigos! Se había quedado boquiabierto por la actitud que estaban mostrando. Unas la habían engañado para que dejara de ser tan contenida y una espanta hombres y el otro había utilizado su baza de poder para metérsela por los ojos a su hermano. Era descabellado, sin sentido y todo muy reorganizado.

Ella creía en el amor, en los hombres maravillosos, sensibles, humanos, detallistas. No importaba que fuera un espécimen de hombre, el envoltorio era una sustancia añadida, lo verdaderamente importante era que tuviera un corazón. Y ninguna de esas cosas las relacionaba con su jefe. Puede que hubiera visto un lado oculto que le llamaba la atención y ponía su juicio en duda, pero seguía pensando que era un hombre de hielo. Aunque últimamente le estuviera costando un sin vivir verlo de esa manera, no podía dejarse engañar y seguía repitiendo que había visto dos años de frialdad para en unos días cambiar su perspectiva sobre él.

- ¿Te gusta?

La forma divertida en la que Mijaíl había hecho la pregunta, le hizo mirarlo directamente a los ojos. Era guapo, un demonio escondido bajo la apariencia de un ángel. Sus ojos igual de grises que los de su hermano brillaban chistosos como si él pudiera saber lo que ella sentía. Su boca carnosa y sonrosada se había transformado en una sonrisa burlona. Sus cejas anchas igual de rubias que su cabello se habían alzado a la vez en una clara forma de inquisición. Su porte de hombre despreocupado se alzaba en toda su gloria ante ella que le miraba sin saber como contestar a esa pregunta que le había hecho directamente.

Se entretuvo mirando el cabello de Mijail, tenía que ser una gozada mantener esos caracoles entre sus manos mientras hacía el amor. Eran tan rizados y perfectos que andar por la calle sin recibir miradas sería un milagro increíble. Ella que le conocía desde hace un buen tiempo seguía maravillándose con ellos, no quería imaginar el efecto que causaría en toda mujer que no supiera quien era. Alguna vez había estirado de sus rizos, lógicamente con autorización de él, que parecía encantado de tener un hermoso cabello abundante lleno de caracoles, que captaba la atención del genero opuesto. Y para más perfección, era rubio... Rubio. Ella siempre lo comparaba con el oro y es que tenía el mismo brillo. Con el tiempo había entendido, porque lo llevaba algo más largo que su hermano, si ella hubiera tenido ese mismo pelo, lo llevaría hasta la cintura y mataría a todo aquel que quisiera cortárselo.

Tampoco es que el suyo estuviera mal, ella lo adoraba así, tal cual. Su rojo llamativo, hacía que más de uno le preguntara si era natural. Incluso a sus

amigas tiempo atrás cuando las conoció en una cafetería, por un absurdo choque, también les tuvo que jurar que era suyo natural y que jamás se le había pasado por la cabeza cambiarlo. Lo llevaba en escalado, por debajo de los hombros y con un flequillo recto que le llegaba a los ojos, y agradecía a la peluquera que se lo hubiera arreglado así. Muchas veces se valía de él, para poder ocultar su mirada del mundo. Aunque la verdad es que cuando lo recortó de aquella manera, no fue más que por un jefe que tiene como costumbre traspasar ojos hasta llegar al alma.

- Cariño me voy.

Se quedó confundida mirando a la chica que observaba a su marido. No la conocía y al entrar al salón, la primera impresión que le dio, no fue nada agradable. Observaba a su hombre muy detenidamente, pero enseguida se percató que no lo miraba como las otras mujeres, que únicamente le miraba con un cariño fraterno, como si fuera su hermano mayor o un primo al que apreciaba en abundancia.

Acabó de acortar la distancia que la separaba de ellos y se preguntó porque Mijaíl no le había advertido que tenían visita. Tampoco había oído sonar el timbre, aunque eso se lo achacó a que la casa era de dos plantas, tenía demasiadas habitaciones y ella estaba muy entretenida en la ducha quitándose el olor de macho alfa que media hora antes se había adherido a su piel en una sesión de lujuria a puertas cerradas.

- Nena, ella es Cristina, te he hablado mucho de ella, seguro que lo recuerdas.

- ¡Por fin te conozco! — Dijo levantándola de la silla y abrazándola con un cariño excesivo.

Casi no podía ocultar la alegría de estar estrechando a aquella mujer después de años escuchando sobre ella. Su marido no le guardaba secretos. La vida de aquella mujer hacía que su corazón se rebosara en amor y quería transmitirle que podía contar con ella, que no estaba sola y que por ella podía verla como una confidente. Le habría gustado decírselo, sentarse y hablar con ella durante horas, pero no cometería el error de ser una imprudente y hacer que por querer brindarle apoyo y cariño, saliera corriendo asustada.

Su marido se lo había advertido, sabía que tarde o temprano llegaría el caso de que ellas se conocieran y lo primero que le avisó, es que esa mujer no derrochaba en confianza, si no que se mantenía recelosa con la gente y pocos eran los amigos que ella había seleccionado. Incluso le dijo que se podrían contar con una mano. Y ahora estaba allí, no podía dejar pasar la ocasión, aunque sabía que más tarde su hombre la amonestaría por su pequeño exceso de euforia.

- Encantada. — Dijo educada.

Todavía trataba de procesar que una mujer castaña, de un metro setenta y oliendo

a rosas la estaba abrazando como si fueran amigas del alma.

- Penélope, déjale espacio para respirar. — Regañó en tono juguetón.

- Oh, sí, perdona, no quería incomodarte.

- No pasa nada.

Se sentó de nuevo en la silla ocultando lo bien que se sentía cerca de aquella chica que más o menos tendría su edad.

Mientras veía como se despedía de su esposo, no pudo apartar la mirada de ella. Era una mujer hermosa, pero sencilla. Vestía con un vestido de lana en tono verde. Se había puesto unos zapatos del mismo tono y una especie de boina en la cabeza que la hacía verse radiante. Se fijó en su rostro cuando pasó por su lado alzando la mano en forma de despedida y su sonrisa fue lo que la dejó noqueada. Era una sonrisa divina, abierta hasta límites inexplicables, con la que sus dientes se mostraban completamente y dos hoyuelos se le formaban. Sus ojos eran lo único que pensaba que no contrastaba con la belleza que había en esa mujer. Eran negros. Igual de negros que un cuarto sin luz y aunque eran grandes y de pestañas largas, seguía creyendo que le fuera ido mejor un tono azulado, quizás verde viendo lo bien que le sentaba en el cuerpo. Las facciones tan finas de su rostro, casi le recordó a una muñeca de porcelana.

- Tu mujer. — Dijo porque no sabía qué otra cosa decir.

- Sí, lo es. — Dijo mostrando lo orgulloso que estaba de que lo fuera.

- Es muy bella y... Demasiado eufórica.

- Ja, ja, ja. Lo siento, eso viene también incluido en ella. — No podía contener las risas, sabía que su amiga no era propensa a las muestras de afecto. - Por cierto, no has respondido mi pregunta.

- Ni lo voy a hacer. — Afirmó contundente. - ¿Dónde iba con tanta prisa?

- Su abuela, sufre de Alzheimer y se acerca todos los días a casa de su madre

para estar con ella. Últimamente ha empeorado y están considerando buscar un lugar adecuado para ella.

- Lo siento.

- Así es la vida. — Cambió su forma de mirarla, ella estaba allí por algo y lo había pasado por alto. - ¿Por qué te estás escondiendo de Dmitriy?

- No me escondo. — Rebatió cruzando los brazos.

- Entonces no te importara que le invite a almorzar. — Pinchó con gracia.

- Si lo haces te mato con mis propias manos. — Y lo decía en serio.

Lo haría, se lanzaría hacia él y se cobraría su puñetera jugada. Aunque no estaba segura de llegar hasta el final. Tenía mucho descontrol cuando se trataba de hacerse daño a ella misma, pero con los demás dudaba de tener el mismo tiento. No era una sádica, ni una loca desestabilizada y mucho menos una asesina sanguinaria.

- Cristina, tanto tú como yo, sabemos que si has venido por primera vez a mi casa es porque necesitas dejarlo salir. Así que venga, te escucho.

Se inclinó sobre sus rodillas, apoyó los codos en ellas y le sonrió con calidez.

- Vengo a pedirte que rompas ese acuerdo y me perdones la deuda. Sé que puedes hacerlo. — Le devolvió la sonrisa.

Se echó hacia atrás, pasó una pierna sobre la otra dejando el pie reposar en el muslo. La miró... Miro... Miro... Algo había sucedido. Que ella estuviera allí pidiéndole, más bien suplicando por su libertad, cuando solamente habían pasado unos escasos días, era muy raro. Lo presentía, no por su forma apacible al hablar, no por el breve temblor que observaba en sus labios, si no porque sabía que ella era una orgullosa que no accedía a que nadie le hiciera favores y por nada del mundo se permitía deber dinero a sus amigos y aún menos a extraños.

- No puedo hacer...

- ¡Cabezón, testarudo! — Gritó con furia.

- Cálmate.

¿Qué se calmara? ¿Le tomaba el pelo? Había dejado su orgullo escondido en el rincón más oscuro para pedir un favor, cosa que nunca hacía. Prefería salir de sus problemas como más bien podía, pero contando que él había sido quien le había creado el problema, creyó conveniente que él la sacara. Y encima habiéndolo pedido con educación, el imbécil que tenía por amigo, se estaba negando. ¡Qué se calme su madre! Ella la paciencia ya la había perdido.

- ¡Cristina!

No le dio tiempo a apartarse, de lleno le había dado en la cabeza con el primer portarretrato que había visto, lanzándolo en cuanto estuvo en sus manos.

- ¡Joder!

Mijaíl se llevó la mano a la frente. Abrió los ojos como platos. De la cabeza de Mijaíl corría un hilo de sangre. Se asustó, como el maldito infierno que se asustó. La sangre corría sin control y ella no podía moverse, todo su cuerpo se había petrificado. Ella no quería hacerle daño, había sido un impulso, estaba tan furiosa... Y ahora se veía con los ojos inyectados en lágrimas porque había lastimado a una de las pocas personas que quería.

- Trataba de decirte que una vez las dos partes han aceptado, se necesita el consentimiento de Dmitriy. Tu voluntad queda nula. — Recitó de memoria, buscando un papel para taponar la herida.

Le había parecido oír que le decía algo. Si lo hizo no se enteró de nada. Su cabeza giraba sin control, mientras las lágrimas se deslizaban y observaba inerte como Mijaíl se hacía con un pañuelo. "Estaba bien", se decía, pero el daño ya estaba hecho. Recorrió el lugar con la vista empañada y sus ojos se encontraron con los cristales afilados.

No sabía cuando se había movido, ni cuando agachado para hacerse con un pedazo. Lo último que recordaba su mente antes de estar corriendo escaleras

arriba, era a Mijaíl gritando un "no lo necesitas Cristina", mientras la perseguía obviando su propia herida. Se encerró en la primera puerta que la recibió en el pasillo, no había seguro, pero no le hizo falta adivinar que la otra puerta era un baño y si tendría. Se internó en el aseo y pasó el seguro. Mijaíl había sido rápido, pero no lo suficiente.

- Cristina, por favor, sal. — No hubo respuesta. Volvió a dar dos golpes. - ¿Preciosa? Sal aquí y hablamos.

Percibía las voces, pero las escuchaba amortiguadas, como si fueran lejanas y no pudiera prestar atención más allá de lo que sus manos sostenían. Quería evitarlo, quería poder contenerse, llevar una vida normal. Pero ni su vida era como la de otra persona, ni ella tenía fuerzas para luchar contra ella misma. Levantó el afilado cristal y se vio reflejada. Lo necesitaba, aquello callaría las voces, siempre funcionaba.

- Cristina... — Susurró.

Había tocado varias veces y ella no reaccionaba. No sabía que hacer, estaba de los nervios. No dejaba de imaginar escenas de lo que podría suceder. Su imaginación volaba libre haciendo que se sintiera impotente. El grito desgarrador de Cristina le destrozó los tímpanos y se sintió mucho más miserable de lo que ya se sentía por no haber intuido cual sería su reacción ante su ataque. Por no haberse adelantado y previsto que esa acción la desestabilizaría.

Estaba que echaba humo, Paolo le había llamado y confesado que otra vez la pelirroja se le había escapado. Eso le puso de un humor de perros y decidió que tendría que contratar a alguien cualificado que sí entendiera lo que significaba la palabra vigilar.

Habían pasado varias horas y no tenía noticias. La condenada había optado por faltar al trabajo y que él se volviera loco. Lo estaba logrando. No saber donde se había metido, lo tenía con un humor del demonio. Había prescindido de dos reuniones que tenía programadas desde hace semanas. No era algo que hiciera normalmente. Llevaba su agenda al dedillo, disfrutaba de todas esas reuniones ficticias, en las que únicamente y expresamente se centraba en el placer. Pero no ese día... Había cancelado dos y todo por una pelirroja desaparecida.

¡Era increíble! Él... El hombre que le importaba un pito otra persona que no fuera él, había cancelado lo que tanto disfrute producía a su vida. Lo había hecho y todavía no lo creía.

Miró el ordenador, no podía dejar de mirar la pulsera de brillantes que los chinos habían creado. Estaba teniendo bastante éxito y estaba claro que no por la pulsera, ni por las mujeres extasiadas por tener algo tan hermoso como lo era esa pulsera. No pudo evitar reír. No, una mujer nunca se acercaría a saber porque era tan espléndida; era redonda con brillantes en todo el alrededor, pero lo hermoso era la forma de luna llena que colgaba de ella y ahí estaba lo que todo hombre quería para controlar a su mujer y ahora él lo entendía.

Por supuesto quedaba descartado que todo el mundo pudiera hacerse con ella, sobre todo una mujer. Ni siquiera se estaba vendiendo descaradamente de cara al público. De eso se había encargado él. Él era el dueño de una empresa de publicidad, pero ni por asomo se dedicaba a ella, para eso tenía gente que lo hiciera. Él únicamente hacía puro teatro. Revisaba los balances y firmaba cuando su firma era requerida. Se aprovechaba de saber si un producto iba a ser fructífero o no y ahí empezaba su trabajo.

Se encargaba de hacerse con buena mercancía, con lo mejor que iba a salir al mercado y eso se lo proporcionaban los balances que hacía con cada producto que un cliente ponía en sus manos. Luego los modificaba un poco y llegaba a un acuerdo con la otra parte implicada. Después se movía por las redes como si fuera su propia casa. Había creado una página Web para las ventas, tenía un almacén para los productos y gente trabajando las veinticuatro horas en esa pequeña empresa de la que pocos sabían tenía; el dinero le sobraba y se cargaba bastante bien sin tener que preocuparse por falta de género y encima siempre salía ganando, porque aunque fuera un objeto que ya estuviera a la venta, él podía jugar con ventaja y proporcionarlo a un coste más bajo.

- Que. — Espetó llevándose su teléfono personal a la oreja.

- Necesito... Que vengas.

- Mijaíl, ahora no tengo tiempo para tus mierdas. Además de que hace una hora

me enviaste un escaso mensaje en el que me informabas que no estarías en casa y que no habría comida casera hoy.

- Dmitriy no estoy para lidiar con tu maldita prepotencia. Tengo una herida en la frente y a Cristina encerrada con un puto cristal puntiagudo en el baño del dormitorio.

- ¿Qué coño? — Graznó fuera de sí. - ¿Qué hace en tu puto dormitorio?

- Mejor que vengas y lo veas por ti mismo, porque estoy seguro que ahora mismo por el chillido que ha dado, lo ha vuelto...

Colgó sin seguir escuchando y salió como un rinoceronte hacia la casa de su hermano. No estaba muy lejos de la suya, con que pisara bien el acelerador, se plantaría en diez minutos en su puerta. Esa pelirroja desequilibrada iba a conocerlo de una puñetera vez. No iba a consentir que siguiera dañándose y por su vida que dejaría de trastocar su mundo. Ya estaba haciendo demasiados estragos en él y se estaba comportando como un novio celoso que no puede tener el pensamiento bajo dominio porque unos ojos miel no dejaban de atormentarlo. Como fuera tenía que hacerla suya y sacarla de su organismo. Tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde y esa mujer se colara por el hueco del muro reforzado que tenía en el corazón.

CAPÍTULO NUEVE

Dejó caer el artilugio. No podía creerlo. ¡Lo había logrado! Se miró de nuevo incrédula; no había sangre, no había herida y no había dolor. No sé lo explicaba, en el último segundo, cuando el afilado tacto tocaba su cadera, unos ojos grises se habían originado para ella en su cabeza y se tuvo que detener. No pudo llegar a atravesar su carne. Era como si esos ojos estuvieran allí, ordenándole que no lo hiciera y ella no dudo, bajó el artefacto y se observó en el espejo.

Había chillado, claro que lo había hecho, por frustración e impotencia, porque se había percatado que Dmitriy estaba empezando a tener un poder sobre ella que no quería darle. Se estaba metiendo en un buen lío.

¡Genial, salía de una catástrofe para meterme en otra igual de peligrosa! Sonrió a su propio reflejo. Recogió el cristal y lo puso sobre el lavamanos. Ahora que habían menguado las ganas por sentir dolor, se fijó detenidamente en lo que la rodeaba; un cuarto de baño, exquisitamente decorado, hasta las toallas y los albornoces iban a juego. La pila del lavamanos era blanca con manchas negras, supuso que el material era el mármol. Bastante ancho y haciendo forma redonda, colgando sobre su peso. No había mueble debajo y la verdad, le gustaba. Tal vez en un futuro, muy lejano, le pediría a Mijaíl que le pasara el número del diseñador. La ducha era parecida a la de Dmitriy, simplemente variaba el color. Esta era con el interior de abajo en chocolate y era de algún material de los caros que no permitía que tuvieras un resbalón en la ducha. Grifo plateado y mampara de cristal.

Asomó la cabeza para verificar que esta no tuviera segunda puerta. No la había y en parte la decepcionó. No sabía porque, pero su pecho se había levantado contra ella y retumbaba con fuerza, como si presintiera que él iba a por ella.

- ¿Cristina? — Seguía intentando Mijaíl.

De repente se sintió como la peor amiga del mundo. Encima de abrirle la cabeza, se atrincheraba en uno de sus dormitorios y con un artilugio para hacerse daño. ¿Qué andaba mal en ella? ¿Por qué no podía ser normal?

Se acercó con precaución cuando los golpes volvieron a sonar. Quitó el pestillo y despacio abrió la puerta. Su cara se congeló y su cuerpo no tuvo tiempo para

asimilar lo que se le venía encima. Dimitriy agarró con velocidad sus dos manos y la hizo retroceder hasta estar los dos en el mismo espacio.

- Dimitriy, espera...

- ¡Mantén tus pies fuera! — Advirtió con toda la rabia que tenía.

Cerró la puerta de un puntapié y evitó escuchar las protestas de su hermano. La guió hasta el lavamanos y con la mano libre la aupó. No le supuso mucho esfuerzo, aquella pelirroja pesaba menos que un grano de arroz. Mirara por donde mirara a esa mujer, se daba cuenta de lo destrozada que estaba y tanto sus acciones, como su cuerpo lo decían a voces pidiendo auxilio.

- No deberías subirme aquí... Esto se puede caer... — Soltó recuperando el habla.

- Te subo donde me da la gana y con lo poco que pesas dudo que se mueva un ápice. — La dureza que había en su matiz de voz, la hizo estremecer. - ¿Dónde ha sido ahora? — Levantó su camiseta sin permiso, dejando al aire su tripa.

- Para, no lo he hecho.

La ignoró y siguió revisando cada parte de su estómago. Ya se había concienciado en cuanto lo vio que iba a tener que soportar esa revisión como si fuera una drogata que estaba escondiendo la papela. Sabía que no llevaba idea de parar, no hasta que se asegurara que no existiera una nueva raja en su cuerpo. La inclinó hacia él y tuvo que contener el gemido en su garganta; su cuello estaba a escasa distancia de sus labios y podía aspirar el olor maravilloso que desprendía su piel.

Dimitriy seguía con su escrutinio puesto en su espalda. Viendo que no había nada, pasó a verificar los brazos. Sus manos fuertes, con movimientos seguros y mecánicos de arriba hacia abajo, carente de parecerse a una caricia, le erizó los pelos de la nuca.

- ¡Para!

La estaba poniendo de los nervios con tanta inspección. Ni que fuera un general revisando a un militar novato.

- Te he dicho que no lo he hecho.

- ¿Por qué debería creerte?

Contó mentalmente para no darle una buena patada en las bolas y ponérselas moradas.

- Revisa el cristal. — Señaló un poco más atrás de ella.

Cuando lo hubo hecho, todo dentro de su cuerpo se relajó. No sabía si eran sus músculos, las venas que tenía comprimidas casi a punto de reventar o simplemente era todo su cuerpo dejando salir la tensión que había acumulado en varias horas por culpa de esa mujer.

El alivio había inundado su ojos. Aunque lo intentó, no había podido obviar su mirada. Era la primera vez que su perfección se vio trastocada y su pose de "yo no tengo corazón", cayó ante ella como las piedras por un barranco. Se mordió el labio consiguiendo esconder la sonrisa que amenazaba con abrirse camino en su boca. Le gustaba... Mucho... Que se preocupara por ella. Se veía lindo. Deseó poder ver esa faceta humilde todos los días.

- ¿Qué te parece chistoso?

- ¿Cómo lo haces?

- Años de práctica. — Sostuvo sus ojos en los de ella. - Tus ojos brillan, pocas veces lo hacen y por eso sé que cuando sucede es porque algo te ha hecho ocultar una preciosa sonrisa.

¿Le había dedicado un piropo? Con sorpresa abrió los ojos y la boca a la vez. ¡Quién lo diría! El mismísimo Novikov abriendo la boca para decir algo bonito.

- ¿Lo podrías repetir?

Sabía que era tentar su suerte, pero... ¡Por Dios que volviera a deleitar sus oídos!

- No. Lo que ha ocurrido solamente pasa una vez. La próxima vez presta más atención.

- ¿Ni siquiera eso puedes repetir dos veces?

- ¡Exacto!

- ¿Te estás riendo de mí?

- Por supuesto. — Besó su cabeza y luego la depositó en el suelo.

Como siguiera perdiendo la respiración, tendría que ir al hospital a que le hicieran pruebas. Era un problema que cada vez que ese hombre la obsequiaba con un gesto delicado, ella sufriera de insuficiencia respiratoria. Se iba a desmayar. Si hacía de nuevo algo como eso, no aseguraba poder seguir de pie. Demasiada pérdida de oxígeno para un simple gesto cariñoso. Entonces su momento flotante se enturbió. La llamada, la voz de la mujer y sus palabras, golpearon con fuerza abriendo una brecha en su burbuja.

- ¿Qué sucede?

"Dmitriy, siempre tan buen observador". ¿Se le escapaba alguna vez algo? No lo creía, era demasiado desconfiado, demasiado controlador y demasiado precavido. Tendría que recordarse que él nunca dejaba espacio para sorpresas, su personalidad no se lo permitía, él debía tenerlo todo organizado y bajo su mando.

- Es que...

No sabía como abordar el tema, iba a quedar como una mujer que no sabe controlar sus celos. Y en cierta manera así era...

- Cogí una llamada para ti...

- ¡Oye, sigue viva o has acabado con ella!

Dimitriy se rió por lo bajo, tomó su mano y tiró de ella hacia afuera. Le siguió. Podían seguir la conversación mientras comían.

Mijaíl estaba sentado en la cama en una posición casual, manteniendo la vista en la puerta del baño. No sé había preocupado en lo más mínimo. En su mirada de niño travieso se veía lo que pensaba; ella no podía estar en mejores manos que las de su hermano. Por mucho que quisiera protestar y refutar alegatos convincentes para pensar de manera diferente, sabía que se estaría engañando; se sentía segura junto a Dmitriy.

- ¿Por qué me miras así? — Se aventuró a preguntar sin haber cogido el sentido de sus palabras.

- Ja, ja, ja. Él piensa que hemos tenido uno rapidito.

- ¡En el baño! — Exclamó escandalizada.

Su cara se puso igual de roja que un tomate.

- ¿Qué tiene de malo el baño? — Inquirió Dmitriy.

- No sería el mejor lugar para mí... — Murmuró.

- Ya veremos.

Por la mirada que le prodigó le quedó bien claro que no se escaparía de una cita, donde entraban; ella, él y el baño. Su imagen voló y aunque no lo admitiría nunca, su sangre se calentó y empezó a sentir un sofoco tremendo. Disimuló como más bien pudo y trató de ocultar en su rostro cualquier gesto que la delatara, pero en el fondo sabía que Dmitriy se había dado cuenta de cómo la había afectado su amenaza sutil.

Los tres bajaron de nuevo al salón, se sentaron en el carísimo cheslong en color crema posicionado cerca de lo que era una pared de cristales que llegaban desde el suelo al techo y que se dividían por una puerta que daba a un jardín. Pasó la mano por el asiento sintiendo la suave textura de la microfibra. Era cómodo, el perfecto mueble para pasar la tarde tumbada sin que te doliera la espalda por pasar horas de más en él.

Tentada estuvo de deslizar los asientos y reclinar el respaldo para comprobar lo

que era sentir el lujo de poder permitirse quedarse dormida en el sofá. En el suyo eso era una acción a descartar, además de duro e incómodo, también era pequeño y luego había que decir que te dejabas el culo en esa cosa vieja como pasaras más de una hora allí sentada; gracias a la tabla que atravesaba el barato sofá debajo de los cojines para que no se hundiera todavía más de lo que estaba.

Se giró dos veces para contemplar lo que a lo lejos le parecía una piscina climatizada. Por el rabillo del ojo, se percató que aunque Dmitriy parecía pasivo e inmerso en una conversación donde el principal tema era la comida, su mirada se desviaba a menudo hacia ella. Supuso que se debía a como estaba contemplando aquella zona. Seguro y pensaba que nunca había disfrutado de tanto lujo en su vida y que por eso no podía dejar de mirar en aquella dirección. Un razonamiento equivocado. Ella había disfrutado de lujos, su padre la había obsequiado con lo mejor, todo lo que su boca pedía se lo concedía y ella era feliz a pesar de los insultos de las niñas de la escuela, de los comentarios inapropiados de los niños, de las miradas despectivas y de los desplantes que la mantenían siempre alejada de los grupos y sin ninguna amiga con quien hablar.

No, no tenía nada que ver. Si ella estaba prestando demasiada atención, no era por otro motivo que por haber recordado el día que al salir de la escuela, su padre y Eric, la pillaron besándose con un chico. Era su primer beso. Tenía quince años y hacía un año que Fernando le gustaba. Si hubiera sabido lo que pasaría... Jamás habría dejado que él la besara; su padre no tuvo mejor forma de hacerle entender las cosas, que cogiendo al muchacho, atravesar una casa cercana, llegar al jardín y pasar más de media hora hundiendo la cabeza del muchacho, mientras Eric la retenía. No lo soltó hasta que juró que no lo volvería a hacer.

Fue una niña ilusa que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor, una niña que cuando cumplió los quince años se dedicaron a matar sus ilusiones. Y esa fue la primera advertencia. Después fue dejar la escuela. No podía seguir estudiando, su padre se lo había dejado claro. Más tarde los guardaespaldas. A todos lados debía ir acompañada y pobre de ella si se le pasaba por la cabeza salir huyendo; su destino estaba sellado. Un destino que ella truncó con ayuda de Mijaíl.

- ¿No hay comida decente?

Casi se echó a reír al detectar la desilusión en la voz de Dmitriy.

- No. Si la quieres tendrás que hacerla tú.

- ¿Yo? Probablemente si la hago sufriremos una mortal intoxicación.

- ¿Cómo te mantienes? — Interrumpió. - No tienes mujer de servicio...

- La tengo. Una vez a la semana con un horario muy temprano y en sus tareas no entra la cocina. — Cristina puso los ojos en blanco. - Prefiero la comida de su mujer. — Señaló a su hermano divertido.

- Búscate tu propia mujer y que te alimente cada vez que quieras comer. — Dejó caer con gracia.

- ¿Por qué? La tuya lo hace bien. — Chinchó Dimitriy.

- ¡Mi mujer no es tu jodida sirvienta!

Lo atravesó Mijaíl con los ojos.

- ¿Crees que lo querría ser? Puedo pagarle muy bien.

- ¡Te estás ganando un puñetazo!

Ya no pudo más y se echó a reír. Las lágrimas se acumularon en sus ojos. Le costaba coger el aire con normalidad y empezaba a sentir como un leve dolor le pinchaba en la boca del estómago. Llegó a creer que si no paraba de reír a tiempo se mearía encima. Esos dos eran inaguantables, no podían estar sin picarse y Dmitriy que sabía su debilidad, no desaprovechaba ninguna ocasión para cizañear.

Cuando recuperó el aliento y controló las carcajadas, se encontró con dos miradas confusas puestas en ella. Sonrió inocentemente y se encogió de hombros.

Obnubilado con el rostro de la pelirroja, se quedó fijamente mirando un mechón

de su cabello que había caído por su rostro mientras se partía el culo de risa a costa de ellos. Quería levantar la mano y poner ese cabello en su lugar. Le estaba estorbando. No podía ver su rostro hermoso completamente.

Era lógico que no pudiera apartar la mirada de ella. Hasta ahora no la había visto reír de esa manera tan abierta y descuidada; se veía hermosa. Despreocupada. Feliz.

Su risa, se sintió como la cosa más magnífica de la faz de la tierra. Todo había dejado de existir a su alrededor para centrarse en la pelirroja y sus risas descontroladas. Cada risa que salía de sus lindos labios, hacía que su corazón brincara como si estuviera escuchando la canción más bella del mundo.

- Yo puedo... Cocinar.

Dudó, no sabía si ellos estarían de acuerdo. A lo mejor a Mijaíl no le hiciera gracia que pululara por su cocina libremente.

- ¿Echaras veneno?

Lo había hecho por molestarla. Se había quedado demasiado tiempo mirándola. Ella lo había notado. Por eso tenía que cortarle las alas al pajarito.

- ¡Oye, si no quieres puedes hacerlo tú! Ah, no, espera, que no sabes. — Recalcó cada palabra de la última frase con sarcasmo.

- Si no hay más remedio... — Se encogió de hombros.

Alucinaba. Le faltaba poco para darle un manotazo. La estaba ofendiendo con sus insinuaciones macabras y para colmo la estaba hartando con su poca disposición para mantener la situación en un rato armonioso. ¿No podía dejar su lado imbécil por un rato? Parecía que no, porque al levantarse y pasar junto a él detrás de Mijaíl, Dmitriy fue rápido y le dio una cachetada en el culo.

¡No lo había hecho! Cogió aire por la nariz y luego lo expulsó por la boca. Se giró indignada dedicándole una mirada furibunda.

- ¿Qué haces? — Preguntó con toda la calma que pudo.

Dmitriy se puso de pie y se creció en todo su cuerpo. Su brazos se vieron de pronto más marcados y casi parecía que terminaría rajando la camiseta. Su pecho sobresalía dejando claro los buenos pectorales que ocultaba bajo la prenda de vestir. Sus ojos tomaron decisión propia y no pudo hacer más que seguir el recorrido hacia más abajo y comprobar que todo estaba igual de duro. Sacudió la cabeza y se avergonzó de lo que había hecho, pero no lo pudo evitar, ese hombre sacaba de ella a una mujer hambrienta que no conocía.

- Enseñarte lo poco que me ha gustado tu sarcasmo.

- ¡Pues te aguantas! A mí no me ha gustado tu insinuación y no cojo tu precioso tesoro y lo estrujo.

Eso le divirtió. Le encantaba como esa mujer le plantaba cara, como le daba pelea y él debía estar enfermo porque cada discusión con ella, hacía que tuviera ganas de llevarla a la primera cama que encontrara.

- Si es lo que deseas... Estoy dispuesto a dejar que lo hagas.

Su mirada, su voz ronca y su manera de hablar, la cautivaron. Sus mejillas quemaban. Ardían del mismo modo que ardía todo su cuerpo. ¿De dónde había sacado tanto descaro? "De su confianza excesiva", se respondió sin ayuda. No había otra excusa, estaba tan seguro de él mismo, que su arrogancia brillaba gloriosamente. Y ella como mujer inexperta se ponía colorada y se quedaba en blanco sin saber que soltar.

- Cuando un elefante cante. — Soltó para no darle el gusto de que viera cuanto deseaba hacerlo aunque se muriera de la vergüenza solamente con pensarlo.

Media hora después, seguía metida en la cocina. Por lo menos había conseguido dejar de oír la voz de Dmitriy en su cabeza y pudo mantenerse centrada en la sartén. Ninguno de los dos le había dicho que tuviera alguna preferencia para comer, así que, había improvisado un salteado de arroz que acompañaría con unos bistecs de ternera que había encontrado en la nevera. Estaba casi listo, un minuto más y tendrían la comida preparada.

Había sido una maravilla cocinar en esa espaciosa cocina. Estaba dispuesta en forma de U y en medio había una mesa destinada para comer. Tenía lavaplatos, horno, microondas, vitrocerámica de inducción, nevera de dos puertas, taquillas para poner la comida y olvidar donde la habías puesto y cajones llenos de utensilios los cuales ella no sabía ni para qué servían.

Ella en su casa no podía cocinar con tanta comodidad, hasta los fuegos estaban extraviados y únicamente podía usar uno. La mayoría de las veces tenía que comer más tarde de la hora de comida o decantándose por pedir comida precocinada, cuando a ella le gustaba prepararse su propia comida.

- ¡Mijaíl! ¡Dmitriy! — Llamó a voces, mientras volcaba el arroz en un plato hondo.

- ¿Has quemado la cocina? — Dijo divertido Mijaíl tomando asiento en la mesa.

Lo ignoró sabiendo que si no lo hacía, terminarían liados en una batalla verbal, hasta que uno de los dos se cansara y eso era difícil entre ellos dos. Cogió el plato de la encimera para dejarlo en la mesa junto con la carne...

- ¿Dmitriy? — Titubeó.

Se había puesto en su camino y le cortaba el paso a conciencia. Le quitó el plato de las manos y se lo entregó a su hermano. La miró y no supo descifrar que era lo que había pasado para que Dmitriy hubiera endurecido sus gestos y la observara con severidad.

- ¿Por qué le llamas a él primero?

La carcajada se acumuló en su garganta y tuvo que contenerla haciendo todas sus fuerzas para poder mantenerse sería. Lo intentó, pero las risas de Mijaíl se filtraron por sus tímpanos y estalló a reír. Era tan absurdo. ¡Por favor, ni que le hubiera besado! La actitud de él era igual que si los hubiera pillado en una situación indecente.

- Porque a mí me quiere.

- ¡Mijaíl! — Reprendió viendo como la mirada de hielo se intensificaba, para

que él echara más leña. - ¿Lo siento? — No sabía qué otra cosa decir.

Dmitriy alzó la mano hasta su rostro y acarició su moflete. Se tensó y se olvidó de como respirar. Sí, debía ir al médico, aquello no era normal. La caricia cariñosa, se fue volviendo tentadora a medida que descendía por su rostro con delicadeza. Luego recorrió todo el largo de su cuello hasta llegar a su nuca. La sostuvo con firmeza. Sus ojos la observaban con fijación. Sin esperarlo, estiró con seguridad y pegó sus labios a los suyos.

La sorpresa se apoderó de ella. Abrió los ojos sin medida. Sintió como su cuerpo pasaba de estar igual de rígido que un tenedor a calentarse y ponerse como una moto ¡Y solo la estaba besando! Su lengua acarició sus labios incitándola para que abriera su boca...

¡Era la cosa más sexi que nunca había visto!

Maldito fuera por provocarla. El mamón sabía que no se podía resistir a él. Sus ojos se cerraron y su boca se abrió concediéndole el honor para que la explorara. Sus manos se adhirieron a su cintura. Sus dedos comenzaron a dibujar círculos por encima de su camiseta. El calor se incrementó en su piel. La acercó más a su pecho y su respiración se agitó. El deseo crecía con la misma intensidad con la que él marcaba los movimientos que seguía con frenesí.

Estaba inmersa en cada deslizamiento provocador de su lengua. Debía haberse alejado, no haber sucumbido al peligro y en cambio, se veía disfrutando de un beso descontrolado y soltando pequeños gemidos por su boca.

Enloqueció con cada gemido que salió de sus labios y que llegaban a sus tímpanos. Nunca había oído un sonido tan maravilloso. Le nublaban el sentido y conseguían que olvidara que no estaban solos. Profundizó el beso. Necesitaba sentirla. Era como si estuvieran demasiado separados por el poco espacio que existía entre sus cuerpos y empezó a molestarlo todas las prendas que había entre ellos.

CAPÍTULO DIEZ

- Ejem, no quiero molestar, pero la comida se enfría. — Intercedió Mijaíl que hacía rato había dejado de mirar.

Le parecía divertido el comportamiento de su hermano. Estaba seguro que la había besado por celos, esa era su manera de marcar territorio. Desde que le había llamado, su personalidad posesiva había emergido y él no dudaba que en el momento menos esperado hiciera una de las suyas para dejar claro; que ella era suya. Le costaba asimilar lo mucho que había tardado en hacer algo como lo que había hecho. Cuando sintió la molestia de que ella hubiera pronunciado primero su nombre en vez del de él, el control de su hermano se había visto agotado. Habría apostado que ya en el baño, luchaba contra las ganas de lanzarse a por ella y demostrarle que le pertenecía. Y luego en el salón, cuando ella se echó a reír, fue asombroso ver como Dmitriy se quedaba fijamente comiéndosela con los ojos. No le habría extrañado que saltara encima de ella, pero sorprendiéndolo, se había mantenido sentado con calma.

- ¡Te podías haber largado!

Se sentó malhumorado.

- Es mi casa, si quieres meterla sin público lo haces en la tuya. — Arqueó una ceja.

- Yo... Me tengo que ir...

No sabía donde meterse, estaba ruborizada y muy acalorada. Sentía un bochorno que no le dejaba pensar, sus neuronas habían sido engullidas por el hombre de hielo. Tenía que poner distancia, no podía debilitarse, dejar que él se abriera paso a su corazón. Aunque no estaba segura que lo estuviera haciendo a tiempo. Por lo menos debía intentarlo. Ese beso había hecho tambalear su cordura, la había dominado. Era una locura que con un simple beso hubiera derribado todas sus defensas. Pues lo había hecho, había arrasado y demostrado que cuando él quisiera la tendría.

- Siéntate y come. — Ordenó Dmitriy.

- De verdad tengo que irme, he quedado con unas amigas esta noche.

Dmitriy no se molestó en discutir, simplemente se levantó y utilizó la ventaja de ser hombre, grande y fuerte; pasó sus manos por su cintura y sin dejarle tiempo de reacción, caminó con ella hasta la mesa, se sentó y a ella la puso en sus piernas. Con un gesto de cabeza dirigido a su hermano, ordenó que le sirviera un plato. Mijaíl así lo hizo y se apresuró a centrar su atención en su comida.

- No tengo hambre. — Protestó.

- Abre. — Indecisa mantuvo los labios unidos. - No me gusta repetir. — Advirtió, poniendo la mano libre en la cara interna de su muslo.

¡Peligro! Su mano estaba demasiado cerca de su zona prohibida... ¡Y encima se ponía a hacer círculos con sus dedos acercándose más! Luego dejó el tenedor y volvió apoderarse de sus labios. Fueron breves segundos. Volvió a coger el cubierto y lo puso frente a sus labios. ¿Cómo lo hacía? Un beso y un simple roce de su mano, casi la habían llevado a tener un orgasmo y él ni siquiera había mostrado indicios de que le hubiera afectado.

Abrió sus labios muy despacio y dejó que él introdujera la comida en su boca. No se arriesgaría a tentarlo, ya bastante la había alterado.

- Primera norma, yo soy tu prioridad. — Le dio otra pequeña dosis de comida. - Segunda norma, nada de hombres a tu alrededor si yo no estoy cerca. — Iba a protestar pero rápido le dio más comida. - Tercera norma, dejás de huir. Quieres salir, Paolo te llevará donde quieras y contigo irá Travis.

- ¿Quién es Travis? — Dijo antes de que la carne llegara a tocar su lengua.

- Es el mejor de mis guardias y al que te va a ser imposible dar esquinazo y si por arte de brujería lo consigues... Llevarás en tu conciencia su despido.

- ¿Y crees qué me importa?

Dmitriy sonrió a la vez que daba un golpecito con el dedo en su nariz. Frunció el

ceño. Ese hombre a cada minuto la confundía más.

- Te importará. No quieres ser la responsable de que sus dos hijos no tengan un sueldo para comer, ¿verdad?

Tragó con fuerza. La había cogido bien cogida, ella no sería capaz de llevar ese peso sobre sus hombros. ¡Cabrón! En ese momento, quería hacerle tragar el metal y borrarle esa jodida sonrisa arrogante.

- No te quiero sola y no hay discusión. No hasta que pueda confiar que no volverás a lesionarte.

- No puedes a hacer eso. — Su voz denotaba lo enfadada que empezaba a estar.

- Puedo y lo estoy haciendo.

- ¿Y a tu novia no le molestará?

Lo había dicho cabreada, sabía que no era un tema para tocar delante de Mijaíl, pero... ¡A la mierda! Si a él no le importaba estar imponiendo su voluntad frente a su hermano, a ella mucho menos.

En ningún momento apartó los ojos de él. Su mirada había cambiado. Los rasgos suavizados y chulescos se habían evaporado. La observaba con fiereza, carente del brillo divertido que hasta hacía unos minutos estaba mostrando. Su cuerpo estaba rígido, respiraba con mucha fuerza y las venas de su cuello palpitaban visiblemente.

Habría jurado que todo eran alucinaciones suyas, si Dmitriy no la hubiera dejado en una de las sillas que tenía a su costado con una mirada helada que hacía que quisiera salir corriendo de su lado.

- ¿De dónde coño has sacado esa mierda?

- Dmitriy. — Advirtió Mijaíl poniéndose en medio de los dos.

- De tu novia. La tal Susan...

- ¡No digas su nombre!

Se asustó de tal manera ante su grito que dio un brinco de la silla y se resguardó en la espalda de Mijaíl. Podía jurar que Dmitriy se había enfadado más todavía. Parecía que estaba fuera de sí, como si no tuviera posesión de las acciones de su propio cuerpo.

- Dmitriy, tranquilo. Ella no ha querido hacerte daño.

¿Daño? Eso estaba muy lejos de su propósito, ella solamente quería saber si eso y todo lo que dijo era verdad. No podía dejar de pensar en ello y se sentía fatal. No quería desear a un hombre que era capaz de engañar a su pareja y se sentía miserable sabiendo que podía ser la otra. No podría vivir con la culpa, dudaba hasta que pudiera mirarse al espejo sin ver lo bajo que había caído.

- Escucha bien lo que te voy a decir y quiero que lo tengas claro. — Conectó sus ojos con los suyos por encima de Mijaíl. - No tengo novia y mucho menos la quiero.

- Vale ya Dmitriy. — Amonestó Mijaíl.

- Disfruto del sexo con quien me sale de las pelotas. Deja de creer que puedo albergar sentimientos por ti porque eso no va a pasar. Tengo un acuerdo contigo y te quiero en mi cama, pero luego te quiero fuera de mi vida. — Siguió su discurso sin hacer caso a su hermano.

Se giró dándoles la espalda y se marchó sin volver a mirar atrás. Mijaíl se dio la vuelta con rapidez y la estrechó entre sus brazos. Temblaba, cada parte de su cuerpo sufría de unos espasmos incontrolables.

- No le hagas caso. Cuando se enfada es un hijo de puta cruel.

Por mucho que Mijaíl había tratado de calmarla, no lo logró. Se marchó de su casa fingiendo estar bien y se había dedicado a dar vueltas por la ciudad. Habría ido a su casa, pero tenía sus llaves en la de Dmitriy y no quería arriesgarse a otra confrontación con él. Por ese motivo había desistido de acercarse y aunque se estaba empezando a retractar, ya era demasiado tarde. Casi era la hora a la que

había quedado con sus amigas.

Tocó a su piso que estaba en el primero y colocó en su rostro la misma sonrisa de siempre. Su amiga la abrazó y la cogió de la mano para que entrara. Levantó la mano y saludó a los compañeros de su amiga. Compartir piso era muy común, Claudia se llevaba de maravilla con los gemelos. Conociéndola como la conocía y sabiendo que le gustaba más un hombre que un dulce, a menudo se preguntaba cómo era posible que con esos dos nunca hubiera tenido nada. En varias ocasiones le había preguntado y su respuesta era muy lógica; "sexo con compañeros de piso solamente tiene un nombre, problemas, y esos dos son muy buenos cocinando, limpiando y dándome el mes a tiempo, como ves, si me acuesto con uno y se enamora de mí, se me jode el chollo".

- ¿Cómo has entrado al portal?

- La puerta estaba abierta.

- Esa vieja siempre igual. El día menos pensado se nos meten a dormir un par de indigentes por culpa de esa mujer.

- Necesito que me prestes ropa, hoy he salido tarde. — Cambió de tema.

No quería escuchar a su amiga despotricar contra su pobre vecina. Ya bastante tenía la mujer, con verse sola en la vida y sin nadie que se preocupara por ella, como para encima aguantar que sus vecinos la tomaran con ella. No contribuiría a ello, prefería cambiar de conversación y distraer a su amiga para que su boca dejara de ofender a la pobre mujer mayor. Aunque debía apuntar que el tono de su amiga era desenfadado y eso significaba que lo que decía, no lo sentía.

- ¡Claro! Tengo cosas que te van a quedar de muerte.

La arrastró hacia su cuarto y empezó a sacar vestidos ajustados de toda clase. La exasperaba, estaba a punto de ponerse a chillar mientras tiraba todos esos monos vestidos por la ventana. Le habría fascinado ver como su amiga se tiraba de los pelos por su acción y gritaba contra ella sin poder contener su furia. Pensándolo sonrió, sería divertido, pero no lo haría. Claudia estaba siendo amable y nada excusaba que ella fuera una bruja malparida por mucho que los vestidos no le

agradaran.

- No voy a ponerme eso. — Dijo muy despacio.

- ¿Por qué no?

- ¿Por qué no soy una puta?

- No exagerés. Esto no podría llevarlo una "fulana" como tu misma dices. Tiene demasiada tela.

¿Dónde? Ella no la veía. Tenía un escote demasiado abierto, además de que era demasiado ajustado y para más inri, se ataba al cuello y dejaba toda la espalda al aire y la falda... ¡Cielos! Era tan corta que dudaba siquiera que pudiera ocultar algo estando sentada.

- No.

- Sí. Es negro, tu color favorito.

- ¿Cuando he dicho yo...?

- Siempre usas ese horrendo color. Siempre que te veo con él pienso que estás de luto. Póntelo. — Exigió. - Luego te haré un recogido sencillo con unos mechones cayéndote por la cara y te maquillaré.

Como buena amiga se rindió pronto y se colocó el maldito vestido. Se miró al espejo. No le gustaba, lo odiaba. Ella no servía para ir mostrando sus atributos, le gustaba ir elegante y arreglada, pero manteniendo cierto recato. No le hacía ilusión, ni el corazón le hacía fiestas cuando sentía las miradas de los hombres al pasar. Ella era una mujer, tenía sus ideales, tenía principios, se valoraba y le gustaba que los hombres fueran caballeros y no unos cretinos que te piropeaban al pasar y si venía otra detrás hacían las misma acción.

Se encontró con la mirada de Claudia puesta en ella. Su cara reflejaba lo orgullosa que estaba de verla vestida así. Sus ojos verdes brillaban en exageración y ella sabía que era porque rebosaba en dicha. Llevaba un vestido

rojo que marcaba más de lo necesario, reconoció que le quedaba asombrosamente perfecto. Su cabello castaño con mechas rubias, estaba recogido en un moño con una cinta alrededor. Se había maquillado resaltando el color de sus ojos, haciendo que su boca se viera más provocativa y sus pestañas cinceladas para verse más largas, la hicieran más sexi de lo que ya era.

- Hora de dejarte como una muñeca... — Comentó mostrándole el maletín de pintura.

- No.

¿Para qué se esforzaba en decir no? Siempre acababa dejando que hiciera lo que quisiera. Era agotador seguir resistiendo contra una cosa a la que ya tenía que estar acostumbrada. Desganada se acomodó en la silla que Claudia le dijo. Durante un buen rato dejó que ella obrara su magia y la transformara en una barbie falsificada. Así se sentía cada vez que la arreglaba de una manera con la que no sé sentía nada cómoda.

- ¡Lista!

Claudia dio varias palmadas por la euforia. Tenía que alabar su mérito, estaba radiante, pero seguía sin gustarle. No se reconocía y mucho menos se identificaba con la mujer que le devolvía el reflejo en el espejo.

- Parezco una furcia buscando guerra. — Masculló.

- ¡Deja de ser negativa! — Regañó Claudia. - Mueve ese culo, que Melisa nos espera.

Bajaron las escaleras y al llegar al portal no pudo evitar darse otro vistazo en el cristal oscuro. Claudia tuvo que cogerla y tirar de ella hacia la calle. Cogieron un taxi y se dirigieron a Princezno. Era una verdadera suerte que siendo viernes por la noche encontraran un taxi. Por norma general, ella siempre llevaba su auto y lo utilizaba de excusa para no beber, pero Dmitriy tenía sus llaves y no se las había devuelto. Su postura fue clara; "Paolo es tu chófer".

Cuando llegaron, Melisa ya estaba en la puerta esperando. Su vestido verde agua

destacaba. Se veía preciosa. Llevaba su melena rubia suelta y se había alisado sus rizos rebeldes, sus ojos marrones se veían llamativos y sus labios con ese tono rosado invitaban a besarla por un buen rato sin freno. Sus mofletes estaban bastante sonrosados y creyó que se debía al frío. Aun así lo ocultaba bastante bien y sonreía.

Hicieron la cola como otras veces anteriores. El frío era insoportable. Hacía rato que había empezado a sentir la piel más helada que un iceberg. Estaba deseando entrar. Pronto la lluvia haría de las suyas y sorprendería a todo aquel que no estuviera a resguardo. No hacía falta ver el tiempo en la televisión para saber si iba a llover. Se percibía en el aire. Se olía y se podía sentir la humedad traspasando tu cuerpo hasta calar y dejarte destemplada.

La verdad, ni le parecía que fuera la mejor idea en aquella ocasión, ni deseaba tener que irse a casa con una tormenta de por medio; no tenía su coche a mano para refugiarse y no le gustaban las tormentas. Por lo menos, si venían cargadas de relámpagos y truenos.

- ¿Otra vez por aquí?

Las tres sonrieron al hombre corpulento de seguridad que les sonreía con calidez. Cuando lo conocieron, pensaron que debía ser un hombre terrorífico, se le veía tan serio que costaba imaginar que era un hombre y no un tiburón. Con el tiempo se dieron cuenta que ese era su trabajo, que si no mantenía su pose de tigre en la puerta, más de un problema se produciría. El estaba ahí para evitar peleas, para controlar la multitud de gente que quería pasar. Si John y su compañero no lo hacían, aquello sería el caos.

- ¿Sabes de otro lugar mejor que este para mover el cuerpo? — Insinuó Claudia que nunca podía tener la boca cerrada.

- Pasad antes de que os prohíba la entrada.

- ¿Hoy no hay que mostrar carnet?

- Los vuestros me los sé de memoria. — Se mofó, John, dándole una mirada de suficiencia.

Se internaron en el enorme espacio. Como siempre se dividieron. Mientras Claudia iba a la barra por bebida, Melisa se fue hacia el lado derecho y ella al izquierdo; allí dentro era difícil conseguir mesa. Había que estar al acecho y en cuanto se divisara una libre, lanzarse a ella como lagarta y gruñir a quien intentara hacerse con ella. Muchos por eso no tenían que preocuparse. Había una escalera en cada lado uniéndose arriba en una sola por encima de la barra que había abajo y eso era porque arriba estaba la zona vip. Te servían en la mesa, nadie podía quitarte el sitio si te levantabas y disfrutabas de una mejor pista que la de abajo para poder bailar. Claro que también había que pagar un buen dinero para disfrutar de esa zona privilegiada.

Cristina: Mesa encontrada cerca de la barra, zona izquierda.

Ese era su protocolo. Una vez conseguida la mesa avisar con un mensaje a las amigas para que se dirigieran hacia allí. Tomó asiento. ¡Qué gustazo! Era una pasada; el cuero, la comodidad, las luces, la pista... Aquello estaba dispuesto como pequeñas zonas con sus mesas, sus asientos y sus separadores para disfrutar de un poco de intimidad. De frente estaba la pista de baile con sus tarimas e incluso bailarines animando el lugar. La música sonaba sin parar y se regía según a los vips. Otra ventaja de ser millonetis; ellos decidían la melodía siguiente a escuchar. No sabía exactamente como funcionaba, ella nunca había tenido el privilegio de estar arriba, pero por lo que le habían comentado... Bastaba con que se lo pidieran al DJ.

Prestó atención a la música que estaba por terminar. All Night, era una canción que ella solía escuchar a todo volumen mientras limpiaba su pequeño piso:

I'm never gonna find my way
If I don't run to that goal
The past is the past, today is today
And there's things I can't control
The circles underneath my eyes
Tell the truth that I've been trying to hide
I've been waiting for you way too long
Won't you come and take me home
Oh I, I'm praying this ain't all a dream
Can you, you, wake me up before you leave.

La primera en aparecer fue Claudia y lo agradeció, ella era quien portaba las bebidas. Cogió su vodka con cola y le dio un trago. Las tres bebían lo mismo. Tenían un pacto; quedaba descartado mezclar y beber nada que no fuera fuerte. Lo de mezclar no lo llevaban muy a raja tabla, la mitad de las veces terminaban bebiendo chupitos de whisky después de los cubalibres. Melisa llegó segundos más tarde y también tomó su vaso para darle un largo trago.

- ¿Qué tal con tu jefe?

- Peor que ayer. — Se encogió de hombros.

No quería hablar del tema. Las palabras de Dmitriy causaban en su cabeza una especie de cortocircuito que le hacía sentirse una gilipollas descomunal. Era un insensible, poco hombre y un boca sapo. Meneó la cabeza con brío y dio otro sorbo. Se iba a emborrachar, olvidar su vida y todo lo que tuviera que ver con su jefe por un día. Si por ella fuera lo haría por el resto de su vida, pero tendría que conformarse con un único día y dar gracias por poder perderse de la realidad.

- ¡Por los capullos! — Brindó Claudia que la conocía mejor que nadie.

Melisa y ella sonrieron. Cogieron sus vasos y negaron en gesto de rendición. Llevaron sus vasos a la boca y acabaron de un trago con el líquido. Otra tradición; si se brindaba por un capullo, se bebía un trago largo, ahora, si era en plural, se acababa con lo que quedaba en el vaso aun a riesgo de caer en un coma etílico.

- Mi ronda.

Se levantó y se acercó a la barra. Pidió otra ronda y regresó por el mismo camino hasta dar con sus amigas. Se sentó y observó la pista. La gente se perdía con la música de Kakkaddafakka "your girl" se fusionaban, la sentían. Era increíble ver como cada uno de ellos dejaba sus problemas en casa y disfrutaban de estar allí. Daba igual si estaban solos, si venían con amigos o en parejas, lo que importaba era que lo olvidaban todo. Solo existía el momento. ¿Por qué ella entonces no podía a hacerlo? ¿Por qué no dejaba de pensar? ¿Por qué los ojos grises heridos de su jefe la atormentaban?

Posiblemente la música tuviera parte de culpa. Justamente los vips, tenían que escoger una canción que le hacía recordar la confrontación de esa misma tarde. La letra hablaba de un chico al que le gustaba la chica de un amigo suyo y que se sentía confundido porque ella le miraba y bailaba con él como debería estar haciendo con su amigo y eso le hacía imposible ser con sus amigos como él era porque la actitud que ella tenía con él se lo ponía muy difícil.

¡Sí, la canción tenía la culpa!

- Creo que es hora de chupitos.

- ¿Ya?

La miraron sus amigas asombradas.

- Y con urgencia. — Agregó.

Un rato después las rondas de chupitos empezaban a hacer efecto. Aunque a ella todavía no terminaban de animarla, por el contrario, cada vez se sentía más desanimada y la visión de Dmitriy se hacía más fuerte en su mente. Cerró los ojos. La cabeza le empezó a dar vueltas. ¡Vivan los chupitos de garrafón! Estaba segura que los buenos los reservaban para la zona vip. Abrió de nuevo los ojos dándose cuenta que cerrándolos, lo que lograba es que la cabeza le girara más rápido y tuviera ganas de vomitar y la verdad, no creía poder llegar al baño a tiempo.

Buscó a sus amigas en la pista, hacía rato que se habían ido a bailar. Tal vez, ese era el truco, bajar la borrachera a base de mover el cuerpo. Encontró a Melisa y sonrió al verla mover sus curvas muy cerca de un chico que desde donde estaba parecía bien guapo. Luego siguió su recorrido y se detuvo en su amiga Claudia. No podía verla muy bien. El hombre que estaba comiéndole la boca de espaldas a ella, únicamente dejaba que reconociera las pulseras brillantes que sostenían el cuello de él.

Repentinamente su pecho rebotó y se fijó detenidamente en su acompañante. No sabía que era lo que le había llamado la atención y no lo supo hasta que vio

como se alejaban y su amiga le susurraba en el oído para después acercarse a la mesa donde ella estaba.

El hombre se giró y su corazón se paralizó. ¡Mierda! Aquello era demasiado para aguantar y más estando pedo. Sus ojos se apagaron y la decepción inundó todo su cuerpo. No creía siquiera que su cara lo pudiera enmascarar y eso que para ella eso era a menudo una tarea fácil.

- ¿Cómo te encuentras?

- Bien. — Dijo apartando la mirada de Dmitriy.

- ¿Seguro? No te veo...

- Estoy genial. — Fingió una sonrisa.

No le diría quien era aquel hombre. Era hora de que aceptara la realidad y se diera cuenta que ese hombre en lo único que pensaba era en meterla en caliente. No tenía derecho a enfadarse, ni siquiera tenía porque estar celosa. Él no era nada de ella para que sintiera que su corazón se estaba haciendo polvo. ¿Qué le pasaba? Dmitriy ni siquiera la había visto. La cabreó saber que estaba muy ocupado escaneando el culo de su amiga. "Como todos", pensó, mientras se llevaba otro chupito a la boca y se lo bebía del tirón.

- ¡Vete ya!

Se puso de pie y le depositó un beso. La vio alejarse poco después y tomar la mano de Dmitriy. Entonces él fue consciente de ella y su cuerpo se congeló. Por unos minutos creyó como una tonta que por el hecho de ser consciente de su presencia, se alejaría de su amiga. Pero no. Novikov era un capullo engreído que enseguida se recompuso. Pasó la mano por la cintura de su amiga e hizo como que no la había visto. Las ganas por ponerle una almohada en la cabeza y matarlo mientras dormía, fueron muy... Muy... Fuertes.

CAPÍTULO ONCE

A la mañana siguiente se levantó hecha un desastre. Tenía todo el maquillaje corrido y olía como si se hubiera bebido una licorería completa. Se llevó las manos a la cara y se las pasó con cansancio por ella. Miró a su alrededor. Ni siquiera sabía porque estaba en casa de Melisa. Ah, sí, porque no contaba con que Dmitriy no hubiera llevado a su ligue, que era su amiga, a su casa y con eso sí que no iba a poder.

- ¿Por qué no se lo dijiste?

La sobresaltó Melisa saliendo de su dormitorio.

- ¿Qué? — Preguntó confundida.

- Que era Dmitriy. ¿Por qué te callaste?

- Creo que ayer hablé más de la cuenta.

- Y bebiste. — Puntuó. - Tuve que mandar a su casa al chico con el que estaba para traerte. Casi no te sostenías en pie. Vomitaste dos veces y no dejabas de reprenderte por no haber detenido a Claudia.

- Estaba borracha.

- Y decías la verdad. Eres tan orgullosa que a veces tú misma eres la que se mete sola en el embrollo. — Respiró con calma. - Una palabra. Una hubiera bastado y Claudia lo habría mandado a la mierda. — Dijo apoyando su cuerpo en la pared y cruzando los brazos.

- Lo sé.

- ¿Y por qué callaste?

- Habría buscado otra, qué más daba lo que dijera.

- Cristina... No habría sido tu amiga y no tendrías que vivir con ello. — La miró

con dureza. - Debes tener un mensaje y no te va a gustar.

Bajó la cabeza sintiéndose patética. El orgullo le había impedido decirle a su amiga quien era y aun peor; no pudo confesar que le gustaba. Si ella lo hubiera dicho, como bien decía Melisa, lo habría plantado y hubiera buscado a otro que esa noche calentara su cama. Por orgullo, por tonta, por esperanzas de que él se arrepintiera; se calló y ahora tendría que vivir con ello y no estaba segura de poder hacerlo.

Cogió el teléfono armándose de fuerza para ver lo que ya imaginaba. El estómago se le descompuso y eso que todavía no sabía lo que su amiga había escrito. Fue a los mensajes y sus manos empezaron a temblar. Lo mejor era no verlo, pero aun tenía esperanza, aun la mujer ilusa que cree en el amor apelaba a la ilusión de que nada hubiera pasado.

Claudia: ¡Joder! ¡Dónde estaba escondido este Dios griego! ¡Madre mía! Es... Es... joder, es un salvaje y lo digo para bueno. ¡Eh! No penséis mal, nunca pensé que llegaría alcanzar el nirvana en un orgasmo. ¡Pues ese cabrón me ha hecho verlo! Besos niñas, que quiero repetir y que mejor despertar que tener un polvo mañanero con un hombre insaciable y caliente como el infierno.

Salió corriendo al baño y vomitó todo el alcohol que llevaba en su organismo. Quiso creer que era la resaca lo que la había llevado a verse arrodillada en el inodoro. No admitiría que los celos le habían revuelto el estómago como si tuviera un virus estomacal y negaría que tenía sentimientos por ese payaso aunque el mismo Dios bajara y le preguntara cara a cara.

- ¿Mejor?

- No me fastidiés, Melisa.

- Llegarás tarde. Son las ocho y cuarto.

- ¡Qué me despida! — Gritó como si Melisa fuera la culpable de sus sin sabores.

En cuanto ella le dio la espalda, se adentró en la ducha y se pasó media hora bajo el agua. Luego rebuscó en el armario de su amiga algo que abrigara y que pareciera decente. Había empezado a llover y no iba a ir hasta casa de Dmitriy

para ponerse su ropa, la de su amiga por un día debía servirle. Tiró con rabia el pantalón y la camisa contra la cama. Era lo que más se acercaba a la decencia, aun así, eran las dos cosas blancas y dudaba que no se transparentara nada. Se lo puso de mala gana y se hizo una coleta alta.

- Esto es tu culpa, cretino, boca de serpiente. — Soltó en voz alta, disconforme por tener que ir con esa ropa al trabajo.

- No le importará. Seguro y alegras su día. — Sonrió traviesa.

Melisa era igual a Claudia, ninguna de las dos podía pensar en otra cosa que volver loco a un tío. Les encantaba ese poder, ver como las devoraban, como sus ojos brillaban con deseo por ellas. ¡Bien por ellas! ¿Por qué tenía ella que ser igual?

Estaba cansada de que no lo entendieran, de que quisieran que se pareciera a ellas; no podía y no quería. Era feliz con su forma de ser y ellas se empeñaban en acabar con su paciencia.

- Me voy. — Besó el carrillo de su amiga y sonrió para que viera que estaba bien. - Ni una palabra. — Avisó.

Asintió. No le hacía falta otra advertencia, sabía bien a lo que se refería y aun así seguía creyendo que su amiga la había cagado pero bien. No dijo nada porque no quería discutir, Cristina era bastante cabezona cuando quería y lo mejor era esperar que ella se diera cuenta del enorme error que había cometido.

Cogió un taxi y se dirigió a la empresa. Llegaba tarde, pero le traía sin cuidado, con la noche que había pasado, era suficiente tener que lidiar con el dolor de cabeza para preocuparse de que el señor Novikov la colgaría de una cuerda y dejaría que viera las vistas desde su oficina boca abajo. Se apeó del taxi y le tendió un billete al hombre dedicándole un breve "quédese con el cambio y que tenga buen servicio".

Cuando llegó arriba, cogió el aire en abundancia y asomó la cabeza. Volvió de nuevo al interior del ascensor. Se oían voces, Dmitriy debía arder en rabia, si sus gritos retumbaban en toda la zona. Hasta le parecía que era un terremoto lo que movía el suelo de sus pies y a punto estuvo de refugiarse debajo de una mesa.

"Vamos allá", de nuevo se infundió valor y consiguió poner un pie fuera del elevador. Para ello tuvo que decirse veinte veces que solo era un hombre y así pudo tomar asiento en su mesa.

Diez minutos después, se apresuró a ir a la sala del desayuno y preparó el café como le gustaba a su jefe. Caminó con tranquilidad y tocó dos veces a la puerta; las voces se detuvieron.

- Pasa. — La voz de Dmitriy tratando de sonar natural, mandó a su cuerpo calambres.

Se recordó que solamente era un hombre, se plantó su mejor sonrisa y accedió a la oficina. Colocó el vaso delante de él y se mantuvo firme ante la mirada de cólera que le dedicaba. Podía sentirla sobre ella, como su cuerpo se removía inquieto. No le dio la satisfacción de que lo viera, se volvió y entonces vio a Mijaíl con la vista puesta en ella. Sonrió ampliamente, se acercó y besó su mejilla como siempre, impasible ante el hombre que estaba a segundos de obviar la presencia de su hermano y estrangularla ante sus ojos.

- ¿Estás bien? — Dudó en preguntar.

Le miró... Miró...

- ¿Me veo mal? Bueno, quizás un poco, es que me pasé bebiendo chupitos. — Le guiñó un ojo y se marchó cerrando la puerta detrás de ella.

Se sentía orgullosa, ni siquiera le había mirado, había aguantado como una valiente y ahora empezaba a ver que posiblemente, si seguía ignorando a don payaso podría aguantar las tres semanas que le quedaban. Se sentó en su silla recién recargada de optimismo y se centró en la agenda; no habían reuniones. "Que raro", se dijo, volviéndola a revisar.

Más extraño le pareció que diez minutos después, el teléfono todavía no hubiera sonado ni una vez. Verificó el teléfono y se dio cuenta que estaba desenchufado. Frunció el ceño. Eso era muy inusual. Lo dejó como estaba y observó los papeles rosas con los nombres de las mujeres. Se le había olvidado, el día que se fue enfadada, no se los había entregado a su jefe y como ayer no se dignó a aparecer,

tampoco. Lo haría cuando Mijaíl, se fuera.

Poco después de las once la puerta se abrió y Mijaíl, salía soltando el aire con brusquedad. Se arrimó al mostrador y se apoyó en él.

- ¿Me puedes iluminar?

- ¿Yo?

- Sí, tú. He aguantado horas al idiota que tengo por hermano refunfuñando y no he conseguido sacarle que mierda le pasa.

- Pues... No sé. Ayer por la noche se le veía de maravilla.

- ¿Anoche?

- Sí. Se fue a casa con una amiga mía.

- ¿Con tu amiga?

No podía creer que su hermano fuera tan burro.

- Sí y parece que lo pasó bastante bien. — Hizo como que se quedaba pensativa, mientras dejaba su dedo reposar en sus labios. - No. No puedo decirte que puede haber pasado para que tenga ese humor de ogro.

- Si por cualquier cosa la toma contigo... Quiero que me llames. ¿De acuerdo?

- No te preocupes. Todo estará bien. — Sonrió con serenidad para apaciguar sus nervios.

Mijaíl se internó en el ascensor y ella regresó la mirada a su móvil. Quería matarlo y no podía porque era su jefe, además de que no estaría bien, ella no tenía derecho a sentir esos impulsos por las acciones de su jefe. Tenía que grabarse en la cabeza que él era su jefe y que ahí se terminaba la historia.

Claudia: Niñas, tengo su número por si quiero repetir. Ja, ja, ja y no lo descarto,

tiene unas manos, una boca, un don para tocar los puntos exactos... ¡Bueno ya! Que si no me veo llamándole esta misma noche.

El mensaje añadía una carita con un guiño al final. Cerró el mensaje y por unos minutos se quedó mirando el teléfono. Las ganas de vomitar habían regresado y le estaba costando poder beberse el café que se había preparado. Le empezaba a parecer que hacía un siglo que lo había hecho y dejado sobre la mesa.

Levantó la cabeza y su vista se dirigió a la puerta cerrada del despacho. Todo estaba mal, se sentía decepcionada, desilusionada, triste... Eran tantas las emociones que rondaban en ella, que no sabía qué hacer. Había visto la otra cara de Dmitriy, podía asegurar que no era un mamón sin escrúpulos, pero después de lo de anoche... Después de haberla visto... Después de la discusión que habían tenido por la tarde... Su juicio tambaleaba y pensaba que había querido ver algo que no existía en él; un corazón.

- Hola, ¿está don perfecto?

Giró la cabeza con rapidez y dejó el móvil entre los papeles que tenía cerca del ordenador.

- Sí, pero no aseguro que quiera atenderte.

- Bueno, habrá que probar. — Le dedicó su mejor sonrisa. - Necesito que firme un presupuesto para una campaña a lanzar en unas semanas.

- Bien. Espera un segundo.

Dio dos golpes fuertes en la puerta y al poco escuchó la voz del jefe concediéndole la autorización para entrar. Se adentró lo justo hasta estar parada en medio del despacho clásico. Era como cualquier oficina, lo único que variaba era la pantalla enorme a su costado izquierdo.

- Señor Novikov, David está fuera esperando para verle.

Dmitiry la observó muy detenidamente. Con descaro hizo un recorrido de todo su cuerpo. Todo en ella se revolucionó; efecto provocado por su intensa y

caliente mirada. Parecía que no tenía prisa y que le importaba poco que su amigo, estuviera fuera. Apartó la mirada concienzudamente. Esperó paciente que le diera instrucciones para proceder, pero pasados unos segundos, el sonido de la silla la advirtió que se estaba poniendo de pie.

- No te muevas. — Se adelantó Dmitriy a sus movimientos.

Sabía cuando debía pelear y cuando no y precisamente aquel no era el mejor momento. Ella era su secretaria y tenía que acatar las ordenes que diera, aunque no le gustaran. Siguió sus pasos como si él fuera una flauta y ella una serpiente. No podía creer el descaro que tenía, si lo que estaban viendo sus ojos no era una alucinación; había cerrado la puerta con seguro. Se puso nerviosa y caminó inconscientemente hacia atrás hasta que sus piernas toparon con la mesa.

- Había dicho que no te movieras.

Se acercó a ella y se paró demasiado cerca, estaba invadiendo su espacio. Sus ojos grises abrasaban su cuerpo. La desnudaba con su mirada profunda. Se agarró fuerte con las dos manos al borde de la mesa, sus nudillos iban cambiando de color conforme a la presión que ejercía.

- Me gusta mucho cuando me llamas por mi apellido.

Llevó la mano a su cara y puso un mechón de pelo detrás de su oreja. Mordió con fuerza su labio. Estaba utilizando todo su autocontrol para no dejarlo lesionado de por vida. No se lo perdonaría, era demasiado guapo para dejarlo estéril. Y joven, se recordó.

- ¿Qué haces?

La confusión apareció enseguida en sus ojos.

- Las paces. — Soltó Dmitriy con su rostro casi pegado a su cara con una voz ronca que mandaba vibraciones por toda su piel.

Echó su cuerpo un poco más hacia atrás y en el mismo momento se arrepintió. Dmitriy la había cogido de la cintura y sentado en la mesa, además de colocarse

entre sus piernas. ¡Genial, como en las películas! Pensó con sarcasmo a la vez que se mordía más fuerte el labio.

- Las paces. — Repitió sus palabras y le sonaron a chiste. - ¡Tú eres tonto! Te acuestas con...

No le permitió seguir, se apoderó de sus labios y la silenció con facilidad. Por supuesto intento alejarse, no quería sentir sus besos, no lo quería cerca, quería sentir repulsión... Quería... Quería... Tantas cosas quería y ninguna era la que deseaba y se dio cuenta que querer hacer algo, no contrastaba con lo que deseaba.

Sus labios se cernieron sobre los suyos con exigencia. Movimientos precisos, tortuosos e implacables. No le daban ni un minuto de tregua. Mordía, succionaba y volvía adentrar su lengua en su boca saboreando cada rincón de ella. Su cuerpo se arqueaba ansioso con cada lamida que le prodigaba, con cada gruñido que salía de su boca. Gemía en protesta sin control cuando se alejaba decidido a darle el tiempo suficiente para recuperar el aliento. Entonces Dmitriy sonreía con prepotencia y enseguida la obsequiaba con lo que anhelaba; volvía a internarse en su boca y jugueteaba con su lengua.

Hacía rato que había perdido la razón, la única concentración que tenía era seguir los constantes y frenéticos movimientos de la boca de Dmitriy.

Unos fuertes golpes la hicieron consciente de la majadería que estaba haciendo. Le dio un empujón y trató de apartarlo e irse con la poca dignidad que le quedaba. Dmitriy no se lo permitió, pegó su cuerpo más al suyo y la miró directamente a los ojos.

- Lo siento.

- ¿Qué has dicho?

Se quedó pasmada.

- No repito...

- Entonces yo no he oído nada.

Rió. Esa pelirroja le desarmaba. Negó con la cabeza, no quería repetirlo, le había costado un huevo decirlo y aun así la súplica que denotaba su voz le hizo desear repetirlo.

- Lo siento. ¿Contenta?

- ¿Por qué lo sientes?

- No vas a parar, ¿verdad?

- Si te disculpas tiene que ser con todas las de la ley. — Se encogió de hombros.

Dmitriy besó su hombro a la par que la puerta los volvía a importunar. Siguió dejando besos en su piel hasta llegar a su boca. La volvió a besar y al alejarse sonrió sin restricciones.

- Te invito a cenar.

- Cenar. Tú y yo. ¿Quieres qué terminemos en el hospital?

- Ja, ja, ja. Te prometo que me comportaré.

Era una pésima idea. Seguía creyendo que una cena en la que ellos dos eran los protagonistas, no saldría bien. ¿Entonces por qué le costaba la vida decir que no? Quizás, era porque su cuerpo estaba condenadamente cerca y seguramente ese era el motivo mayor, pero no el único. Sonreía y era la sonrisa más hermosa y divina que hasta hoy le había visto. Sus ojos resplandecían y parecía que miraban a través de ella como si quisiera descubrir el secreto más oculto de su alma. Sus cejas estaban levantadas en una clara invitación al desafío. Y entonces se percató que ninguno de ellos era el originario para que ella dijera que sí, si no que lo que la hizo decidirse; fue tener consciencia de que él quería una cena con ella como personas normales, dejando los sobrenombres que les marcaban como "jefe y secretaria". Y ella también lo deseaba.

- ¿Cuándo?

Dmitriy esbozó una sonrisa triunfal y persistió en sostenerla entre sus brazos, pasando del gilipollas que había fuera y no dejaba de tocar la puerta.

- Esta noche.

Pegó de nuevo sus labios a los de ella. Se alejó reticente de su cuerpo y la dejó sobre sus pies. Observó como se colocaba el cabello y aseguraba que no se viera como lo que se veía; una mujer a la que le habían comido la boca con ansias. Sacudió la cabeza con una sonrisa y se dijo que nunca debía haberla besado. Desde ese momento estaba perdido. Esa jodida pelirroja había infectado su cabeza y no le dejaba razonar con cordura.

- ¡Dios va a ser imposible fingir que estábamos hablando! — Dijo arrugando la nariz, mientras tocaba sus labios que ya empezaban a hincharse.

Ese gesto le pareció gracioso, pero a la vez que quisiera esconder lo que allí había pasado, le hizo resurgir su mal genio. A la mierda con sus empleados. La había besado y quería que todo el mundo supiera que ella estaba fuera de los límites. Era suya de momento y no dejaría que nadie tocara lo que era suyo.

- Me importa poco lo que piensen. Si quiero besarte, lo hago. Si quiero tenerte aquí o en el puto ascensor, incluso en el suelo de la entrada, te tengo, es mi jodido edificio. Yo no tengo porque dar explicaciones de lo que hago. — Dijo fanfarrón.

Parpadeó muy seguido ante sus palabras orgullosas y arrogantes. No podía entender como en un momento estaba relajado y manso como un corderito y al otro su chip había hecho "plof" y se mostraba malhumorado, impertinente y con ganas de discusión.

Los golpes en la puerta volvieron a sonar. Observó como Dmitriy cansado y con la paciencia agotada se dirigía a la puerta. Con una mirada que haría retroceder al más valiente, abrió y ensartó a su amigo David.

- Dmitriy...

- Ahora no. — Avisó conteniendo el mosqueo. - Si no te abro deberías deducir

que estoy ocupado. Vuelve a tu planta y no vuelvas a tocarme los huevos.

Esperó a que se diera la vuelta. No estaba para aguantarlo ahora y menos cuando tenía a la pelirroja allí que era mucho más entretenida. Que su amigo decidiera ese momento para recorrer su oficina con la vista, le mosqueó. Y más se enfureció cuando sus ojos se encontraron con los de Cristina y no pudo ocultar su asombro como si fuera Cristóbal Colón y hubiera descubierto América. Cerró la puerta de un portazo y le cortó la visión. Se apoyó en ella. La pelirroja era muy hermosa. Estaba hambriento y deseoso de poder ver ese buen trasero sin nada que lo cubriera.

- ¡Perfecto Novikov! Ahora seré la comidilla de la oficina. — Se lamentó.

- Deberías dejar de provocarme usando mi apellido para dirigirte a mí. No te haces ni una idea de la de cosas que se me pasan por la cabeza para hacerte, cuando siento mi apellido salir de tus labios.

- Será mejor que me vaya...

Las cosas ya estaban bastante tensas y encima Dmitriy no ayudaba con sus palabras llenas de lujuria y sus ojos empeñados por el deseo, mirándola como si fuera la mujer de un sueño húmedo hecho realidad. No era tonta y no olvidaba todo lo que había pasado el día anterior. Y si él la estaba mirando así, únicamente era por la puñetera ropa de su amiga ceñida que dejaba poco espacio para la imaginación.

Andó con cautela hasta estar al lado de Dmitriy y le suplicó en silencio que detuviera el juego. Su mirada le reveló que no quería hacerlo. Que sus pensamientos al igual que los de ella estaban en los minutos antes que habían compartido y en los que ella se había rendido a su tacto. Se avergonzó y se puso roja. Había gemido, había sentido la excitación, como su cuerpo deseaba sus caricias, como sus labios se fundían con sus besos. De nuevo él la había hecho perderse en la burbuja que la atrapaba cada vez que él se apoderaba de sus sentidos.

- Esta noche. — Hizo hincapié en la cita que habían acordado haciéndose a un lado y antes de que ella terminara de atravesar la puerta.

CAPÍTULO DOCE

Se refugió en la silla detrás del mostrador. Todavía temblaba y estaba aturdida. Los nervios que se habían apoderado de su cuerpo, no dejaban que pudiera centrarse en su tarea. Tampoco es que tuviera muchas, pero había suficientes para mantenerla distraída. En cambio, por muy ilógico que pareciera, aquel día no encontraba ninguna que dispusiera de la suficiente fuerza para que ella consiguiera mantener su cabeza ocupada y olvidara los besos calenturientos que había recibido.

Miró el reloj y como era costumbre, salió a comprar la comida de su jefe. Llegó a la puerta de la calle y un hombre le cortó el paso. Lo observó con curiosidad esperando que se hiciera a un lado. Cosa que el hombre alto y grande con cara de mala leche no hizo.

- Soy Travis. Señorita Harris.

Su cara cambió y las ganas de subir los diez pisos por las escaleras y lanzar a ese hielo hermético por su propia ventana crecieron. En su lugar respiró con

paciencia y pasó de largo al tipo sin dirigirle la palabra. Procuró caminar con energía hasta llegar al restaurante chino. Una tarea que su nuevo guardián, le puso difícil. Estaba lloviendo y se había emperrado en ir detrás de ella con el paraguas abierto encima de su cabeza.

Entró por las puertas del restaurante y agradeció que el buque de hombre, no la siguiera. Pidió lo de siempre y esperó. Cada día era un lugar distinto y una comida diferente. No entendía como ese hombre conservaba ese cuerpazo duro con tanta porquería que se metía en el cuerpo. Ella a esas alturas ya parecería una bola grasosa. Él por su parte, seguía viéndose como un pecado con piernas largas y esculturales. Y sus brazos... ¡Virgencita! Eran tan grandes que rodearlos con sus manos era una misión difícil. Y su pecho... Por la poca atención que le había prestado, se veía demasiado apetitoso, incluso las tablas que marcaba su estómago la incitaban a querer tocar y pasar su lengua por cada uno de esos cuadraditos.

Movió la cabeza con energía. ¿Qué le pasaba? Parecía una adolescente que no podía contener sus hormonas bajo control y aún menos mantener sus pensamientos a raya. Que su jefe era una divinidad de hombre, lo sabía desde hace tiempo, pero nunca se había parado a mirarlo, nunca lo había visto como alcanzable, como una posibilidad para ella.

Se estaba volviendo loca y la culpa la tenían sus amigos que la habían echado a sus brazos sin miramientos y estas eran las consecuencias; no podía controlar su deseo, las ganas de volver a sentir su boca, de sentir sus caricias, de sentir como la deseaba, de sentir su cuerpo aplastando el suyo... Todo la llevaba hacia un lugar... Ese hombre le gustaba y mucho más de lo que debería estar permitido. De nuevo sintió como los colores tomaban posesión de sus mejillas.

- ¿Vas a seguirme todo el tiempo? — Ladró al hombre que parecía de la edad de Dmitriy y que no había dejado de seguirla desde que había salido de la oficina.

- Es mi trabajo.

- No eres muy conversador.

- Señorita, no me pagan para hablar.

- ¡Quieres quitar ese dichoso paraguas de mi cabeza! — Dijo cansada de aguantar que la tratara como si fuera una princesa.

- Lo siento, señorita. Cumpló ordenes del señor.

Apresuró sus andares deseando llegar a la oficina y decirle un par de cosas a su jefe. Cuando pisó el primer escalón que la llevaba a las puertas giratorias, Travis plegó el paraguas y le dio un saludo con la cabeza, quedándose a un lado de las columnas blancas. Sonrió a las chicas al pasar al igual que había hecho con los guardias de seguridad que vigilaban el edificio.

Cuando llegó arriba su cabreo la dominaba y se dirigió al despacho con pasos seguros. Sus zapatos resonaban contra las baldosas. Abrió la puerta sin llamar...

- ¡Mierda! Yo... — Se le trabó la lengua y no encontró forma de hablar.

Cerró la puerta avergonzada, miró el suelo y vio las bolsas de la comida. Ni siquiera había sido consciente de cuando las había soltado. Para una vez que no llamaba y tenía que hacerlo justo ese día. Se mordió con fuerza el labio e intentó olvidar la imagen. No lo consiguió; la imagen de Dmitriy con la cabeza echada hacia atrás en su sillón y su erección en la mano la iba atormentar todo el santo día.

Unas manos rodearon su cintura con confianza, mientras que una risa contenida, divertida y muy sexi llenó sus oídos. Se cubrió la cara con las manos y percibió como la jalaba con suavidad y la adentraba de nuevo en su oficina.

- Baja las manos. — Ordenó tratando de ser firme.

- Eeem, tienes... Tu...

- ¿Polla?

- Pene. — Corrigió escandalizada. - ¿Está guardada?

- Ja, ja, ja. Sí, pero si quieres la vuelvo...

- ¡No! — Dijo lo más rápido que pudo.

¿Qué tenía esa oficina? ¿Por qué siempre terminaba allí dentro y en los brazos de su jefe? Bajó los brazos con cuidado, Dmitriy nunca mentía, pero en este tipo de situaciones quien sabía lo que podía suceder, así que no se fiaría de él.

- Pareces una colegiala. Estás muy roja.

Rompió a reír y su corazón se aceleró.

- No le veo la gracia. Tú... Tú no tienes decencia. ¡Novikov, por Dios! ¿Cómo se te ocurre? ¡En la oficina!

Desvió los ojos sintiendo el calor calentar su rostro.

- He hecho cosas peores.

Sonrió con diversión y besó su cuello. Hacía varios minutos que había notado que su atención estaba allí puesta. No imaginó que besaría su vena palpitante para sentir su pulso en sus labios. Contuvo el oxígeno en sus pulmones. Ese hombre la estaba llevando al borde de su resistencia. Le extrañaba estar aguantando tanto, porque la verdad es que deseaba ser devorada por el lobo y si no se había rendido ya, no era por otro sentimiento que el puro orgullo.

- Eres un pretencioso y un...

Dmitriy besó sus labios cortando toda palabrería.

- ¿Un qué? — Inquirió con guasa.

- Un grosero, además de...

Volvió apresar sus labios desmoronando los pocos pensamientos y frases que podía coordinar.

- ¿De qué?

Se estaba divirtiendo el condenado.

- ¡Qué te den!

Le puso el dedo medio frente a la cara por si sus palabras no habían sido suficiente claras.

Dmitriy le dio la mirada más caliente que alguna vez vio y apresó su dedo con los labios. Succionó con experiencia y brío sin apartar sus ojos de ella. Juntó las piernas queriendo calmar el intenso ardor que estaba sintiendo al ver como aquel hombre se afanaba en chupar su dedo como si tuviera otro manjar en la boca. Un gemido escapó de sus labios y Dmitriy dejó de apresar su dedo para en un movimiento depredador acercarse a su oído...

- Quiero tenerte. — Dijo desesperado como un imbécil que necesitaba bajar su calentón.

¡Por favor que anoche estaba en la concha de Claudia! ¿Qué clase de magia utilizaba que la hacía olvidar que era un mujeriego? Le dio un empujón y se alejó de él.

Se acercó a la ventana y contempló como el agua caía, mientras su cuerpo iba regresando a su estado normal. Reposó la frente sobre la superficie fría del cristal. Su respiración aun era acelerada y se encontraba exaltada por lo que casi había hecho. Segundos después se dio la vuelta y pudo mirar de frente a Dmitriy; lo encontró apoyado con la cabeza en la pared, soltando el aire con fuerza. Le pareció que hablaba en susurros y no fue difícil saber que lo que hacía era regañarse por haber cometido semejante error, cuando ya la tenía en sus manos.

Soltó el aire por la nariz como si fuera una tetera puesta al fuego que echaba el vapor caliente al aire. Estaba usando todo su dominio para no arrancarle la ropa como un animal. Era lo que debería hacer, pero no entendía qué coño le pasaba con ella, que quería que se le entregara sin reparos. Ella también lo deseaba, lo presentía cada vez que la tenía cerca, cada vez que la besaba, con cada caricia ella se deshacía en sus dedos. ¿Por qué entonces se lo ponía tan jodidamente difícil? Se estaba hartando, su paciencia tenía un límite y ya estaba tambaleando en la cuerda floja.

- Dmitriy...

- Vete.

¿La había echado? Lo observó queriendo creer que se lo había imaginado. No se movía, veía su espalda subir y bajar. Sentía su respiración profunda. Se acercó, no podía irse así. En ese momento sentía unas ganas irrefrenables por abrazarlo. Se puso a su espalda y lo rodeó con sus brazos. No llegaba a abarcarlo completamente. Era demasiado grande. Le recordaba a un muro de bloques; grande, ancho y duro. Así era Dmitriy. Y le gustaba. Sostenerlo de aquella manera entre sus brazos sin excitación de por medio, fue algo maravilloso. Había pensado que se daría la vuelta y la alejaría. Que reusaría su contacto. Jamás habría creído que se quedaría quieto como un niño que no sabía si debía apartarse.

- Me rechazas. Me frustra que lo hagas. Que de repente te alejes como si no soportaras mi toque.

Su boca tomó el control de la situación antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo. La culpa era de la sensiblera que se le había pegado a la espalda y hacía el intento por mantenerlo abrazado. Ni por asomo esa era la realidad, pero era la excusa más sencilla que podía encontrar, cuando su cuerpo aprobaba sin revolverse, ese contacto íntimo.

Hacía mucho que no permitía que nadie se tomara esa confianza, era un límite que nadie podía traspasar y los que le conocían sabían donde estaba el máximo acercamiento permitido. Y ahí estaba otra vez la pelirroja, saltándose sus normas y cogiendo lo que ella quería. No se había molestado en pensar que, tal vez, él no quería ese acercamiento.

Se quedó absorto pensando en ese instante y trató de entender porque no la estaba apartando de su cuerpo.

- No te rechazo. — Quiso ser sincera. - Me protejo. — Y aun sabiendo que iba a inflar su ego, tuvo que decirlo. - Todo tú me gustas. Sobre todo cuando sonríes y muestras tu lado humano. — Sonrió en su espalda. - Incluso cuando te burlas de mí te ves irresistible y quiero comerte a besos. — Se detuvo para ordenar su cabeza. - Quizás, cuando dejes de verme como un agujero caliente donde poder

enterrar tu juguete. Puede que entonces deje de rechazarte.

¿Le acababa de dar esperanzas? ¿Dónde se había ido su cabeza!

Dmitriy se dio la vuelta. No podía descifrar su humor, ni lo que pasaba por su cabeza. Allí de pie, sin apartar sus ojos de él, le habría encantado entender como funcionaba la brujería para meterse en su mente y descubrir cada cosa que llenara su cabeza.

Sorprendiéndola, Dmitriy la agarró por la cintura y succionó sus labios con deleite. Al alejarse su gesto era serio. ¡Le encantaba! Ese hombre hacía que toda ella se derritiera.

- La cena sigue en pie.

A las ocho estaba esperando que Dmitriy apareciera. Se encontraba muy nerviosa. Dmitriy era algo... Cambiante, por decirlo de alguna manera y ella temía que su actitud no fuera la que ella esperaba en una cena para poder disfrutar de su compañía. La música de su móvil, la hizo salir corriendo hacia la cocina, se había olvidado de donde lo había dejado. Necesitaba relajarse y pensar que estaba compartiendo un rato con un amigo. Si no aquella cena iba a ser el Titanic; se hundiría sin siquiera haber empezado a navegar.

- Hola, ¿te queda mucho?

Había sonado demasiado eufórica.

- Media hora. — Avisó y después colgó.

Miró su teléfono como si fuera el objeto más extraño que hubiera visto. ¡Qué modales! Ella comprendía que para él esos gestos fueran algo nuevo. Que le costara asimilar que estaba contando con otra persona, compartiendo sus contratiempos... "Eso era bueno, ¿no?" Se dijo mientras acababa de colocar los platos en la mesa. Dmitriy no había especificado nada sobre los planes de la cena, así que como él no había aparecido en toda la tarde, se propuso sorprenderlo y había cocinado para él.

Con cada minuto que pasó se sintió más nerviosa, un nudo se le había formado

en la boca del estómago. Estaba tan atemorizada... Dmitriy era el primer hombre con el que se permitía bajar la retaguardia. No lo podía negar, se había ilusionado. Estaba corriendo un riesgo muy grande, pero ya era demasiado tarde. Ese hombre verdaderamente le gustaba y ni siquiera sabía como había ocurrido.

Por su cabeza nada más pasaban pensamientos tontos. Quería que la viera, que se fijara en ella, que se diera cuenta que si él ponía de su parte algo entre ellos se podría dar. Era algo difícil de lograr y se había preparado para un rechazo inminente. Dmitriy no era un hombre conocido por tener sentimientos y mucho menos por ser una persona de relaciones, pero los pequeños cambios que había visto, le hacían soñar que podía ser posible.

La puerta se abrió y el corazón se le detuvo. Estaba tan guapo. Llevaba el traje de esa mañana en azul marino y aun así, le miró como si fuera la primera vez que le veía con él.

Se acercó despacio. Desde la puerta se había percatado que la mesa estaba preparada. Se sorprendió. Había pensado en llevarla a cenar, incluso había reservado una mesa en un restaurante glamuroso. No se esperaba que ella se tomara la molestia de cocinar para él y eso hizo que la confusión se reflejara en su cara. Las mujeres por norma querían que las llevara a un restaurante carísimo y luego a su casa para disfrutar de un buen rato en la cama. Aquella pelirroja no, ella había preparado una cena, había colocado la mesa elegantemente y puesto velas. Su alma sintió algo que no sabía como afrontar.

- No sabía si íbamos a salir y como te gusta la comida casera... — Se explicó.

No sabía como tomar su reacción. Se había parado junto a la mesa y observaba fijamente cada detalle que había en ella. Se mordió el labio. Debería pensar en dejar de hacerlo en un futuro cercano, iba a terminar deformándose la boca. Sus ojos se empezaron a apagar. Dmitriy no decía nada. Solamente estaba ahí parado, como en estado de shock. Parecía un muñeco sin vida, contemplando las pocas velas que había encontrado, las copas perfectamente colocadas, los pétalos de rosas que adornaban la superficie y la botella de champán que había comprado de camino a casa.

- Había reservado una mesa para cenar.

- Oh, bueno. No pasa nada. Si me das diez minutos me arreglo y nos vamos.

Le dedicó una sonrisa pequeña.

- ¿Y perdernos este banquete? Ni por todo el oro del mundo.

Se sentó, cogió la servilleta de la mesa y la desdobló. La dejó cerca del plato y esperó impaciente que aquella pelirroja moviera las piernas para hincar el diente en lo que había preparado. Parecía un crío, el cual nunca había recibido un regalo y aquella era su primera vez.

Lo observó sin poder dejar de sonreír. Había acertado. Como decía el famoso dicho, "al hombre se le ganaba por el estómago" y ella había jugado con ventaja; era muy buena cocinera y le encantaba darle de comer.

Comenzó a disponer la mesa. Iba de la cocina a la mesa y lo hizo varias veces hasta tenerlo todo en la mesa. Había preparado una pechugas glaseadas con salsa de cebolla, patatas cocidas al horno con ajo, una empanada rellena que se veía deliciosa. Canapés, huevos rellenos y unas salchichas con pan en forma de cerdo. Había pasado horas en la cocina, pero merecía la pena, por el simple hecho de ver la cara de Dmitriy estupefacto.

Tomó asiento. Casi se echó a reír. Se veía tan indeciso y deseoso que lo único que podía hacer era sonreír ampliamente llena de alegría.

- No sabía que te gustaría, he hecho varias cosas por si algo no te agrada.

- ¿Te has pasado la tarde cocinando para mí?

Lo dijo tan sorprendido que se avergonzó.

- También hay postre. — Musitó.

Espantado por lo que había sentido, se centró en probar todo lo que estaba a su alcance. Era mucho más fácil comer que afrontar algo que no quería aceptar. Se dedicó a comer y se mantuvo pensativo. Parecía que estaba comiendo solo, en ningún momento levantó la cabeza para encontrarse con los ojos de Cristina.

Sabía que estaba ahí, podía sentir como le miraba con insistencia como si así pudiera meterse dentro de sus pensamientos.

La ignoraba a propósito, como volviera a unir sus ojos a los de ella y viera esa chispa brillante avivada y esperanzada por algo que él no estaba dispuesto a ofrecer, iba a volcar la mesa y matar sus putas ilusiones.

- ¿De dónde eres? — Rompió el silencio queriendo recobrar el control.

Dejó la tarta de queso sobre la mesa y se entretuvo en colocar los dos platos que traía en su sitio. Se puso nerviosa. Su cara debía mostrar lo descompuesta que se sintió por unos segundos. Se sentó de nuevo y sonrió con naturalidad. Rezó porque Dmitriy no hubiera visto lo tensa que estaba de repente. Si lo percibió, no dijo nada. Se mantuvo a la espera de que decidiera hablar.

- Los Ángeles.

No quería mentir y por eso le contestó con la pura verdad.

- ¿Y cómo has terminado en la otra punta?

Intensificó su mirada.

- Supongo que como todo el mundo por circunstancias de la vida. — Comentó sin especificar.

- ¿Y tu familia?

- No tengo. — Contestó tajantemente.

Detectó la dureza en su voz. Sintió curiosidad. Había sido consciente del cambio en su actitud, de su mirada perdida en los cubiertos, de como apretaba sus dedos contra la mesa. Había sido sutil, pero él tenía una mirada de lince y poco se le escapaba a no ser que él no quisiera verlo.

- ¿Puedo preguntarte algo? — Preguntó cohibida, la ponía nerviosa la manera en la que la estaba escaneando.

No pudo evitar sentirse como si fuera uno de sus balances. Ponía el mismo gesto que cuando miraba esas hojas llenas de números.

- Puedes.

Habló como si fuera una de sus sirvientas y le estuviera dando permiso para retirar la mesa.

- Esa... Mujer.

Dmitriy cambió el semblante. Todos sus rasgos eran de alerta. Aun así no se detuvo...

- Preguntó si yo era una de tus... Fulanas. ¿Qué quiso decir?

- Lo que entendiste. — Enmudeció. - Soy un hombre activo, no me mires así. Siempre te lo he dicho, disfruto de las mujeres.

- ¿En el despacho?

- Por norma suelo utilizar la última planta. Que para eso está diseñada para parecer un piso.

- ¿Y te da igual que alguien te pille?

- Nadie puede subir a esa planta. El ascensor lleva un panel incorporado y para la última planta hay que usar una llave que solamente tengo yo.

- Que bien...

¿Bien? ¡Qué decía! Por supuesto que no le parecía bien. Era... Increíble que hablara con esa sinceridad aplastante y no encontrara indicios en su rostro de que estuviera avergonzado por su comportamiento.

- ¿Qué tienes una lista para tener una a mano cuando quieres?

Rió. Casi se había acercado. Su manera era mucho más eficaz y fácil. Y estaba

deseando ver la cara que ponía cuando se la revelara. Su postura había cambiado, lo que en un primer momento había decidido que no supiera, se lo iba a relatar con todo el gusto del mundo para que dejara de soñar que él era un hombre para ella.

- No. Hago entrevistas.

- ¿Qué haces qué? — Interrogó en conmoción.

Volvió a reír. Como le gustaba esa pelirroja, preguntona, que se ruborizaba por cada cosa que se salía de lo normal.

- Las entrevisto. — Se encogió de hombros sin importancia.

Casi se cayó de la silla. Su cara debía ser de póker. Dmitriy enseguida estalló a reír como si ella fuera la mujer más graciosa del mundo. ¡Los disparates que hacía la gente! Y luego se quejaba por haber rellenado un formulario...

- ¿Me estás diciendo que las mujeres que aparecen en tu oficina son para...? — No pudo terminar la frase.

- Sí.

- ¿Y cómo dan contigo o tú con ellas?

¿Por qué preguntaba? ¡No le interesaba!

- A través de Princezno. Todas quieren estar con el dueño. Y ese soy yo. — Sus palabras eran pura y altiva arrogancia. - Dejan sus teléfonos y las llamo. — Se llevó una cucharada de tarta a la boca. - También contactan conmigo por mi perfil de Facebook. Tengo un espacio de entrevistas privadas. Rellenan sus datos... Y les mando un mensaje con su cita.

Se mordió la lengua con fuerza. Se había hecho un pequeño corte. Le vino bien, necesitaba esa distracción. No sabía cómo digerir lo que esa cabeza rana le había confesado y lo que más coraje le daba... ¿Por qué no se había callado? Ahora no podría evitar imaginarlo arriba, en su planta privada, con una mujer, cada vez

que desapareciera.

CAPÍTULO TRECE

Se puso de pie. Dmitriy no dejaba de observarla. Se regañó por estar mostrando cuanto le había afectado que ese cretino le contara de sus andanzas. Recogió todo lo que con tanta ilusión había preparado y se reprendió por ser tan estúpida. ¿Qué esperaba? ¿De verdad creía que él se fijaría en ella de otra forma que no incluyera una cama y ellos dos en ella?

¡Y por qué había prometido comportarse! ¿Qué entendía él que significaba esa palabra?

Dejó salir el aire y se apoyó en la encimera. Su cabeza giraba... Giraba... Y giraba. Y entonces se enfadó. Se giró y volvió sobre sus pasos. Le encaró y le asestó un empujón que no llegó a tocarle. Dmitriy ya estaba esperando su explosión y había cogido sus manos con agilidad. La recostó sobre la mesa y presionó su cuerpo contra el de ella.

- ¡Sueltame!

- ¿Qué te ha molestado?

¿En serio? ¡Lo iba a destripar! ¿Cómo se le ocurría relatarle la manera tan asquerosa con la que escogía a las mujeres con las que se acostaba? ¡Por la santa Maria! Ese hombre no tenía escrúpulos, era un jodido arrogante y un maldito degenerado. Y ella no deseaba otra cosa que la desnudara. Que la besara. Que la poseyera. Que la hiciera suya. Sentenciado. ¡Estaba loca!

- ¿Por qué me lo cuentas? — Arremetió con otra pregunta.

- Porque no quiero que me sigas mirando con esa mirada esperanzada. No quiero

que me sigas viendo como una opción. Porque no quiero que sigas creyendo que te puedo amar. Porque soy un hijo de puta y no se te mete en la cabeza. Porque todas las mujeres saben a lo que atenerse, pero tú no. Tú te has creado unas fantasías y te has formado una visión errónea de mí.

- ¡Pues ya está claro! Ahora aparta tus manos, antes de que te deje tirado en el suelo con una patada en los huevos.

Dmitriy la soltó. Se sentó como si nada hubiera pasado y se puso a comer la tarta que tenía delante. Sus labios soltaron ruiditos, se veía que disfrutaba y que le parecía deliciosa. No dejaba de llevar una cucharada tras otra a su boca. Después de lo que acababa de pasar, ¿era normal que siguiera creyendo que era el hombre más sexi que existía y hubiera conocido?

Un runrún, hizo que saliera del estupor en el que se había metido. Siguió el sonido que pronto identificó que era el móvil de Dmitriy. Se lo llevó a la oreja y sin apartar la mirada de ella, contestó.

- ¿Ahora? — No escuchaba, pero fue consciente de la sonrisa de Dmitriy. - En media hora en la puerta. — Terminó la llamada y se puso de pie. - Tengo que irme.

¿Y para eso había cocinado ella? ¿Dónde iba? ¿Quién le había llamado? El calor empezó a centrarse en su cabeza, en su cara y poco después por todo su cuerpo. Nunca había sentido un calor tan intenso y supo que no era nada bueno. La furia corría en todo su esplendor por sus venas; se había ido.

Deambuló por la casa sin rumbo. Se había asomado a la ventana para ver como andaba de suerte. Fatal, no le extrañaba, en pocas ocasiones había experimentado lo que era la suerte. No podía salir. Ese idiota que tenía orden de seguirla, estaba apostado a la puerta como si fuera un guerrero. Dmitriy había hecho buena elección con él. Le costaba pensar que alguna vez descansara.

Subió arriba y buscó una de las habitaciones del final. El pasillo era bastante largo y casi le parecía que no tenía fin. Se dejó caer en la cama. Seguía muy enfadada.

El pitido de su móvil la alertó y rezó porque fuera una de sus amigas y la

mantuviera un rato distraída. Vio el mensaje. ¡Mejor no haberlo visto! Lanzó el móvil y lo hizo pedazos contra el suelo. El mensaje seguía retumbando en su cabeza como una maldita broma:

Claudia: ¡Niñas le he llamado! Sí, no es normal. Todas sabemos que nunca repito con el mismo. Que le voy a hacer, está como un queso y es bueno en la cama. ¿Se puede pedir más? Os quiero.

La había cagado. Se llevó las manos a la cabeza. Su amiga estaba disfrutando de lo que ella quería, mientras se lamentaba porque no aceptaba ser un polvo.

- Mi situación mejora por momentos.

Se acostó dispuesta a que aquel día terminara y el siguiente fuera mejor.

Abrió los ojos y apagó el despertador. ¿Por qué Dmitriy tenía que ponerlo tan temprano? Su ceño se fue frunciendo poco a poco. Miro a su costado... Y ahí estaba. Tan pancho, durmiendo plácidamente, espatarrado y boca arriba. Por unos segundos su impulso fue pasar su mano por toda su piel que se vio espléndida a sus ojos.

- ¡Y una mierda! — Graznó a la vez que lo empujó de la cama.

- ¿Qué demonios ha pasado?

- Ups, te has caído. — Soltó con toda la chulería que la caracteriza y que no sabía donde estaba escondida.

- Cristina. — Advirtió.

- ¿Cristina qué?

- Te estás pasando. — Informó con una cara que le daban ganas de girársela y hacérsela nueva.

- ¡Tú, te has pasado! ¿Te he pedido que me trajeras a tu cuarto? ¿Te he dicho que quisiera dormir contigo?

Malhumorada por su exceso de confianza, se dispuso a salir de la cama. Tenía que arreglarse, ese día pensaba desayunar donde don perfección no estuviera. Antes de que su mano llegara a tocar la puerta, Dmitriy la sostuvo por la cintura y la pegó a su cuerpo. Se removió en sus brazos queriendo librarse de su agarre. De pronto, Dmitriy la jaló más contra él y pudo sentir la dureza contra su culo, a la vez que le susurró:

- ¿Quieres que te haga mía?

¡Claro que quería! Y lo odiaba. Detestaba la forma en que su cuerpo se rendía ante su toque. La forma tan facilona con la que la dominaba. Como nublaba su juicio. No se reconocía. Ella no necesitaba el sexo. ¿Y quién le explicaba eso a su cuerpo que se levantaba con un deseo potente que desgarraba sus tripas?

- No. — Se obligó a decir.

Estaba a punto de decir que sí y lanzarse a la aventura y acabar con todo.

- Podría hacerlo. Tumbarte en la cama. Abrirte de piernas e internarme en lo más profundo de ti. — Su voz ronca y varonil, hizo que las piernas se le aflojaran.

Giró levemente la cabeza. Lo suficiente para encontrar sus ojos. Recordó la noche anterior y su cabreo comenzó a resurgir con más fuerza. La mirada que le dedicó, era para haberlo hecho cenizas.

- Si quiero sexo, salvaje y bueno, tú serás el último con quien lo tenga.

Ver que acababa de darle un buen puñetazo a su egocentrismo, le subió la moral. Aprovechó que todavía estaba recuperándose del bofetón que le habían dado sus palabras y apartó sus manos como si fueran las más repugnantes que la habían tocado. Salió con la cabeza altiva y para finalizar pegó un fuerte portazo, dejando a Dmitriy con su ego por los suelos.

Llegó al trabajo y suspiró aliviada. Había desayunado en casa de su amiga Melisa, habían charlado un rato y cuando vio que era la hora de irse, se despidió quedando de nuevo en verse esa tarde. El maldito guardián había seguido todos

sus pasos, era como su puñetera sombra. No la dejaba alejarse demasiado y se le adelantaba, si veía que iba a hacer movimiento para dejarlo atrás. El condenado era bueno, eso tenía que alabarle. Por eso cuando llegó por fin a su destino había sentido que todo su cuerpo se relajaba. No al completo. Allí tenía el otro problema y el más importante.

Revisó de nuevo la hora. No podía ser posible que aquello estuviera pasando. Era inusual. Poco probable que una acción así viniera de Dmitriy Novikov de renombre don perfección. Habían pasado varias horas y Dmitriy no había aparecido. Por ella genial, él sabría lo que se hacía, era el jefe. Podía aparecer y desaparecer cuantas veces le diera la gana, pero no pudo dejar de sonreír por ese acto que había tenido de actitud de niño pequeño que se enfada y no quiere ver al amigo.

¡Era un vanidoso, que se creía el rey del mambo! Y puede que fuera normal que se lo tuviera creído. Apenas había podido estar media hora sin preguntarse donde estaba y eso que la mitad del tiempo había estado centrada en la campaña que la semana próxima se iba a lanzar.

Había estado mirando los carteles una y otra vez, después pasó a revisar el boceto con lo que sería el anuncio. No le gustaba. Personalmente pensaba que se estaban equivocando. Pero... ¿Qué sabía ella de esas cosas?

- ¡Hola!

- ¡Joder, Claudia! — Observó a su amiga todavía sobresaltada por el susto. - ¿Qué haces aquí? — Le siguió la curiosidad.

- Almuerzo de amigas. Últimamente estás siempre ocupada.

"No más que tú", estuvo a punto de soltar. Menos mal que reaccionó a tiempo, recordando que aquella chica, era su amiga. No podía ser borde con ella. No le había hecho nada. Luego se ponía a pensar y su dominio se tambaleaba con brutalidad. Se estaba tirando al tío que ella quería tirarse. Si eso no eran motivos para mirarla como la perra que sabía era, no encontraba cual sería el argumento idóneo para hacerlo.

- Claro. ¿Dónde vamos?

Se colgó el bolso y comenzó a caminar hacia el elevador. Mejor que ella fuera delante, porque si iba detrás, no aseguraba contener su nuevo instinto asesino.

- ¿Al Hog?

- No me apetece.

- Melisa nos está esperando.

- ¿Y para qué preguntas, si ya está decidido?

Subieron en el ascensor. Se le estaba haciendo eterno. Claudia no dejaba de mirarla, era un incordio. Agradeció que no abriera la boca de nuevo hasta que salieron a la calle. Su humor no era buen compañero en aquel instante. Temía decir algo de lo que luego se arrepentiría.

- Señorita Harris.

Saludó Travis saliendo de un coche plateado.

- ¿Qué?

- Su nuevo transporte. Solamente diga donde ir.

- ¿Te ha puesto chófer? ¡Si que debes gustarle!

Claro... ¡Por eso se acuesta contigo! Se mordió la lengua y le dio una dura mirada paralizante, que hasta el mismo Terminator, le habría costado imitar.

- Lo que me ha puesto son dos perros. Ese es Travis. — Señaló al primero. - Y ese no se quien coño es.

- Luca. Señorita. — Se auto presentó el hombre con una sonrisa.

- ¿Me prestas tu celular?

Su crispación era visible.

- Por supuesto. ¿Qué le ha pasado al tuyo?

- Una caída.

Se hizo con el aparato y se separó un poco de ellos. La primera llamada no fue contestada. Le daba igual, insistiría hasta que ese cabrón le cogiera el móvil. Tenía todo el tiempo del mundo. Su paciencia había sido agotada. Tras intentarlo varias veces seguidas, al fin, obtuvo respuesta.

- Preciosa, te dije que te llamaría esta noche. — La voz melosa que escuchó por poco hizo que vomitara a sus pies. - ¿Claudia?

- ¿En serio? Novikov. ¿Preciosa? No sabía que pudieras ser... ¿Dócil?

- Cristina. — "Esa mujer acabaría con él", pensó. - ¿Dónde éstas?

- ¿No te dan un informe tus perros? ¡Qué mal! Deberías bajarles el sueldo.

- ¡Basta Cristina! — Oh, el jefe se había mosqueado. - Me vas a decir donde éstas, voy a ir a por ti y vamos a acabar con esto.

- ¿Me vas a hacer el favor de romper el acuerdo?

A chula no le ganaba nadie y menos un mindundi que se creía un play boy.

- Ya te gustaría. Lo que voy a hacer es enseñarte a mantener la boca cerrada y puede que después te enseñe a controlar esos celos y cuando acabe contigo, te prometo que no podrás salir de la cama en dos días.

- Novikov... — Bajó el tono un poco, para subirlo al máximo segundos después.

- ¡A la mierda tú y tu control!

- Me estás enfadando y te aseguro que no quieres verme así.

¿Qué él se estaba enfadando? Ese hombre no la conocía. No sabía los humos que

ella se gastaba. Los únicos momentos que él había visto, eran en los que se encontraba vulnerable y sin fuerzas. Y mejor que no viera a la bruja piruja que llevaba dentro.

- Buenas tardes, Señor Novikov. — Sonrió y saboreó su victoria.

Le devolvió el cacharro a su amiga y disculpó por la tardanza. Montaron en el coche. Quince minutos más tarde estaban en el Hog. Melisa las recibió con su mejor sonrisa y besó sus mejillas. Se sentaron y hablaron como diez minutos sobre el cercano cumpleaños de su amiga Melisa. Al parecer ese año quería una fiesta por todo lo alto y para ello estaba intentando convencer a su padre para que ese día el restaurante estuviera cerrado al público.

Desvió la mirada, los dos hombres seguían apostados en la puerta. Su ceño se arrugó al observar como Travis mantenía una conversación por teléfono. Apostaría su vida a que en esos momentos Dmitriy iba de camino hacia allí.

- Necesito vuestra ayuda.

- ¿Con qué?

Melisa la observó inquieta. Hizo un gesto de cabeza. Sus amigas siguieron el movimiento y sonrieron con maldad.

- Hecho. — Contestaron a la vez.

Se puso de pie y se dirigió al baño. Travis no tardó en empujar la puerta. Melisa fue rápida y se estrelló contra él. Perdieron el equilibrio y ella cayó encima. Momento en que llevó su boca a la de él y lo besó. Entonces apareció Luca, el nuevo. Claudia sonrió como un buitre y se plantó delante del hombretón. Clavó sus ojos en los de él y levantó su jersey, dejando que viera él y todo el que quisiera sus dos peras perfectas que tenía por pechos.

Soltó una risotada y echó a correr hacia la puerta. Cuando aquellos dos quisieron seguirla, ya era tarde; se les había escapado. Paró un taxi y dio la dirección de a donde iba. El día siguiente era su día libre. Dmitriy se volvería histérico cuando descubriera el panorama. Rompió a reír, le habría encantado verlo y grabarlo en

vídeo.

Se registró en un hotel cerca del muelle. Para ello tuvo que valerse de los datos de su amiga, si hubiera dado los suyos, probablemente ya la habría encontrado. Y eso es lo que menos quería. Se dio una ducha disfrutando de cada minuto de libertad. Poco después estaba en una tienda cercana adquiriendo un móvil nuevo. No podía permitirse uno de última generación, así que se conformó con uno similar al que ya tenía.

Regresando al hotel, mientras grababa los números de sus amigas, se sintió observada. Miró hacia atrás y no halló nada fuera de lo normal. Se encogió de hombros y siguió su camino. Se internó en la pequeña habitación. Para tener el precio que tenía, más bien parecía una habitación de pensión que una de hotel. Se dijo que el precio se debía a las vistas, porque era increíble pensar, que una cama pequeña y un cuarto de baño, ni aunque fueran de oro, valdrían lo que ella había pagado.

Pidió la cena y como solía pasar, por mucha hambre que tuviera, casi toda se quedó sin tocar. Encendió la televisión. Se animó cuando encontró un canal de música. Se puso de pie encima de la cama y empezó a mover el cuerpo. Era un hobbie que tenía, la vibración de la melodía corría por su venas. Amaba la música, la sentía en estado puro. Se dejaba llevar y su mente se colapsaba, nada existía desde el momento que comenzaba a sentir el ritmo en su cuerpo.

Se dejó caer de espaldas. Estaba exhausta. Había erradicado la ira y acabado con las energías. Picó un par de patatas fritas y viendo un programa de asesinatos, se fue dejando vencer por el sueño.

Un golpe seco hizo que abriera los ojos de golpe. ¿Qué hora era? Observó el reloj. ¡No eran ni las tres! El golpe volvió a asustarla. Era en su puerta. Se cubrió con las mantas y suplicó que no fuera un ladrón o peor un asesino. Tenía que dejar de ver esas series, se estaba volviendo paranoica. Lo más seguro sería un borracho que se había equivocado de cuarto.

Se levantó dispuesta a plantarle cara. Abrió sin siquiera mirar por la mirilla. Eso era lo primero que debía haber hecho, siempre lo decían en las películas.

- Hola, Cristina. — Pronunció su nombre de forma burlona.

Dio un paso inconsciente hacia atrás. Tenía que estar soñando.

- Eric. — Su voz la traicionó y mostró el pánico que la dominaba.

- Llevo mucho buscándote, nena.

- Por favor.

Se adentró en el cuarto y cerró la puerta. Se asustó todavía más cuando se acercó. Su cuerpo se estaba quedando sin aire. Pestañeo deseando que aquello fuera una pesadilla.

- Eric...

Sus palabras fueron cortadas con el primer bofetón que recibió.

- Estoy muy enfadado. — Posó los dedos en su barbilla y giró con suavidad su rostro. - Quien te ayudó.

Era una exigencia. Desvió la mirada al suelo.

- Nadie.

Agarró su pelo con brusquedad e hizo que lo mirara a los ojos.

- ¿Quieres hacerme creer que una mocosa de dieciocho años, consiguió un documento de identidad falso sin dinero? ¿Qué alquiló un coche también sin dinero? Y aun mejor. ¿Qué te has estado manteniendo del aire?

- Sí.

Otro bofetón le partió el labio.

- ¿Cómo has dado conmigo? — Preguntó, mientras se limpiaba la boca.

Eric la miró con esa mirada feroz que hacía que temblara. Dio una vuelta a su alrededor y se entretuvo en pasear la mirada por su cuerpo con lascivia.

- Eres más hermosa de lo que recordaba. — Mantuvo los labios pegados. - Dilo.
— Ordenó con ferocidad.

- Gracias.

- ¿Gracias qué?

Pasó la lengua por su cuello a la vez que volvía a apresar su cabello.

- Gracias, amor.

- Buena chica. — Besó su cabeza y aflojó la fuerza que ejercía en su cabello. -
Desnúdate.

Se sentó en el borde de la cama. Sus músculos se volvieron rígidos. ¡Era un hijo de puta! Sabía que no la tocaría. Únicamente quería hacerla sentir débil, recordarle de donde venía. Le desafió con la mirada, mostrándole que ya no la asustaba. Eso era una verdad a medias, pero dejar que lo viera, le proporcionaría más poder. Se quitó el jersey y se lo lanzó con asco. Después hizo lo mismo con los pantalones y se los tiró con más fuerza.

Eric soltó una risotada y la miró con aprobación. Movié el dedo haciendo círculos, indicándole que se diera la vuelta.

- ¿Qué es esto?

Deslizó lo suficiente su braguita, dejando ver su marca blanca en su cachete derecho.

- ¡Las secuelas de un puto sádico!

¿Quería que la matara? Porque si ese era su cometido, iba por muy buen camino. Sus palabras fueron obsequiadas con un fuerte manotazo en el culo. Ahogó un grito en sus labios.

- ¿Qué es?

Su voz se volvía más dura y fuerte por momentos.

- Una rosa.

- ¿Y qué significa?

Que su padre era una manzana podrida en la tierra y que había que aplastarlo como a un gusano.

- Que soy de tu propiedad.

Sintió como su labios besaban aquella zona. ¡Si pudiera le sacaba los ojos! Si pudiera... Porque él no había ido solo. Siempre iba acompañado de su escoria a los que el llamaba; "sus fieles". Y si seguía con las viejas reglas... Dos de ellos debían estar en la puerta.

- ¿Y por qué te empeñas en ir contra tu destino?

Se giró y lo encaró.

- Tú no eres mi destino. ¡Sádico! Y ahora dime como me has encontrado.

- Llevó meses vigilandote. — Sonrió con suficiencia. - Me habría acercado antes si no estuvieras siempre acompañada por esos dos mocos que llamas amigas.

- ¿Lo sabe mi padre?

- Sí. Está deseando que le lleve a su hija de vuelta a casa. — Acarició sus labios.

- Yo te puedo proteger.

- Ja, ja, ja. — Eso le había causado gracia. - ¿De verdad? — No esperaba que le contestara, había sido sarcástica.

Eric apresó su cabeza con las dos manos.

- Claro. Únicamente debes prometer que no volverás a huir.

- Prefiero la muerte. Gracias.

La puerta sonó con insistencia. Retumbaba bajo los puños de alguien que golpeaba sin cesar.

- ¿Esperas a alguien?

- ¿No tienes a tus fieles fuera? — Comentó con sorna.

Eric se levantó y puso su mano a la espalda. No se sorprendió. Ahí siempre llevaba una pistola. Una grande y negra, su más fiel amiga, como él se refería a esa cosa quita almas.

- Te quiero callada. — Avisó con una mirada asesina.

Recogió su ropa mientras Eric se acercaba a la puerta. Todavía no se había puesto el jersey, cuando la puerta se abrió estruendosamente y le asestó un golpe fuerte a Eric, haciéndolo perder la estabilidad.

- ¿Dmitriy?

Lo estaba viendo y no podía creerlo.

Dmitriy se apresuró a lanzarse hacia Eric y le dio dos puñetazos en la boca del estómago. Eric que era un zorro, le dio una patada en la rodilla e hizo que Dmitriy cayera. Luego hizo un movimiento rápido. Ella lo había visto otras veces. El horror se mostró en su cara y se abalanzó sobre su espalda colgándose a su cuello. Impidió que él sacara su arma, pero se llevó un buen golpe en la espalda, cuando con agilidad la estampó con fuerza contra el suelo.

- Quieto.

Oyó la voz despiadada de Travis. Todo su cuerpo dejó de retorcerse en el suelo de dolor llevado por la curiosidad de escuchar a un hombre que había sido

asignado a su cuidado; hablando con una voz tan frívola que te acojonaba sin necesitar un arma en sus manos. Despacio alzó la cabeza y vio lo que ya esperaba; Travis apuntaba desde la puerta sin un gramo de inseguridad a Eric.

Asombrada se puso de pie. Soltó un gemido lastimoso que no pudo contener. Observó perdida en los acontecimientos, como Luca cogía a Eric de un puñado y lo lanzaba por la puerta hacia afuera, haciendo que se estrellara contra la pared del pasillo. Después se acercó y sacó el arma que Eric siempre llevaba adherida a él como si fuera un tesoro. Travis en ningún momento dejó de apuntar.

- ¡Esto no ha terminado! ¡Te acabas de meter en problemas, tipo listo!

- ¡Sacarlo de mi vista! — Gritó furioso Dmitriy.

CAPÍTULO CATORCE

Antes de que Dmitriy cerrara la puerta, pudo ver varios hombres más que no conocía cargando en peso a dos fieles de Eric.

- Termina de arreglarte. — Dijo con una voz demasiado serena.

Se apresuró con la prenda que le quedaba por poner y que tuvo que recoger del suelo. Se adentró en el baño y se recogió el pelo en una cola alta. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Ahora tendría que contar parte de su historia. Es lo que menos podía hacer, después de lo que Dmitriy había hecho por ella.

- Vamos.

Dmitriy había entrado a buscarla. La cogió del brazo con muy poca amabilidad y la sacó de allí arrastras. Subieron a su coche y Paolo arrancó dándole una mirada de desaprobación. Media hora más tarde, Dmitriy volvía a tirar de ella hasta soltarla de imprevisto en medio del salón. Se tragó con orgullo el leve pinchazo de dolor que le atravesaba la espalda, debido al golpe sufrido recientemente.

- Travis. — Dijo acercándose a la puerta, sin dejar de vigilar los movimientos de Cristina por el rabillo del ojo. - Que Paolo vaya a por Mijaíl. No importa lo que tenga que hacer, lo quiero aquí. — Volvió a centrar su mirada en ella, podía notar su nerviosismo. - A partir de ahora, quiero dos hombres más con ella. Día y noche. Hacer turnos. — Ordenó.

- Sí, señor.

Metió las manos en los bolsillos y lentamente se acercó hasta donde estaba. No se había movido. Clavó sus ojos en ella de una manera desagradable. Estaba muy cabreado. Su sangre bullía. Tenía ganas de matarla y a la vez de comérsela a besos. Si no hubiera sido tan insistente con su amiga Melisa... Y si su amiga Claudia no hubiera presionado a la otra para que le dejara romper el pacto de silencio que tenían entre ellas. Quien sabe lo que habría pasado. Gracias a que fue rápido en llegar hasta ella y listo cuando vio dos especie de sicarios apostados en la puerta.

Dejó de pensar en ello, porque cada vez que veía la imagen con la que se había encontrado, le daban ganas de matarla. Nunca imaginó que esa pelirroja tenía más en común con él de lo que pensaba. Tenía que darle muchas explicaciones, aunque tampoco le suponía problemas que no se las diera; se valía solo para encontrar y averiguar lo que le interesaba.

- Siéntate. — No pudo controlar su voz. La furia hacía que sonara ruda.

Se resignó. Estaba en su derecho de estar enojado. Se había escapado de sus hombres y se había escondido. ¡Era su culpa! Se estaba comportando como un maldito carcelero, además de que se creía su dueño mientras él seguía manteniendo polvos con cada mujer que se abriera de piernas para él. ¿Qué quería? ¿Qué le tocara las palmas y luego lo recibiera con gusto?

Tomó asiento y mantuvo la vista fija en la chimenea. Únicamente la desvió unos segundos y fue para ver como Dmitriy se sentaba frente a ella. Esa imagen le recordó a cuando Mijaíl le dijo que tenía que convivir un mes con Dmitriy. Se habría reído. Era increíble que hubiera sido tan torpe para no darse cuenta que esa página no iba a traerle nada bueno.

- ¿Nada que decir?

Se encogió de hombros.

- ¿No? Tengo a tres hombres en un almacén a las afueras, atados y vigilados por varios de mis hombres... ¿Y ni siquiera me das una explicación?

Esa información hizo que le mirara y se encontrara con una mirada de reproche.

- Yo no te pedí que aparecieras como si fueras un puto gánster.

- ¡No, no lo hiciste y si no te hubiera encontrado a tiempo, quizás ahora estarías llorando por haber sido follada brutalmente!

Abrió los ojos al máximo. Dmitriy estaba perdiendo el control y por raro que fuera, no le tenía miedo.

- No me habría tocado. — Dijo antes de que su cerebro se diera cuenta.

- Entonces le conocías. — Le dio su mirada más fría.

El móvil de Dmitriy sonó interrumpiendo su contestación. Se levantó con elegancia. Se acercó a la puerta y cuando abrió, agarró a su hermano del cuello y a trompicones lo llevó hasta en medio de la sala.

- ¿En qué mierda me has metido?

Sabía perfectamente donde se estaba metiendo, no necesitaba un jodido resumen. Solamente se encontraba demasiado cabreado, ver a ese tipo y haberle reconocido, le dejó bastante claro que si no quería una maldita guerra, debía pensar con astucia o alejarla de él.

- ¡Joder! Deja que te lo explique.

Mijaíl mantenía las manos en alto.

- ¡No quiero explicaciones! ¡Ni una! — Apartó una mano de su hermano y extrajo una hoja. - ¡Lo que quiero es que cojas este papel y te lo tragués.

Lo metió en su boca y después lo soltó; había escogido la segunda opción.

Observó callada manteniéndose al margen. La angustia presionó su pecho con mucha vehemencia. Sabía que Dmitriy no mataría a su hermano, pero a veces los nervios, hacían que uno actuara como no quería. Y por la cara de Dmitriy su control estaba desbordado. Mantenía la mandíbula apretada de una manera increíble, sus ojos los miraban con una frialdad que congelaba y su cuerpo dejaba visiblemente ver que quería carbonizarlos.

- Dmitriy... — Intentó de nuevo Mijaíl.

- No. Estoy harto. — Se alejó de nuevo y volvió segundos después tras coger algo de la encimera de la cocina. - ¿Cuánto es?

- Dmitriy, deja...

- Que cuanto es Mijaíl.

- Sabes que no cumplir con el acuerdo tiene una sanción de seis mil para cada uno... — Respondió abatido.

- ¿Tanto? — Se le escapó.

- Em, sí. Debiste leer la letra pequeña. Es como un seguro. En un caso normal, hay que valorar la solicitud, comprobar si los datos son correctos... Luego darla por buena y comenzar el proceso de búsqueda entre los hombres hasta dar con el correcto para esa mujer. A ella se le manda un mensaje y en uno o dos días el tipo se presenta en su casa.

- Eso es un robo. — Se quejó.

- ¿Puedes mantener la boca cerrada por un minuto?

Indignada por la forma en que Dmitriy le había hablado, no se atrevió a volver hablar. No se perdió nada. Dmitriy abrió una especie de libreta y se puso a escribir con ligereza, segundos después, se lo entregó a su hermano.

- Ni una más. — Advirtió. Se giró hacia ella y la atravesó con su mirada más fulminante. - Recoge tus cosas y sal de mi casa. — Se puso blanca, sabía lo que iba a decir a continuación. - Y estás despedida. Uno de mis empleados llevara tus pertenencias a tu casa.

Les dio la espalda y se encerró en el baño. Todavía estaba asimilando que se había quedado sin trabajo. Toda su vida iba cuesta abajo. Ni siquiera se había movido, seguía observando con insistencia aquella puerta que se había cerrado delante de ella. No había insistido en saber nada. Simplemente había preferido acabar con todo pagando su deuda. Eso la enfureció. ¡No quería deberle nada!

Una hora después estaba sentada en su incómodo sillón. Mijaíl la había llevado hasta su casa y allí seguía parado. La miraba como si esperara que se fuera a derrumbar. Y no se equivocó. Empezó a temblar cuando fue consciente de su realidad, luego intentó contener los suspiros y al final perdió la batalla; se echó a

llorar y pasó un buen rato así, mientras Mijaíl, su amigo en las buenas y malas, la abrazaba con fuerza.

- Será mejor que te vayas... No quiero que tu mujer me odie.

Le dio una pequeña sonrisa.

- No voy a dejarte sola.

- Estoy bien. — Aseguró.

- Lo sé. Pero de nuevo estás en problemas. — La miró con cariño. - Tal vez... Puedo llevarte a otra ciudad.

- No tengo dinero. — Se lamentó. - Y ellos me volverían a encontrar.

- Yo puedo prestarte.

- Y estaría en deuda contigo toda la vida. De nuevo tendría que encontrar un piso, un trabajo, una nueva identidad... Sabes que la otra vez fue más fácil porque tú vivías aquí.

Le debía mucho. Cuando le conoció, fue una suerte que se cruzara en su camino. Estaba en esa tienda probándose el maldito vestido, cuando salió corriendo y chocó con él. Lloraba. Lágrimas de sangre bañaban su hermoso rostro. Él levantó su cabeza con delicadeza y le dedicó la sonrisa más brillante que había visto. Luego hizo un comentario que la hizo reír y justo en ese momento aparecieron los perros de su padre. Le dieron un empujón a Mijaíl que los miró boquiabiertos por ver como a la fuerza se la llevaban de allí.

Dos días después se lo volvió a encontrar. Se veía tan guapo con sus vaqueros y su camiseta vieja. Él enseguida la reconoció y se acercó a ella. En aquella ocasión no apareció nadie, ella y unas amigas se habían escapado de la clase de baile, el único lugar donde nadie la controlaba y habían ido al centro comercial. Se sentaron y él la invitó a un refresco. Así siguieron dos semanas después, encontrándose en aquel centro como si fueran una pareja de enamorados. Y en uno de esos días desesperada, le contó la opresión que sufría sin ahondar en los

detalles. No esperaba que él pudiera hacer nada, su sorpresa fue descomunal, cuando a la semana siguiente, él le reveló su plan; sería libre.

- Podemos intentarlo.

La sacó de su abstracción.

- Podríamos, pero sería una pérdida de tiempo. Ellos nunca dejaran de buscarme.

- Cristina no estás pensando lo que creo estás pensando.

La miró con preocupación.

- No tengo salida. ¿Por cuánto tiempo más puedo huir?

- El que haga falta, ¡no me jodas!

- Es cansado... — Susurró. - Vivo mirando por encima de mi hombro, temiendo que un día de estos, lo hayan logrado y ya no me encuentre aquí, si no bajo su mano despiadada.

- Dmitriy tiene buenos hombres... Puedo hacer que te escuche...

- No. — Cortó sin discusión. - Él tiene su vida. Déjalo como está.

Se asomó a la ventana, llevaba tres días lloviendo. Caía con tanta fuerza que no se podía salir a la calle. Por lo menos ella no quería salir, porque sus amigas bien que lo habían hecho y estaban poniéndole el piso chorreando.

- ¡Coger toallas! — Regañó sin apartar la vista del coche.

Seguían allí. No sabía porque Dmitriy se molestaría en dejar a sus hombres a su cuidado. Llevaba viéndolos desde que Mijaíl se marchó de su piso. No se escondían. Era como si quisieran que ella fuera consciente de que seguían a cargo de su vigilancia. No le gustaba y menos después de que Dmitriy la hubiera echado, pero se sentía protegida y eso era mejor que no tener nada.

- ¿Café? — Preguntó a sus amigas que estaban terminando de secarse el pelo.

Se veían más bellas todavía. No entendía cómo era posible. Estaban mojadas desde los pies a la cabeza y aun así su maquillaje no se había movido de su lugar. Era muy extraño, pero así era. Seguían viéndose perfectas y no ponía en duda que hasta habiendo tenido un accidente seguirían viéndose como las mujeres espectaculares que eran.

- ¿Por qué no está puesto ya? — Claudia y su impaciencia.

Sonrió en su dirección y le susurró un "que te jodan". Claudia se hizo la ofendida y tiró un cojín en su dirección que rápida esquivó, mostrándole el dedo corazón. Cogió la cafetera, la preparó y dejó sobre el fuego que ya había encendido. Mientras el café se hacía, de nuevo se asomó por la ventana.

- ¿Qué miras?

Claudia se acercó.

- Que sigo teniendo niñeras. Y ahora son cuatro.

- A él le gustas.

- Eso viniendo de ti expresamente, es poco convincente.

- ¿Por qué no me lo dijiste?

¡Y volvía a reprochar por quinta vez en dos días!

- Déjalo.

- No puedo.

¿Era tan difícil respetar su silencio? Claudia se enteró de todo cuando Dmitriy apareció en el Hog... Contuvo el aliento. Todavía le dolía. Había sido una serie de infructuosos sucesos que tuvieron que pasar para que la verdad explotara, su amiga lo mandara a la mierda y este a la misma vez la mandara a ella.

Volvió a mirar por la ventana. La tristeza la inundó. Sus ojos se empañaron y el labio le empezó a temblar. Le echaba de menos. Ese controlador, egocéntrico, se había apoderado de todos sus pensamientos. Podía oír su voz, sentir su olor, ver sus ojos... Y no le gustaba que fuera en su cabeza.

Quería tenerlo delante, quería tocarlo. Que hiciera que perdiera la cabeza, que la hiciera vibrar con un simple susurro. Le necesitaba y era demasiado tarde.

La cafetera pitó y sirvió los cafés. Era una autómatas haciendo unos movimientos. Su cabeza estaba muy lejos de allí.

- ¡Mierda, mierda y mierda!

Metió la mano corriendo debajo del agua; se había quemado.

- Déjame ver. — Se apresuró Claudia. - ¡Melisa trae crema!

- No es nada. — Se quejó.

- Tienes que parar Cristina. Estás hecha un asco. — Le echó la crema y se lo vendó. - Búscales.

- ¿Qué parte de no quiere verme, no has entendido?

- Oblígalo. — Sonrió con maldad, confundiendo a su amiga. - ¡Qué poco piensas! Él ha roto un acuerdo... Haz que firme otro.

- Pero eso me dejaría en sus manos...

- ¿Y qué? — Intervino Melisa. - ¿Le quieres?

Le gruñó. No iban a parar.

- Lo que quiero es ser sincera.

No hablaría más, eso era bastante para que se conformaran.

- Entonces deja el orgullo, dale el control que quiere y luego dile lo que tengas que decir.

Mientras tomaban el café, planearon el nuevo juego con el que aprovecharía y le contaría todo. ¡Si le dejaba, claro!

Rieron, imaginaron y bebieron. Y es que después del café, vino la botella de vino que tenía guardada. Brindaron por su amistad y por los futuros años que seguirían siendo amigas.

- ¡Qué dolor! — Se quejó Melisa.

- ¿Seguimos vivas?

Claudia se incorporó con una mano masajeando su sien. Se incorporó siguiéndolas y al poner sus ojos en ellas rompió a reír estruendosamente.

- ¿De qué te ríes? — Claudia preguntó perdida.

Como quería guardar ese momento de por vida, cogió el móvil de la mesa. Les echó una foto y luego la mostró.

- Esta va al Facebook. — Dijo riendo.

- No se te ocurra.

Claudia se abalanzó sobre ella.

- ¡Tarde! — Gritó muerta de risa.

Claudia no dejaba de darle manotazos que la hacían reír más fuerte. A ella se le unió Melisa, que no se creía todavía que la víbora que tenían por amiga, las hubiera pillado en su peor momento. Diez minutos más tarde sus dos amigas palidecían por momentos, observando el bombardeo de comentarios que estaban recibiendo.

- ¡La mitad no me volverá a llamar! — Dijo lastimosa Claudia.

- Y de mí se reirán para toda la vida.
- Lo superareis. — Sonrió con ternura.
- ¡Tendría que dejar de hablarte!
- No lo harás porque me quieres. — Le contestó a Claudia confiada.
- ¡Bicho!
- Dile algo más fuerte. Como culebra o pendeja.

Melisa no dejaba de mirar el teléfono. Tenía sus ojos en su imagen plasmada. Estaba horrorizada de verse con todo el maquillaje corrido, los pelos revueltos y con baba en la boca de la mona que había dormido. Se mordió el carrillo. Tenía ganas de volver a reír. Esa imagen las tenía cagándose en todos los Santos. Eran tan repipis que no se iban a dormir nunca pintadas y al levantarse, lo primero que hacían era encerrarse en el baño. Luego salían perfectamente arregladas.

Aunque estaba al pendiente de ellas, dejó de escucharlas por un rato. La imagen de Dmitriy en su oficina cerca de la ventana, era muy difícil de dejar de observar. Además de que era más interesante que escuchar las quejas de sus amigas. Se obligó a apartar la vista de esos ojos grises que le devolvía la foto del móvil. Buscó como una arqueóloga en una excavación y pronto encontró lo que quería. ¡Qué sutileza! Le dio a entrevista privada y con aplomo rellenó las casillas.

- Lo he hecho.
- ¿Qué has hecho?

Las dos dejaron de mirar con insistencia el móvil para centrarse en ella.

- Voy a tener una entrevista con Novikov.
- ¡Qué! — Exclamaron a la vez.

- Cristina, ¿estás segura?

- Fue tu idea. — Recordó a su amiga.

- A Veces hablo mucho. — Murmuró Claudia. - Tú eres siempre la que piensa. La que le da vueltas... Y vueltas a las cosas. ¿Para qué me escuchas ahora? ¿Sigues como una cuba?

- Porque por primera vez tienes razón. No puedo estar hundiéndome en mi miseria. He de hablar con él y explicarle lo que pasó el otro día.

- ¿Y a nosotras cuando nos lo dirás?

Melisa como siempre haciendo las preguntas que no quería contestar.

- Pronto. Lo prometo.

A las cuatro de nuevo se encontraba sola. Sus amigas hacía un rato que se habían ido. Melisa debía pasarse por el Hog a echarle una mano a su padre y Claudia tenía una cena con sus padres y ella no podía aparecer sin haber pasado tres horas; valorando que iba a ponerse, con que zapatos se iba a ver mejor y que maquillaje le iría bien.

Claudia era la única de ellas que por lo único que debía preocuparse, era de su apariencia. Sus padres eran dueños de una empresa de modelos y consentían a su hija con todo lo que quería. Le habían comprado recientemente un coche nuevo y eso que el del año anterior, aun estaba como recién sacado de fábrica. Su piso estaba completamente pagado. No necesitaba tener compañeros de pisos, ni las habitaciones alquiladas, sus padres se encargaban de todos los gastos e incluso así tenía a los gemelos metidos en su piso.

Pero Claudia era especial. Aunque lo tenía todo, no era una mujer hipócrita. No se creía mejor que nadie y le gustaba ayudar a los demás. Cuando se cansaba de su ropa, la repartía entre la gente que no tenía. Todos los domingos se pasaba por un comedor social y se prestaba de voluntaria. Y una vez al mes, compraba juguetes sin escatimar y se pasaba todo el día repartiendo juguetes a los niños que se encontraba en su camino.

En varias ocasiones la había acompañado y jamás había visto una sonrisa que pudiera durar tanto en el rostro de alguien. Claudia tenía tanta humanidad y era tan humilde que era raro que existiera alguna persona que no la quisiera.

Pensándolo, el defecto que tenía y evitaba que fuera la mujer ideal para cualquier hombre; era que no creía en el amor y los utilizaba como si fueran un consolador. Una vez conseguido su placer, les ponía la ropa en las manos y en calzoncillos los sacaba a la puerta.

¡Y aun así volvían a llamarla! ¿Quién lo entendía?

La voz de Emilio de aquí no hay quien viva, con su típico "te ha llegado un mensaje", captó su atención. Se incorporó quedando sentada en su sillón viejo y estiró la mano para cogerlo.

Entrevista privada: Su cita es a las 19:00, de esta tarde.

- ¡Jodeeer, qué eficacia!

Observó el reloj. ¡Y qué poco margen!

Saltó del sofá. Volvió a verificar que su tropa estaba fuera. ¿Cómo los iba a despistar? Si esos imbéciles llamaban a Dmitriy, su plan estaría jodido. Ellos le avisarían de que iba hacia su oficina y eso pondría a alerta a ese cabezón.

Veinte minutos más tarde seguía mirando su piso buscando una vía de escape. Se había bañado, puesto un vestido azul que tenía guardado y que no usaba porque sentía que con esa prenda se marcaba todo su cuerpo. Recogido el cabello sencillamente y maquillado lo justo.

- Si no hay otra manera.

Se encogió de hombros y abrió la ventana que daba a la calle contraria a la que estaban los hombres de Dmitriy. Se deslizó por ella y una vez fuera la dejó entornada. Con cuidado empezó a descender por la escalera de incendio. Una vez llegado a bajo, tuvo que empujar para que el tramo de escaleras que la llevaría al suelo se moviera.

Se sostuvo de las manos. Un bote y estaría en el suelo...

- Señorita Harris, ¿De nuevo a las andadas?

- ¡Maldita suerte!

Se quedó colgada de las escaleras. Soltó el aire con fuerza y lo volvió a coger.

- Bájame de aquí, por favor.

Paolo la sostuvo de las piernas. Aflojó su agarre en el hierro y dos minutos después, sus pies tocaban el suelo. Paolo sonreía con diversión.

¡Le iba a dar un guantazo! Como no quitara esa cara de listo, se la iba a borrar ella.

- ¿Va a algún lugar en particular?

- ¿Cuántos niños hay a mi cargo? — Dijo en un tono que excedía a la burla.

Paolo la ignoró y sacó un artilugio pequeño y negro. Lo miró alucinada. ¡Un walkie! El muy desgraciado iba a delatarla.

- Paolo. No lo hagas.

Intentó quitarle el aparato.

- Señorita, el señor Novikov además de enfadarse, me dejara como a usted.

- ¿Eing?

- En el paro, señorita.

- ¡Muy gracioso! — Soltó sarcástica. - Si te digo que voy a verle, ¿guardaras eso?

Recurrió a la verdad cuando vio que se llevaba el aparato a los labios.

- ¿Por qué haría eso? La ha despedido. Echado de su casa. No quiere verla, ni oír su nombre.

Visto de esa manera, se sentía como una gilipollas. Igualmente ya había tomado la decisión y quería aclarar las cosas. No importaba como. Haría lo que pudiera para que él la escuchara y la dejara de despreciar.

- Soy masoquista. — Murmuró. - Puedes llevarme si quieres. No estoy mintiendo.

Dudó. Era jugársela, esa chica le había metido en problemas con el jefe. Desde que la conoció se había llevado broncas sin parar y a punto había estado de perder su trabajo.

- Sin juegos. — Advirtió.

Sus ojos miel suplicando, eran una visión a la que difícilmente se le podía decir que no.

Le abrió la puerta, cerró detrás de ella y rodeó el coche. Se internó en el asiento y una vez cerradas las puerta, echó los seguros.

- ¿Acabas de encerrarme?

Estaba patidifusa.

- Lo siento, señorita. Usted no es mujer de confianza.

Si hubiera tenido algo a mano en aquel momento; le habría aporreado con el en la cabeza hasta dejarlo inconsciente y lo habría dejado tirado en la calle.

CAPÍTULO QUINCE

- Gracias. Y que sepas que conduces como las tortugas. — Le había molestado que la encerrara.

Con la mirada entrecerrada de Paolo puesta en su espalda, se internó en la empresa. Nadie la detuvo, nadie le preguntó qué había pasado para que la hubieran despedido, nadie se interesó por ella. Era lógico, nunca se había propuesto hacer amistades.

Conforme el ascensor subía, sus nervios crecían. Contaba con la reacción de Dmitriy y se había preparado para cualquier cosa. Puede que entrara y directamente le cerrara las puertas en las narices. Puede que simplemente llamara a seguridad para que la sacara de su edificio. Esa era la más probable. Le había prohibido la entrada a su empresa y allí estaba, dispuesta a tocarle de nuevo las pelotas.

Las puertas se abrieron. Empezó hiperventilar. La había sustituido. Una chica rubia ocupaba su puesto y no le gustó. Se controló con un par de respiraciones y ordenó a su pulso que volviera a la normalidad.

- Hola, tengo una reunión con el Señor Novikov.

Sonrió a pesar de que quería arrancarle los ojos a la pobre mujer.

- Un momento.

La chica hizo la misma acción que ella hacía hasta hace poco. Toco dos veces a la puerta y tras escuchar el rugido del amo, abrió. Poco segundos más tarde, la chica volvía tratando de formar una sonrisa que el señor había conseguido borrar con una de sus lindezas. Ocultó una sonrisa. Los primeros días, cuando ella comenzó a trabajar en ese lugar... Se había sentido como Amanda en Saw cuando se encontró con un metal terrorífico en el rostro. Así se sentía caminar hacia la oficina de Dmitriy Novikov. Y es que don perfección, se las gastaba con unos humos... Miraba con una apatía... Hablaba con una pasividad...

- Puede pasar.

Cogió aire con brutalidad y se infundió seguridad. Con pasos fuertes que repiqueteaban contra el suelo, se plantó en medio de la sala. Observó como Dmitriy estaba guardando unos papeles en el cajón. Todavía no la había visto, no había notado su presencia.

- Vaya sentándose, Señorita Miller.

- Prefiero que me llame Ariel. — Dijo sin moverse.

Siguió la voz y cuando se encontró con los ojos de la pelirroja, su cabeza sufrió un colapso.

¡Un día le mataría!

Sus ojos lo atravesaban, haciéndole consciente de que iba en plan de guerra. Le miraba y parecía una gata salvaje que se había escapado de un zoológico.

- ¿Qué quieres Cristina?

- Ariel. — Repitió. - Y quiero hablar.

- Hablar... — Dijo como si lo estuviera sopesando. - No tengo estas reuniones para hablar, si no para otro tipo de entretenimiento.

- Eso estaba claro. — Le contestó dándole una sonrisa y moviendo la mano con indiferencia. - Por eso vengo a proponerte un juego.

La forma sugerente con la que dijo esa frase, captó su atención. Echó su cuerpo hacia delante, apoyó sus codos en la mesa y se pasó el dedo por los labios.

¡Le gustaba la idea! Esa condenada pelirroja sabía como hacer que su interés estuviera puesto en ella. Había extrañado las discusiones y los acercamientos que él provocaba para hacerla explotar. Su vida sin ella, se volvía monótona y muy aburrida.

- Ahora empezamos a hablar el mismo idioma. ¿Cuál es tu propuesta?

- Es muy fácil. Tú me escuchas y yo luego te recompenso como tu quieras.

Eso molestó. Deseaba tenerla, se moría por recorrer su cuerpo hasta al cansancio, disfrutarla como quería desde que había puesto un pie en su piso. Desde que ese acuerdo los había unido, no había existido día que no soñara con poseer su cuerpo. En cambio, ahora se le ofrecía y se enfadaba. ¡Su cabeza estaba hecha mierda!

- No.

Se sorprendió, cuando escuchó salir el monosílabo de su boca.

- ¿No? ¿En serio? ¿Por qué?

No lo podía creer. ¡La había rechazado!

- Yo no toco, lo que no quiere ser tocado.

- ¿Ahora tienes escrúpulos?

- Cristina...

- ¡Ariel, idiota! Mi nombre es Ariel y eres la segunda persona que lo sabe.

- ¿Te burlas de mí? ¿Cómo la Sirenita?

La diversión que mostraba Dmitriy la hizo enfurecer. Se levantó y le propinó la patada que tanto tiempo llevaba deseando darle. No terminó muy bien su acción. Dmitriy había echado la silla hacia atrás y su movimiento no finalizó en buen puerto. Luego volvió a mover la silla. Apresó su cintura y la sentó en sus piernas.

¡Qué lo quemaran en el infierno! Le daba igual. Esa pelirroja le gustaba y era suya.

- Cuando mi nombre salga de tus labios bocazas, piensa en una leona.

- ¿Leona? No me recuerda a una leona. — Dijo conteniendo una carcajada.

- Yo solo digo lo que siempre me dijo mi madre. — Acarició su barba de días. ¡Cómo le encantaba! - Mi madre me decía que mi nombre venía del hebreo y que significa "león de Dios".

- Así que leona...

La miraba encandilado.

- Sí. Mi madre me inculcó la rebeldía y la valentía. Luchar y defender lo mío.

- Muy sabia.

- ¿Me escucharas ahora?

Sonrió. No tenía remedio. La pelirroja lo tenía agarrado de las bolas. Aquellos días sin ella habían sido eternos.

Se acercó a su oreja. La acarició con la barbilla, después sacó la lengua y la paseó con parsimonia por su oído, haciendo que se estremeciera.

- Te estoy escuchando... Ahora si vuelves a ofrecerte como si fueras una puta, te pongo el culo rojo y te aseguro que disfrutaré haciéndolo.

Tragó con dificultad. Sus palabras la habían encendido. Todo su cuerpo ardía.

- ¿Lo has entendido?

- S... Sí.

La puso de pie, siguiéndola poco segundos después. Apagó el ordenador y tomó su mano.

- Anula todo lo que tenga para hoy. — Dijo al pasar camino del elevador.

Estaba cada vez más trastornada. Cuando había ido, llevaba la clara idea de que Dmitriy la mandaría a freír espárragos, en su lugar, la estaba sacando a arrastras

de la empresa y en sus labios había una sonrisa traviesa.

Montaron en la parte trasera del coche. Dmitriy le había dicho algo al oído a Paolo antes de subir. Por eso conforme estaban dentro, el chófer puso el coche en marcha sin preguntar destino.

- Ven aquí, leona.

La atrajo hacia sus brazos y la besó con un hambre voraz. Con la mano en su cintura comenzó a acariciarla con mimo. Se perdió en el limbo. Sus besos eran arrolladores y sus caricias suaves y delicadas.

El coche se detuvo. Dmitriy se alejó de ella dándole un mordisco juguetón en los labios y se bajó del auto. Extendió su brazo dejando la palma hacia arriba. La tomó sin vacilar y dos segundos después, estaba a su costado.

Dmitriy entrelazó sus manos y caminaron por el muelle. El corazón le aleteó al sentir que aquello estaba bien. Y empeoró con cada beso que Dmitriy le daba. Unas veces en la cara, otras en la frente, otras en el cuello... Pero lo que más la sorprendió fue cuando se detuvieron frente a las atracciones y se colocó a su espalda, abrazándola mientras observaban el sin fin de luces; se veían como otra pareja cualquiera.

- ¿Qué hacemos aquí? Dmitriy.

- ¿Quieres subir a la noria?

Besó su hombro.

- ¿Con este viento?

No pudo disimular el temor en su voz. Aunque había dejado de llover y ya no era un riesgo que salieran a la calle sin que el agua calara los huesos, el viento era bastante molesto. Y no quería subir a una rueda gigante que daba vueltas con el aire brusco de acompañamiento.

¿Estar subida en un espacio reducido que ya de por sí se movía, para que el viento lo hiciera más notable? ¡Nunca!

- ¿Qué temes?

- No voy a subir ahí. — Señaló la rueda inmensa.

Quince minutos después, los dos estaban metidos en la especie de cesta. Refunfuñó y negó a Dmitriy todo acercamiento posible. La había convencido o eso se podría decir. Entre besos la había llevado a la cola y la mantuvo muy entretenida hasta que fue su turno de subir a la rueda infernal; como la había denominado.

No montó un espectáculo porque había mucha gente y no le gustaba dar numeritos. Por eso estaba allí sentada, atravesando al hombre que sonreía con esa media sonrisa que la volvía boba de remate.

- Leona...

- ¡Novikov, no me busques!

- Venga, ven aquí.

- No. — Se cruzó de brazos.

Dmitriy puso sus manos en su cintura y entre medio de protestas la sentó en su regazo. Seguía enfadada, pero debía admitir que se llevaba mejor el mosqueo, estando sobre sus piernas.

- Mira. — Insistió.

Siguió la dirección de su dedo.

- ¡Guaaaau! — Se le escapó de la emoción.

¡Qué maravilla! Sus labios se curvaron en una sonrisa.

- Te gusta. — Afirmó.

Le encantaba ver la alegría en su rostro. Ver como sus ojos brillaban ilusionados. Acarició su cara y besó su cuello. Tener aquella pelirroja entre sus brazos, era una sensación extraña, pero hermosa.

- La verdad. Es que nunca pensé que el lago Michigan, sería unas vistas para recordar.

- Dice la leyenda que en el centro del lago hay un triángulo similar al triángulo de las Bermudas y que han desaparecido desde barcos hasta aviones. Uno de los más famosos y de los que la gente habla, es el Northwest Airlines vuelo 2501. Se dice que salió de Nueva York hacia Minneapolis y que terminó hundido en este lago.

- Recuérdame que nunca te deje llevarme a navegar. — Resolló con naturalidad.

Dmitriy se echó a reír. Era una sonrisa divina. Su corazón se hinchó de felicidad.

Cerca de las nueve se detuvieron en un restaurante. Por lo general, ella prefería comer en casa. Se lo habría dicho a Dmitriy, si no fuera porque se veía tan natural estar allí con él; parecía una cita. Su estómago se contrajo. Eso solo suponía una cosa. ¡Dios se había pirrado por él!

Lo miró por unos segundos. ¿Cuándo había pasado? ¿En qué momento?

- ¿No es de tu agrado la cena? — Preguntó al ver que le había dado dos mordiscos escasos a su hamburguesa.

Miró la comida. Se veía deliciosa y aun así sus labios hicieron una mueca de asco. El Weber restaurant era un restaurante moderno, elegante, un poco abarrotado quizás, bastante para su gusto. Con tanta gente creía que se iba a quedar sin aire limpio en los pulmones.

La comida no podía tener queja. Las hamburguesas estaban en su punto, jugosas y entraban por el ojo en cuanto las tenías delante. Del servicio mucho menos. Les habían servido sus hamburguesa bastante rápido, apenas esperaron por ellas diez minutos. El camarero de su mesa, muy agradable y eficiente. Lo que no le había hecho gracia, fue no poder deleitarse con su alrededor. Por no ver, no sabía ni donde quedaban los baños. Podía atisbar los cristales que dejaban ver la

multitud de gente y la barra al fondo. No aseguraría, si era negra o gris oscuro.

- Sí, está muy buena.

- ¿Pero?

- No como mucho. Más bien pico como los pájaros. — Sonrió queriendo quitarle importancia.

Recorrió su cuerpo con la mirada. Empezaba a entender porque pesaba menos de lo que una mujer de su edad debía. Había pensado que era la complexión de su cuerpo y al final resultaba que estaba flacucha porque no comía.

- ¿Qué problema tienes con la comida?

Sopesó si aquel era el mejor momento para hablar uno de los tantos problemas que tenía. Se había propuesto ser sincera, no quería seguir mirándole y saber que le estaba engañando. Podía hacerlo con quien fuera, pero no con él. Se sentía como una perra cada vez que sus ojos intensos se ponían sobre los suyos.

- Mi padre hacía que mis cuidadores me pusieran cierta cantidad de comida. Si los pillaba dándome de más... Ellos lo pagaban caro y yo...

- ¿Tú qué?

- Me quedaba un día en el sótano sin comer.

- ¿Cómo te hacía eso? — Fingió estar escandalizado.

Sabía perfectamente a qué se debía tanta dureza, aunque eso no le quitaba las ganas que tenía de golpear a alguien. A más poder al desgraciado que era capaz de hacerle algo así a su hija. Eso no se le hacía ni aun perro, cuanto menos a tu propia sangre, al pedazo de carne que había nacido de ti.

- Decía que la mujer no se podía pasar con las calorías, que entonces el hombre dejaba de quererla y se buscaba a una más joven que sí pudiera mantener su cuerpo para que él lo disfrutara.

- ¡Dios mío! — Exclamó.

Le habría gustado explicarle que posiblemente esa era una medida que utilizaban mucho por si un día se veían secuestradas y privadas de alimento. Que era una manera de que aprendieran a controlar su apetito si llegado el caso se encontraban en una mala situación. Claro que no podía decirle lo que quería.

- ¿Podemos irnos? — Los nervios estaban acabando con ella. - Me gustaría que habláramos en un lugar más íntimo.

- Lo que tu pidas, será un halago para mí concedértelo.

De nuevo entrelazaron sus manos. Caminaban sin prisa, tomándose su tiempo para llegar hasta el coche. El aire azotaba sus rostros; les helaba la cara, les hacía saltar las lágrimas, incluso moquear. Y aun así disfrutaban del paseo, de estar agarrados el uno al otro, de las sonrisas que se obsequiaban, de los besos que se robaban.

Ella sabía que estaban prolongando el momento y no le importaba, porque estaba disfrutando de un Dmitriy que jamás soñó vería. Lo demás podía esperar y más una conversación que era inminente; y que lo único que estaban haciendo era posponerla.

Dmitriy se paró. Levantó el dedo, pidiéndole que esperara un minuto. Le dedicó la sonrisa más hermosa que tenía y le dio un beso. Esperó con la mirada puesta en el cielo. Cinco minutos más tarde unas manos se apoderaron de su cintura y una cara conocida apareció en su foco de visión con una rosa en la boca y un peluche asomando por el cuello de su camiseta.

- ¿Para mí?

Asintió. Los ojos se le impregnaron de lágrimas. La dicha pudo con ella y lo abrazó con fuerza.

¡El qué no tenía corazón! Si lo llegaba a tener, capaz y le hubiera regalado un barco.

- Gracias. — Besó sus labios con ternura.

Dmitriy apartó la mano un segundo de su pequeña cintura y la introdujo en el bolsillo de su pantalón. Después puso una caja frente a sus ojos.

- ¿Y esto? — Dijo prendada de la pulsera de brillantes.

- Una belleza para otra más bella.

- ¡Ohhh, Novikov! — Se abrazó a su cuello, dándole besos.

¡Se lo iba a comer!

Sobre las doce llegaron a casa de Dmitriy. En cuanto el coche estacionó y se bajaron, la cargó como si fuera una novia recién casada. La llevó al dormitorio. Con mucha delicadeza la dejó en la cama, se separó un poco y la besó con calma.

No era un beso lujurioso, ni brusco, ni exigente. Era un beso pausado, con el que la saboreaba, queriendo saciarse de las emociones que se producían en ellos cada vez que sus bocas se juntaban.

Tenía que ser en un sueño. Había deseado, anhelado e imaginado tanto que él se mostrara así, que para ella era mucho más fácil creer que era un sueño, a que de verdad Dmitriy la estaba tratando como una mujer.

Tras unos minutos decidió probar una acción. Sacó su lengua y la pasó con provocación por sus labios. Dmitriy gruñó.

- Leona... No seas mala.

Besó su frente y se alejó.

- ¿No quieres...? — Dmitriy arqueó una ceja. - Ya sabes. — Se puso roja.

¡Bendita fuera! Claro que quería. Era mirarla, ver como sus coloretes se hacían visibles y le costaba contenerse.

- Hoy no.

Por primera vez, Dmitriy dejó de repeler la intimidad. Se recostó a su lado tras haberse deshecho de la ropa y la pegó a su pecho. Minutos después, sintiendo sus respiraciones acompasadas se quedaron dormidos en la típica e íntima posición; de la cuchara.

- Leona.

Abrió los ojos. Verlo allí de pie con una bandeja en las manos con el desayuno, hizo que el cúmulo de emociones de el día anterior, se juntara con los que en ese preciso momento estaba sintiendo. Tragó con fuerza.

- Vamos a desayunar en la cama y si te portas bien, te daré una sorpresa.

Le dedicó una sonrisa tan cautivadora que no pudo más que asentir.

- Haces trampas. Tus ojos son preciosos y me coaccionan. — Dijo pasados quince minutos.

¿Por qué había dicho eso?

- Es la forma más eficaz para que comas. Abre.

¡Ahora lo recordaba! El capullo de traje no dejaba de meterle comida en la boca. Comida que no quería. Comida que quería vomitar. Y el payaso seguía influenciándola con sus ojos para que continuara abriendo los labios.

- Ya, Novikov. No puedo más.

- Termina el café. — Ordenó.

Se hizo con la taza. Los ojos grises no dejaban de atosigarla. Bebió despacio, dando pequeños sorbos sin apartar la mirada del controlador hasta que acabó con todo el líquido.

- ¿Contento?

- No.

- ¡Pero si he hecho lo que querías!

Sonrió con picardía y susurró:

- No me has dado mi beso de buenos días todavía. — Señaló su boca.

- Ja, ja, ja. ¡Serás mandón!

Se inclinó hacia él y depositó un beso dulce en sus labios. Sintió como sus manos fuertes la agarraban de la cintura y la sentaba sobre sus piernas a horcajadas. Al percibir la dureza entre sus muslos, se quedó sin aliento. ¡Debía ser enorme!

Un aguijonazo de deseo la traspasó, cuando Dmitriy la apretó más contra su protuberancia. ¡Juraría que no había visto nada tan duro en su vida! Llevó sus manos a su cabello y metió los dedos entre su pelo. Le gustaba tirar de él mientras la besaba.

- Leona... — Su respiración era costosa cuando se alejó. Esperó unos segundos hasta que sintió que podía hablar sin tener que interrumpirse cada dos segundos.

- Quiero que te quedes conmigo. Empezar de cero. Que probemos... Em...

- ¿Una relación? — Le ayudó.

- Sí, eso.

- Ja, ja, ja. ¡Novikov lo dices como si te estuvieras colgando una soga al cuello!

Dejó salir el aire con pesadez. Ese era el momento. Era la hora de dejar salir y compartir lo que su corazón guardaba con tanto recelo.

- Dejé de creer en las relaciones y en los sentimientos desde hace años. — Fue a interrumpir, pero él le puso un dedo en los labios. - Susana fue mi primera novia y pensé que era el amor de mi vida. Íbamos a casarnos. Teníamos las invitaciones mandadas, el restaurante reservado, las flores escogidas... Bueno,

todas esas estupideces que tienen las bodas estaba listo. — La besó para recordarse que ella no era igual a esa arpía. - Esa zorra me dejó una semana antes de nuestro enlace. Pidió a una amiga que viniera a mi casa a entregarme una nota en la que me pedía perdón y decía que no estaba preparada. Poco después, descubrí que la muy perra se había ido con mi hermano y que sus disculpas y el no estar preparada era un cuento barato para encubrir sus años de engaño.

- ¿Con tu hermano?

No recordaba ninguna mención de que hubiera otro hermano. Ni cuando empezó a trabajar allí y buscó información por Internet había hallado que fueran tres hermanos y no dos como ella siempre había creído.

- Diego. — Dijo con un halo de dolor cubriendo sus ojos. - Mi hermano mellizo.

- ¡Jesús!

¿Cómo había gente tan mala en el mundo? No quería imaginar lo que eso debió significar para Dmitriy. El dolor que le debió causar la traición de esa mujer, pero aun peor, lo que supuso que su hermano fuera capaz de hacerle esa jugada a él. De los amigos siempre podías esperar que hicieran algo parecido, pero... ¿Si no podías confiar en tu propia sangre, en quien lo harías?

- Mis padres, mis abuelos y nosotros mismos, desterramos a Diego de nuestras vidas. Se le prohibió regresar de donde quisiera que se fuera ido y el encargado de hablar con él fue mi padre. — Expulsó el aire con fuerza. - Ahora están de nuevo aquí y Susana no deja de llamarme.

Le besó con un único objetivo; distraerle y que dejara esos malos recuerdos en el olvido. Le parecía increíble que Dmitriy se estuviera abriendo con ella. Que hablaran con tranquilidad y disfrutaran como dos personas que se gustan. Esa sensación le agradaba. Dmitriy con su arrolladora personalidad, podía con ella.

- Desnúdate para mí. — Ordenó.

Bajo la influencia hipnótica de su sonrisa, se puso de pie. Los nervios se

apoderaron de ella a la vez que su sexo se contrajo en anticipación. Se le veía tan sexi...

¡Por fin iba a conocer lo que era estar con un hombre!

Se sacó el camisón lentamente por la cabeza y se quedó frente a él en sujetador y braguitas. Durante unos minutos larguísimos Dmitriy se deleitó con las hermosas vistas que le estaba dando.

- ¿Quieres esto?

Le hizo gracia que le preguntara. Sabía que Dmitriy se estaba conteniendo, que deseaba estar con ella tanto como el que quería alcanzar una estrella. Asintió con energía.

¡Era lo que más deseaba! Sentir sus manos por todo su cuerpo, su boca exigente deritiéndola, sus ojos grises sobre cada centímetro de su piel.

- Ven.

Se volvió a colocar a horcajadas encima de él. Dmitriy con presteza y sin apartar sus ojos de los de ella, llevó sus manos a su espalda y desabrochó el sostén. Sus pechos perfectos quedaron expuestos. Se lanzó a ellos como si fueran el mejor manjar que pudiera existir y con avidez succionó primero uno y luego el otro hasta que se endurecieron. Gimió impulsada por las sensaciones divinas que le provocaba.

Deslizó sus labios hasta su boca de nuevo e introdujo su lengua. Luego giró con ella y apresó su cuerpo debajo del suyo. Comenzó un descenso tortuoso, entre besos y lamidas. Llegó a su ombligo y deslizó la lengua dentro varias veces. Siguió su recorrido, su lengua saboreaba cada pedazo de piel. Su boca se detuvo en su monte... Jadeó. Sintió como hacía la tela a un lado y luego la calentura de su lengua le provocó una sacudida.

Se sentía extraña, jamás había sentido algo parecido. Su lengua arremetía sin clemencia. La devoraba con ansias, mientras se agarraba a las sabanas y gemía sin control. De pronto su lengua juguetona, se adentró en ella. Entraba, salía y

luego lamia su clítoris para después, succionar y volver hacer la misma operación. La calentura se extendió por todo su cuerpo mientras la habitación se llenó de los sonidos que escapaban de su boca.

A su tortura se sumaron sus dedos. Para ese momento, ya estaba fuera de control. Le separó más las piernas y sus dedos se abrieron paso en su vagina mientras chupaba llevándola a la luna. Un grito escapó de sus labios, Dmitriy había cambiado sus movimientos, ahora lo sostenía entre sus dientes y daba toques con la lengua, estimulándola más de lo que ya estaba. Se perdió, su cuerpo ya no era suyo, le pertenecía a él, a ese hombre que hacía que su cuerpo se arqueara por más. Se iba... Estaba demasiado cerca... Un poco más... Y como si Dmitriy conociera su cuerpo, intensificó los movimientos de sus dedos, chupó con exigencia y ella explotó.

- Mmm, divina. — Oyó que le susurraba en el oído.

Percibió que estiraba el brazo y después el rasgar de lo que supuso era un preservativo. Se alejó unos segundos y se incorporó detrás de él. Todavía respiraba con dificultad. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. ¿Ese enorme mástil debía entrar en ella?

- Eso no me... Va a coger. — Comentó con la respiración todavía entrecortada.

- Si, lo hará. — Aseguró orgulloso de estar bien dotado.

Volvió a ponerse encima y mirándola a los ojos guió su erección a su hendidura. Se puso rígida. Era imposible que aquello entrara. Sintió como se deslizaba unos centímetros más. Resopló, era muy incómodo.

- Relájate. Déjame entrar.

Estaba siendo paciente. Desde el mismo momento que había puesto sus dedos en ella, sabía que era demasiado estrecha y que su pene no entraría fácilmente. Bajó la mano hasta su hermosa feminidad y empezó a acariciarla. Pronto encontró el punto que la hacía vibrar y retorcerse y se afanó en masajear expresamente ese lugar. En segundos sintió como su cuerpo se relajaba y sus manos se llenaban de humedad. Entonces se impulsó hacia delante y sus oídos se inundaron de un

grito que le dejó totalmente inmóvil.

- ¿Leona?

- Mm.

Se mordió el labio avergonzada.

- ¿Por qué no me lo has dicho?

Buscó sus ojos con confusión.

- No pensé que fuera algo que tuvieras que saber.

- ¡Mierda! Claro que tenías que hacerme sabedor de esto. Habría sido más... Cuidadoso.

La risa de la pelirroja retumbó en la habitación. La miró desconcertado.

- ¿Te duele? ¿Quieres que me aparte?

No podía creer que teniendo su parte favorita enterrada en ella, se le hubiera pasado por la cabeza; detenerse y quedarse sin liberación. Aun así si ella le decía que sí, lo haría. Por su vida que lo haría, incluso corriendo el riesgo de que la sangre se le subiera al cerebro, se apartaría.

- No.

Llevó sus labios a los de él y le besó.

- ¡Joder! — Su miembro se sacudió.

Se movió despacio sin dejar de observar su rostro, esperaba ver algún gesto doloroso que lo alertara. Le sonrió para transmitirle calma y tras unos minutos el temor desapareció y comenzó a moverse en busca del placer.

Despacio subió las manos hasta llegar a su cabeza. Se agarró a su cuello. El

dolor había remitido. Aunque seguía sintiendo algo de incomodidad, pronto fue sustituida por un placer extraordinario que la llevó a impulsarse inconscientemente contra los movimientos que él marcaba. Dmitriy se detuvo empujando más hacia ella, era como si quisiera llegar hasta el fondo. Se sujetó sobre una mano y con la otra pellizcó su pezón.

- Déjate ir, leona. — Dijo antes de llevarse su seno a la boca.

Sus palabras la avivaron y su boca la puso cardiaca. Se contrajo alrededor de su virilidad y soltó un grito mientras los espasmos tomaban la posesión de su cuerpo.

Dmitriy dejó escapar su pezón y se movió con desenfreno llevado por la lujuria de verla deshacerse en sus brazos. Con una última embestida brutal, pegó sus labios a los suyos y se derramó.

- ¿Estás bien?

Besó su frente. Le faltaba el aliento.

- ¿Me veo mal? — Bromeó.

- No. Te ves linda. — Besó su cuello. - Voy a ducharme.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Una hora después, estaba sentada en el taburete de la mesa, con un café en las manos. Alzó su vista del periódico y observó como Dmitriy tecleaba muy centrado en su ordenador. Frunció el ceño. Pensar que quizás, estaba concertando una de esas entrevistas privadas, le revolvía el estómago y la ponía de mala leche.

- ¿Qué sucede?

¡Siempre observador! Tendría que enseñarle a hacerlo. Así ella también podría detectar su humor.

- Nada.

- Mentirosa. Crees que estoy quedando con alguna mujer.

Arqueó una ceja, provocándola.

- ¡Disculpa don perfecto por ser desconfiada!

- Ven.

- No quiero.

- Tengo una sorpresa. — Le regaló una sonrisa.

Se acercó guiada por la curiosidad. Le encantaban las sorpresas y las de Dmitriy hasta ahora, habían sido muy buenas. La sentó en sus piernas.

- Mira.

De repente se oyó una especie de clic. Y segundos más tarde, buscando de donde procedía el sonido, se encontró con una imagen de ellos dos en la pantalla; Dmitriy la sostenía de la cintura, con su cabeza apoyada en su brazo y sonreía. Ella con la mirada fruncida, mirando a la pantalla. Claramente se veía que era una foto que le habían hecho por sorpresa.

- Dmitriy, no salgo bien. Bórrala.

- Solo si te haces otra dándome un beso.

Su petición le hizo reír y asintió.

Dmitriy programó el programa de la cámara para que echara la foto segundos más tarde. Cogió su rostro con las dos manos y le dio un beso de infarto. La respiración se le descontroló y el calor empezó abrirse paso en sus entrañas.

- Frena tu deseo. — Besó su nariz. - Es pronto para tener otra sesión, leona.

- Te ha gustado el nombre, ¿eh?

- Mucho, mi leona.

Le guiñó el ojo.

- ¿Qué haces?

Le había visto trastear en su perfil de Facebook, pero no veía bien lo que hacía. Dmitriy la distraía haciendo círculos con la mano en la cara interna de su muslo.

- Observa.

Sonrió ampliamente.

- ¡Ay, no!

- Sí. Leona.

Mientras ella perdía todo el color en la cara, Dmitriy sonreía satisfecho. Había subido la foto que se habían hecho y puesto en su perfil. Además de añadir un comentario divertido en el que decía "hombre guapo ha sido por fin cazado". Lo que él no entendía y por lo que ella estaba tan preocupada; era que su padre era un hijo de perra y temía que le hiciera daño.

- Creo que es hora de que te explique todo sobre mí.

- Tenemos tiempo, leona. No lo hagas obligada.

- Novikov, después de eso... — Señaló la foto. - Tiempo es lo que no tengo. — Su mirada se entrecerró. - Por cierto, ¿qué hiciste con Eric y sus hombres?

- Siguen en el almacén. — Espetó sin mota de remordimientos.

- ¿Los tienes secuestrados?

- Llámalo como quieras, pero de ahí no se van a mover hasta que no decida que hacer con ellos.

El timbre sonó interrumpiendo su conversación. Se quedó sentada mirando la espalda de Dmitriy que se dirigía a abrir. Si Eric no se había comunicado con su padre... La alerta le habría hecho salir de su zona de confort... Y eso significaba...

- Leona te presento a mi madre. — La voz de Dmitriy la sacó de su razonamiento.

¿La había llamado leona delante de su madre? Levantó la mirada. ¡Mierda y de su padre!

- ¡Dmitriy! — Reprendió.

Los tres rompieron a reír y sus mejillas se tornaron más rojas. Dmitriy la rodeó con sus brazos y besó su mejilla. Su cara debía haber sido muy divertida. Por la manera en la que Dmitriy la miraba, estaba casi segura que sería la misma que habría puesto si los hubieran pillado en pleno acto sexual.

- Mamá, papá, os presento a Ariel.

Se sorprendió. Era la primera vez que pronunciaba su nombre verdadero.

- Ellos son mi madre Keith y mi padre Dominic.

Les tendió la mano con educación. El primero en cogerla fue su padre. Dominic, era una calcomanía de Dmitriy, en realidad al revés. El hijo había sacado todas las facciones de su padre. El cabello era de su madre, porque el padre aun empezando a verse las canas blancas, se veía que era rubio y entendió de dónde había sacado ese pelazo Mijaíl. Le dedicó una especie de mueca, que simulaba una sonrisa y se pegó a su mujer.

¡El ser posesivo también lo había heredado de él! Estuvo a punto de echarse a reír.

Keith se acercó y la abrazó. No tuvo otra opción más que poner sus manos en su espalda y recibir el abrazo cariñoso. El sentimentalismo se cernió sobre ella. La imagen de su madre apareció en su cabeza y los ojos se le empañaron. Disimuló, mostrando una sonrisa cuando se separaron. La mujer era menuda, morena de ojos negros y pelo corto. Su mirada era profunda y llamaba mucho la atención.

- Como me alegro de que al fin alguien haya conseguido traspasar ese duro corazón.

- Lo mío me ha costado.

Las dos rieron.

- ¿Por qué Mijaíl es el único de los hombres que su nombre no empieza por d?

Le había llamado mucho la atención. Eran Dominic el padre, Diego el mellizo y Dmitriy el hombre que se había robado su corazón. ¿De dónde había salido Mijaíl?

- Siéntate leona. Acabas de abrir la conversación que más le gusta a mamá.

- Como vuelvas a llamarme así delante de nadie...

- ¿Leona? — Se mofó.

Se acercó despacio. Se agarró a su hombro para auparse y en su oído susurró:

- La leona, se acaba de poner en huelga de sexo.

Dmitriy contuvo una protesta. Sus padres estaban allí. Diez minutos después estaban sentados en el salón, tomando un té con galletas que había preparado.

- Veras, pequeña. Cuando nació Mijaíl, ya vivíamos aquí. Echaba tanto de menos a mi familia, mi casa, mis amigos... Todo era nuevo. Nos habíamos mudado para crear una nueva vida. Habíamos pedido un préstamo y así nació la empresa Novikov. — Sonrió con añoranza. - Mijaíl es un nombre de hombre ambicioso, confiado y apasionado.

- ¡Entonces fue mala elección! Esas tres palabras casan con Dmitriy.

Recibió un pellizco en el culo mientras los padres de Dmitriy reían. Le dio una mirada de amonestación.

- Sí. Nos dimos cuenta demasiado tarde. — Estuvo de acuerdo Keith. - El fanático de los nombres con d es Dominic, a Mijaíl quiso ponerle el suyo. Me negué en rotundo, él había escogido dos. Y había un escritor por ese tiempo que estaba para quitarte el hipo...

- ¡Keith!

Las dos rompieron a reír.

- Señora a mi me vuelve loca Brad Pitt y nunca le pondría su nombre a mi hijo. — Dijo entre risas.

- ¡Ariel! — Fue el turno de Dmitriy.

¡Iguales! ¡En todos los aspectos! Volvieron a reír.

- ¿Entonces te gustan los niños? — Preguntó con naturalidad Dominic.

¿Y ahora a que venia esa pregunta? Miró a Dmitriy y se encontró con unos ojos que la incitaban a contestar. ¡Mierda!

- Sí. Claro.

- Buena elección hijo. Quiero muchos nietos. — Y esta vez sonrió.

No estaba insinuando que la embarazara, ¿no? Lo miró por el rabillo del ojo. No la estaba mirando, tenía sus ojos puestos en su mujer. La veneraba con la mirada y sintió una envidia sana. Ella quería que Dmitriy la mirara igual.

A la una y medía el timbre sonó de nuevo. Dmitriy la dejó con sus padres un momento y fue abrir.

- ¡Hola! — Mijaíl y su gritos eufóricos.

¿Era el día de las visitas y no se había enterado?

La cogió de las manos y tiró con fuerza, estampándola contra su pecho al estar de pie.

- ¡Bienvenida a la familia!

- Te mataré, te lo juro. Te cortaré en pedacitos y luego te coceré y comeré. — Le dijo entre dientes sin que su boca borrara la sonrisa.

- ¿Qué tal? Un... ¡Gracias, Mijaíl!

- Le sacó el dedo medio disimuladamente.

- ¡Quita ya! — Penélope lo empujó y se agarró a su cuello. - ¡Qué alegría! Sabía que tú tenías el carácter para domar al solitario y egocéntrico corazón frío.

Penélope se echó a reír y ella la siguió segundos después.

- ¿Cuñada ya estamos criticando?

Dmitriy rodeó su cintura.

- No lo haría si no hubieras sido durante años un idiota que criticaba cada pareja que pasaba por tu lado.

Volvieron a tomar asiento. Durante minutos debatieron que iban a comer. Los hombres eran muy testarudos y no querían que ninguna de ellas cocinara. Querían que disfrutaran de la reunión y para ellos; disfrutar y cocina no entraba en el mismo anagrama.

- Dmitriy la puerta. — Avisó Mijaíl.

- Abre tú o es que no tienes brazos.

- Es tu casa.

- Eso no te importa cuando tu mujer te echa de casa.

Todos estallaron a reír.

- ¿Lo echas? — Preguntó incrédula.

- Va, cuando se pone de un humor insostenible.

Le guiñó el ojo divertida.

- Leona.

Lo fulminó. En aquel momento quería borrarle la sonrisa y no a besos precisamente.

- ¿Leona? — Repitió Mijaíl estallando a reír.

De la misma risa se tuvo que sentar y cogerse el estómago con fuerza. No podía creer que su hermano estuviera llamando a su novia con ese absurdo mote.

- ¡Muy gracioso, tengo nombre de escritor!

Le dio un manotazo en la cabeza.

- ¡Joder! ¡Dmitriy tu mujer me está maltratando!

Le propinó otro con más fuerza.

- ¡Si es que te lo buscas tú! — Le soltó chula.

- Ven, aquí. — Reclamó Dmitriy.

- Cuando me pidas perdón.

- ¿Estás de coña?

Observó a su alrededor. No iba a decir unas palabras que utilizaba de muy de vez en cuando, estando allí su familia. Quedaría como un pelele, como un muñeco, como un títere... Entonces vio sus ojos. ¡Mierda y santa mierda! Lo tenía domado.

- Cariño, ven aquí. No lo volveré a hacer.

Su pelirroja sonrió y si quedaba algo de la coraza que había tenido, con aquella sonrisa arrolladora, acabó de destruirla.

- Mi abuela Conchita y mi abuelo Dámaso.

Al oír el nombre del abuelo tuvo que contener la carcajada.

- Encantada.

- Mucho gusto. Cuando vimos la actualización, vinimos corriendo a conocerte.

¿Los abuelos también tenían Facebook?

- Suegra, ven acompañanos. Estamos batallando si cocinamos o comemos comida a domicilio. — Alzó la voz Keith.

- Cocinamos. — Se le unió la mujer mayor al grupo dándole una sonrisa cariñosa.

- ¿Es una tradición? — Cuchicheó con Dmitriy, cuando el abuelo siguió a la abuela.

- ¿El qué?

- Los nombres.

- Ja, ja, ja. Sí. De generación en generación se ha seguido. El primer hijo varón debe llevar un nombre que empiece con d.

- Pues se les romperá el corazón cuando yo rompa la tradición. — Comentó sin darse cuenta de lo que estaba diciendo.

Dmitriy la atrajo hacia él. La besó. Un beso emotivo, carente de excitación, exento de lujuria...

- Me encantará ver si lo consigues. — Susurró pegado a sus labios.

- ¿Vendrán los padres también de tu madre? — Cambió de tema.

En escasas tres horas el tema bebés había salido a relucir dos veces. Ya se había cubierto el cupo. Por lo menos para ella.

- No. Viven en Rusia. Nunca les gustó esto. Vienen en Navidad.

- ¿Y entonces quien viene ahora? — Dijo tras escuchar la puerta de nuevo.

- No lo sé. ¿Tus amigas?

- No se presentarían sin llamar. — Informó.

- Iré a ver. — Depositó otro beso en su cuello. - No te pierdas.

Contempló como Dmitriy caminaba con elegancia. Se recreó viendo ese cuerpo atlético. Cuando pudo apartar sus ojos de él, se unió al grupo.

- ¡Comeremos hoy! — Clamó Keith exasperada, mirando el techo.

- ¡Qué no se cocina! — Reafirmó Mijaíl la pose de los hombres.

Penélope le pegó un pellizco en el costado.

- Nena...

- O te callas o te quedas un mes a palo seco.

Rió por lo bajo. Le caía bien Penélope, era como verse a ella misma desde fuera.

Al final tras media hora de debate, las mujeres se salieron con la suya. ¡Ah, viejas cabezonas! Tampoco dejaron que Penélope y ella se acercarán a la cocina.

Se giró buscando a Dmitriy. No había regresado y eso la extrañó. Se acercó a la ventana de la puerta y observó por uno de los cristales cuadrados. No había rastro de él y Paolo tampoco estaba parado en la puerta como la mayoría de las veces. Abrió la puerta. Andó hasta los escalones que llevaban a la calle. Allí en la otra acera atisbó a las cuatro niñeras.

- ¿Qué pasa?

El susto la hizo retroceder y casi se cayó por los escalones.

- Gracias, Penelope. — Si no llega a sujetarla se habría dado un buen golpe. - Dmitriy no está.

- Hombres. Siempre desaparecen. Volverá. Seguro y ha surgido un imprevisto con la empresa. — Sonrió quitándole importancia.

Volvieron a dentro juntas. La sensación que se había instalado en su pecho, la ahogaba. Ni siquiera la había avisado. Mientras tomaba asiento, sus ojos captaron algo que no le gustó; Mijaíl estaba observando su teléfono, como si estuviera leyendo un mensaje. Su cara fue perdiendo color. Se pasaba la mano por la barbilla, a ella le pareció un signo de una persona que no puede creer lo que sus ojos ven. Y lo que terminó de desquiciarla fue ver que levantaba la cabeza, se encontraba con su ojos y le dedicaba una sonrisa el muy farsante.

Comieron entre risas, bebiendo cerveza y hablando de temas tontos. El que más abundaba en la mesa, era sobre las gamberradas que hacían de pequeños Mijaíl y Dmitriy. En varias ocasiones consiguió olvidar, que seguía sin aparecer y unirse a las risas estridentes de la mesa. Luego tomaron café y el tema cambió drásticamente. Los hombres habían tomado la palabra y no había quien los hiciera callar cuando estaban hablando de fútbol. En ese rato también hubo diversión, sobre todo cuando las mujeres amonestaban a sus hombres.

El milagro de quedarse sola sucedió a las seis. Se dejó caer en el sillón cansada y reposó la cabeza en el respaldo. Ni siquiera tenía energías para enfadarse. Y eso que tenía motivos. Dmitriy se había largado sin explicación, la había dejado sola con su familia y para rematar, seguía sin dar señales de vida.

Cogió el teléfono y marcó...

- Le atiende la secretaria del señor Novikov. ¿En qué puedo ayudarle?
- Hola, tengo cita con el señor en un rato y me gustaría saber si está para acercarme un poco antes.
- Lo siento, debe estar confundida. El señor avisó de que hoy no vendría.
- Gracias. Seguro y me equivoqué de día. — Colgó quedándose pensativa.

¡En la oficina y una mierda! Se llevó las manos a los ojos y se los restregó. ¿Estaba llorando? ¡Sí, lo hacía! Le dolía que no hubiera pensado en ella. Que saliera corriendo sin haberse tomado la molestia de decirle donde iba. Sin haber considerado por un segundo que sentiría ella cuando viera que no estaba.

Su móvil sonó y la distrajo de seguir pensando...

Claudia: ¿Nos vemos en Princezno?

Melisa: No puedo. Curro esta noche.

Claudia: ¿Cristina barra soy la novia de un hombre rico y sexi?

Cristina - (Ariel) -: Ten cuidado que estás hablando de mi hombre!!! Y no puedo.

Claudia: ¡Uuuy que agresiva!

Se echó a reír. Solamente estaban bromeando. Ellas eran buenas amigas. Claudia lo había entendido y en seguida lo había botado de su lista de hombres follables. Se había obligado a olvidar que su amiga había estado con él. No era una imagen a tener siempre presente. Y por otro lado era mejor así. No iba a ser la mujer celosa que no confía ni en su propia sombra. Era suficiente saber que su amiga antes se tiraba por la ventana que traicionarla. Y ella la amaba y no estaba dispuesta a perder una gran amiga, por una acción que si ella hubiera querido nunca se habría dado.

Claudia: Quedamos entonces mañana para comer o también tenéis cosas más importantes...

Cristina - (Ariel) -: Cuenta conmigo.

Melisa: Me apunto.

Claudia: Os quiero niñas. Nos vemos mañana.

Melisa: Te queremos adic-sx.

Claudia: ¿Qué me has dicho?

Cristina - (Ariel) -: Que te queremos... ¡Adicta al sexo!

Contestó primera a su amiga entre risas.

Claudia: ¡Perras envidiosas!

Sirvió un vaso de leche frío. Cuando estaba de los nervios o tenía insomnio, siempre escuchó que un vaso de leche caliente ayudaba a dormir. Y esa era su costumbre, pero fría. El día que ella lo bebiera caliente... Es que algo no estaría bien con ella.

Atravesó el baño con el vaso en la mano y lo dejó sobre la mesita de noche en cuanto entró en el cuarto. Debía haberse ido. Que cuando volviera no la hallara y en cambio allí seguía para escuchar su excusa. Más valía que fuera buena. Miró la hora; rondaban las once y media. Se sentó y bebió despacio. Una vez lo vació, se acostó y estuvo viendo la televisión hasta que el sueño la venció.

El sonido de la puerta abrirse, hizo que sus ojos se abrieran y encendiera la luz. Instintivamente observó de nuevo el reloj. ¡Las cuatro de la madrugada!

- ¿Dmitriy?

Estaba quitándose la ropa y ni siquiera la miró.

- Vuelve a dormir.

- ¿Estás de guasa?

- No quiero discutir.

- No lo haríamos, si no te hubieras largado. — Su cabreo empezaba a ser patente.

- ¿Dónde estabas? ¿Por qué te fuiste?

- ¿Qué eres mi madre?

¡Qué le pasaba! Salió de la cama y le enfrentó.

- No. Soy la mujer a la que le has pedido que se quedara contigo. — Le dio un empujón para hacerle reaccionar. - ¿Dónde estabas? — Exigió.

Le agarró las manos y la miró a los ojos. Su mirada era fría. Parecía un bloque de hielo inamovible. No se amilanó. Sostuvo su mirada con orgullo.

- No hagas preguntas que no quieres saber.

- Oh, claro que quiero. Lo que temes es faltar a tu palabra de "yo no miento". — Espetó chula.

Dmitriy pegó su cara a la suya. Los dos respiraban el mismo aire...

- Nunca miento. Por muy cruda que sea la realidad.

- Vamos, estoy esperando. — Provocó.

Respiró con fuerza... Y fue consciente de cómo la iba aniquilando, cuando dijo:

- Susana vino llorando porque mi hermano la había echado a la calle. Me

enfurecí y fui a buscarlo. Nos peleamos a puñetazos como unos putos críos y luego pasé el resto del día ayudándola a empaquetar sus cosas y la llevé al último piso de la empresa... — Cerró la boca de golpe.

Sus ojos se volvieron dos agujeros vacíos. Todo lo que transmitían era odio. Si Dmitriy pensó que se pondría a llorar, su juicio fue errado o por lo menos en parte, porque no lo haría ante sus ojos.

- ¿Me puedes soltar?

Esperaba cualquier cosa menos indiferencia. La había cagado. Desde el mismo momento que sus ojos se aparecieron acusadores, sabía que había cometido un gran error. Se había mantenido en el coche sentado, valorando con fiereza la posibilidad de callar. Le había costado un mundo decidirse a enfrentarla. No quería que le dejara y por eso estaba enfadado, porque estaba seguro que en cuanto le dijera que la había dejado tirada para salir corriendo detrás de la mujer que una vez amó; ella lo odiaría. ¿Cómo no lo iba a odiar? ¡Si se odiaba él!

- Gracias.

Tomó su bolso, abrió la puerta y en pijama salió. Otra vez estaba lloviendo. Se iba a poner chorreando y aun así siguió su camino. Su casa estaba a un par de manzanas, no tardaría.

- ¡Ariel! — La alcanzó cogiéndola por el brazo.

- ¿Pasa algo, señor Novikov?

- No hagas eso.

- ¿El qué, señor?

- ¡Mierda, hacer como que no existe nada entre tú y yo!

- Señor... Si hubiera existido algo, usted no habría hecho lo que hizo. Y aunque hubiera existido, usted con su acción ha extinguido esa existencia. — Sonrió con tristeza por no llorar. - Se está mojando, señor, y se va a resfriar.

Le dio la espalda y se marchó.

CAPÍTULO DIECISIETE

Apenas había pegado ojo. En unas horas de sentirse feliz había pasado a vivir lo que era el dolor de sufrir una traición. Seguía sin derramar una lágrima. Él no merecía que ella le obsequiara ni una. Le dolía. Con cada palabra su corazón se había hecho trizas. Era una sensación muy similar a cuando te arrancan uña por uña en una tortura. Ella por lo menos lo sintió así.

De nuevo su teléfono sonaba. Dmitriy no dejaba de llamar. Era admirable la insistencia que tenía. Miró el aparato. Esta vez fue un mensaje y a punto estuvo de hacerla llorar.

Dmitriy: Perdóname leona.

¡Qué lo hiciera su madre y su abuela! Dejó el cacharro sintiendo repulsión. Llegaron varios SMS más mientras preparaba el café. Todos los ignoró. Se sirvió un vaso. El dolor era demasiado fuerte. No conseguía distraerse, las palabras del corazón de hielo retumbaban en su mente.

Su cabeza se nubló. No había forma de que el dolor menguara. En un arrebato, se hizo con la cafetera caliente y la pegó a la cara interna de su brazo. El grito que escapó de su boca fue grotesco. La cafetera cayó en el fregadero, se arrodilló en el suelo y lloró. No había servido para nada, ahora además de que le doliera el corazón, le dolía también el brazo.

Sin preocuparse de la herida, se fue al dormitorio. Se tumbó y al poco se volvió a levantar. El dolor era inaguantable. Sentía como le palpitaba la zona donde se había provocado la herida. Cogió la crema del primer cajón del baño. No era la primera vez que se lesionaba así, por eso nunca le faltaba la crema cicatrizante;

le había ahorrado muchas cicatrices. Mientras la untaba con cuidado, su cara se descompuso. Cada vez el dolor era más persistente.

Tuvo que tragarse las ganas de llorar, había quedado con sus amigas, no iba a plantarlas y menos iba a pasar el día en la cama sollozando. Su fuerza y vitalidad, no se lo permitía. Se duchó, arregló, recogió para hacer tiempo y a la una en punto entraba por la puerta del Hog.

- ¡Hola! — Saludó Melisa en cuanto la vio.

- ¿Ha llegado Claudia? — Controló su voz.

- No. ¿Algún día llega puntual?

Rió y sintió confusión al ver que su amiga no la seguía. Diez minutos más tarde, Claudia todavía no aparecía.

- ¿Qué te ocurre?

- Nada.

- Tus ojos están... Sin chispa.

- Imaginaciones tuyas.

- ¡Hola, hola! ¿Y el novio dónde lo has dejado?

Se obligó a mantener la sonrisa.

- ¿En su casa? O quizás comprobando como está su antigua novia. — Espetó sarcástica.

Sus amigas la miraron... Miraron... Y miraron.

- ¿Quieres hablar?

Claudia y su sutileza para decir: será mejor si lo sueltas.

- Quizás otro día.

Pidieron unos refrescos y esperaron que la comida que habían ordenado, no tardara mucho. Bebió un largo trago...

- He conocido un tío que me saca de mis casillas. — Reveló Claudia chirriando los dientes.

Se atragantó con el líquido y empezó a toser. Su amiga le dio varios golpes en la espalda.

- ¿Qué a ti un tío hace que te calientes y no precisamente en la cama?

¡Qué gracioso! Y menuda novedad.

- Sí, no me lo explico ni yo. Es ver su chulería y me dan ganas de darle un puñetazo.

- Espera, no. ¿Tú queriendo golpear a un ser vivo?

- No me hace gracia. Es un burro con piernas, que se cree que porque es guapo, le voy a dejar que se meta entre mis piernas.

- Ah, pero que... ¿No te lo has tirado?

- ¡Te quieres callar! No, no lo he hecho.

- Que raro... — Dramatizó.

Su amiga la miró con malas pulgas. ¿Qué quería? Escucharla decir que no se había acostado con un tío, era una acción que ocurría una vez al año y eso si es que ocurría.

- ¿Y dónde lo has conocido? — Medió Melisa.

Claudia dejó de atravesarla con la vista y se centró en mirar el plato de ensalada

que le acababan de servir. Hizo lo mismo. La actitud que mostraban era de niñas de guardería que se habían peleado y dejado de hablar.

- Es el nuevo socio de la empresa de mi padre. — Dejó salir con pesar.

- ¿Estáis mal de dinero? — Interrogó de nuevo Melisa.

- ¡Qué más quisiera! Si al menos fuera eso, lo entendería. — Soltó el cubierto con fuerza. - Mi padre que no quiere seguir a cargo de la empresa. Dice que le quita mucho tiempo y que está perdiendo su vida volcándose en una empresa que no se va a llevar a la tumba.

- ¿Y para eso un socio?

Mientras picaba su ensalada, solamente escuchaba. No estaba ella ahora para conversar. Prefería mantenerse al margen. Sobre todo si el tema era sobre hombres. No, mejor que se mantuviera callada, porque si decía lo que se le estaba pasando por la cabeza. Entre ella y su amiga ardería Troya.

- Es que... Además mi querido padre, ha decidido que soy una incompetente que no está cualificada para llevar una empresa. Y que necesito un socio porque si no llevaré la empresa a la quiebra.

Siguieron dándole bola al tema un buen rato. Toda la conversación giró alrededor del desconocido que había conseguido que en la tierra hubiera un único hombre al que su amiga no quisiera tratar como a un felpudo. Después Melisa volvió con la misma cantaleta, sacando de nuevo el tema cumpleaños.

- Señorita Harris.

¡Discusión! Le vino la palabra en forma de alarma. Ese imbécil, no iba a desistir.

- ¿Qué haces aquí Travis?

- Señorita, el señor me manda a avisarla de que si no sale por voluntad propia... Entrara a por usted. — Dijo como si fuera una grabación.

- Dígale de mi parte al señor Novikov. Que se dé una vuelta por el lago y que se detenga en medio del triángulo a ver si con suerte desaparece.

El niño se dio la vuelta. Siguió sus andares y pudo ver como abría la puerta del coche, se inclinaba y lo más seguro repetía lo que ella le acababa de decir. Apartó la mirada y regresó a la conversación con sus amigas.

- Entonces, ¿tu padre te dejara el local?

- Eh... Todavía se muestra reticente. — Dijo Melisa sin apartar la mirada de la puerta.

- Viene hacia aquí. — Advirtió Claudia que miraba la misma dirección que Melisa.

Se encogió de hombros. Sus amigas no vieron su gesto. Las dos estaban pendiente del hombre que a pasos agigantados se acercaba a ellas. Se mantuvo firme y se obligó a seguir mirando su refresco. Estaban en un lugar público, el era conocido y no creía que fuera a montar una escena, arriesgándose a salir al día siguiente en las revistas.

- Chicas. — Saludó.

- Hola.

- ¿Qué te trae por aquí?

- Si me dejáis espacio, os muestro el asunto que me ha traído a este lugar.

¡Qué clase de amigas tenía!

Las dos se habían movido en cuanto el don perfección había acabado de hablar. Ella se negaba a poner sus ojos en él. Había decidido acabar lo que fuera que hubieran tenido y no iba a retroceder. Lo que él había hecho, no tenía nombre. Se sintió traicionada y poca cosa ante esa mujer. Él salió corriendo detrás de ella, su prioridad fue ayudar a esa mujer en vez de estar a su lado en la primera reunión familiar que tenían. Debía seguir sintiendo algo por ella si tomó esa decisión. Nadie le quitaba esa idea de la cabeza.

- Mírame. — Ordenó.

Por lo cerca que sintió su aliento, intuyó que estaba a su costado. Le ignoró. Cogió su refresco y terminó lo que quedaba. Alzó la cabeza y vio como sus dos amigas se habían quedado de pie sin apartar la mirada de ellos. Cogió el bolso del respaldo de la silla y extrajo la cartera. Sacó un billete que dejó en la mesa con rapidez.

Dmitriy fue más rápido que ella y se apoderó de su mano. Se la llevó a la boca y la besó. Apartó la mano y no tuvo nada que ver con su acción, si no que justamente había apresado su mano herida y el pinchazo que la atravesó casi la hizo maldecir en voz baja.

- Dame la mano. — Exigió sin derecho a discutir.

¿No podía a hacer como que no había visto nada? Despacio estiró el brazo, dejando la palma de su mano reposar en la de Dmitriy.

- ¡Vamos! — Graznó, tras haber levantado su manga hasta el codo y verificar lo que había intuido.

- Dmitriy, no es nada. Para.

Como si le hablara a la pared siguió tirando de ella hasta llegar a la calle.

- ¡Basta!

Se soltó de su agarre de malas maneras y comenzó a caminar hacia su casa.

- ¡Novikov!

No había dado ni tres pasos, cuando él la había cogido por la cintura y levantado en volandas. ¿Por qué tenía que ser tan testarudo? Pataleó con fiereza, esta vez si quería darle una patada que le doliera. El dolor la atravesó de nuevo y tuvo que dejar de intentar darle un buen golpe.

- ¡Travis, la puerta!

La metió en el coche sujetándola por la cintura. En ningún momento la soltó. Se las había ingeniado para entrar sin soltarla y sentarse con ella sobre sus piernas. Parecía que era su nueva postura favorita.

- A casa, Paolo.

- Novikov esto ya lo hemos vivido. Dile que detenga el coche.

- Hablaremos en casa.

- No pienso hablar con usted, señor.

Su mandíbula se contrajo. No le gustaba como se estaba dirigiendo a él. Esa forma distante, hacía que su enojo creciera por momentos. La giró bruscamente y la dejó de cara a él. Sujetó sus manos a la espalda con una mano de manera que la pelirroja no pudiera evitar lo que iba a hacer. Con cuidado de no lastimar su mano herida, se encargó de tenerla bien sostenida. Aprovechando que llevaba unas mallas elásticas, introdujo su mano sin titubear hasta llegar donde quería y dejar la palma de la mano presionando contra ella.

- ¡Ni una palabra más!

El calor se propagó con rapidez por su cuerpo y la hizo jadear. Quiso cerrar las piernas, pero en la forma que la había colocado, le era imposible. ¡Bastardo! Se mordió el labio con fuerza. Dmitriy separó sus labios con sus dedos e introdujo uno en ella. Sus ojos la quemaban. La excitación empezaba a poseerla. Metió otro más y tuvo que apretar sus labios con más fuerza al recordar que no estaban solos.

- Dmitriy...

Estaba tan caliente y deseosa de que siguiera tocándola, que había olvidado repentinamente lo enfadada que estaba.

- Eso es leona.

Acercó sus labios a la vez que introducía otro dedo y empezaba a moverlos en su interior. Abrió la boca para él, dejando que su lengua entrara en ella. Jadeó. Sentía como Dmitriy se iba poniendo duro. Era difícil no notarlo, crecía por segundos debajo de ella.

- Señor, estamos llegando.

Dmitriy sacó despacio la mano. Acarició su rostro con ternura y la besó con suavidad. Con las respiraciones agitadas salieron del coche. No podía creer que fuera tan fácil para él salirse con la suya. Todavía sentía el tacto de su mano entre sus piernas. Un cosquilleo insoportable se había instalado en ese lugar.

En cuanto cerró la puerta, se abalanzó sobre ella sin darle tiempo de reacción. Le quitó la blusa dando un tirón como si fuera un bestia; todos los botones saltaron. La apresó entre la puerta y su cuerpo tratando de no tocar su brazo herido y mordió su cuello. Se sentía salvaje, parecía que quería marcarla. Chilló de dolor y excitación. Los dos estaban en la misma línea.

- ¿Serás buena mientras me deshago de tus pantalones o te tengo que amarrar las manos?

Calor... Mucho calor fue lo que sintió ante su amenaza. Negó débilmente.

- Buena, chica. — Mordió sus labios.

Se arrodilló bajo su mirada lujuriosa. Agarró del dobladillo de la cintura y lentamente hizo descender sus pantalones. Le dio un toque en el pie. Lo levantó y después hizo lo mismo con el otro terminando de extraer la prenda. Al subir se detuvo a la mitad del camino. Llevó las manos a su culo y apretó hacia adelante, mientras por encima de sus braguitas le daba un mordisco que la hizo humedecer. Se incorporó. Sacó su pecho derecho y lo succionó con hambre a la vez que apartaba la tela que le molestaba y encontraba su punto de placer.

Ver como mantenía sus ojos en los suyos mientras la tocaba la acercó a la cúspide. Reprimió un gemido.

- Por favor... — Suplicó.

Dmitriy dejó su mano muy quieta y soltó el duro pezón que había estado torturando sin piedad.

- ¿Qué quieres? — Susurró frente a sus labios.

Los colores de la vergüenza que sentía se mezclaron con los de la excitación.

- Dime lo que quieres, leona.

Sopló con resignación. O hacía lo que él quería o se quedaba sin orgasmo.

- A ti, ahora.

Le había costado, lo había dicho.

- No hay nada mejor que cumplir los deseos de mi leona.

Se desabrocho el pantalón y lo deslizó lo justo para poder sacar su erección. Lo miró con fascinación, cada vez le gustaba más. Se mordió el labio. Estaba ansiosa por sentir de nuevo esa delicia en su interior.

- ¿Te gusta? — Preguntó acariciándose.

Asintió. En ese momento no podía hablar. Le costaba respirar con normalidad y sentía que solamente mirándole sería capaz de estallar.

- La próxima vez, te dejare que la tengas en tus manos.

La besó y ella no pudo hacer más que abrir la boca y entrelazar su lengua con la de él.

- Te voy a levantar y quiero que me rodees con las piernas. ¿Lo has entendido?

Su voz de mandato era tan sexi que no podía hacer más que asentir como una tonta. Así lo hizo, sosteniéndola por las caderas. Lo que no le había advertido era que conforme la pusiera en esa postura se adentraría en ella de un solo golpe. Se

sorprendió y chilló a la vez. No de dolor, que entrara de esa forma imprevista y feroz, la había puesto mucho.

Encontró rápidamente el ritmo. Con fiereza entraba y salía. Escuchaba los gemidos de su pelirroja y el animal que había en él quería adentrarse en lo más hondo de su interior. Grabarle en la cabeza que era suya, que le pertenecía. A base de golpes contundentes que arremetían su espalda contra la puerta, sintió como cada vez estaba más húmeda. Le faltaba muy poco. Se movió con más brutalidad.

- Pellizca tus pezones, leona. — Ordenó.

Se llevó las manos a sus pechos. Deseaba complacerle. No había nada en la vida que deseara más que sentir que le daba placer. Se pellizcó. Primero tanteó con cuidado y luego fue subiendo la intensidad.

- Eso es mi leona.

La miró fascinado como si jamás hubiera visto a una mujer acariciándose los senos.

- Dame lo que quiero. — Demandó.

Se abalanzó hacia su boca y ahogó el gemido de su pelirroja con su boca. Sintió como su cuerpo se tensaba y poco después como se contraía alrededor de su miembro succionándolo y haciéndolo ir con ella segundos más tarde.

Dmitriy dejó reposar su frente sobre su cuello. Sentía contra su pecho el subir y bajar del suyo. Iba muy rápido. Su aspiración era profunda. La suya no es que fuera mucho mejor, daba pequeñas bocanadas de aire tratando de que el oxígeno llenara su cuerpo. Cinco minutos después, sintió como lentamente se alejaba. Con cuidado dejó sus piernas sobre tierra firme, por decirlo de algún modo, porque si lo pensaba, aquello había sido como dar una vuelta en una moto de agua a toda velocidad.

- ¿Estás bien?

Su mirada escrutadora, junto con su pregunta, le hicieron asentir a pesar de que no estaba muy segura. Dmitriy se internó en el baño. Recogió su pantalón y revisó su blusa; iría directa al cubo de la basura. Sacudió el pantalón...

- ¡Mierda!

¡No podía ser! Corrió hacia la cocina. Encima de la encimera estaba el rollo de cocina y con rapidez se hizo con él. Partió un buen trozo de papel y se lo llevó entre las piernas, donde se entretuvo en limpiar sus flujos mezclados con el líquido de Dmitriy. Oyó abrirse la puerta del baño y tiró el papel a la papelera.

- ¿Quieres darte un baño?

Su prepotencia la irritó. ¡Condenado fuera por tener un cuerpo pecaminoso! Negó con la cabeza. Tenía que irse. Por lo menos antes de que perdiera toda la dignidad. Era poca y más después de lo que había pasado, pero por poca que fuera debía conservarla.

- Dmitriy... Esto no arregla nada...

Lo señaló a él primero y luego a ella. ¿Por qué no lo entendía? ¿Guapo y listo, no entraban en la misma ecuación? Lo observó acercarse y dio un paso atrás. Estaba desnuda. Y eso y Dmitriy en la misma frase, solamente existía un término al que llegar; ¡Cama!

- Leona... Voy a llamar al doctor y después hablaremos de lo que quieras. ¿De acuerdo?

- No, Dmitriy... No puedes esperar que con un polvo, se arregle todo. No es así de fácil.

- No te has quejado mientras teníamos el polvo... — Remarcó con chulería la última palabra cabreado porque ella agotaba su paciencia.

- Hablar contigo es inútil. — Desistió de intentar que lo entendiera.

Acabó de ponerse el pantalón, se anudó la blusa por encima del ombligo de

manera que le cubriera los pechos, pero la barriga le quedaba completamente al aire. ¡Iba a helarse!

- Leona...

Sus manos la rodearon desde atrás. Dmitriy se había acercado en el descuido que ella había tenido. Besó su cuello y acarició su estómago con tranquilidad. Era una caricia tan tierna... Que su cuerpo decidió disfrutarla un poco más.

- Lo siento. — Susurró en su oído. - Lo siento y lo siento. Dime cuantas veces quieres que lo repita y lo haré.

Negó con la cabeza. ¿Cómo era posible que fuera un sin cerebro? ¡No quería que lo repitiera! Con una era suficiente. Le creía, percibía en su voz lo arrepentido que estaba, pero... No había dicho lo que ella quería oír.

- Dmitriy eres increíblemente bobo. — Quitó las manos de su piel. — No me sirve tu disculpa, si eres tan tonto como para no darte cuenta que necesito una explicación. — Le dio un empujón y pasó por su lado camino a la puerta, mientras murmuraba... - Lo único que tenías que haberme dicho es el porque.

Cerró la puerta tras ella con fuerza. Quería gritar. Desgarrarse las cuerdas bucales. ¿Por qué? ¿Por qué! Porque había tenido que ir a enamorarse del único hombre en la tierra que no sabía lo que era tener un corazón. Que lo único que entendía era de sexo y placer. Que no sabía lo que era agradecer un gesto simple como lo era que le sirvieran el café. Porque... Porque... Porque Dios le había escogido precisamente a ese hombre...

Extrajo su móvil mientras caminaba. Los niños seguían sus pasos. Dos iban andando detrás de ella y dos en coche. La cabreaba que Dmitriy fuera tan meticuloso con respecto a su vigilancia. Era lógico que se quedara tan tranquilo cada vez que tenían una discusión y ella se iba. ¿Cómo no estarlo? Por falta de uno, tenía cuatro personas que le informaban de sus pasos. Se sentía como una mujer importante con tanta seguridad.

- ¡Hola!

- ¿Nos vemos en la torre?

- ¿Hoy? Lo más seguro esté completamente llena. Ese plan me resulta un poco... Estresante.

- Claudia, necesito distraerme. Ahora mismo ir a casa... No es buena idea.

Lo decía en serio. Si iba a su casa en ese preciso momento, lo más probable era que dentro de una hora tuviera otra lesión. Y no quería. Quería relajarse y dejar de pensar en la estupidez que había hecho. No era bueno que Dmitriy tuviera ese poder sobre ella. Estaba perdida. Si estaba enfadada y él sin una sola palabra era capaz de meterse entre sus piernas consiguiendo que olvidara el motivo por el que debía negarse, no significaba otra cosa que estaba jodida... Jodida... y más y más... Jodida.

- Está bien. En quince minutos...

- ¿Quince de quince? O... ¿Quince de más de media hora?

- ¿Qué insinuás? — Preguntó con falsa voz de ofendida.

- ¿Yo? Nada. — Exageró su voz al hablar.

- ¡Bruja!

- Quince, Claudia.

Colgó sin esperar su respuesta y sonrió. Apresuró sus pasos y en cuanto vio un taxi lo paró. Abrió la puerta. Antes de montar se giró, alzó la mano y saludo a los dos idiotas que la seguían. Sabía que no los perdería, pero al menos los retrasaría, ya que sus compañeros tendrían que parar para que ellos se subieran y luego continuar su persecución constante tras ella.

Quince minutos más tarde, le entregaba al hombre un billete con el que de costumbre, le dijo: que se quedara con el cambio. Se detuvo en las puertas de la enorme torre. Como siempre Claudia, todavía no había llegado. Frunció el ceño cuando vio estacionarse el auto de sus niñeras. ¿No se podían perder por la

ciudad? Observó como se abría la puerta y Travis con su habitual traje negro se dirigía hacia ella. Se cruzó de brazos y esperó.

- ¿Ahora qué?

- Señorita Harris. El señor le pide amablemente que regrese a casa esta noche. Quiere que cenén juntos y conversar con usted.

- Dígale a su amo... Que deje de acosarme. Que tengo casa y que cenare sola. Que si se aburre... Busque a su ex novia o que se compre un perro y salga a correr con él.

- Ya estoy aquí.

Arqueó una ceja hacia el guardaespaldas, dejándole claro cual era su postura. Después se giró y abrazó a su amiga. Paso su brazo por el de ella y se dirigieron al interior.

- ¿Problemas? — Inquirió Claudia curiosa.

- Que va...

- ¿Segura? Tu perrita tenía cara de mala uva... — Comentó divertida.

- Ja, ja, ja. Espera a ver su rostro cuando le de mi mensaje al amo.

- ¡Qué mala!

Se encogió de hombros.

- ¿Te puedo dejar sola mientras voy por las entradas o aparecerá tu controlador de nuevo y te secuestrará?

- Más le vale que no, porque soy capaz de tirarlo por la ventana desde el último piso.

Diez minutos después, Claudia apareció con la mano hacia arriba meneando su

teléfono de un lado a otro; eso era señal de que ya podían subir. De repente un hombre distraído colisionó con ella y los dos aterrizaron en el frío suelo. Salió corriendo en su dirección.

¡Lo que no le pasaba a su amiga, no le pasaba a nadie!

- ¿Estáis bien?

Estiró la mano para ayudar a su amiga a ponerse de pie.

- Eh, sí, creo que sí.

- Lo siento. No te he visto. — Dijo el hombre con un acento inglés muy marcado, mientras terminaba de ponerse en pie.

- ¿Tú? — Casi chilló Claudia.

Miró de uno a otro. En el mismo momento que su amiga había puesto los ojos sobre el hombre que tenían delante... Su mirada se había vuelto asesina. No dejaba de traspasarlo con los ojos, parecía que quería matarlo, evaporizarlo... Se mantuvo con los labios bien juntos y al costado de su amiga, viendo como el rubio de ojos chocolate, le dedicaba la sonrisa más sensual que tenía.

- Claudia. — Pronunció el hombre con un tono extraño en la voz.

- Vámonos.

La cogió por el codo y empezó a dirigirla hacia el ascensor.

- ¿No me presentas a tu amiga?

- Está pillada. Busca a otra que desahogue tu pistola.

- No tendría que hacerlo, si lo hicieras tú...

- Quizás... Cuando te quedes cojo, tengas esa suerte... ¡Imbécil!

Las puertas del ascensor se cerraron y entonces se echó a reír. Su amiga tenía una mueca en los labios y su ceño estaba arrugado al máximo. Ese hombre verdaderamente, la desquiciaba y eso para ella era muy divertido. Tal vez y con suerte, ese inglés era el tipo que la podía dominar.

- No comentaste que era inglés...

- ¿Y qué? Sea de donde sea, sigue siendo un maldito chulo.

- A ti lo que te molesta, es que es igual a ti... Y temes que él sea más rápido a ponerte en la puerta en bragas.

- ¡No digas tonterías!

- Claudia... — Salieron del ascensor. - Allí abajo casi me ahogáis con la tensión sexual que derrochabais.

Levantó la mano en advertencia para que no discutiera. Ella sabía lo que había visto y esos dos se tenían unas ganas tremendas. Así que por mucho que ella se lo negara, no se lo quitaría de la cabeza. Por eso era más fácil terminar la conversación ahí que empezar una pelea de cabezonas. Las dos eran muy testarudas cuando se trataba de emociones. Era como si confesar la verdad, las hiciera verse débiles y nadie quería ser débil ante la vista de nadie. Preferían negar lo evidente y que nadie pudiera utilizar sus emociones, sentimientos... Para herirlas.

CAPÍTULO DIECIOCHO

- ¡Esto es una pasada! — Dijo maravillada.

Había estado tantas veces... Y le seguía pareciendo el lugar más espectacular de Chicago. Aunque nunca podía disfrutarlo como quería, siempre estaba lleno de turistas que al igual que ella querían deleitarse con las mejores vistas.

- No entiendo porque te parece tan emocionante estar sobre una superficie de cristal a más de cuatrocientos metros del suelo. — Especificó Claudia.

Se le había olvidado que a su amiga, no le hacía mucha gracia estar allí arriba. A pesar de que siempre la acompañaba, se decantaba por quedarse en el interior, mientras ella echaba fotos de un sitio a otro sin dejarse nada por plasmar.

Para ella la Torre Willis era su lugar de desconexión con el mundo. Las vistas eran tan impresionantes que allí sus problemas se hacían pequeños. Así se veían los edificios bajo sus pies desde allí arriba. Pegó la cara al cristal y dejó salir el aire de su boca despacio. La superficie se empañó. Subió la mano y por encima de la blancura que había formado su respiración, escribió; ¿Por qué tú?

- ¿Qué haces?

- ¿De verdad lo quieres saber?

Claudia asintió. Sonrió, sabía que su curiosidad presionaba con fuerza en ella haciendo que su miedo fuera menguando como la luna llena.

- Ven. — Retó.

Claudia negó débilmente.

- No correré el riesgo de estar ahí cuando eso se raje y ceda bajo tus pies.

- Bien. Entonces no sabrás que hago...

Devolvió la vista al cristal. Ni siquiera llevaba un minuto observando en esa

dirección, cuando sintió los brazos de su amiga haciéndola a un lado para mirar lo que ella no podía dejar de mirar. Su amiga arrugó el ceño mucho más de lo normal y sonrió ampliamente.

- ¡Estás enamorada de él! — Acusó como si hubiera descubierto el mayor secreto escondido en la tierra.

Se sentó en el suelo y miró a través de él. Por el rabillo del ojo vio como su amiga hacía lo mismo y se la quedaba mirando. Alzó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de ella y tuvo ganas de llorar.

- Me pidió que me quedara con él.

- Pero... Eso es bueno. — La observó detenidamente. - No deberías verte triste...

- No lo haría, si el mismo día que me lo pidió no hubiera ido corriendo a socorrer a su ex novia. — Suspiró pesadamente. - Me sentí como una mierda. Toda su familia estaba allí y él... ¡Mierda! Prefirió irse corriendo detrás de ella. Y encima no es capaz de darme una explicación. Si no que me busca, me echa un polvo y se cree que eso es suficiente para tenerme contenta.

Miró a su alrededor. Se había olvidado que no estaban solas. Gracias al universo y a las vistas que tenían allí, nadie se había girado a mirarla. Todos estaban entretenidos echando sus fotos. Seguramente para subirlas después a Facebook.

- No sé qué decir... Los hombres lo fastidian todo por naturaleza. Para mí que lo llevan en los genes. Tienen que joderlo sí o sí, si no, no serían hombres.

Hablaron durante un buen rato, rodeadas de las vistas más lindas sobre Dmitriy y las posibles razones por las que había actuado de esa forma. Luego pasaron media hora criticando a los hombres y al final terminaron riendo sin control, cada burrada que se les ocurría sobre ellos era peor.

Sus ánimos se levantaron y poco después, bajaron de ese lugar que hacía que todas sus preocupaciones dejaran de existir y pasaron por el Hog de camino a sus casas. Pidieron sus usuales perritos para llevar y en la puerta se despidieron, deseándose la una a la otra paciencia; paciencia para aguantar a dos hombres que se creían que el mundo giraba alrededor de su culo.

Eran las nueve cuando entró por la puerta de su apartamento. De nuevo había tenido que propinarle una patada a la puerta; siempre se atascaba. Se lo había comentado muchas veces a su casera, pero la mujer se hacía de oídos sordos. Estaba intentando que todos los vecinos se fueran a la calle, por lo que sabían, había conseguido un comprador; por eso su cometido y pasatiempo favorito era hacerles la vida imposible.

Ya no eran muchos los que aguantaban, apenas quedaban siete en un edificio de seis plantas. Era un edificio viejo, pero estaba bastante bien y la gente que habitaba en él, eran bellísimas personas que solían estar inmersas en sus vidas.

Dejó la bolsa sobre la mesa. Se acercó a la cocina y tomó un vaso. Luego se sentó frente a la televisión. Deslió su perrito, se sirvió Pepsi y le dio un mordisco. Estaban deliciosos. Le dio otro bocado. Quizás por una vez pudiera comerse medio. La puerta sonó e interrumpió el tercer bocado que iba a darle.

- Universo por lo que más quieras que no sea él. — Pidió en voz baja.

Se mantuvo muy quieta. Tal vez así quien fuera pensaría que no había nadie.

- Señorita Harris.

Oyó la voz de Travis a la vez que volvían a sonar dos golpes fuertes en la madera de la puerta.

- ¡Lárgate! — Graznó.

No estaba para seguir aguantando idioteces ese día. Quería terminar su perrito e irse a la cama para al día siguiente empezar a buscar trabajo.

- Tengo una cosa para usted. — Insistió. - Puedo seguir tocando toda la noche.

Saltó del sofá tras escuchar su amenaza. Sabía que era capaz de hacerlo y más si las ordenes venían de un egocéntrico testarudo, que no sabía cuando detener su cansina insistencia.

- ¡Qué!

Le puso una caja delante para que la cogiera. La miró desconfiada. Siendo un paquete de Dmitriy, podía esperar cualquier cosa. La cogió desganada. Si no lo hacía, su niñera seguiría ahí de pie con el puñetero paquete. Cerró la puerta con el pie en su cara. Ya tenía el paquete, ahora podía largarse, no tenía porque seguir viendo su cara. Que ahora que caía, se dio cuenta que empezaba a caerle muy mal.

Indecisa observó aquella caja. La había dejado encima de la mesa y todavía no la había abierto. Se puso el dedo en la boca. Lo mordisqueó. Los nervios por abrirla y saber que había eran fuertes. Estiró la mano. Rompió el papel y de nuevo quitó sus manos de él.

¡Eso era un soborno!

Lo mirara de la forma que fuera, era lo que sentía. La estaba intentando apaciguar a base de regalos. Como el polvo no le había servido... Pasaba a mandarle regalos. Aun así, al final terminó abriéndolo.

- ¿Qué?

Sacó un teléfono, impecable, en su caja. Era plateado y debía valer un dineral. Se asomó de nuevo a la caja. Extrajo lo que parecía un cuadro envuelto en un papel azul de regalo. Lo rompió sin ninguna delicadeza y al ver lo que era, no pudo hacer más que quedarse mirándolo. Era un portarretrato con el marco dorado y dentro estaba la foto que se habían tomado juntos; su primera foto. Lo depositó junto al teléfono y volvió a mirar en el interior. Unas llaves...

¿Qué quería que hiciera con unas llaves? Las sostuvo entre sus dedos. Estaba confundida, muy confundida. Dmitriy estaba loco y le estaba pegando su locura. Hizo la mano un puño y ahí sostuvo las llaves, mientras sacaba el móvil y seguía las instrucciones para encenderlo. Esperó hasta que el aparato estuvo encendido y después marcó.

- ¿Leona?

- Estabas seguro que iba a llamar, ¿verdad?

- Te conozco mejor de lo que crees...

- Lo que tienes es una confianza extremadamente irritante. ¿Qué esperas conseguir con esto?

Silencio. Llegó un momento en el que pensó que le había colgado. De repente un sonido hizo que mirara su piso, era una melodía amortiguada. Se alejó el auricular y siguió buscando de donde procedía. Camino hacia la ventana de la parte de atrás. Retiró despacio la cortina y se llevó el susto de su vida.

¡Primer porrazo para el móvil nuevo!

Se habría movido a recogerlo, era un aparato demasiado caro para estar en el suelo, pero sus ojos no se podían mover de la ventana; Dmitriy estaba apoyado con la espalda reposando en la baranda de las escaleras de incendios, sostenía una guitarra en sus manos y... ¡Por su madre que estaba cantando!

Se quedó inmersa escuchando la melodía. Los movimientos ágiles con los que tocaba aquel artilugio. La voz tan hermosa que tenía y que con cada palabra hacía que su corazón se derritiera.

Abrió la ventana y saltó fuera. Quería oírle sin restricciones. Tocarle y verificar que aquello no era un sueño. Jamás habría imaginado que, Novikov el hombre de hielo, el hombre sin corazón, supiera tocar la guitarra, cantar y además que lo hiciera con una voz preciosa.

- ¿Qué te parece?

Le costó mucho poder abrir la boca. No tenía palabras. Lo que había hecho era tan bonito y la hacía sentir tan especial que pensaba que si decía algo, la magia se rompería, despertaría en su cama y Novikov desaparecería de su vista.

- ¿Leona?

Sintió sus manos tocar su rostro y toda su fuerza se fue al quinto pino.

- Te odio. — Dijo llevando sus manos a las solapas de su cuello y tirando de él

para pegarlo a su boca.

Lo besó con desesperación. Ese hombre era un buen jugador. Sabía cómo manejarla, como tocarla, como hacer que se muriera por estar con él. En fin, había perdido de nuevo. Dmitriy se salía otra vez con la suya y a ella se la valía, porque no había otra cosa en el mundo que quisiera más que estar pegada a sus labios y encerrada entre sus brazos.

- Tengo algo que decir.

Rió en sus labios.

- ¿Ahora? — Dijo confundida.

Deseaba que la siguiera besando. No que hablara y lo jodiera todo de nuevo. Siempre que abría la boca fastidiaba la situación.

- Me llamo Dmitriy Novikov, soy ruso, vine a Chicago con mis padres cuando tenía tres años. Me encanta tocar la guitarra y cantar. En mi adolescencia, me metí en varios problemas porque me gustaba a hacer graffitis en las paredes por la calle. Dirijo una empresa de publicidad que no me gusta, pero que me da la posibilidad de hacer crecer otra empresa más pequeña que recién está despegando. — Acarició su mejilla con ternura. - Vivo solo porque no quería ninguna mujer en mi vida que de nuevo pudiera hacerme daño. Siento lo que hice, mi intención no fue hacerte daño. Te quiero conmigo, en mi vida, que lo intentemos de nuevo.

- Dmitriy...

- Mira, conozco a Susana desde hace tanto... Que siempre he actuado así. Ella fue muy importante para mí y cuando la vi llorando, olvidé que ella ya no estaba en mi vida y como siempre hice, salí a protegerla. Fue una acción inconsciente.

- ¿Y quién asegura que no lo volverás a hacer?

- Confía en mí. Dame la oportunidad de demostrarte que tu eres lo que quiero en mi vida.

- No puedo confiar estando ella en la empresa... — Dijo despacio.

Era hermoso que le dijera que quería estar con ella. Lo admitía, su corazón se había fundido con cada palabra que salía de sus labios, pero no podía confiar. Él había ido detrás de ella, la había dejado tirada y la había metido a vivir en su empresa. ¿Cómo iba a confiar? Eso para ella era imposible y más tras haber descubierto que se había enamorado de él. Lo único que lograría sería salir con el corazón roto si se arriesgaba a tener una relación con él estando esa mujer en medio.

- Ven conmigo y si quieres la echo ahora mismo. Si es lo que necesitas para venir a casa, lo haré.

- ¿Qué? ¡No! Dmitriy, no puedes hacer eso. No podría dormir sabiendo que está en la calle por mi culpa.

- Ven a casa. — Rogó haciendo un puchero.

Estalló a reír. Era un puto manipulador. ¡Le adoraba! Ese hombre se había abierto un hueco en su corazón y la había cazado.

- Está bien. Pero prométeme que no estarás a más de dos palmos de ella.

Levantó la mano derecha dejando la palma de cara a ella.

- Palabra de Dmitriy Novikov. — Dijo muy serio.

- Ja, ja, ja. Ven aquí.

Juntaron sus labios en un beso dulce. Una hora después estaba de nuevo en casa de Dmitriy. Se estaba sirviendo un vaso de leche fresca, cuando Dmitriy que había subido a cambiarse la sorprendió abrazándola por la espalda. Le hizo cosquillas al besarla en el cuello. Su barba de días era una de las cosas que más le gustaban en él.

- ¿Vemos una película?

- La verdad, no tengo muchas ganas. Mañana tengo que levantarme temprano, tengo que buscar trabajo.

- Puedes recuperar tu puesto.

Volvió a besar su cuello.

- Ya está ocupado señor Novikov. — Le dijo divertida.

Besó su barbilla.

- Puedo darte otro. ¿Qué te parece que te ponga una mesa en mi despacho?

- ¡Claro! Que buen trabajo. ¿Y por qué exactamente me pagarías? ¿Por acostarme con el jefe?

Besó su boca con dureza. Esa condenada con su boca irónica, hacía que quisiera encerrarse con ella por horas en una habitación.

- Había pensado que podías encargarte de los pedidos.

- ¿Y qué tendría que hacer?

- Fácil. Revisar que cada pedido salga a su tiempo y que son enviados correctamente.

- ¿Y eso como se hace?

- Con el ordenador. — Soltó fanfarrón. - ¿Con qué si no? En el almacén reciben los pedido y antes de mandarlos pasan por varias personas que revisan que todos los datos están correctos. Tú serás una de esas personas. — Le dedicó una sonrisa brillante.

- Podríamos probar...

No estaba muy segura. Ella y el ordenador se llevaban bien cuando se trataba de

redes sociales. Aunque lo que le decía Dmitriy no parecía muy difícil. Podía hacerlo. Todo era ponerse y aprender. Ella en eso era buena, nadie nacía enseñado.

El despertador sonó por segunda vez. Miró a su costado. Su rostro mañanero era lo más agradable que podía ver recién levantada. De la misma forma en la que se habían dormido, se habían despertado; Dmitriy apresaba su cintura como si temiera que fuera a escapar. Pasó sus dedos por su barba. Durante segundos acarició su contorno. Se aproximó y besó sus labios con suavidad.

- ¡Dmitriy!

Le dio un manotazo en el pecho. Ese hombre era insaciable. La había cogido de imprevisto y sentado encima de él. La cogió por el cuello y le dio el beso más caliente que existía. Apresó su lengua entre sus dientes y luego succionó. Después la soltó y se entretuvo en lamer y mordisquear sus labios. El deseo recorrió por todo su cuerpo. Su vagina palpitó. De pronto el sexo matutino se le antojó como la mejor forma de empezar el día.

- No te muevas. — Advirtió dejándola de nuevo sentada.

Acalorada y con la mirada empañada por la excitación, siguió sus movimientos. Dmitriy estiró el brazo y abrió el cajón. Extrajo lo que parecía una tela que dejó sobre su pecho desnudo. Su mano volvió al cajón y sacó un paquete plateado que puso sobre la cama. Al verlo el recuerdo del día anterior se abrió paso por su mente y se apuntó mentalmente ir en un rato a la primera farmacia que encontrara de camino a la oficina.

- Inclínate hacia mí. Voy a vendar tus ojos.

Titubeó por unos largos segundos en los que sus ojos no se apartaron de los de Dmitriy. Finalmente hizo lo que le había pedido. Apoyada sobre su pecho, sintió como le colocaba lo que creía era un pañuelo. Lo anudó. El aire de su boca acarició su oreja y su cuerpo se sacudió con fuerza. Tener los ojos tapados, era una sensación extraña y nueva para ella. Los nervios y la excitación se mezclaban volviéndola loca.

- Voy a deshacerme de esto... — Tocó su camión. - Pero primero... Voy a besar esos labios que tanto me gustan.

Supuso que le iba recitando lo que iba a hacer para que no se asustara cuando sintiera su toque. O puede que lo hiciera porque sabía que su voz era lo único que aplacaba sus nervios. Su boca se posó suavemente sobre la suya. Como si quisiera enloquecerla más de lo que estaba, pasó su lengua por su labio superior. Lo recorrió de punta a punta y después pasó a hacer lo mismo con el inferior. Luego acarició sus labios de arriba abajo, incitándola a abrir los labios. Lo hizo y recibió un beso que la dejó sin aliento.

- Dmitriy... — Protestó, cuando lo sintió alejarse.

Esperaba que dijera algo, pero para su sorpresa se mantuvo callado. Sus manos se deslizaron con mucha lentitud hasta llegar al principio de sus rodillas. Poco después volvían a hacer el mismo recorrido llevándose la prenda consigo. Aguantó la respiración. Se sentía expuesta ahora que la prenda había dejado de cubrir su cuerpo. Esperó... Se le hizo eterno hasta que Dmitriy decidió incorporarse, llevar las manos a su espalda y desabrochar su sostén.

- No. — Amonestó. - Quiero grabar cada centímetro de tu hermoso cuerpo. Así cuando no estés cerca... En mi mente serás perfecta.

Al oír sus palabras enloqueció e hizo algo que en otro tiempo nunca habría hecho; se echó un poco hacía atrás, reposó sus manos sobre las piernas de Dmitriy y abrió más las piernas dejando su sexo a la vista. Oyó su gruñido satisfecho y no pasó mucho tiempo cuando su mano fue directa a ese lugar. Empezó con suavidad, subiendo su calentura poco a poco.

Sentirlo así, era un suplicio para ella. El sabía que quería más, que estaba siendo demasiado suave y el condenado no le daba lo que deseaba. Dmitriy se movió y supo que se había incorporado. Se mordió el labio con fuerza; había introducido un dedo y pellizcado el pezón a la vez con su mano libre.

¡Quería más!

Su mano se deslizó hasta su cabello. Tiró con fuerza dejándola de nuevo sentada sobre él. Introdujo otro dedo y su boca se abrió. Dmitriy la besó. Devoraba su

boca a la vez que movía sus dedos dentro de ella. Su mano se detuvo y gruñó descontenta. La estaba torturando. De nuevo sintió como se deslizaban en su interior. Gimió. Dmitriy sonrió en sus labios y añadió otro dedo, mientras su pulgar presionaba su clítoris. Se perdió, cuando empezó a moverlo haciendo círculos. Se movió buscando encontrar su liberación, Dmitriy no se lo permitió, sus dedos abandonaron su cuerpo.

- Sabes deliciosa.

Su grado de excitación subió otro grado. Se lamentó por no poder ver su acción. La alzó un poco y casi gritó de alegría.

¡Por fin! Espera, ¿qué era eso? Frunció el ceño desorientada. De repente aquella cosa empezó a moverse, mientras se deslizaba dentro de ella. ¡Bienvenido fuera! Esa cosa era una maravilla, mandaba placer a todas las terminaciones de su cuerpo. Era tan intenso que segundos más tarde se vio gritando potentemente, mientras su cuerpo se sacudía una y otra vez.

- ¿Bien?

¿Por qué le preguntaba? ¿Es que no veía su sonrisa bobalicona satisfecha en la boca? Asintió, mientras cogía aire con insistencia. El día menos pensado se la cargaba a fuerza de orgasmos.

- Perfecto.

La besó con posesión y después le arrancó la venda de los ojos. Parpadeó un par de veces. Su sonrisa, sus ojos, su pelo desbaratado... Todo lo hizo verse más sexi a sus ojos y las ganas por tenerlo dentro de ella se abrieron en su vientre, a pesar de que hacía poco había tenido un orgasmo infernal.

- Levanta un poco.

Se sostuvo sobre brazos y piernas. Se deslizó los pantalones hacia abajo y su perfecto mástil quedó ante sus ojos. Se pasó la lengua por los labios. Estaba deseosa por tocarlo. Todavía no lo había hecho y ese momento le parecía perfecto para inspeccionar esa brillante arma que le daba tanto placer.

- Ven aquí.

- No.

- ¿No?

Dmitriy entrecerró los ojos en su dirección. Sonrió traviesa.

- Dijiste que me dejarías tocarlo.

- Leona... La próxima vez... Ahora quiero esa cosita deliciosa que tanto me gusta rodeándolo.

- No.

Desinhibida y pensando únicamente en devolverle todo el placer que él le daba a ella, llevó su mano a su pene. Lo observó con curiosidad. Era grande... Suave... Caliente... Y dura.

Lo rodeó con su mano sin apartar los ojos del rostro de Dmitriy. Notaba su excitación. Su respiración le delataba. Sus manos se mantenían pegadas a la cama, le estaba constando un mundo mantenerse quieto para que ella explorara minuciosamente la parte que más amaba de todo su cuerpo.

Sonrió con malicia y llevada por el instinto lo movió hacia abajo. Oh, le gustaba la sensación de poder. Volvió a subir y de nuevo a bajar. Así lo hizo varias veces sin perderse detalle de los gestos de su hombre de hielo. Parecía que le gustaba. Apretó con un poco más de firmeza y aumentó el ritmo, más o menos como el solía mover las caderas cuando lo tenía en su interior. Pronto Dmitriy estaba alzando las caderas buscando los movimientos de su mano. Su mirada se volvió lujuriosa, deseaba más. Ver el líquido que escapaba de su miembro y mezclaba con su mano, le hizo querer saber a que sabía.

- ¡Joder!

Como el había hecho antes, detuvo sus movimientos. Pasó su dedo por la punta y recogió parte del líquido que se derramaba. Clavó sus ojos en los suyos y se

llevó el dedo a la boca.

- ¡Por hoy fue suficiente!

Le acababa de enseñar lo que era sentir tocar el cielo y que en segundos te lo arrebataran. Dmitriy se puso de rodillas y la giró con impaciencia.

- Sobre las manos y pies. No se te ocurra moverte.

Asintió a pesar de que no le había hecho ninguna pregunta, era una orden. Se puso detrás de ella. La agarró con fuerza de las caderas y segundos después su brutalidad al internarse dentro de ella, la hizo gritar. Cada golpe era más fuerte que el anterior, Dmitriy había perdido el control y se movía como un salvaje. Casi sintió que la iba a partir, pero no, y es que no solamente aguantó, si no que lo disfrutó y esperó ansiosa cada embestida.

- Tócate para mí. — Ordenó.

Apoyó la cabeza en el colchón y coló la mano por debajo de su cuerpo. Separó sus labios y empezó a acariciarse. Frenética por los embistes que tocaban lo más hondo de su interior, intensificó la velocidad.

- Vamos, leona. Dame lo que es mío.

Su estómago se contrajo como si hubiera estado esperando su demanda y con la siguiente estocada salvaje se convulsionó. Dmitriy gruñó, se dejó caer sobre ella y mordiendo su espalda, se corrió.

Dmitriy se apartó despacio de ella. Se tumbó boca arriba. Ella optó por dejarse simplemente caer. No creía que las piernas la sostuvieran después de semejante desenfreno. Giró la cabeza hacia él. Le extrañó ver sus facciones endurecidas. Puso su mano en su estómago y acarició esa zona por unos largos minutos.

- ¿Estás bien?

Levantó la cabeza y sonrió ampliamente.

- ¿Por qué me preguntas siempre lo mismo?

Se encogió de hombros, mientras decía:

- No quiero hacerte daño. He sido un bruto.

Se acercó hasta llegar a su boca y besó sus labios con ternura.

- Me gustas suave, delicado... Y también, bruto, salvaje y descontrolado. No siempre tiene porque ser igual. Unas veces apetece hacerlo despacio y contenido. Y otras como ahora.

- No debo permitirme perder el control y menos contigo. — Dijo como si estuviera hablando solo.

- A mí me ha gustado.

Dmitriy la miró. Se puso de pie y se encerró en el baño. Le habría seguido, pero le pareció que necesitaba esos minutos a solas. Decidió dejarle un poco de espacio y optar por darse una ducha rápida en uno de los baños de arriba.

Cuando bajó al salón se encontró a Dmitriy sentado en la cocina de espaldas a ella. Parecía inmerso en lo que estuviera haciendo. No se percató de su presencia hasta que levantó la cabeza y la vio sirviéndose un café con leche. Sus ojos se encontraron, sonrió, pero Dmitriy mantuvo su mirada seria y de nuevo se centró en su ordenador. El silencio se fue volviendo incómodo, pesado, molesto...

Llegaron a la oficina y Dmitriy seguía sin dirigirle la palabra. Sabía que no estaba enfadado, pero entonces... ¿Por qué se mostraba de repente tan frío? Salieron del ascensor y la recepcionista les saludó al pasar. Ella correspondió con cortesía y Dmitriy pasó de largo sin siquiera dirigirle una leve mirada a la mujer. Al entrar se encontró con una mesa en el lado derecho del cuarto, ya dispuesta para ella. ¿Cómo lo hacía?

CAPÍTULO DIECINUEVE

A las doce su paciencia se había desbordado en exceso. Estaba cabreada... Muy cabreada... El idiota seguía sin mirarla. Estaba revisando unos balances y parecía que eso era la cosa más importante del mundo. Cuando lo que tenía que hacer era dejar de hacer el ganso, dejar el orgullo y postrarse a sus pies a pedirle perdón por la indiferencia con la que la estaba tratando.

- ¿Se puede?

Levantó la cabeza confundida. Nadie tenía permiso para hacer lo que esa mujer acababa de hacer. Al ver la sonrisa de la mujer, le dieron ganas de echarla a patadas del despacho. Miró a Dmitriy, por lo menos no sonreía, la interrupción de esa mujer le fastidiaba mucho. Si sus facciones ya estaban endurecidas, ahora parecía que en cualquier momento iba a saltar sobre esa mujer como si fuera un loco que se había escapado de un psiquiátrico.

- Que quieres. — Espetó con sequedad.

- Cariño, ya me has castigado bastante. Déjame volver a casa...

Arqueó una ceja. ¿Cariño? Como se levantara de la silla, ella misma le iba a enseñar el camino directo hasta la calle. Apretó el ratón en su mano y esperó a ver que hacía Dmitriy. Eso iba a ser interesante.

- Te dije que no bajaras por nada del mundo a mi despacho.

Escuchar que había decidido hablar en ruso para que ella no se enterara de la conversación, aumentó su enfado. Escuchó atentamente, mientras hacía como que miraba la pantalla.

- Lo siento. Te llamé ayer.

- Estaba ocupado. Ahora vete arriba. — Ordenó.

- ¿Subirás después? — Preguntó melosa.

Su voz junto con el descaro de esa mujer casi le hizo saltar de la silla y arrancarle esa cara artificial. Sí, artificial. Desde que la había visto, sabía que esa mujer era todo operaciones. Lo único que parecía que era suyo propio era el rojo del cabello igual al suyo.

- ¿Qué parte de lo nuestro está terminado no has entendido? ¡Sal de mi oficina ahora!

- Novikov...

- Ya no funciona. Sal. De. Mi. Jodido. Despacho. — Dijo rezumando rabia.

La mujer se dio por vencida y cerró la puerta. Por lo que había deducido, esa era Susana, su ex. Y lo conocía muy bien. Los celos se formaron en su interior y tuvo que hacer disimuladamente varias respiraciones para calmarse. Él la había echado. No la quería. Tenía que recordarlo para no discutir con él por culpa de una mala persona como era esa mujer.

- ¿Leona?

Alzó su cabeza y se encontró con unos ojos divertidos puestos en ella. Eso la dejó descolocada.

- ¿De nuevo soy tu leona?

- Ven aquí. — Demandó con su típica voz de no discutas.

Se puso de pie y caminó hacia él. Al llegar apresó sus manos y como era costumbre la sentó en sus piernas.

- Siempre eres mi leona. — Murmuró.

- No esta mañana. — Le dijo decepcionada.

Sonrió mostrándole todo los dientes. La confundía. Sus cambios constantes, la hacían creer que estaba montada en una de esas atracciones infernales que solía haber en los parques de atracciones.

- Espera.

Esperó... Esperó... Esperó... Y se cansó. ¿Que quería que viera? Al final le cruzaba la cara. Su carácter no era precisamente pacifista. La puerta sonó con tres golpes contundentes.

- Adelante.

- Señor...

Dmitriy asintió con la cabeza. Travis se adentró en la estancia y dirigió a otros dos jóvenes que portaban una especie de carrito parecido a los que utilizaban en los hoteles. Lo dejaron en medio de la sala y se dieron la vuelta, desapareciendo por la puerta.

- ¿Todavía aquí? Venga, leona, te estás muriendo por ir y ver lo que hay. — Le guiñó el ojo.

Como niña pequeña salió corriendo. Habían tres tapaderas de metal. Mientras las miraba curiosa, Dmitriy se puso a su espalda y rodeó su cintura con sus manos.

- ¿A qué esperas? — Dijo con voz suave.

Levantó la primera tapadera. Su mano temblaba. La retiró completamente y su boca se curvó en una sonrisa.

- Lo siento. — Susurró en su oído, recitando lo que la nota con una rosa al lado decía.

Cogió la rosa y la llevó a su nariz. Aspiró su magnífico olor. Aunque él no lo sabía era su flor favorita. La puso en su lugar y levantó la segunda tapadera. Fue muy difícil lograr que su labio no temblara.

- A veces pierdo el dominio sobre mí mismo y me cuesta controlar la oscuridad de mi interior. — Recitó de nuevo.

Se hizo con la piedra azulada con motas blancas en forma de corazón que había cerca de la nota y la presionó contra su corazón. Levantó la última y los ojos se le empeñaron de tal manera que le costó mantenerlos abiertos.

- Después de mi ruptura con Susana, decidí que nunca otra mujer entraría en mi vida. Escogía mujeres que eran capaces de aguantar el sexo duro. No tenía que contenerme, ni ser delicado, ni cuidadoso. Era Dmitriy Novikov sin restricciones. Tomando lo que quería y dando lo que me apetecía. Hasta que llegaste tú... Contigo no quiero ser ese hombre. Para ti debo ser todo lo que hace mucho dejé de ser... A ti quiero solamente darte lo mejor que hay dentro de mí.

Cuando acabó de recitar la nota, sollozaba. No le había dicho que la quería, pero eso se sentía igual. Para ella esa era la declaración más hermosa que podía haber escuchado. Se giró y le miró. Le veía borroso.

¡No podía dejar de llorar! Su hombre de hielo era único. Le daba exactamente igual como fuera con los demás, con ella era maravilloso y su corazón le había reclamado como suyo. Acarició su barba y luego besó su barbilla.

- Este no tiene regalo. — Soltó en tono bromista.

Dmitriy sonrió y dijo lo que nunca habría imaginado que diría.

- El regalo soy yo. Con esa nota te estoy abriendo las puertas para que te adueñes de mi corazón.

- Ooooh, Dmitriy.

Juntó sus labios a los de él y le dio un beso dulce y lleno de emociones. Rodeó su cintura con sus brazos. Apoyó la cabeza en su pecho y sintió las maravillosas manos de Dmitriy acariciando su nuca.

- ¿Tienes hambre?

- Pues ahora que lo dices sí.

- Vamos.

Besó su frente y tiró de ella. Siempre la llevaba a arrastras. Como no se acostumbrara pronto, el día menos esperado se veía besando el suelo. Se subieron en el auto. Por primera vez, vio conducir a Dmitriy y si no hubiera sido porque iba muy entretenida rezando para que no se mataran en un accidente, ella misma le habría dado con la cabeza contra el volante.

¡Normal que no condujera, tenía que tener el carnet retirado!

El coche se detuvo. Abrió la puerta y se lanzó al suelo. Lo besó. Agradecía estar en tierra, viva, sin un rasguño. ¿Quién le había enseñado a conducir?

- ¿Qué haces leona?

- ¡Tú... Tú... Estás muy mal! ¿Has visto a la velocidad que ibas?

- ¿No te he comentado que me gusta sentir la adrenalina en mi cuerpo de vez en cuando? Dos veces al mes David y yo quedamos para echarnos unas carreras.

- ¡No, no lo dijiste! ¿Crees que me habría subido contigo si lo hubieras comentado?

- Ja, ja, ja. Después de besar eso. Te prohíbo acercar tus labios a los míos hasta que te los hayas lavado como mínimo con jabón.

- ¡Qué te follen!

Le sacó el dedo medio, mientras se ponía de pie.

- Mmmm. Buena idea, vuelve al coche que hoy vamos a hacerlo al aire libre.

- ¿Qué? ¡No!

Le pegó un puñetazo en el pecho. La sostuvo de los hombros y besó su nariz. Todo el miedo, ira, o cualquier clase de sentimiento que no se pareciera a la ternura, desapareció de su organismo. No podía con él. Estaba mal de la azotea, pero adoraba la locura de ese hombre.

Con las manos entrelazadas tocaron al timbre. Mijaíl los recibió con una enorme sonrisa y a empujones los hizo pasar. Su euforia los confundió a los dos por igual. Penélope apareció dos minutos más tarde y su sonrisa era más enorme que la de Mijaíl.

- ¡Hola!

Se abrazaron. Le gustaba mucho esa mujer. Era una mujer que te transmitía alegría, confianza, además que era divertida y con carácter. Vamos, como ella, por eso le caía genial.

- ¡Vamos a salir a comer. — Comentó Mijaíl.

- Ahora podemos ir los cuatro y celebrar juntos. — Dijo alegre Penélope abrazando a Mijaíl.

- ¿Y qué celebramos?

- ¡Qué vas a ser tío!

Se atragantó. ¡Mierda! La farmacia. Lo había olvidado.

- ¡Enhorabuena hermano!

Se abrazaron los dos hermanos. De repente no quería ir a comer. El tiempo corría en su contra. No es que por una vez se fuera a quedar embarazada, pero mejor tomar precauciones y tomarse la pastilla mágica a dentro de un mes llevarse la sorpresa de su vida.

¡Tenía que ir a la farmacia! Se lo iba a decir. La culpa era suya. El había sido quien no se había parado a ponerse el paraguas antes de meterla. En realidad la culpa era de los dos, ella estaba demasiado excitada para preocuparse en ese momento de la protección.

- ¿Leona?

- Eh, ¿Qué?

- Te estaba diciendo que si te encuentras bien. Estás muy pálida.

- ¿Podemos hablar un segundo?

La preocupación apareció no solamente en el rostro de Dmitriy. Por la forma en la que los tres la miraban, parecía que había cometido un delito al pronunciar esa frase. Dmitriy asintió y la guió a la cocina.

- ¿Qué pasa? — Dijo con dureza.

- Tenemos... Que...

- Dilo ya. Me estás poniendo nervioso.

¿Y ella como estaba? Le daba vergüenza tener que decirle que la llevara a la farmacia, porque habían sido unos completos inconscientes.

- Tenemos que ir a la farmacia.

- Y para eso tanto rollo. ¡Joder! Pensaba que me ibas a dejar. — Relajó la mandíbula y sus ojos se suavizaron. - ¿Qué necesitas?

- La pastilla... Del día después. — Susurró.

- ¿Qué?

- Tú, yo, ayer, no hubo protección. — Le explicó a modo indio.

- ¿Y?

Su impasibilidad la empezó a crispar.

- Que no tomo anticonceptivos.

- Lo sé.

¿Eing? Miró sus ojos. Su boca. Su cuerpo. Nada. Ni preocupación, ni tensión...
¡Mamón controlador!

- ¡Lo hiciste aposta!

Se encogió de hombros. Le dio la mirada más reprochadora que conocía. Tanto su comportamiento como su actitud era surrealista.

- ¿Puedes explicarme porque quieres poner un bebé en mi barriga?

- Chicos, ¿Está todo bien?

Su conversación se vio interrumpida por Mijaíl que miraba de su hermano a ella y viceversa. Se cruzó de brazos. Tenía que calmarse para entender qué motivo le había llevado a querer dejarla embarazada. Lo pensó, no dejó de darle vueltas, mientras esperaba que Dmitriy contestara.

- No. No lo está.

Pasó de largo a esos dos y se dirigió a la puerta. En ese mismo instante iba a ir a buscar una farmacia. Al salir no se entretuvo en cerrar la puerta. Caminó... Y caminó perdida en sus pensamientos. Quince minutos más tarde se encontró con la farmacia. Miró hacía arriba. Tardó dos minutos en decidirse a entrar. Poco después, salía con la pastilla en el bolsillo de su pantalón.

Una gota le cayó en el brazo. ¡Lo qué le faltaba para rematar el día! Vio el coche de sus niñeras y les hizo señas. No iba a empaparse y menos teniendo chófer. Se acercó deprisa antes de que se liara el diluvio. Travis sostenía la puerta abierta.

- Señorita Harris. — La saludó al pasar.

- A casa.

No volvió abrir la boca en todo el camino. Cuando el coche se detuvo, Travis salió primero para poner un paraguas sobre su cabeza. La acompañó hasta la entrada y después volvió al auto. Al entrar, el silencio la hizo consciente de que

Dmitriy no estaba en casa. Encendió la luz y se quedó quieta como si le hubieran colgado una piedra enorme al cuello.

¡Un grafiti! ¿Estaba loco? Había destrozado la pared. Era enorme, en negro y verde. Cerró los ojos pensando que seguro estaba imaginando cosas y que Dmitriy no había estropeado el color blanco de la casa nueva con esa palabra que iba a recordar de por vida; Mía. Se obligó a apartar la mirada, encima del sofá había una caja. Se apresuró a cogerla.

¡Ay Dios!

Sus manos sacaron la tarjeta. ¿Por qué hacía eso? Leyó de nuevo la nota escrita a ordenador: Academia Siente la música. Para todo tipo de personas y distintas edades. Contacta con nosotros y te informaremos de todas nuestras clases de baile.

Era un farol. Él no podía saber de su sueño. Además de que era remotamente posible que él hubiera encontrado un local, reformado y adecuado para impartir clases. Dejó la nota y cogió el portátil. Era de última generación, lo había visto anunciar no hace mucho en la televisión. Lo abrió y se dio cuenta que estaba encendido. La carpeta abierta captó su atención; fotos cortesía de mi madre. Fue pasando una detrás de otra y la verdad es que su enfado fue remitiendo. ¿Quien podría seguir enfurruñada?

La cara de demonio que ya tenía Dmitriy desde enano no le dejaba tener un solo gesto serio. Las había colocado desde bebé hasta la foto de su despacho en la actualidad. Hubo una que la enamoró. Apenas tendría dieciocho años. Estaba enfadado y atravesaba a quien estaba echándole la foto en ese momento.

- Fue Mijaíl.

- ¡Mierda!

Del susto el portátil casi acabó en el suelo. Si es que... Ella no podía tener cosas caras, o no sabía utilizarlas o las extraviaba.

- No quería asustarte. — Se disculpó.

- ¿Qué hora es?

- Las siete.

- ¡Se me ha ido el tiempo!

Los ojos de Dmitriy la regañaron en silencio.

- No has comido.

- No.

Para que se iba a molestar en mentir. Él lo sabía, no le hacía falta un radar de mentiras. La miraba una vez y no sabía cómo lo lograba, pero él se adelantaba a sus pensamientos, era como si hubiera instalado algún artilugio extraño en su cabeza que le impedía mentirle. Vio como se llevaba el teléfono a la oreja y escuchó.

- Travis, acercaros al Hog y traer dos perritos y algo de beber.

Observándole, se percató que ese hombre, además de controlador, era obsesivo, por lo menos con respecto a ella. Quería cuidarla, protegerla, concederle todo lo que deseaba, pero lo que más la impactó, fue saber que ese hombre de hielo no quería perderla.

- ¿Sigues enfadada?

Se había acercado con sigilo. Seguía de pie, pero estaba cerca. Se negó a mirarle. No, ya no estaba enfadada. Sabía que debía estarlo y con él era imposible. Una vez lo pensaba en frío, volvía de nuevo al punto de partida. Estaba enredada en su telaraña por muy poco que le gustara su control, la extraña obsesión que tenía con ella y la de miles de estupideces que se le ocurrieran para que no se alejara de él.

- Un poco.

Se acomodó a su lado y abrazó a su cintura.

- Lo siento.

- No mientas. No lo sientes. Solamente lo dices porque crees que esa palabra es la solución para todo cuando cometes un error. — Especificó, mirando sus ojos.

- Por primera vez te equivocas. Con respecto a ti me ciego. Imaginar que te quisieras ir de mi lado, estar con otro hombre... Me enloquece, lo veo todo rojo y hago cosas sin pensar. No sé que me pasa... Contigo soy diferente...

- ¿En qué aspecto?

En serio, le interesaba saberlo. Que ese hombre al que ella solía apodar hombre de hielo, sin corazón, testarudo, egocéntrico y un sin fin de nombres más, le estuviera diciendo que estaba confundido y que temía que le abandonara... Era algo increíble. Posiblemente como ver que la noche era día y el día noche. Además de muy halagador. Su corazón amenazaba con detenerse en cualquier momento.

¡Por favor! ¡Dmitriy Novikov admitiendo que le importaba alguien más además de su mundo aburrido y perfecto!

- Contigo quiero más.

¡Le iba a dar un soponcio!

- ¿Más? — Lo evaluó. No era trola. Hablaba con seguridad. - ¿Qué tienes tú por más? Ya vivo en tu casa...

- Nuestra casa. — Corrigió.

Lo dijo tan serio que no se atrevió a contradecirlo.

- Vale, si así te sientes feliz... — Comentó al aire. - Que quieres por más.

- ¿Una boda?

No debía haber oído bien. La saliva se le atascó en la garganta.

- ¿Reuniones en Navidad?

Eso era fácil de conceder. A esa petición podía hacerle frente.

- ¿Vacaciones juntos? ¿San Valentines? ¿Reuniones en familia? ¿Cumpleaños? ¿Cenas? ¿Quedada con amigos? ¿Compartir preocupaciones? ¿Hacer planes juntos? ¿Una familia? Nuestra... Nuestro comienzo... Tú y yo.

¡Joder! Iba soltando una tras otra con tanta euforia que no sabía si besarle o salir corriendo y esconderse donde no la hallara.

- Creo que tomas demasiado a pecho eso de la velocidad. La adrenalina te nubla el juicio. No solo te has saltado un semáforo en rojo, si no que te has comido uno detrás de otro hasta llegar al número diez.

La miró con unos ojos tan tristes que se tuvo que reprender por ser una insensible. ¿En qué pensaba? Después de lo que Dmitriy le había contado de su relación con Susana, debía de ser un poco más considerada y darle un poco de cuerda. Su hombre de hielo llevaba mucho sin vivir las emociones de lo que era tener una relación, lo que era confiar en la persona a la que le abrías tu vida corriendo el riesgo de salir herido de nuevo. Tenía que entender que él hubiera puesto el piloto en modo atrapar, guardar y proteger.

- Lo siento. — Se excusó. - No solamente tú estás perdido. Debes comprender que esto también es nuevo para mí. No puedes pretender correr sin haber empezado primero a caminar.

Pasó la mano por su cara. Su tacto hizo que Dmitriy buscara la suavidad de su palma. Sonrió. Apenas se conocían, pero no importaba. Se había apoderado de su corazón, sus pensamientos, su cordura, su cuerpo... Le pertenecía y haría lo que fuera para conservarlo a su lado.

El silencio los envolvió. Se mantuvieron abrazados sin decir nada. Ninguno quería romper el momento apacible que los rodeaba. Pasaron minutos, largos minutos disfrutando del calor que transmitía el otro. Únicamente se separaron y

a regañadientes cuando el timbre perturbó su paz. Cenaron diez minutos después. Se miraban, sonreían, desviaban la vista y así pasó la cena. Poco más tarde se retiraron a dormir. Se acomodaron cada uno en una punta como si se hubieran peleado.

Varias veces le miró por el rabillo del ojo. Quiso decir algo para romper el pacto de silencio que se había levantado entre ellos, pero sus cuerdas bucales debían haberse oxidado porque nada salía de ella.

Como cada día el cacharro del diablo sonó. Por una vez, harta de oír ese maldito sonido, con el conocido "kikiriki", le asestó un manotazo y lo estampó contra el suelo. Aquella cosa en vez de callarse, se volvió majara y comenzó a sonar con más fuerza. Con los ojos pegados se incorporó. No eran ni las siete. Esa costumbre que tenía Dmitriy por salir de buena mañana a correr, era un infierno.

¡Le iba a esconder el maldito despertador! Era eso... O coger el martillo y hacerlo trizas.

- No es personal te lo aseguro, pero mañana amanecerá y tu no cantarás. Si quiero despertarme con el sonido de un animal, me iré a vivir a una granja, mientras tanto... Amigo, tienes las horas contadas.

Miró el aparato como si esperara que entendiera su amenaza. Lo recogió del suelo y lo apagó. Aliviada de poder dejar de escuchar ese estruendoso sonido, volvió a dejarse caer sobre el colchón.

- ¿Dmitriy? — Llamó al darse cuenta que no estaba en la cama.

Nadie contestó. Saltó de la cama y probó en el baño. Como tampoco lo halló, se dirigió a la cocina esperando encontrarlo.

- ¿Dónde se ha metido?

Cogió la cafetera y se sirvió el desayuno. Al verse rodeada por el pleno silencio, se dio cuenta que lo que más le gustaba de vivir allí, era despertar y besar a su hombre de hielo al despertar. Desayunar con él. Contemplar su ceño arrugado mientras mantenía su mirada en el ordenador. Ver como sus labios se curvaban

en una sonrisa, cuando aparecía en la cocina en camisón y sus ojos no dejaban de seguir cada uno de sus movimientos.

Dejó la taza en la mesa sin soltarla, le gustaba el calor que desprendía y calentaba sus manos. Escuchó la puerta y alzó la cabeza en esa dirección. Dmitriy con su peculiar andar, su sonrisa despampanante y con uno de sus comunes trajes de tres piezas; en esa ocasión azul marino, se acercó hacia ella.

- ¡Te has levantado! Esperaba llegar antes de que lo hicieras.

Besó su cabeza. De repente los celos y la desconfianza, se abrieron paso en su pecho. ¿Por qué otro motivo esperaría llegar mientras ella seguía durmiendo, si no es porque se había ido con una mujer?

CAPÍTULO VEINTE

- ¿De dónde vienes?

Había tratado de controlar su tono de voz, acción imposible de ejecutar. Su timbre de voz había sonado acusador y algo brusco. Dmitriy entrecerró los ojos y por unos segundos la observó intensamente.

- No lo pienses. Nunca.

- ¿Y qué quieres que piense? Me he levantado y no estabas. Ahora apareces y...

- ¿Y qué? — Espetó molesto por la poca confianza que le tenía.

- ¡No sé! — Gritó fuera de control. - ¡Es... Es extraño!

Sus ojos se clavaron en los suyos. Que no dijera nada, se lo dijo todo; le había herido. Quiso retractarse en el mismo momento que vio el dolor en sus hermosos ojos, pero no podía. Su cuerpo era un torbellino de exceso de rabia y no escuchaba los razonamientos de su cabeza. Esa sensación le hacía sentirse triste, además de querer chillar y tirar cosas contra el suelo. Pensar que Dmitriy hubiera estado con otra mujer, le presionaba de tal forma el pecho, que solo era consciente del dolor que eso le causaba.

- ¡Genial! Te acabas de cargar un precioso desayuno romántico.

Le observó muy confusa. Dmitriy le dio la espalda y se marchó dejando la puerta abierta. ¡Era estúpida! Con los ojos puestos en un punto muerto en la mesa, percibió movimiento. Esperanzada de que Dmitriy hubiera regresado para aclarar las cosas, levantó la cabeza.

- ¿Se encuentra bien?

- Travis...

Sus ojos se desplazaron a sus manos y tuvo ganas de llorar. ¿Cómo podía ser tan alcahueta? Después de todo lo que Dmitriy le había dicho, no debería siquiera pasar por su cabeza como pensamiento fugaz, que él se estaba viendo con otras. Ya nada podía hacer. Se resignó y tomó la tarjeta con un dibujo de una pareja que Travis le entregaba.

- Gracias.

Intentó darle una sonrisa. Se imaginó que no lo había logrado. A pesar de que Travis guardó silencio mientras iba hacia la calle, pudo percibir que estaba disgustado.

Bajó la mirada a la tarjeta que tenía entre sus manos. Antes de abrirla se prometió no llorar y apegarse a las consecuencias de sus actos. Se puso a leer: mi preciosa leona, hoy al despertar y ver lo plácidamente que dormías, me he dado cuenta que no hay nada que más deseé que hacerte sonreír. Ahora hermosa que estoy seguro que en tus labios resplandece la sonrisa más bella de todas, dirígete al jardín.

Una lágrima escapó de sus ojos. Se la secó y tomó aire pesadamente. Se dirigió hacia el jardín. Sabía que por sus malos pensamientos, él no iba a estar y que lo que tenía que haber sido una sorpresa, iba a ser un motivo por el que sus ganas de llorar se incrementarían. Sostuvo el pomo de la puerta. Inhaló profundamente y abrió preparada para lo que allí la esperaba.

- Dmitriy... — Dijo su nombre en un suspiro.

Acabó de llegar al centro del jardín vallado. Una mesa dispuesta la recibió. En sus ojos se acumularon las lágrimas que se negaba a dejar caer. Ella tenía la culpa de que Dmitriy no estuviera allí. Se sentó en una de las sillas y recorrió cada cosa que la completaba para no olvidar tan hermosa acción; en el centro de la mesa, había una jarra llena de zumo. Cerca de ella, una bandeja llena de varias formas y clases de chocolate que, te hacían sentir en carne propia la avaricia por querer comerlos todos. En el otro costado tortitas acompañadas con un enorme bote de chocolate. A su costado un jarrón lleno de rosas rojas. Al lado del plato donde debería estar su hombre de hielo, un pequeño peluche en forma de ángel con un collar que llevaba su nombre.

Se apoderó del ángel y con cuidado quitó la cadena. Lo sostuvo en sus manos. Su nombre brillaba en cristallitos blancos. Sorbió su nariz. Le estaba costando la vida mantener las lágrimas a raya. Desvió la vista hacia la mesa y un destello brillante escondido debajo del plato de la taza, hizo que se cambiara de lugar. Levantó el plato...

- Te quiero. — Susurró.

El sollozo escapó de su boca y las lágrimas corrieron por su cara como si fuera una catarata. ¿Cómo podía ese hombre hacer que su mundo solamente se redujera a él? Se llevó la mano al pecho para verificar que su corazón seguía latiendo. Una vez tuvo la certeza de que no se había detenido, se colocó el anillo y salió corriendo hacia la entrada con las palabras plasmadas dentro rebotando en su cabeza como si fuera una pelota de baloncesto; te quiero.

Llegó al coche y con insistencia aporreó el cristal. Travis levantó una ceja y le dio una sonrisa. Si no hubiera tenido prisa, le habría asestado un buen revés para quitarle esa cara de sabelotodo.

- A la empresa ya. Me importa poco si tienes que cortar el tráfico, sabotear los semáforos o si te meten preso, pero tienes tres minutos, si no yo misma te dejaré sin trabajo.

- A sus ordenes Señora.

Amplió su sonrisa. Ya había dado la orden, esperaba que Dmitriy no siguiera enfadado. Se montó y como le había pedido, no tardaron mucho en llegar. Su chofer pisó el acelerador de una manera tan imprudente que, además de llevar el cinturón e ir entre medias de dos niños, encima tuvo que agarrarse como pudo para no acabar con el cuerpo lleno de moratones.

- ¡Gracias! — Clamó al cielo por llegar sana y salva.

Abrió la puerta desesperada y echó a correr. Esta vez no saludó a nadie, si no que ignoró a todo el mundo. Más que nada porque debido a su espontánea necesidad por besar a un gruñón, se había olvidado de cambiarse, estaba paseándose por la calle y la empresa con un camisón. Agradecía al menos que ese día el frío hubiera dado una tregua, aunque por lo que había visto el día anterior en la previsión del tiempo, el frío, el viento y la lluvia, volvería a lo sumo en dos días.

El trayecto de ascensión lo aprovechó para recuperar la respiración. Tenía que empezar a hacer ejercicio, además de ser pésima corredora, su resistencia estaba

por los suelos. Hasta un niño sería capaz de ganarla en una carrera, no se arriesgaría a comprobarlo, mejor abstenerse de hacer el ridículo.

Su cara fue toda confusión al salir del elevador y no encontrar a la nueva secretaria en su puesto. Caminó adentrándose en la estancia y oyó unas voces. Las siguió por instinto, dándose cuenta una vez en la puerta de la sala que se utilizaba para el café, que debería haber esperado en la entrada. Se encogió de hombros y escuchó. Ya se culparía más tarde por sus acciones cotillas.

- ¿Por qué tienes que amargar mi vida?

- Si volvieras conmigo amargar es lo último que haría.

- ¡Eres una condenada ingrata! ¿Quién pagó todo lo que se había acordado para una boda que tu echaste a perder? ¿Y ahora quieres que volvamos? Además de patética te ves desesperada. — Por su voz intuyó que Dmitriy sonreía. - ¿Qué pasa qué no encuentras otro gilipollas que pague tus caprichos? ¿Tus viajes caros? ¿Tu ropa descarada y provocadora?

- Dmitriy...

- No. — Cortó con una voz igual de helada que el granizo. - Una vez mi corazón te perteneció y tu desaprovechaste el regalo que te hice. Ahora quiero que recojás tus cosas y salgas de mi empresa y de mi vida para siempre.

Sus labios se curvaron en una enorme sonrisa. Ser consciente que de nuevo él la estaba rechazando, hizo que aquella escena se viera para ella como la prueba de fuego que esperaba para poder confiar en Dmitriy. Se apoyó en la pared y con la mente obnubilada por la euforia fue a darse la vuelta...

- Estoy embarazada.

Esas palabras la golpearon con violencia y se detuvo antes de dar siquiera el primer paso. Conmocionada agudizó sus oídos. Incluso su respiración se volvió casi insonora.

- Ja, ja, ja. ¿De verdad? Enhorabuena. Sigo queriendo que salgas de mi vida.

Se relajó. Todo su cuerpo dejó salir el aire que había retenido en los pulmones. El temor desapareció y sonrió más enamorada todavía de él; no era suyo. El corazón se lo gritaba con mucha fuerza y le creía.

- ¿No te importa? ¿Me echas? ¿Cuándo te has vuelto un desalmado sin compasión?

- A ver... Deja que piense... Desde que una mentirosa codiciosa me plantó a días de nuestra boda para irse de viaje con mi hermano. ¿Te parece suficiente motivo? ¿O tengo que especificarte que no es mi responsabilidad mantenerte a ti y a tu hijo?

- Muy bien.

Su voz hasta ahora melosa y apacible para llevarlo a su terreno desapareció en el acto. De repente su ceja se arqueó con incredulidad. Sabía antes de que hablara que era una perra sin alma, pero no sabía cuán bajo se podía caer por ambición.

- Quiero una casa Dmitriy y quiero una cuenta a mi nombre con un buen fondo, si no, iré a buscar a esa canija que tienes por novia y le diré que es tuyo. Tu veras lo que haces o me das lo que pido o destruyó tu relación.

La boca se le abrió, si en ese momento se hubiera adentrado una mosca en ella, habría llegado hasta lo más hondo de su garganta. ¿Cómo era tan cruel? El silencio presionó su corazón sin piedad.

- Estoy esperando Dmitriy.

- Lo tendrás, pero no quiero volver a verte.

- La quieres.

Lo dijo con un tono tan hipócrita que todo su interior rebotó en furia. ¿Por qué le parecía tan raro? ¿Se creía la única mujer que era capaz de enamorar a los hombres? Los picores empezaron a surgir. Sin querer rascó sus manos. No podía más. Lo que había escuchado era suficiente. Ese hombre de hielo, el cual ella

creía que no tenía corazón, le había demostrado que se equivocaba. Si lo tenía y era grande, único, hermoso y completamente suyo.

- No va a darte nada.

Se puso en medio de la puerta atravesándola con los ojos mientras dejaba sus manos en la cintura. Un signo claro de que su enfado crecía... Crecía... Y crecía...

- ¿Y eso quien lo dice?

La retó y eso poco le gustó.

- Su novia. Así que ya estás sobrando. ¿Quieres dinero? Pídeselo al que te ha engendrado, por si eres corta, que estoy segura lo eres, me refiero a tus padres. Y si no busca al hombre que te ha hecho el bombo porque mi hombre no es ni una ONG, ni un pelele al que puedes chantajear. Tu veras... ¿Te vas por tu propias piernas o te arrastro yo hasta la calle?

Esa petarda la miró con odio. Su mirada era plenamente repugnante. Era como estar comiendo y ver gusanos en el suelo. Así se sentía con esa mirada maléfica y envidiosa puesta sobre ella. Por nada del mundo lo demostró. La observó impasible, esperando que se diera por enterada, porque la tiparraca operada con nariz torcida no se daba por aludida, ni aun mirándola con asco.

- ¡Tu no eres nadie! — Gritó haciéndola flipar.

¿Y ella quién se creía? ¡Lástima de mujer que no debía servir ni para hacer un huevo frito!

- ¡Susana! — Reclamó Dmitriy su atención. - ¡Ten respeto! Y cumple lo que mi prometida te acaba de pedir.

¡Vaya lince! El gruñón detector de mentiras, también detectaba objetos, tal vez debería llevarlo a una isla de esas de los tesoros, ya que en un segundo se había percatado del anillo que adornaba su dedo. Quizás fuera capaz de encontrar un tesoro escondido con sus ojos penetrantes.

- Que seáis muy infelices. — Murmuró al pasar por su lado.

No obvió la ocasión y chocó su cuerpo contra esa perra malnacida que quería aprovecharse de su hombre. Sonrió al ver como su cuerpo se desestabilizaba y topaba con el marco.

- Ten cuidado... Todas llevamos una parte de maldad en el interior. No hagas salir la mía o desearas no haberme conocido. — Amenazó.

Volvió la vista al frente y se encontró con Dmitriy. Había rodeado la mesa, apoyado sus perfectas nalgas sobre la mesa y cruzado de brazos. Su mirada se había vuelto seria, pero sus labios por mucho que lo había intentado ocultar, le regalaron una pequeña sonrisa. Durante minutos se quedó mirándolo sin poder apartar su mirada de él. Su hombre de hielo se veía impresionante. Esa barba, esos labios, esas manos, esa mirada caliente... ¡La volvía loca!

Sus ojos brillaron orgullosos a pesar de que intentaba mantenerse con su peculiar pose intimidatoria mientras daba unos pasos hacia él para acortar la distancia que los separaba. Ya no le asustaba. Moría por ver esa postura mientras la hacía suya salvajemente hasta acabar con su energía.

- Lo siento, Dmitriy.

- Mmm.

Resopló, quería algo más. Sabía lo que estaba esperando, pero tenía miedo. Decirlo en voz alta, significaba que era real, que ya no serían Dmitriy y Ariel por separado, serían una pareja, formarían un futuro juntos. Tendría que exponer su corazón por primera vez y tendría que contarle todo antes de que dieran el paso hacia el despegue de sus nuevas vidas unidos.

- Perdóname. — Se puso frente a él y unió sus ojos con los de él. - Dmitriy no sé como hacer esto. No soy propensa a dejar mis sentimientos expuestos. Tengo miedo. Conozco de ti, tanto tu parte buena como mala, por eso esta mañana el pánico de que hubieras estado con alguien me enfureció. No quiero compartirte, no quiero que mires a nadie que no sea yo, no quiero alejarme de ti, no quiero perderte y no quiero que me dejes ir. Me da igual, si eres exigente, intenso y

controlador, me gustas así y quiero que seas todas esas cosas únicamente conmigo. — Se impulsó de puntillas y besó la comisura de sus labios. - No me dejes... — Suplicó. - Te necesito, tú y solamente tú eres mi mundo.

Esperó que dijera algo. Apenas la miraba, sus ojos estaban apagándose a una velocidad vertiginosa. Sus brazos cayeron a su costado y sus labios se abrieron escasamente para tomar un poco de aire. ¿Por qué no funcionaba? Podía percibir que Dmitriy quería estrecharla en sus brazos, pero no lo hacía. Cuando lo sintió moverse para alejarse, su cabeza se iluminó. Lo apresó con su cuerpo descaradamente como muchas veces el había hecho con ella. Sonrió victoriosa.

- Novikov, mírame. — Tomó prestada su voz de "yo mando".

Observó como Dmitriy dirigía sus ojos de nuevo a los suyos. Le conocía y él amaba que le llamara por su apellido. Y por lo que comprobó, no solo él, había sentido en su muslo como supreciado miembro crecía.

- Te quiero. — Su corazón comenzó a retumbar como si tuviera un tambor, aporreando sin control en su interior. - Te quiero y quiero una vida contigo.

De pronto no podía identificar las emociones de Dmitriy. Su corazón acababa de hablar y estaba muy nerviosa para ponerse a inspeccionar los gestos de su hombre de hielo. Lo único que era capaz de procesar es que Dmitriy seguía sin moverse. Empezó a impacientarse. Los picores volvieron y tuvo que resistir la tentación.

- Dame el anillo.

Todo su cuerpo se puso rígido. Quería llorar. La estaba mandando a volar, después de haberle dado el poder para que la destrozara. Su mirada se entristeció. Llevó su mano derecha a la izquierda y extrajo lentamente el precioso metal. No le había dado tiempo a contemplar cada detalle de él. Lo dejó en la palma estirada de Dmitriy y a punto estuvo de echarse a llorar.

¡Jamás habría pensado que ese gesto le dolería como si estuviera atada a una silla y un malhechor se estuviera dedicando a clavar cuchillo tras cuchillo en su estómago!

Se dio la vuelta para salir corriendo. En cualquier momento las lágrimas saldrían con fuerza y no quería verse débil ante él.

- ¿Qué haces? — Le susurró al oído pegado a su espalda.

Sus manos la habían apresado de la cintura y no la dejaban moverse. Sintió un beso en la nuca y ese fue el detonante para que las lágrimas cayeran de sus ojos. ¡Le amaba! ¡Él era su vida!

- Leona. — Dijo con suavidad. - ¿Cómo puedes creer que habiéndote dado esto hace escasamente dos horas, voy a cambiar de parecer?

La giró entre sus brazos y la sonrisa que vio, era la más preciosa que le había visto. Era una sonrisa abierta, alegre, viva, perfecta.

- Te quiero leona.

Besó sus labios con pasión y ansiosa abrió su boca para él. Su sabor logró que se calmara y que las lágrimas remitieran. Llevó sus manos a su cabello y enredó los dedos en él. Lo pegó más a su boca. No se cansaba de sus besos, era una droga que necesita a menudo para sentirse feliz.

- ¡Me has asustado! — Espetó molesta al separar sus bocas.

- Lo siento. Quería hacer las cosas bien. Esta mañana no me dejaste. Tenía que haber sido perfecto. Primero íbamos a desayunar, después te confesaría lo que sentía y luego te entregaría el anillo.

- ¡Soy una cazurra!

- Y así te quiero.

Besó su mejilla. Sus dedos jugaban con su pelo. Al encontrarse de nuevo sus miradas, sonrieron como tontos. ¡La que habían liado! Entre los dos se habían cargado un momento que debía haber sido inolvidable. Inolvidable era, iban a recordar toda la vida ese desayuno nefasto. Dmitriy se puso a sus pies y notó

como los nervios también le atacaban.

- Bueno, no esperaba hacer esto aquí, pero dado lo mal que ha salido todo habiéndolo organizado ayer... Me parece que poco importa el lugar o los detalles para hacer lo que el corazón te dicta. — Tomó aire y ella lo contuvo. - Mi preciosa pelirroja, mi fuerte, temperamental e indomable Ariel, ¿querrías hacer la vida de este amargado, exigente controlador más interesante y emocionante casándote con él?

Cada palabra que salió de sus labios, consiguió que su sonrisa creciera un poco más. Cuando finalizó su sonrisa era enorme y dudaba que nada pudiera hacerla desaparecer.

- ¿Sabes que de nuevo estamos corriendo? ¿Qué posiblemente nos estrellamos de frente contra el muro? Deberíamos esperar... Conocernos un poco más... No quiero dar ese paso y que luego no salga bien. — Expuso sus preocupaciones

Aun a riesgo de salir escaldada, se lo tuvo que decir. Aquello era dar un salto enorme y a pesar de que en esa fase de su vida no había nada que deseara más que ese sueño se cumpliera, seguía creyendo que era muy precipitado. Las situaciones precipitadas y forzadas por no tener un poco de paciencia y dejar que las cosas salieran según su curso; nunca, nunca salían bien.

- No te estoy pidiendo que volemos a las vegas y lo hagamos hoy. — Contestó divertido.

- Dmitriy, eres demasiado impaciente. Crees que si no tienes las cosas en el mismo instante que las quieres las puedes perder. Eres desconfiado y no tienes escrúpulos cuando se trata de obtener lo que deseas. — Acarició su barbilla. - No creo que sea bueno ir tan apresurados. Esto es... Simplemente demasiado para mí.

- ¿Qué necesitas para darme un sí? — Investigó mirándola con unos ojos llenos de esperanza.

Bufó sonoramente. Decirle que sí no era una tarea difícil, pero estaba muy asustada. Ese hombre no era conocido por relaciones. Puede que debiera estar

halagada por sus atenciones, agradecer que fuera por ella por quien había dejado de ser un vicioso saltón de hembra a hembra. Y no lo negaba, era muy adulator que su hombre de hielo estuviera postrado a sus pies, observándola con intensidad. Llegó a pensar que él lo hacía porque así podía convencerla para que le diera lo que quería. Se contuvo de reír. No era el mejor momento para dejar que su risa flotara en el aire, cuando toda la habitación estaba llena de una cortante tensión.

- No me presionaras para poner fecha y jamás volverás a intentar que tus muñequitos cuajen en mi estómago.

¿Le acababa de decir que sí? ¡Ese hombre era un brujo o un hipnotizador! Su boca había soltado sin permiso lo que había querido y no lo que ella había estado razonando durante largos minutos.

- ¿Entonces es un sí?

¡Mierda contra esos ojos de cordero no podía hacer nada! No podía retractarse.

- Supongo. Eso he dicho ¿no?

- Yo no he escuchado nada...

Lo atravesó con la mirada. Fueron escasos segundos, los pucheros de la boca de Dmitriy, no permitieron que siguiera viéndole como si en cualquier momento fuera a echar a arder como un bidón de gasolina.

- Sí, sí y sí. ¿Lo has oído o te llevo a que te miren los tímpanos?

- Alto y claro, leona.

Le dio una sonrisa tan enorme que su corazón a punto estuvo de salir corriendo de su sitio.

Dmitriy deslizó de nuevo el anillo en su dedo. Después se levantó, la abrazó a la vez que la aupó y giró con ella en sus brazos. Unió su boca a la suya y se perdió en sus besos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

- ¿Entonces te casas?

- ¿Vas a volverlo a preguntar de nuevo? — Dijo cansada.

Era la quinta vez que lo preguntaba. Había quedado con su inseparable amiga Claudia porque necesitaba que alguien le dijera que estaba loca. Desde que le había dicho a Dmitriy que sí, su comportamiento con ella se había agravado. De eso ya hacía tres días.

De pronto se sentía agobiada y es que era lógico. Dmitriy no dejaba de llamarla cuando no estaba con él, siempre le mandaba mensajes para saber donde se encontraba o simplemente para decirle que la echaba de menos. Ni siquiera importaba que hiciera escasos veinte minutos que se había despedido de él. Además de que antes de que hubiera salido por la puerta le exigía que le escribiera para estar al tanto de que se encontraba bien y que había llegado a su destino.

Era estresante y aun así lo hacía por no provocar una discusión. No quería borrar de su hermoso rostro esa sonrisa divina que se había instalado en su cara como si la hubieran dibujado con un pincel mágico para que sus labios no cambiaran de posición. ¡Pero se estaba pasando! Su descontrol en su dominación había excedido en gran manera.

El camarero dejó sus cafés en la mesa y una especie de papel colocado debajo del plato de la taza de su amiga. Se mordió el labio y escondió una sonrisa. Ese muchacho al que le faltaban un par de años como para que su amiga lo considerara suficiente hombre para estar en la misma cama que ella, no sabía lo que era la sutileza.

- Perdona, es que me cuesta un poco asimilarlo. ¿No estás feliz?

- ¡Para tirar cohetes! — Soltó sarcástica, arrebatándole el papel a su amiga.

La sonrisa que mostró su amiga le recordó a una gata que ha pasado toda la noche de botellón. Espeluznante. Incluso un escalofrío le recorrió de punta a punta del cuerpo. Ignoró su mirada e hizo una bola el papel que seguido le tiro a la frente. Era un intento vano por que su amiga mantuviera el pico cerrado. Conociéndola, no lo haría ni aunque le metiera la cabeza en una bañera de agua llena de cubitos.

- ¿De qué te quejas? Te ha pedido matrimonio un hombre al que muchas quisieran poder atrapar. Un hombre que se deshace en regalos contigo, te prepara desayunos, cenas, además de estropear su pared por ti. Está al pendiente de ti y se preocupa porque nada te falte y para acabar de rematar el pedazo de hombre que te has echado, monta como el mejor vaquero del mundo... ¿Qué coño quieres?

¡Zas! Menuda tortada le acababa de dar. La próxima vez se guardaría las acciones de Dmitriy para ella. No fue buena idea contárselo a sus amigas. Se enfureció. No le gustaba que su amiga se pusiera de parte de su hombre de hielo. Y menos que utilizara lo que le contaba en su contra.

- ¿Desde cuando no has echado un polvo? — Atacó de igual modo que ella había hecho.

Claudia le dio un trago a su café. Sabía que estaba intentando contener su lengua retorcida. Porque puede que fuera una buena samaritana, pero tenía unos humos... Una boca... Unas dificultades para cerrar su pico de oro cuando creía tener la razón...

- Bastante.

La sorprendió contestando con calma y estallando a reír segundos después. Perpleja, la observó.

- ¿Qué te pasa ahora? — Interrogó muy confusa.

- Que un gilipollas me está tocando tanto la pepita que ni siquiera puedo pensar en estar con un hombre sin que sus malditos ojos acudan a mi mente. Sin que sus palabras chulas y prepotentes retumben en mi cabeza.

- Estás jodida. — Comentó.

- Lo sé. — Dijo resignada. - Pero no más que tú. — Soltó a burla.

Las dos rompieron a reír. Eran dos casos. Su amiga se quejaba porque había un hombre que no lamia allí por donde pisaba y ella que sí lo tenía se quejaba por eso; por tenerlo.

- ¿Por qué es diferente? — Le preguntó interesada.

Lo hacía como si así pudiera descubrir el secreto del amor. Como si investigando un poco pudiera contestar a sus propias preguntas. Como si pudiera darle sentido a sus emociones hacia un hombre al que tanto había criticado. Tal vez era el karma.

¡Eh tú que has despotricado contra él, ahora vas a pisar el suelo por el que camina! El suelo y lo que no era el suelo, porque no concebía su vida sin los desbarajustes que provocaba Dmitriy a diario en su vida.

- ¿La verdad?

- Mentirme es mentirte a ti misma, así que tu veras.

- Caleb...

- ¡Oh! ¿Ya tiene nombre?

- Sí, el capullo entró a mi nuevo despacho, se sentó sin pedir permiso y me observó por un largo tiempo. Me sentí tan incómoda... Tenías que haberlo visto. Estaba allí sentado con una postura arrogante mientras paseaba su mano de un lado a otro por su mentón. Y de repente, echó todo su cuerpo hacia delante y el gilipollas va y me dice: soy Caleb y pronto estarás en mi cama con las piernas abiertas y abriendo solo la boca para dejarme oír el placer que te doy.

- No es verdad...

Se quedó petrificada ante la confesión de su amiga.

- Tan verdad como que estoy aquí sentada. Me dejó desfasada con sus palabras, ni siquiera entendía porque hacía eso. ¡Por favor! ¿A qué cuento venía esa manera de invadir mi espacio y soltarme semejante bordería?

- Le darías un sopapo...

- Ni se lo di y ni mucho menos abrí los labios. Me quedé perdida. Se fue del despacho tras darme una sonrisa de "ten cuidado que te come el coco".

- ¡Ay, amiga! Te has topado con otro hombre de fuego.

- ¿Fuego? — Repitió sin entender.

Estalló a reír al ver el mohín que había aflorado en sus labios.

- Un hombre que si te acercas demasiado te quema. Un hombre que si dejas que te posea te consume. Un hombre que calcina todos tus pensamientos coherentes si no se lo impides. Un hombre que cuando te toca hace que tu cuerpo se abraze. Un hombre que reduce a las cenizas tu voluntad y hace valer la suya. Puro y peligroso fuego.

- ¿Y eso lo sabes...?

- Porque Dmitriy es fuego inmenso.

Sonrió con cara de lista.

- Pues no me das muchos ánimos.

- Es que no te los estoy dando, Claudia. Él hará que tu caigas en su red y cuando te tenga, no podrás escapar y te aseguro que no será porque él no te deje. Amiga serás tú la que no quiera huir.

Caminaba viendo escaparates de camino a la oficina, apenas eran las doce. Su móvil comenzó a sonar. No hacía falta que verificara en la pantalla quien era. Llevaba dos horas fuera y eso para él era un tiempo muy largo. No podía con su maniático control. Entre su desmesurada protección y su autoridad descomunal, estaba exasperada. Pensó que como siguiera por ese camino arenoso en cualquier momento su paciencia y tolerancia se iba a acabar.

Miró hacía atrás y vio como Travis sí recibía la llamada que ella había rechazado. Se internó en la primera tienda que se encontró sin fijarse en el escaparate.

- ¡Me cago en la mar!

Se detuvo en medio de la estancia con los ojos desencajados. Se ruborizó y los colores tomaron posesión de sus mejillas.

- ¿Necesita ayuda? — Preguntó una mujer.

Se puso más colorada y a punto estuvo de darse aire con la mano. Nunca había estado en una tienda erótica. Le daba mucha vergüenza. Sus amigas sí le habían hablado de ellas y la de todo tipo de cosas que podías encontrar, pero ella aun cuando la habían invitado a acompañarlas se había negado.

- ¿Señorita?

- Esto... Yo... Me he confundido de tienda. — Pudo decir tras tragar varias veces.

La mujer de pelo cobrizo, de ojos marrones, alta, bien arreglada y con un cuerpo de infarto, le sonrió con complicidad.

- Es la primera vez, ¿no?

Asintió más abochornada.

- No tiene porque sentir vergüenza. Piense que está entre amigas. Venga. Le enseñaré varias cosas que le podrían interesar.

No entendió porque no se había dado media vuelta y salido de allí. Si no que en contra de todo pronóstico siguió a la mujer y le prestó atención como si cuando entró, lo hubiera hecho con la clara idea de comprar algo.

- Mire. Este conjunto es perfecto para una noche de pasión con su amado.

Era blanco. Completamente de encaje. Si no hubiera tenido la boca tan seca, le habría dicho a la chica que le gustaba, pero que eso con su hombre de hielo, no le duraría ni dos minutos puesto. Sería dinero tirado a la basura. Negó con la cabeza para que la mujer entendiera que no lo quería.

- Mmm. ¡Un juguete! — Dijo eufórica como si hubiera tenido una revelación divina.

Quiso negar. No le dio tiempo, la mujer se apoderó de su brazo y tiró de ella hacia la parte del fondo. Aquello estaba dividido como si fueran secciones. En el centro encontrabas el mostrador con la caja registradora y varios artilugios pequeños que ella no sabía para qué eran. Estaban dispuesto como en una tienda de regalos. En el lado derecho se hallaba la lencería normal, por decirlo de alguna manera. Era sugerente, pero ni escandalosa, ni tenía adherido prendas extrañas. En el izquierdo había visto varios botes de gel, aceites de masaje, cremas y polvos, velas eróticas, preservativos... Y un sin fin más.

Descendió por la escalera detrás de la mujer. En el último escalón su boca era una enorme O. Dudó en bajar el escalón que le quedaba. Aquel lugar era enorme, podía ponerse a buscar cualquier cosa que estaba segura que allí abajo lo encontraría. Con pasos tambaleantes e inseguros siguió a la mujer que se adentró por una cortina. En el momento que pisó la alfombra roja su mandíbula se estampó contra el suelo y perdió el habla.

- Aquí puede ver mejor. Lo que quiera saber, ellos le enseñarán. — Sonrió y ella no sabía donde meterse. - Tara y Tommy son pareja y como ve puede escoger lo que quiera y ellos le mostraran.

- ¿Mostrarme? — Preguntó como boba.

- Sí. Puede pasearse por toda la tienda y escoger lo que quiera. Se lo trae a ellos y como ve ellos tienen aquí de todo. Miraran el código y buscarán el mismo y ellos lo utilizarán.

¡Santa patrona! ¿Dónde se había metido? Su mente le gritaba que corriera y se alejara de allí. Seguía sin entender porque sus pies se negaban a obedecer contradiciendo lo que ella quería. No podía apartar la mirada de esos dos que la miraban con una sonrisa en la boca como si esa situación en la que se encuentran con una mujer que los mira alucinada porque ni siquiera sabía que existía tal tienda y aun menos que una pareja fuera tan liberal como para prestarse a dar sesiones de sus juegos; la hubieran visto a menudo.

Tragó demasiado rápido y por poco no se ahogó con su propia saliva. En un acto inconsciente llevó su mano a la otra y con sus uñas empezó a rascar. Aquello la desestabilizaba y la hacía sentir mal. ¡Dmitriy! Si él se enteraba... Estaría perdida. Apretó sus uñas con más fuerza contra su carne. Era la única forma de atraer su atención a otro lugar y poder dejar de mirar al hombre de anuncio caliente y a la muchacha que parecía una chica morbosa de universidad que tenía ante sus ojos.

- Vera... Yo no...

Las palabras murieron en su boca, cuando sintió como unas manos, sujetaban las suyas alejando la una de la otra para que sus uñas no llegaran a rasgar la piel. Seguido la giraron y sus ojos se encontraron con el rostro más perfecto que existía. Era como si antes de nacer lo hubieran moldeado para que fuera hermoso, a pesar de sus facciones duras.

- No pasa nada, leona.

Sus palabras la tranquilizaron y el miedo que había estado atacando su alma se fundió como el oro cuando es fundido a miles de grados para que pierda su forma. Se echó a sus brazos y lo apretó contra ella. Nunca había sentido tanto temor, tanto pánico, tanta angustia. Con la historia que había vivido Dmitriy, pensar que él creyera que ella le estaba siendo infiel, oprimió su pecho con mucho ahínco.

- Lo siento. Te juro...

- Lo sé, leona.

Besó su cabeza con delicadeza. Un gesto suave que acabó por alejar el nudo de la cuerda en su pecho. Suspiró aliviada y lo presionó más contra su cuerpo.

- Vamos.

Alzó la cabeza. Arrugó el ceño al encontrarse con unos ojos divertidos. ¿Chistoso? ¿Donde veía él la gracia de la situación? ¡Era un retorcido!

- ¿Te estás riendo de mí?

- Nunca.

Pero por mucho que lo intentara, al mirar sus labios se topó con que se estaban curvando y dejando a la vista todos sus dientes blancos y bien alineados.

- ¿Seguro?

- Lo intentó.

Y estalló a reír. Su risa sexi como ella decía que era llenó sus oídos. Quiso mantenerse sería, pero eso fue imposible y se unió a las carcajadas sin entender donde estaba la gracia. Tampoco le importaba ya, la risa de Dmitriy era sanadora y olvidadiza. Y en ese momento en el que la oyó y lo vio contraer su estómago, su mente había sufrido una total e increíble amnesia.

Salieron de la tienda minutos después agarrados de la mano. En la puerta,

Dmitriy volvió a hacer un alto para apoderarse de sus labios. Los colores subieron de nuevo por sus mejillas calentando su piel. Todavía no se acostumbraba a esos sencillos gestos en público.

- ¿Te apetece ir a comer?

- Tendría que regresar a la oficina. Todavía no entiendo como enviar los paquetes con el sello de verificación.

La tarea no era muy difícil, simplemente verificaba que los datos estuvieran correctos. Luego debía devolver el correo con el código que autorizaba el envío, pero cada vez que lo ponía en el recuadro, le salía "código erróneo". Por eso se había tomado un descanso, creyó conveniente dejar de darle porrazos al teclado y una vez hubiera regresado llegar al acuerdo de que ese cacharro infernal, maldito, dejara de tocarle los ovarios y se dignara a colaborar con su trabajo.

- ¿Sigues sin aclararte?

La voz que le había salido, dejando claramente a la vista que pensaba que era más torpe de lo que creía, no le gustó. Ni por asomo pudo él predecir lo que sus palabras la llevarían a hacer.

- ¡Oye!

La mujer a la que había importunado como si la conociera de toda la vida, se calló de golpe al ver que el pastel que tan a gusto iba comiéndose y que le había arrebatado, terminó en la cara de su hombre de hielo.

- Lo siento. — Sacó su cartera. - Aquí tiene cómprese tres como ese. — La mujer la miró como si estuviera ida de la perola. - Discúlpeme de verdad. No era mi intención molestarla.

La mujer se encogió de hombros, se dio la vuelta, pero atónita ante lo que le había hecho, se volvió de nuevo a mirarla. Parecía como si todavía no hubiera asimilado que le habían agitado el almuerzo. Le dio otra mirada de disculpa y la mujer le correspondió con una de desaprobación. Finalmente la vio desaparecer girando la esquina y regresó la vista hacia Dmitriy.

- ¿Te parece normal lo que has hecho?

Su pregunta reprochadora la molestó más de lo que ya estaba. Aun así, por esa vez tenía que darle la razón. No había sabido controlarse y había cogido una cosa que no le pertenecía. Negó con la cabeza mientras Dmitriy terminaba de limpiarse con un pañuelo. Su cara de malas pulgas se puso sobre ella.

- No voy a darte una disculpa, si es lo que esperas.

¡Era una chula orgullosa! Sabía que había actuado mal, pero no lo admitía. Ni lo admitiría. Su orgullo tan grande como el sol, no le permitía en esa ocasión rebajarse a pedirle disculpas. Él la había enfadado. Podía haber controlado su forma a la hora de hablar. ¿Lo había hecho? ¡No! Pues ella también podía haber contenido ese impulso y no lo había hecho. Acción por acción y reacción por reacción, fin de la discusión.

- ¿Dmitriy?

Perpleja se quedó mirando como se internaba en el coche. ¿Eso era todo? ¿No iba a intentar que hablaran? ¿Se iba? Se cruzó de brazos. No lo haría, era un farol que se estaba tirando. Él la quería y un hombre que no puede pasar una hora sin saber de ella, no es capaz de actuar de una forma tan incoherente.

¡Qué tampoco le había escupido en la cara!

Arrancó el coche y al ver como se alejaba sin darle una mirada, se sintió mal. ¿Por qué lo había tratado así? ¿Estaba loca? Ese hombre moría por ella y solamente se le ocurría a hacer semejante payasada por algo que en el fondo sabía que no era un motivo refutable para humillarlo en medio de la calle como había hecho.

Media hora más tarde entraba por la puerta del despacho. Dmitriy le dio una leve mirada. Igual de rápido que había levantado la cabeza, la volvió a bajar para centrarse en su ordenador. Se sentó en su escritorio y le ignoró. Durante un buen rato, estuvo bien entretenida discutiendo con el aparato. Al final tras probar de varias formas a meter el código, averiguó que además tenía que añadir el código de identificación del paquete para que fuera aceptado en el almacén haciendo que su localización fuera fácil y el envío al instante.

Conforme pasaban los minutos, la tarea que un principio le había parecido desesperante, pasó a ser de lo más sencilla y para su sorpresa entretenida. Todos... Todos los pedidos pasaban por sus manos. Ella era una de las que se encargaba de revisar que tanto la dirección, nombre, número de tarjeta... Fueran correctos. Ella era una de las que daba la orden para que los empleados del almacén enviaran los pedidos. Si ella y los que tenían ese cargo no los autorizaban, nada salía de ese almacén. Le gustaba, era sencillo de hacer y la mantenía ocupada casi todo el día.

Ahora empezaba a entender porque Dmitriy estaba siempre con un ordenador en mano. Ella llevaba tres días igual, aunque ese era el primero que mandaba sin ayuda. No importaba si estaba en la cocina, en el sofá o en la cama. El portátil siempre lo tenía a mano y cada vez que le apetecía se hacía con el cacharro para autorizar más pedidos. Por supuesto, Dmitriy también se encargaba del mismo trabajo que ella. Se había dado cuenta que él adoraba esa pequeña empresa y que le encantaba verificar que sus pedidos eran enviados correctamente y a la mayor brevedad posible. Además de ellos dos, unos pocos más en los que él depositaba su confianza tenían el mismo cargo que ellos.

Levantó la cabeza. Acababa de autorizar la salida de un libro antiguo. Observó detenidamente como Dmitriy tecleaba en el ordenador. ¡Estaba fatal! Hasta eso en ese hombre le parecía sexi.

Se le veía demasiado guapo, demasiado apetecible. Estaba sentado con su típica concentración en la pantalla. Mostrando en su frente esas pequeñas arrugas que se le formaban cuando algo tenía toda su atención. Con los labios juntados el uno con el otro sin dejar ni siquiera un leve espacio para aspirar el aire. Su pecho subía y bajaba en un ritmo acompasado, señal de que lo que estaba haciendo, lo tenía relajado. Como si hubiera sentido sus ojos sobre él, alzó el rostro y unió sus miradas.

¡Deseaba besarlo! Estaba siendo una hipócrita. No lo negaba. Ella era la que debía ir y disculparse. Ella había sido la que lo había tratado deliberadamente mal. Ella era quien no le había pedido perdón, si no que además se había mostrado orgullosa y había provocado que él se enojara cuando lo único que él esperaba era que le pidiera disculpas por su mala forma de proceder. Apartó la mirada. A pesar de que su boca no se había movido, sus ojos se lo habían dicho todo; que dejara el orgullo de una vez y se acercara.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

A la hora de ir a casa, ninguno de los dos había dado su brazo a torcer todavía. Apagó el ordenador y ordenó un poco la mesa mientras esperaba que, como desde hacía tres días Dmitriy hiciera lo mismo para irse juntos a casa. Sonrió, la sensación que le provocaba tener un hogar era indescriptible. El estómago le daba sacudidas y el pecho se le rebosaba en alegría cada vez que recordaba que ya no estaba sola. Aunque si seguía comportándose como una niña mimada que espera que todo vaya bien sin poner un poco de su empeño porque así sea... Terminaría de nuevo sola, lamentándose sin remedio por haber sido tan pedante y soberbia que la misma Jennifer López quedaría como la mujer más angelical de la tierra a su lado.

Se giró dispuesta a acabar con esa situación absurda que ella había ocasionado cuando Dmitriy soltó:

- Me voy a quedar un rato más. Puedes irte a casa.

Su tono neutral, hizo que se quedara unos minutos con la mirada perdida en los ojos de su engreído bloque de hielo. "No si al final iba a resultar que los dos eran igual de cabezotas" se espetó con sarcasmo mentalmente. ¡Perfecto! Cogió su bolso y con chulería le tiró un beso. Después se dirigió al elevador. Al pasar por delante de la recepcionista, ni siquiera se molestó en despedirse. Salió de allí, con los demonios atormentando su mente.

Travis le mantuvo la puerta abierta. Tampoco se dignó en saludarle. Los demonios seguían haciendo travesuras en su cerebro. Quería subir y gritarle, darle una patada, arrancarle pelo por pelo, clavarle el abrecartas en el ojo... Soltó el aire y lo volvió a coger. Sus instintos asesinos eran infundados. Bastaba con que se hubiera acercado y le hubiera besado. Sabía que Dmitriy se habría bajado del carro. Que le habría devuelto el beso con ansias e incluso lo más probable era que hubieran acabado haciendo el amor en la oficina como salvajes.

¿Y qué había hecho? ¿Irse? ¿Y por qué? ¿Por qué era una altanera!

Siempre había leído en los libros románticos, que en las relaciones, cada cual tenía que poner de su parte, que a veces había que ceder, en otras dejar la soberbia a un lado y en otras olvidar la altivez, sobretudo cuando se trataba de

pedir perdón. En cambio, ellos hacían lo contrario. Tiraban de la cuerda de punta a punta y dejándola lo más estirada posible. ¿Cómo no iba a terminar rompiéndose? ¡Si la tenían más firme que la espada de excálibur clavada en la roca!

Travis volvió a abrir la puerta. Bajó el pie derecho... Miró el reloj. Las tres. De nuevo puso el pie en su lugar.

- Vamos al tailandés.

Travis que raras veces sonreía. Le dedicó una sonrisa ladeada. Arqueó una ceja. ¿Todo lo que hacía le parecía gracioso? Al parecer sí, porque al cerrar la puerta, entendió claramente como le decía a Luca: a ver lo que le dura ese genio apaciguado. Cuando el auto se detuvo, sonrió con maldad.

- Travis, compra lo que suele comer Dmitriy para dos. — Ordenó antes de que abriera la boca.

La mirada contradictoria que puso, le hizo tanta gracia que se mordió el carrillo con fuerza para evitar reírse a carcajadas.

- El tailandés está ahí.

Señaló con malicia viendo que no se movía. En ningún momento mostró debilidad, casi apostaba que con tanta fuerza que hacía para mantenerse sería, se le iba a hacer una contractura en la boca. A ver quien podía besar luego a su hombre de corazón duro.

- Con todos mis respetos señorita, en mi cometido no entra la de recadero.

Que intentara controlar su tono cuando lo que quería era mandarla más para allá del Tíbet, hizo que su labio temblara y tuviera que presionar sus dientes con más fuerza.

- Niñero... O... Recadero... ¿Qué más da? Yo pensaría bien si quieres conservar tu trabajo... Porque con el genio... — Remarcó la palabra que él había utilizado antes. - Que me gasto, puede que le diga a Dmitriy lo buen mandado que eres...

Y te quedes parado y sin sueldo. — Apuntó.

- Tal vez sería lo mejor que podría pasarme, no tendría que aguantar a una mujer que actúa como una adolescente caprichosa.

Aquello le molestó y se lo hizo saber atravesándolo con los ojos. ¿Quién era para juzgarla? Vale que a veces se pasaba de la raya, que debería ser más comprensiva y pensar con la cabeza antes de hacer las cosas, pero... ¿Y a él que le importaba? Él no tenía que opinar, era su maldito perseguidor, protector y en su trabajo no entraba abrir la boca.

- Es tú decisión.

La puerta retumbó contra el automóvil. Del mismo impacto, pegó un bote que por poco su cabeza tocó el techo del coche. ¡Pues sí que tenía mala leche! Bueno, se había salido con la suya y le había mostrado quien mandaba. Rompió a reír bajo las tres miradas que la miraban pasmados. Por descontado que todos se mantuvieron en silencio, después de la amenaza que había lanzado abiertamente, ninguno se atrevería a averiguar cuanto de verdad iba implicada en sus palabras.

- Su comida.

Casi le tiró encima del regazo al volver diez minutos más tarde.

- ¡Gracias! — Soltó en tono irónico.

Le habría dado un guantazo para quitarle esa cara de zorro con ganas de bronca cuando giró levemente la cabeza para darle una mirada asquerosamente despreciable. Hasta llegó a pensar que era su enemigo número uno.

Era increíble. Eran más de las cuatro menos cuarto. Entre el trayecto a casa, la parada en el restaurante y que a la vuelta todos los coches tortugas se habían puesto en su camino, había pasado casi una hora. Se estaba desesperando. Se llevó la mano a la cabeza y se dio un pequeño masaje en la frente.

- ¡Aleluya! — Gritó abriendo la puerta.

Se apeó del coche y se atusó la ropa. Cogió la bolsa que una de las niñeras mantenía en alto para ella y se dirigió de nuevo a la empresa. Un trueno la hizo pararse y cerrar los ojos. Miró al cielo. Pronto empezaría la tormenta.

- Odio los truenos. — Dijo en voz baja, atravesando la recepción de la primera planta.

Presionó el botón del elevador y esperó con una sonrisa en los labios.

- ¿Te estás haciendo adicta al trabajo?

- Ja, ja, ja. No. Ya tengo suficiente. Vengo a traer la comida para Dmitriy.

Se internaron en el ascensor.

- El viernes hemos quedado varios compañeros para tomar unas cervezas en el bar de enfrente. ¿Por qué no te vienes?

Le echó una mirada de soslayo.

- David, te lo agradezco... Pero no creo que sea buena idea.

- ¿Por qué no?

- Porque no es correcto.

- ¿Por Dmitriy? ¿Qué es tu dueño?

Le miró de frente a la misma vez que las puertas del elevador se abrieron. Esperó que se moviera para seguir su trayecto. David no estaba por la labor, sí se movió, pero para poner la mano en el detector de la puerta y evitar que las puertas se cerraran.

- No, no es mi dueño. Y si no voy es porque no quiero, no porque nadie me lo prohíba. Puede que Dmitriy sea un obseso del control, puede que sea bastante desconfiado y puede que sea más que celoso. No te lo niego. — Le dio una

sonrisa de sabionda. - Pero todo eso desaparece de su personalidad, si ésta... — Se señaló con las manos de arriba abajo. - Le pide cualquier cosa. Y ya que estamos hablando, hay algo que quería decirte.

La sonrisa de listo que había estado hasta escasos minutos plasmada en su cara, de nuevo apareció en su rostro. Eso, que sonriera el creído... ¡Ella se la iba a borrar!

- Te escucho.

Sus ojos se detuvieron en su escote. Incómoda llevó sus manos a la espalda y rascó su palma disimuladamente. Se suponía que era un buen amigo de Dmitriy, no tanto como para llegar a verse como hermanos, pero por lo que tenía entendido; comían, se iban a escalar juntos, hacían carreras, planeaban algún que otro viaje... ¿Y ahora el idiota la miraba con ojos lujuriosos?

Sin entender porque de pronto su actitud había cambiado con ella, dejó las manos a sus costados. Enderezó su cuerpo y le plantó cara. Nadie la intimidaba. Solamente había una persona que podía intimidarla y hace mucho que dejó de temerle.

- Deja de mirarme como si fuera una más. Deja de observarnos cuando estamos juntos como si esperaras que en cualquier momento me eche a patadas de su vida. Deja de pensar que Dmitriy necesita alguien mejor que yo.

Su ceño se frunció. Estaba patitieso ante las últimas palabras que habían abandonado su boca.

- Me has malinterpretado. — Dijo con la voz perturbada. - No pienso que nadie es menos que nadie. ¡Joder! Que nos conocemos desde hace dos años. — Se irritó por su malinterpretado raciocinio. - Conozco a Dmitriy desde que llegó a esta ciudad. Antes incluso de que conociera a esa lagarta. Estuve con él cuando pasó por toda esa desastrosa situación. Y lo que temo... ¡Mierda! Lo que temo es que sufras. El juró no volver a querer a ninguna otra mujer. Y de repente tu eres la excepción a ese juramento cuando por su vida han pasado mujeres y mujeres.

- ¿Y qué te importa? — Le chilló.

Por fin sus ojos se dignaron a mirarla a los ojos.

- Llevó más de un año enamorado de ti. — Se congeló al recibir tremenda confesión. - ¿Sabes lo que es mirarte y ver que estás con mi mejor amigo? ¡Una mierda! — Salió del elevador. - ¡Una mierda porque ahora me he dado cuenta del tremendo error que cometí al mantener mis jodidos sentimientos escondidos!

Fue lo último que le oyó decir antes de que las puertas se acabaran de cerrar. La confusión hizo que le costara procesar que ya había llegado arriba y que tenía que moverse. ¿Cómo era posible que nunca hubiera sentido nada extraño cuando estaba con él?

Tantas reuniones... Tantas conversaciones... Tantos cafés tomados... Tantas bromas entre ellos... Tantas risas mientras se referían a Dmitriy como el hombre de hielo... De hecho David fue el primero que le catalogó con ese nombre. Después lo utilizaban como una forma de rebajar la tensión de los malos humos de su hombre de corazón duro e inflexible. Y nunca vio ningún resquicio de sentimiento hacia ella o a lo mejor simplemente no quiso verlo. Tal vez para ella, era mejor ignorar cualquier gesto que había estado fuera de lugar.

Abrió la puerta del despacho con cuidado. La recepcionista ya se había ido. Sonrió al verlo sentado en su silla giratoria de oficina de espaldas a ella. Intuía que se estaba acariciando la barba mientras observaba por los enormes ventanales como el cielo se oscurecía. Por un momento su sonrisa se borró. Por su comportamiento Dmitriy se sentía triste y le pareció muy acertada su comparación con el cielo nublado. Así lo había sentido siempre. Cuando ella estaba desilusionada o tenía ganas de llorar, se decía que la nube amarga se acercaba para tapar su corazón y dejar caer el chaparrón; y cuando su sonrisa volvía se repetía que la nube negra, no había podido con el sol enorme y resplandeciente que calentaba su pecho.

Se acercó y le dio la sorpresa de su vida cuando lo abrazó por la espalda y por encima del respaldo de la silla.

- Leona.

Su nombre salido en un suspiro desesperado, le tocó el corazón. Lo abrazó con más fuerza y empezó a besarlo por todo el cuello haciendo que Dmitriy agarrara su cabello. Con suavidad despegó su rostro de su piel. Le dio una sonrisa de disculpa mientras se perdía en esos ojos intensos que se apoderaban cada día un poco más de su sensatez.

- Vengo a hacer las paces. — Dmitriy levantó la ceja derecha.

Puso los ojos en blanco. Ese hombre la hacía desear ser la mujer más paciente del universo.

- He traído comida. — Dijo con voz juguetona.

- ¿Crees que la comida tailandesa es una buena disculpa? ¿Debería aceptarla?

¡Cabezón! Era un cabezón. Estaba por darle un sopapo cuando la sonrisa apareció en sus labios. ¡Se la había jugado! Solamente se estaba riendo de ella.

- Eres muy rencoroso. — Apostilló melosa.

- Te lo tienes merecido.

Tiró de sus manos y la sentó en sus piernas. Luego recibió deseosa el beso que le dio y que hacía horas necesitaba que le diera.

- Te perdono porque me encantan las brochetas de pollo satay con arroz blanco thai.

- Ja, ja, ja. Eso y el Tom Yam Kung o curry de langostinos, el Pad Thai, la ensalada de Papaya, el pollo crujiente con arroz... ¿Hay algo que no te guste de esa comida?

- Sí, detesto el pure de arroz con ternera y cerdo. No sé como se pueden meter eso para desayunar, yo lo he intentado un par de veces y me he pasado el resto del día sin poder llevarme ni siquiera un pedazo de pan a la boca.

Inconscientemente puso cara de asco. Rió descontrolada. Su cara había sido muy

graciosa. Tanto que le había recordado a un bebé escupiendo la comida que la madre le ha metido en la boca delicadamente en un descuido en el que el niño había abierto la boca.

- ¿Lo has probado?

Negó con ímpetu moviendo la cabeza.

- Con razón te hace gracia. Un día puede que haga una excepción y lo pida para desayunar.

- ¿Y arriesgarte a tener una indigestión?

Contuvo la carcajada en la garganta.

- Tú me cuidarás. — Le dijo con gracia.

Antes de que pudiera discutirle esa clara lógica que tenía hecha, su lengua se paseó por sus labios y no le quedó de otra que abrir la boca para que su lengua se encontrara con la suya.

- Mmm. ¡Deliciosa! — Soltó Dmitriy sin poder reprimirse quince minutos más tarde.

Parecían niños en el patio del recreo. Se habían sentado en el suelo con las piernas cruzadas y habían sacado los envases sin importarles si la alfombra se llenaba. Ya se llevaría a la tintorería si eso llegaba a ocurrir.

- Tengo que darte la razón. Esta de vicio.

Le robó un beso antes de ofrecerle otro pedazo de pollo. Lo apresó con sus labios como llevaba haciendo desde que habían empezado a comer.

- Me alegro que te guste. — Le guiño el ojo. - Es mi comida favorita.

- ¡No! Olvídalo. Que me guste no quiere decir que vayamos a comer ni mucho menos esta comida a diario.

- ¿Por qué no? Yo la como desde hace años y no me ha sucedido nada.

- ¡Años! — Se escandalizó. - ¿Has ido al médico? ¿Te has hecho pruebas? No sabes que no comer bien, puede traer serios problemas para tu salud. Por no añadir que no me explico como conservas ese cuerpo.

- Para eso esta el gimnasio arriba.

- ¿Y cuándo lo utilizas? Que yo sepa o no sales del despacho o estás en casa con el portátil en la mano. ¿Nunca te tomas un descanso?

- No puedo permitírmelo. Por eso me despierto sobre las seis para poder hacer mi hora de entrenamiento sin contratiempos.

- Es demasiado, Dmitriy. Necesitas descansar.

Recogió los envases y los devolvió a la bolsa. En todo momento fueron movimientos bruscos. No le gustaba saber que su hombre de hielo se pasaba la vida inmerso en el trabajo. No quería pensar qué repercusiones podía ocasionar ese afán por excederse con el trabajo. Muy bueno no debía ser.

- Leona... — Susurró en su oído.

Sus manos se habían pegado a su cintura con posesión. Dejó que el aire abandonara su cuerpo muy lentamente. Tan lento como sus manos bajaban y se aproximaban hasta sostener el botón de su pantalón. Ni siquiera protestó cuando lo sintió ceder entre sus dedos. Ni mucho menos alegó nada cuando los descendió por sus piernas con sensualidad hasta estar tocando la tela el suelo. Tampoco le hizo falta extraer los pies de la prenda. Dmitriy que era experto en controlar, se incorporó, la rodeó con fuerza por la cintura y la levantó en peso.

Tras deshacerse de lo que le estorbaba, la dejó de nuevo sobre sus pies. Tentada estuvo de volver la vista atrás.

- Inclínate y apoya las manos en la mesa. Perfecto. — Le gratificó con una voz llena de deseo. - Ahora abre las piernas.

No era difícil adivinar que mientras el tiempo transcurría él la observaba sin moverse, tocarla o tan siquiera acercarse. Lo sabía porque su piel se calentaba a cada minuto un poco más. Oía su respiración fuerte y como a la vez que ella se iba impacientando porque no le ponía una mano encima, su respiración se tornaba más sonora y entrecortada. Perdió la paciencia y echó la vista sobre sus hombros...

No pudo dejar de mirar. Dmitriy tenía los ojos fijos en ella y se acariciaba deleitándose con el perfecto primer plano con el que le estaba obsequiando al estar en esa postura.

- Dmitriy...

Tragó intentando que su boca generara algo de saliva. La escena era un martirio para ella. El calor abrasó todo su cuerpo. Ansiaba que la tocara y calmara el dolor que le estaba produciendo Dmitriy con su tormentoso juego.

Le fascinaba ver como se daba placer, como su mano se movía alrededor de su virilidad mientras no apartaba sus ojos de ella; pero envidiaba no ser ella la que le diera ese placer, no ser ella quien estuviera provocando esos sonidos guturales que la hacían enloquecer.

- Dmitriy. — Repitió más alto por si la primera vez no la había escuchado.

Lo sintió acercarse. Apenas estaba a unos metros de ella.

- ¿Qué sientes?

¿Cómo? Le costaba procesar lo que le estaba preguntando. ¿A cuento de qué venía en ese momento su pregunta? ¿No veía que estaba que se subía por las paredes? ¿Qué el deseo la dominaba? ¿Qué como no actuara pronto iba a perder la cabeza?

- ¿Qué?

- Sabes que no repito. Contesta la pregunta.

Tenía dos opciones; hacer lo que le pedía o incorporarse y darle una patada en

los testículos. No, la segunda no era una opción válida, no estaba dispuesta a quedarse con un calentamiento del demonio en el cuerpo.

- Frustrada. Así me siento. Quiero que me toques, que me beses, que me des la liberación. Impotente.

- ¿Impotente? No estás atada. Podrías incorporarte. Nadie te está sujetando.

- Podría, pero no es lo que quieres. — Murmuró.

Dmitriy se pegó a su espalda y mordió su oreja. Ese gesto se sintió como si la hubiera tocado en otro sitio. Protestó removiéndose contra él. Necesitaba más. Otro mordisco en el cuello, la hizo alzar la cabeza, buscando más contacto. Sus manos se desplazaron a su estómago. Miles de sensaciones se concentraron en su bajo vientre.

- La próxima vez... Que quieras enfadarme... Piensa en lo que tú sientes cuando yo no te doy lo que anhelas.

Lamió su cuello de lado a lado. El vello se le erizó y su zona ya desesperada por sentir alivio, palpitó clamando atención. Se mordió el labio y de nuevo se contoneó contra él. El deseo la tenía ida, el fuego se había apoderado de sus entrañas y la excitación de su cordura.

- ¿Sientes como la rabia por no obtener lo que quieres va naciendo y desplazándose por tus venas? ¿Cómo la desesperación por no obtener lo que deseas se apodera de ti? ¿Cómo si sigo, explotarás contra mí y poco te importará que tu cuerpo esté ardiendo por obtener el placer?

Acarició su oreja con los labios a la vez que desplazó una de sus manos a su cachete y lo apretó.

- ¿Serás capaz de recordarlo?

- ¡Mierda, Novikov!

- No digas palabrotas. — Susurró haciéndola estremecer. - Contesta la pregunta,

leona.

- Sí. Lo recordaré, pero... ¡Dame lo que necesito ya! — Gritó en un ruego.

Se inclinó por encima de ella y la besó con devoción. Segundos después estaba dentro de ella moviéndose como un animal hasta que los dos hubieron quedado satisfechos y exhaustos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

- ¿Estás bien?

Dmitriy y su preocupación. Sonrió sin apartar la mirada del techo. Estaba agotada. Aquello había sido una maratón de sexo sin desenfreno. Después del inicial polvo sobre la mesa, le habían sucedido dos más; en la silla giratoria que en un principio le había costado dejar su lado vergonzoso y poco después en la carísima alfombra de diseño en el suelo.

El cuerpo de Dmitriy con unos únicos calzoncillos se recostó sobre ella. Entonces recordó que le había hecho una pregunta y no le había dado respuesta. No era su culpa que todavía estuviera en los alpes hermosos de Heidi perdida.

- ¿Leona?

Acarició su mentón y se incorporó lo justo para acariciar su boca con sus labios. Al recostarse, sonrió dichosa. Ese hombre la tenía loca... Locamente enamorada de él.

- ¿Me veo mal? — Interrogó divertida.

- Ja, ja, ja. No. Te ves jodidamente arrebatadora y completamente complacida.

- No puedo discutir a eso.

- ¡Vamos que como alguien venga le daremos una buena escena para soñar esta noche!

Se puso de pie y recogió las prendas que habían quedado tiradas por distintos sitios del despacho. Se las lanzó y mientras se ponía de pie, Dmitriy empezó a ponerse los pantalones.

- ¿Qué hora es? — Preguntó mientras terminaba de ponerse el jersey.

- Cerca de las siete.

- ¡Y ahora te preocupa que alguien nos pille!

Le dio una mirada acusadora. Dmitriy acortó la distancia que los separaba. Se inclinó y con dulzura saboreó sus labios.

¡Cómo le gustaba!

Esos momentos tiernos eran los que arrasaban con la dureza y temor de su corazón. Esos gestos cariñosos eran los que le hacían ver hasta qué punto había estado equivocada con respecto a él. En esos segundos se hacía consciente que su hombre de hielo, sí tenía un corazón. Uno muy complicado, pero ahí estaba sonando con fuerza. Y ese hermoso órgano que sentía latir bajo la palma de su mano; era completamente suyo.

- Vamos.

Le dio un último beso y unidos de las manos salieron de la oficina. Llegaron a casa pasadas las ocho. No había habido forma humana de hacer desistir a Dmitriy para que no comprara la cena en el chino. Iba a tener que empezar a

borrar esos números de su lista de contactos y mantenerlo ocupado para que no recordara que existían esos restaurantes. Se posicionaron en el sofá y mientras cenaban vieron una película de terror que estaban echando en la televisión.

Hinchada hasta extremos insospechados se recostó boca arriba dejando reposar la cabeza sobre el regazo de Dmitriy. Era una delicia sentir sus dedos acariciando su cabello. Era tan relajante que sus ojos empezaron a pesar y se le fueron cerrando sin ser consciente. Abrió los ojos con rapidez; Dmitriy le había depositado un beso en la frente.

- ¿Quieres ir a la cama?

- No creo que pueda moverme. Estoy muy cansada. — Refutó.

- ¡Dmitriy! — Regañó.

Se había levantado sin avisarla y su cabeza había dado de pleno contra el sofá. Estaba segura que hasta había rebotado en el un par de veces. Su risa juvenil y despreocupada, hizo que quisiera asesinarlo. ¡Ya no tenía sueño!

- ¡Suéltame idiota!

Le pegó un manotazo en la espalda cuando segundos después se vio colgada sobre su hombro como si fuera un saco de patatas. No había duda que estaba fuerte. Atravesó con ella el baño y salieron a la habitación. Con soltura la dejó caer en la cama. Se quedó mirando el cielo oscurecido a través de los cristales. Seguía lloviendo.

- Esta habitación es preciosa. — Comentó siguiendo el agua que corría hacia abajo suponiendo que terminaría descendiendo como si fuera un río hasta llegar al suelo.

- Fue la única zona hecha a mi gusto. Me relaja ver como llueve.

Sonrió como si fuera algo sin importancia.

- ¿Y quién diseñó lo demás?

La miró como diciendo "¿Tú quien crees?". Habría sido mejor que contestara sin reparos que haber dado lugar con su acción a que un único nombre pasara por su cabeza. Sus ojos se entristecieron y dejó caer los párpados. De repente se sintió compungida.

- ¡Hey, no!

Apresó su cara entre sus manos e hizo que sus ojos dieran de lleno con los suyos.

- Mi madre. — Besó sus labios con delicadeza. - Fue mi madre. Ella jamás vivió aquí. — Le mostró su sonrisa mas divina. - Para ser sincero... Tú eres la única que ha pisado esta casa.

- ¿Y las otras? — Curioseó interesada en ese dato.

- Ninguna. — Sentenció. - Apenas llevo cuatro meses viviendo aquí.

Lo abrazó y se lo comió a besos. Zona que tocaban sus dedos, sitio que besaba. Quería grabarse en la mente que él le pertenecía y que nadie se lo podía arrebatar. No entendía como le costaba tanto creer que ese hombre la quería a ella. Llevaba un anillo que así lo demostraba y seguía reticente a afirmar que verdaderamente ese hombre que la estaba mirando como si fuera una pieza de arte valiosa; la amaba.

- Te quiero. — Susurró con la voz temblorosa.

- Mi leona no te cambio por nada del mundo. — Aseguró confirmando lo que decía con un beso posesivo.

- ¿Ni por la comida tailandesa?

Rió en sus labios.

- ¡Qué difícil me lo pones! — Siguió su broma. - Anda, ponte el camisón que esta haciendo frío.

Estaba plácidamente dormida cuando el sonido de una música perturbó su sueño. Todavía con los ojos cerrados, sintió como Dmitriy se levantaba de la cama. Se restregó los ojos con cansancio y se incorporó a la vez que desvió la vista al despertador.

¡Quién llamaba a las tres y cuarto de la mañana!

Hizo la misma acción que él, exceptuando el salir de la cama, ella optó por sentarse. Vio como atendía la llamada. Se le hizo un poco raro que no hablara y que únicamente se dedicara a escuchar. Arrugó el ceño observando su actitud, se ponía muy nerviosa cuando no sabía que pasaba. Dmitriy cortó la comunicación de la misma forma que la había atendido; sin abrir la boca. Nunca había presenciado conversación más extraña.

- ¿Dmitriy? — Preguntó sin poder esconder la sorpresa que le había provocado verlo ponerse los pantalones.

Le dio una pequeña y leve mirada. Pensó que había querido mostrarse distendido. Su pulso se catapultó y su respiración se desquició de un modo que era imposible mantener en sus pulmones el suficiente aire cuando ya lo estaba expulsando otra vez. Dmitriy terminó de colocarse la camiseta azulada que estaba perfectamente estirada en el respaldo de la silla.

- Está todo bien. Deja de respirar de esa manera que lo único que vas a conseguir es perder el conocimiento. — Dijo acercándose hasta quedar frente a ella.

Se dobló lo suficiente para poder llegar a sus labios y dejar un beso demasiado breve que le supo a un mero acto de distracción. Luego se dio la vuelta y se internó en el baño. Conmocionada se puso de pie y se hizo con la bata de franela que tenía colgada cerca de la puerta. Estaba haciéndole el nudo, cuando Dmitriy salió impecablemente arreglado. Con su perfecto traje como solía ser habitual en su vestimenta, se sentó a ponerse los zapatos.

¡No podía dejar de mirarlo! Ese hombre estaba hecho desde el más pequeño de los dedos de los pies hasta el más fino pelo de su cabeza; para ser el sueño caliente de toda mujer. Su pelo estaba humedecido, supuso que se habría pasado las manos mojadas por él. Su deseo por ir y despeinarlo con las palmas de sus

manos se intensificó al ver como se lo echaba hacia atrás. Hasta ese gesto natural, le hizo sentir celos.

Contrólate... Contrólate... Contrólate... Se repitió como siete veces antes de poder apartar la mirada y cruzarse de brazos.

- ¡Dmitriy! — Reclamó su atención impacientada.

Estaba empezando a mosquearla esa forma impasible con la que se estaba dedicando a terminar de acicalarse.

- Tengo que irme.

- ¿Ahora?

Asintió y descuadró todos sus pensamientos. Si hubiera querido armar un rompecabezas, en ese instante habría sido un final desastroso haberlo intentado.

- Dmitriy háblame. ¿Qué sucede? ¿Quién te ha reclamado que tienes que salir en medio de la noche con un chaparrón?

La abrazó con ternura a la vez que besó su frente. ¡Ojalá no la soltara nunca!

- Tengo que ir a Boston. ¿Recuerdas que te hablé de mi hermano? — Asintió. - Se ha metido en un problema y tengo que solucionarlo.

¡Aquello era un disparate! No entendía nada.

- Dmitriy, por lo que me has contado, se que no es tu persona favorita. ¿Por qué ayudarlo entonces? ¿Por qué no dejar que solucione sus propios problemas?

El aire que soltó escandalosamente por la boca, hizo que su flequillo volara hacia atrás.

- Es mi hermano. — Solventó el tema dejando claro que ahí se terminaba la conversación. - Te llamaré en unas horas.

Recibió su último beso y se sentó en la cama para ver como su hombre salía por la puerta sin haber conseguido que su alma se tranquilizara. Le costó volver a conciliar el sueño. No estaba tranquila. Aguantó todo lo que pudo con los ojos abiertos, queriendo estar despierta cuando recibiera la llamada de Dmitriy...

- ¡Mierda!

Se enrolló una toalla y salió corriendo de la ducha al oír su móvil sonar. Llevaba horas esperando que sonara y justamente en ese preciso momento ella estaba con el cuerpo recién aclarado. Cerca de la mesita donde tenía el teléfono se resbaló y dio de espaldas contra el suelo...

- ¡Maldita sea!

Se levantó con un dolor descomunal atravesando su espalda. Casi no podía erguirse. Tras batallar con el dolor unos minutos, pudo al fin caminar y coger el aparato que corriendo descolgó y se llevó a la oreja.

- Dmitriy.

- ¡Chica, siento desilusionarte pero no soy tu Dios griego! — Espetó Claudia muerta de risa.

- Hola, Claudia. ¡Joder! — Gritó sin poder aguantar el dolor.

Sentía un dolor desgarrador. Era como si alguien estuviera clavando un tenedor desde el principio de su espalda baja y luego lo hiciera ir hacia el otro lado arañando su espalda hasta llegar a la otra punta.

- ¿Qué te pasa? — Preguntó alarmada su amiga.

Tardó unos segundos en contestar. Los mismos segundos que dedicó a tumbarse en la cama y ponerse de costado. No podría ir a trabajar.

- He salido de la ducha corriendo y me he caído. — Dijo intentando ocultar la vergüenza que sentía por ser tan patosa.

- Dame la dirección, voy para allá.

Que no supiera donde vivía Dmitriy hizo que su pecho se inflara de alegría y orgullo. Eso demostraba que no le había mentido. Ella era la única que había pisado esa casa. Quiso sonreír, pero el dolor intenso no se lo permitió, así que le recitó la dirección y segundos después colgó.

Cogió el camión soportando como más bien pudo el dolor y entre resoplidos y quejidos consiguió ponérselo. Después volvió a recostarse quedando de costado cara a la puerta. ¿Dónde estaba? Ya tenía que haber llegado a Boston, eran casi las nueve. Hacía varias horas que ya debía haberla llamado. Se habría enfadado, incluso hubiera despotricado toda la retahíla de insultos que conocía. Claro está que no lo hacía porque el dolor no se lo permitía. Cerró los ojos. El dolor crecía por momentos. Cada vez era más insoportable, más agudo, más difícil de ignorar.

Poco más de media hora después, oyó voces. Prestó atención. Los gritos de su amiga eran de los que te quitaban el hipo. Estaba enfurecida. Por lo que llegó a entender, le estaba gritando a Travis lo inepto que era como protector. Además de poner sus orejas al rojo vivo con tanto insulto. Se encogió de hombros, aunque quisiera intervenir, que ya de antemano sabía que no... Tampoco podría a hacerlo. Si hacía el más leve movimiento su espalda protestaba con un dolor que la hacía maldecir en voz alta.

- ¡Cristina!

La puerta se abrió de golpe. No se asustó porque ya se lo esperaba. Conocía a su amiga y en el mundo no había nadie que pudiera pararle los pies cuando algo estaba implantado en su mente. Si tenía un objetivo, lo seguía... Seguía... Y seguía hasta alcanzarlo.

- ¿Se encuentra bien? Señorita.

- ¡No ves que no pedorro!

Claudia no se cortó y le pegó un puñetazo en el pecho.

- ¡Eres... Eres... Un cretino! ¿Qué clase de protector estás hecho? ¿Y si se hubiera partido el cuello? ¿Y si se hubiera roto una pierna? O que tal... ¿Si en su caída se hubiera abierto la cabeza? — Le dio la mirada más odiosa que tenía en ese momento. - ¿Te lo digo yo? ¡Se hubiera desangrado! ¡Mucho cuerpo y mucho músculo, pero hijo que poca cabeza tienes!

Travis agachó la cabeza como el perro que se ha meado en un rincón del sofá y ha recibido un golpe. No había abierto la boca ni una vez. Eso la llevó a ser consciente de que si estaba aguantando el rapapolvo de su amiga como todo un hombretón, no era por otro motivo más que el saber que su amiga tenía toda la razón y se merecía ese trato.

Y menos mal que Dmitriy no estaba... ¡Lo habría colgado en el primer árbol que hubiera a la manzana!

- Ya... Claudia. — Dijo con dificultad.

Se sentía fatal viendo a ese gigante ahí parado sobre sus pies, recibiendo la reprimenda de su vida. Se ponía en su lugar y a pesar de sentir que se lo tenía merecido; le daba lástima.

- ¿Cómo te encuentras?

Se olvidó del guardaespaldas y se sentó a la vera suya.

- Mal. El dolor es inaguantable. No me puedo mover.

- ¿Y Dmitriy?

- En Boston. — Murmuró.

- Hay que llamarle, tienes que ir al hospital.

- Yo le llamo. — Intercedió Travis.

- ¡Al fin piensas con la neurona que tienes!

Conversaron mientras Travis hacía la llamada. Los pocos minutos que tuvieron, solamente hablaron sobre cómo había sido la caída, donde le dolía y cuáles eran los movimientos que hacía que le causaban más dolor. Claudia se empezó a preocupar cuando intentó coger el móvil para ver si había recibido algún mensaje. En su cara apareció una mueca de dolor que su amiga no pasó desapercibida.

- No te muevas. — Ordenó.

- Señora.

Desvió la mirada hacía Travis y lo que vio no le dio buena espina.

- El móvil está fuera de cobertura o apagado. Lo he intentado varias veces.

Sus ojos se empañaron. ¿Dónde estaba cuando más le necesitaba?

- Llama a Mijaíl. — Se obligó a decir.

De nuevo tenía que recurrir a su amigo. No podía moverse, el médico tenía que ir allí y sabía a ciencia cierta que el médico de Mijaíl era uno de los mejores doctores.

- ¿Qué hace Dmitriy en Boston?

- Algo sucedió con su hermano. No me quiso decir nada más.

- ¿Por qué?

Se encogió de hombros sin ser consciente...

- ¡Duele...! ¡Joderrrrr...!

Claudia la abrazó con suavidad mientras ella sorbía los moscos que le estaban ocasionando las fuerzas que hacía por aguantar el llanto que pugnaba por salir.

- Ya viene.

Mijaíl apareció una hora después. Lo vio entrar por la puerta y si no hubiera estado en cama, le habría pateado las pelotas hasta volvérselas moradas.

- ¡Dios santo niña! ¿Qué te ha pasado?

- Keith, deja a la muchacha. ¿No ves que no está para ponerse de cháchara contigo?

- No se ponga así suegro. Seguro que Ariel entiende la preocupación de Keith.

¡Cállate Penélope! Se gritó en su interior. ¡Capullo! ¿Tenía que llevar a toda la familia? ¿Qué parte de ven con el doctor le había llevado a pensar que quería a toda la familia de Dmitriy mirándola con lástima?

- Hola, Ariel. De nuevo nos volvemos a ver.

- Eso parece.

Intentó sonreír, pero no hubo forma de hacerlo. Ese hombre de pelo canoso a punto de jubilarse, era el médico más tierno y comprensible que conocía. En las pocas veces que la había atendido, una de ellas al principio de habitar en esa ciudad; había sido un encanto, además de cuidadoso con sus palabras y discreto con respecto a sus episodios. Le agradecía en infinitud que no la hubiera delatado con Mijaíl las veces que había recaído. Si no fuera por ese doctor que acudía a sus llamadas como si fuera su hija, su destino habría empeorado y su futuro habría sido muy negro.

- Así que te has caído, ¿eh?

Asintió avergonzada.

- Niña, si es que no puedes salir de la ducha mojada y menos correr. — Amonestó Keith.

- ¡Mamá! — Advirtió Mijaíl.

- ¿Podrían dejarnos unos minutos para que la pueda revisar?

¡Gracias al universo que alguien decía lo que ella quería decir!

Unos detrás de otros fueron saliendo. Sintió un alivio tremendo cuando todos estuvieron fuera y el doctor cerró la puerta. Había sido asombroso oír a la madre de Dmitriy arremeter contra el médico mientras su marido tiraba de ella. Nunca se le hubiera pasado por la cabeza que esa mujer que se veía sin un pelo fuera de lugar, tuviera la misma boca de verdulera que ella cuando le imponían algo con lo que estaba en desacuerdo.

- Bueno, ahora veamos esa espalda.

Exactamente no sabía los minutos que habían transcurrido. De lo único que era consciente, era de cada lugar que el médico tocaba y que le hacía soltar quejidos. Por un buen rato estuvo mordiendo la almohada para poder aguantar el tacto que se le asemejaba a un dardo incrustándose una y otra vez en su piel.

- Veras, esto claramente es un esguince lumbar.

- ¡Qué bien! Lo que me faltaba.

Aguanto el tirón que le había provocado su impetuosidad.

- Deberás guardar reposo unos cinco días como mínimo. Además te voy a recetar varias cosas para el dolor y la inflamación. A parte lo primero que harás será ponerte hielo porque al ser una lesión reciente es muy bueno para bajar la inflamación.

- ¿Algo más?

- Vendré pasados los cinco días para revisar que todo va bien. No seas quejica.

- Matasanos. — Refunfuñó.

- Ja, ja, ja. Tan simpática como siempre pequeña, Ariel.

La puerta se abrió y Mijaíl asomó la cabeza.

- Mi madre está desesperada. — Se excusó.

- Ya hemos terminado. — Informó el doctor.

Los familiares de Dmitriy de nuevo se apoderaron de su espacio. No se explicaba porque se preocupaban por ella. Apenas la conocían y allí estaban al pie del cañón para lo que necesitara, ninguno quería irse.

- Mijaíl ves y saca las medicinas. Penélope ves y compra compresas para meterlas en agua fría y poder ponérselas lo antes posible. Amor, ves por un par de mudas, no nos moveremos de aquí hasta que Dmitriy haya regresado.

- No, de verdad. No quiero ser una molestia...

La mirada que le dio, le cortó toda protesta.

- Ni una palabra. Eres de la familia y a la familia se la cuida.

Sus palabras dichas con cariño casi la hicieron romper a llorar. Dmitriy tenía una madre que cualquiera quisiera tener. Mantuvo los labios pegados y asintió con resignación. Keith era más testaruda que ella, ya lo había comprobado y no sería ella la que se enfrascara en una discusión de cabezotas.

- Yo haré la cena.

- ¿Claudia?

- Claudia no. Si ellos se quedan a mí de aquí no me echa nadie y si no te gusta... Venga, mueve el culo si puedes y sácame tú misma.

Ver cuanta gente la apreciaba fue la gota que colmó el vaso y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Para nada eran lágrimas amargas, no se sentían como las que le desgarraron el pecho cuando dejó a Dmitriy. Eran diferentes, por primera vez sentía que encajaba y quería conservar todas aquellas personas a su lado. Simplemente era felicidad. La felicidad que nunca creyó encontrar y que

ahora temía algún día perder.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Los cuatro días siguientes pasaron sin mucho ajetreo. Ella por su parte los había pasado en reposo y casi drogada. Gracias a que las pastillas la tenían medio adormilada que si no a más de uno lo habría mandado al diablo, puede que hasta más lejos. Aquella situación era un suplicio. No pensaba que alguna vez extrañaría su soledad. Pues en esos días lo había hecho. Entre la madre de Dmitriy llevándole comida cada hora y media, Mijaíl contándole chorradas para entretenerla, Claudia hablándole sin parar de Caleb, Penélope paseándose de un lado a otro con una sonrisa restregándole lo feliz que estaba con su embarazo y para completar el bombo, el padre de Dmitriy correteando detrás de su mujer allí a donde ella iba. Por no hacer referencia y añadir estrés a su vida recordando que los abuelos también pasaban a visitarla cada vez que les apetecía un té con pastas.

Se tapó la cara con las manos. Sopló varias veces en sus manos como si fuera una bolsa y estuviera intentando no vomitar. Estaba cansada de estar acostada. Necesitaba mover las piernas y dejar de observar la lluvia por el cristal.

- Niña te traigo un vaso de leche fresca. Como a ti te gusta antes de dormir.

Sonrió agradecida. Todas las noches, esa mujer se acordaba de llevarle un vaso bien fresquito.

- Gracias, Keith.

- ¡Hola, ya estoy aquí!

- ¡No, Dios, no! — Clamó al cielo. - Claudia por favor, como vuelvas a nombrar ese maldito nombre, aunque no tenga autorización, me levanto de la cama y te saco a rastras de mi casa. — Advirtió.

Lo haría. El saco de la paciencia ya se había llenado, hasta había empezado a rebosar el día anterior. No quería seguir escuchando nada de lo que tuviera que ver con el nombre de Caleb. Durante cuatro días su amiga la había agobiado con ese tema sin cansancio. Y siempre para terminar con lo mismo; no iba a dejar que se metiera en su cama.

La última noticia del día anterior, era que la había acorralado en las escaleras y que cuando fue a besarla ella no dispuesta a ceder a sus dotes de maestro de seducción, le pegó un rodillazo y salió corriendo. Y por eso ese día se había pasado todo el día allí metida sin pisar la empresa.

- Niña, no seas grosera. — Regañó Keith como si fuera su madre.

Le dio una sonrisa de disculpa.

- Que lo prometa. — Exigió. - Me duelen los oídos de escucharla criticar a ese hombre. Se está aprovechando porque no puedo asfixiarla con la almohada. — Gruñó.

- Ja, ja, ja. Sois iguales.

- No lo creo. — Contradijo.

Su amiga se había cruzado de brazos y la miraba de una forma poco amistosa.

- Niña, las dos estáis enamoradas.

Le guiñó el ojo. De golpe todo en lo que había intentado no pensar desde hacía días, le cayó de sopetón encima. Sus ojos se llenaron de lágrimas y antes de que fuera consciente de que estaba llorando como una magdalena; su amiga ya la estaba abrazando con mimo y Keith apenada se había escabullido del dormitorio para darles intimidad.

Lloró el suficiente tiempo como para desahogar todo lo que su pecho había acumulado. Eran demasiadas cosas, demasiadas inquietudes, demasiados miedos, demasiada tristeza... Había ignorado sus emociones porque no quería derrumbarse, pero una única palabra salida de los labios de la madre de Dmitriy, había sido suficiente para hacerla explotar. Seguía esperando la llamada que todavía no había recibido. Por mucho que quisiera ser paciente y comprensiva, ya no podía eludir que ese idiota; ni la había llamado, ni le había dado una certeza de cuando volvería, ni había intentado comunicarse con ella.

Ella hacía dos días que dejó de intentar ponerse en contacto con él. Su teléfono estaba claramente apagado y había desistido de seguir marcando un número que siempre le decía "que estaba fuera de cobertura o apagado".

- Lo siento. Soy una insensible. Yo contándote mis problemas sin pensar por lo que tú estás pasando.

Apartó a su amiga y se limpió las lágrimas con rabia. Se pasó los dedos de las manos por la cara hasta que no quedó ni rastro de su llanto. Se incorporó un poco y después colocó las almohada para poder estar sentada. Ya no le dolía la espalda. De vez en cuando sentía una leve molestia, pero no el dolor desgarrador que sintió durante los primeros días. Tenía plena seguridad que al día siguiente el doctor le diría que podía empezar a hacer su vida normal.

- No es tu culpa.

- Bonita excusa para tratar que no me sienta mal. — Bromeó. - ¿Sigues sin noticias?

Asintió apenada. Luego sonrió para quitarle importancia. Su amiga pensaba igual que ella; no había argumento aceptable para el comportamiento que estaba teniendo Dmitriy.

- Seguro tiene un buen motivo.

- Dime alguno creíble. Por más que yo he tratado de excusar su silencio, te aseguro que ahora mismo la única que me valdría para no estamparle un zapato a la cabeza, es que me llamaran diciendo que lo tienen secuestrado.

Vio reír a su amiga por lo bajo. Arqueó una ceja. Su amiga se tapó la boca para acallar las carcajadas que amenazaban con salir de su garganta. Ella fue la primera en darle la luz verde para reír abiertamente, cuando la forma con la que insistía en contenerse, le provocó una risa continúa. Durante minutos, rieron mirándose la una a la otra. Diez minutos más tarde, sintiendo que la barriga le dolía en consecuencia a la risa suelta, consiguió que las armoniosas risas menguaran.

- No te precipites. — Agarró su mano y la apretó con fuerza. - Deja primero que hable y luego valora si su palabrería es convincente.

- ¿Tú lo harías?

Su amiga cerró la boca de golpe. La acababa de poner en un enorme aprieto. Esperó... Y esperó...

- Si fuera yo... Lo mandaría a la mierda, pero primero lo enterraría en la playa dejando a la vista su cabeza para que se lo comieran los pájaros. — Objetó con maldad.

Volvió a soltar una carcajada. Se la apuntaría, era una idea muy buena. No la descartaría hasta ver la historia que le contaba.

- No me tomaras como referente, ¿verdad?

- No puedo prometerte no explotar como una olla a presión.

- Me lo imaginaba.

Cuando su amiga la dejó por fin sola, cosa que ocurrió pasadas las doce, volvió a mirar la lluvia caer. Mirando perdida como el agua chocaba contra el cristal,

Dmitriy se le dibujó de una manera tan real que la boca se le secó al repasar parte por parte lo que su memoria guardaba de él.

Era una locura, pero pensar en lo fuerte, sensual y varonil que era, hizo que su piel se prendiera a la misma velocidad que un bidón de gasolina.

Pudo ver sus ojos profundos perfectamente mirándola con deseo. Sentir su tacto deslizándose por su tripa ocasionándole cosquillas. Su olor llenando sus fosas nasales. Sacudió la cabeza. No podía seguir por ahí. De nuevo se centró en las gotas que caían con fuerza y el sueño se fue abriendo paso...

Un tacto suave sobre sus labios la hizo abrir los ojos de golpe. Los cerró de nuevo y los volvió a abrir. No estaba soñando; Dmitriy le daba pequeños besos por toda la zona de sus labios. Apretó con fuerza los labios y se negó a corresponder su beso. Su cuerpo se alejó del suyo y entonces desvió la mirada. No quería ver sus ojos, no quería que la influenciara con su cuerpo, con su boca demoníaca. De eso nada.

- Menudo recibimiento... — Dijo queriendo ser gracioso.

Se sentó. Le ignoró y se centró en mirar como los minutos del reloj iban cambiando. Faltaban cinco minutos para las siete, Keith pronto se acercaría con un vaso de agua y un ibuprofeno para el dolor e inflamación.

- No. — Advirtió antes de que su mano se pusiera en su mejilla.

- Leona...

Cortó toda palabrería cuando la palma de su mano impactó de lleno contra su cara.

- ¿Estás loca?

- ¡Qué te den!

Le hizo una peineta con la mano izquierda. ¿Qué no iba a explotar le había dicho la noche anterior a su amiga? ¡Ja, tendría que haberla visto! Acababa de provocar una enorme discusión, con toda su chulería, con todo su carácter y

porque tenía los ovarios tan inflados que esa era la mejor manera para que no se le terminaran reventando.

- ¿Estás así por una puta llamada?

Lo atravesó con los ojos. Quería hacer más, pero probablemente luego lo lamentaría.

- No grites. No tienes derecho.

- ¿Y tú si puedes soltarme un sopapo?

- Mira guapo, te lo has buscado tú.

- ¡Vivan las novias amorosas que en cuanto te ven, en vez de besarte con amor, te reciben a ostias limpias!

- ¡Amor! ¡Qué sabrás tú lo que es amor! ¿Te recuerdo que cinco días atrás te largaste?

- ¡Quizás debía haber tardado más en volver viendo el amor que me procesas!

Sus palabras le tocaron la moral, tanto como para querer hacerle otra marca igual de roja en la otra mejilla.

- ¡Quizás la que debía haberse largado fui yo y que cuando regresaras te encontrarás de nuevo solo por pamplinas!

- ¿Y si ese es tu deseo por qué no lo has hecho todavía?

Enmudeció. No hablaba en serio o ¿sí? Buscó en sus ojos alguna muestra de que lo que decía era meramente por la furia. No supo descifrar sus facciones, estaban demasiado serias para ver algo más que ira.

- ¿Hablas en serio? ¿Quieres que me vaya?

El terror se reflejó en sus ojos. ¿Qué demonios había en Boston? Abrió la boca,

pero fue interrumpido por otra voz...

- ¿Dmitriy?

Keith se acercó a él y le miró con desaprobación. ¡Perfecto! La madre de Dmitriy se había enterado de todo. Desvió la mirada.

- ¿Qué haces aquí tan temprano? Mamá.

- Viendo del humor que estás será mejor que vayas y te tomes un café. —
Aconsejó.

El aire era espeso. La tensión se palpaba en la gran estancia. Agradeció que Keith hubiera aparecido, en aquel momento los dos estaban fuera de control y todo lo que se dijeran sería especialmente para hacerse daño.

- Toma, niña.

Giró la cabeza y se encontró con Keith al lado de la cama. Sentía como los ojos de Dmitriy seguían fijos en ella. Estiró la mano y se hizo con la pastilla que rápida se llevó a los labios.

- Gracias. — Sonrió saliéndole del corazón.

Esa mujer se había ganado su respeto y cariño, a pesar de que seguía pensando que tantos mimos eran excesivos.

- ¡Buenos días!

Su sonrisa se acentuó varios grados más. Dmitriy observaba con los ojos desencajados a su madre y cuñada. ¡Espera a ver la que se forma en dos minutos! Quiso gritarle. Ella ya se había acostumbrado.

- Buenos días Penélope.

- Te traigo el café.

- Gracias.

La cara de Dmitriy fue un poema cuando vio como su madre como cada mañana se sentaba a los pies de la cama. Sin darle importancia, tomó la taza que Penélope le tendía. Casi escupió el líquido al ver la mueca desagradable que hizo Dmitriy cuando vio a su cuñada coger una de las sillas para sentarse.

Como cada día, las escuchó mientras se tomaba el café. Asentía cuando tenía que asentir y participaba alegando cuando creía que era su turno de opinar. Durante los cinco minutos en los que conversaron, fue muy consciente de las miradas confundidas que Dmitriy les daba.

- ¡Buenas traigo cruasanes!

Mijaíl agitó la bolsa de la bollería que había cerca de allí mientras caminaba. No se molestó en saludar a su hermano. Se acopló al otro lado de la cama y tomó asiento. La actitud de Mijaíl le dio que pensar, al parecer y por lo que acababa de ver, ella no era la única que estaba enfadada.

- ¡Qué mierda es esto! ¿Os han echado a todos de vuestras casa y os habéis adueñado de la mía?

Todos le ignoraron y rieron por una tontería que había dicho Mijaíl. Algo como que primero debía comer su esposa para que no los llenara a todos de orzuelos.

- ¿Ya habéis empezado? ¡Manada de lobos hambrientos!

Dmitriy gruñó mientras Claudia corría hasta la cama. Les arrebató uno de los cruasanes. Todos rompieron a reír al ver su manera glotona de metérselo en la boca. Luego le dijo unas palabras a Dmitriy que nadie entendió. Hablar y comer mala acción; todos volvieron a reír, viendo que escupía comida por todos lados.

- ¡Me quiere alguien contestar!

- Ni lo intentes hijo. Los tienes a todos muy cabreados. — Informó su padre.

- ¿Y yo que cojones he hecho?

- Nunca enfades a una mujer. — Le dijo con un matiz divertido en la voz. - Y aún menos a una a la que quieren.

Los dos se sentaron alejados de donde ellos se encontraban riendo y hablando sin preocupación. Por mucho que se quejara, la verdad es que esos momentos, le encantaban. Se sentía en familia y arropada por todos ellos. En varias ocasiones sus ojos se encontraron con los de Dmitriy. Rápidamente desviaba la mirada. Era consciente que tenían que hablar, que no podía posponerlo por mucho tiempo. Conversarían, pero no por el momento.

Pasada hora y media cada uno de los allí presentes fueron abandonando la habitación. Temía quedarse a solas con Dmitriy. Con el calentamiento que tenían, podía pasar de todo. Entrelazó los dedos de las manos dejándolas reposar sobre su estómago. La cama se hundió bajo el peso del cuerpo de Dmitriy.

- Veamos. ¿Puedo hablar o me cruzaras de nuevo la cara?

- No te prometo nada.

- Lo siento vale. Mira he tenido cuatro días de mierda. Primero perdí el móvil al bajar del avión. Luego pase dos días en el calabozo por darle un puñetazo a un policía y ayer tuve que pasar parte del día en el aeropuerto, además de pagar el doble si quería salir en el vuelo de la mañana.

Sus ojos se volvieron dos farolas. Dmitriy se pasó la mano por el pelo mientras ella todavía estaba asimilando y analizando todo lo que había salido de su boca. Era muy costoso tragar tanto en tan pocos minutos. Se llevó la mano a los labios y lo cogió entre sus dedos. Luego pasó a morderse la uña. Sabía que estaba feo, pero con tantos nervios, eso era mejor elección que encenderse un cigarro; por lo menos eso no era adictivo.

- ¿Por qué le pegaste a un policía?

La miró... Miró... Y miró...

- Mi hermano se metió en un lío enorme. No me dejaban verle, nadie me decía

porque lo habían detenido, así que... Pensé que agrediendo a un policía me encerrarían y podría hablar con él.

- ¿Y pudiste?

Había pasado a morderse la uña con más insistencia. Era como cuando estabas viendo una película y comías palomitas. Así estaba ella. Expectante ante lo que iba a decirle y por eso no podía dejar de mordisquear su dedo.

Dmitriy dejó caer la cabeza hacia adelante en signo derrotado y muy flojito contesto:

- No. Agredí a un policía para nada. Me encerraron en una celda completamente solo y por muchas voces que di gritando el nombre de mi hermano, no obtuve respuesta. — Ladeó la cabeza y sonrió. - Pero ayer si me dejaron verle.

- ¿En serio?

- Sí, uno de los guardias antes de que me soltaran, me dejó hablar con él cinco minutos.

- ¿Y? ¿Por qué eres tan lento?

Dmitriy rió por su impaciencia. Llevó la mano a su mejilla y acarició su rostro como antes no le había dejado.

- No es importante. Lo único que me interesaba era regresar a casa, contigo. Ya he avisado a mi abogado y mi cabeza está girando para encontrar una solución para su problema. — Dio un toque en su nariz. - ¿Sigues enfadada?

Se encogió de hombros.

- Podría preguntar lo mismo.

- Leona, me habría encantado llamarte, pero como te acabo de decir he tenido cuatro días insoportables. Luego llego deseando estrecharte en mis brazos y me recibes con la misma cara de mala leche de Fiona en Sreck y con un guantazo

que por poco me deja sordo. Ah, y sin dejar que me explique.

- Lo siento. Puede que me haya pasado...

Se acercó, sus labios casi se rozaban. Cerró los ojos creyendo que la iba a besar. Sorprendida los abrió al sentir como Dmitriy perfilaba sus labios con sus dedos. El aire se le cortó. Adoraba sus manos, sus labios, sus ojos, cuando era delicado, cuando era rudo, cuando era cariñoso, cuando era exigente... Besó sus dedos.

- Creo que los dos hemos empezado la mañana con mal pie. ¿Probamos otra vez? — Insinuó Dmitriy haciéndola sonreír.

Asintió con energía. Se había pasado. Empezaba a darse cuenta que no se podía presuponer y mucho menos actuar sin saber lo que había sucedido.

- Buenos días, leona.

Le dio un beso que recibió gratamente como debía haber sido desde un principio.

- Lo siento. Soy un poco extrema.

- ¿Un poco? Me has dejado la cara más colorada que un pintalabios rojo.

Soltó una carcajada que no pudo reprimir. Dmitriy era único y especial. Su especial e increíble hombre de hielo con el corazón más hermoso mejor escondido.

- ¿Te apetece comer fuera?

Sus palabras la hicieron caer en que todavía no tenía permiso para moverse de la cama. Nerviosa se mordió el labio. ¡Turno de discusión para Travis!

- ¿No te han informado las niñeras?

- No le he dejado hablar esta mañana. ¿De qué tendría que informarme Travis?

- Dmitriy, él no tuvo la culpa...

La hizo callar levantando el dedo. Se asomó a la puerta y gritó el nombre de Travis con todas sus fuerzas. Viendo todo el aire que había soltado en una sola palabra, pensó que se había quedado sin oxígeno y que en cualquier momento caería al suelo sin respiración.

- Señor.

- ¿Qué ha ocurrido estos días?

Travis bajó la cabeza. De nuevo sintió lástima por él. Ver lo responsable que se sentía de su golpe, cuando era absurdo que él fuera el culpable, hizo que el pecho se le comprimiera con fuerza.

- Dmitriy...

Otra vez la hizo callar. Resopló. Cuando Dmitriy se ponía así, lo mejor era dejarle hacer. El problema era que no se fiaba de que se enganchara a golpes con el pobre. Travis metió la mano en su bolsillo, al sacarla traía en ella un papel doblado. Se lo extendió y esperó con las manos metidas en los bolsillos.

Dmitriy comenzó a leer. En todo momento estuvo atenta a él. No sabía qué decía ese papel, pero bueno no era, si Dmitriy se había puesto rígido a medida que avanzaba su lectura. Supuso que había terminado cuando la hoja se arrugó en su mano. Buscó sus ojos porque eran lo único que le hacían tener una idea de como se encontraba. Se asustó. El color que tanto le gustaba había sido devorado por un color sombrío que nunca había detectado en ellos.

- ¡Dmitriy! — Desgarró su voz a la vez que se tapó la cara.

Dmitriy le había asestado un puñetazo en la boca a Travis. Le había partido el labio. Eso es todo lo que vio antes de llegar a taparse del todo la cara. No quería ver como Dmitriy seguía propinando golpes.

- ¡Para qué mierda te pago! ¿No entiendes lo que es que estés al pendiente de ella las veinticuatro horas? ¡Veinticuatro!

- Señor... ¿Cómo iba a saber?

Se oyó otro impacto que la hizo sentir terror. Dmitriy estaba fuera de sí. Podía entenderlo, ponerse en su situación. Era normal, había estado fuera, no se había enterado de nada y ahora se topaba de frente con que ella había estado cinco días en cama y él ausente.

- ¡No tienes que saber! ¡Te dije que te quería bien cerca de ella precisamente por esto!

No le fue muy difícil saber que la estaba señalando.

- ¡Dmitriy!

El rugido de Mijaíl consiguió que apartara las manos y pudiera volver a ver lo que allí estaba ocurriendo. Mijaíl empujaba a Dmitriy al otro lado de la habitación para que no se echara sobre Travis. Suspiró aliviada y agradecida.

- Lo siento, señor.

- ¡Fuera! — Graznó haciendo retumbar su voz en el dormitorio.

Travis salió maldiciendo contra él mismo. Mijaíl le soltó y en dos segundos lo tuvo sentado cogiendo su cara con desesperación.

- ¿Cómo te encuentras? ¿Te sigue doliendo? ¿Qué necesitas que haga? ¿Llamo al doctor?

Sus ojos estaban tan perdidos... La recorrían sin control, como si buscara alguna señal de que estaba sufriendo. Su corazón le dio un vuelco. Sujetó su cara de la misma forma en la que él la sostenía. Sentir como temblaba en sus manos, era una sensación que jamás olvidaría; era otra señal de que su corazón le pertenecía.

- Estoy bien... Simplemente bésame.

Enseguida cumplió su petición. Sus labios tomaron los suyos y con más

suavidad que nunca se movieron durante minutos sobre los suyos.

- Ты сукин сын. — Espetó Mijaíl saliendo del cuarto e interrumpiendo su momento íntimo.

Dmitriy giró la cabeza hacia la puerta. Sus labios se habían formado una línea. Sus ojos se habían oscurecido y sus palmas se habían hecho puños apresando las sábanas en sus manos. Recordó las palabras que Mijaíl acababa de decir y tuvo que recomponer su semblante para que Dmitriy no viera que sabía que su hermano le había dicho; que era un hijo de puta.

Dmitriy regresó su atención a ella. Al mirar sus ojos, los suyos se suavizaron y su sonrisa apareció de nuevo en sus labios. Con desesperación apresó su boca. Los besos se volvieron posesivos, exigentes y muy... Excitantes. Tantos días sin él, lograron que su deseo subiera a un ritmo acelerado y eso que únicamente la estaba besando. Su respiración se disparó y le fue difícil mantener aire en sus pulmones.

Cada beso era más demoledor que el anterior y cuando pasó a morder y lamer sus labios, ella ya estaba perdida sin poder ocultar lo mucho que necesitaba que la tocara.

Dmitriy lentamente se alejó y apoyó su frente en la de ella. Se quejó. No quería que se detuviera y se lo hizo saber pasando con sensualidad su lengua por sus labios. Dmitriy gruñó y se alejó un poco más.

- Estoy bien, Dmitriy. — Dijo sabiendo lo que por su cabeza estaba pasando.

- Lo sé. — Sonrió. - Pero no estás recuperada.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El doctor hacía diez minutos había salido de su dormitorio. ¡Podía levantarse! La sonrisa que tenía en la cara era enorme. Todo el que la viera pensaría que le había tocado la primitiva. Para ella era lo mismo. Se sentía feliz, a pesar de que se le había prohibido hacer esfuerzos durante una semana más, estaba contenta porque podía andar, salir, pasear... Se acabó estar tendida como si fuera una enferma y atendida las veinticuatro horas del día.

Con cuidado se puso de pie. Al principio andar fue un problema, tenía los pies entumecidos. Se sentó y de esa forma fue moviendo las piernas hasta sentir un cosquilleo. Síntoma de que las piernas empezaban a despertarse tras varios días sin movimiento. Siguió un poco más con los estiramientos sentada y poco después, logró ir hasta el cuarto de baño por sí sola.

- Si que tenías prisa.

Se giró y vio como Dmitriy se apoyaba en el marco de la puerta.

- Odio ser una carga. — Comentó volviendo a lo que estaba haciendo.

Reguló el grifo. El agua empezó a salir caliente. Observó a su hombre de hielo y bajo su mirada intensa, se desprendió del camión. Dmitriy deleitó sus oídos con un gruñido de protesta. Su sonrisa creció mientras se internaba en la ducha.

- Iré avisando a la familia que vaya sirviendo la comida.

- ¿No te gustan las vistas? — Comentó con falsa inocencia.

Se giró para encontrar su mirada. Dmitriy se había acercado tanto que casi parecía parte del cristal de la mampara. Observó encandilada como presionaba el dedo contra el cristal empañado por el agua caliente. La encandiló cada movimiento firme que hizo sobre el cristal.

- ¿Estás seguro? — Interrogó al ver que su dedo había finalizado su tarea.

Sus ojos se llenaron de dudas por unos segundos mientras la miraba a los ojos.

Carraspeó y asintió con seguridad.

- ¿Quieres apostar?

- Leona... — Avisó con poca convicción.

- Valeee. — Cedió dándose la vuelta.

¡No se lo creía ni él! Solamente había dicho lo que él quería escuchar, pero estaba por ver lo que hacía cuando se diera cuenta, que no tenía ninguna intención de cumplirla. Recordó lo que había escrito: "mucho, no sabes lo que me cuesta mantener las manos lo más lejos posible de tu piel exquisita, pero nada de sexo hasta el lunes que viene".

Negó con la cabeza. Ya estaba dándole vueltas a la cabeza para echar por tierra esa absurda norma. Terminó de aclararse y salió de la ducha. Con precaución se secó y poco después se puso un jersey celeste con el pantalón a juego. Se recogió el pelo sin peinar en una coleta como muchas veces hacía. En un principio su idea fue ir directa a la sala donde todos estaban. Cosa que no hizo porque al mirar el techo su atención fue reclamada por la lluvia.

- Agua, pura y limpia. — Dijo escuchando el sonido de la lluvia.

Se había sentado en los escalones del jardín y allí llevaba escasos dos minutos centrada en el chaparrón. Agradecía que no se viera ningún relámpago, lo más probable ya se hubiera encerrado en el dormitorio. Que la lluvia le pareciera agradable, no significaba que los truenos no la hicieran botar o cerrar los ojos por el estruendo y mucho menos que los relámpagos no la asustaban.

- Vas a pillar un resfriado.

Claudia se sentó y le pasó el brazo por encima de los hombros. Las dos miraban el cielo ennegrecido.

- ¿Te acuerdas al principio de conocernos?

- ¿Aquel día que nos tuvimos que encerrar en el coche por tu culpa?

La miró con los ojos brillantes por la diversión.

- ¡Eh, no fue mi culpa!

Dejó reposar la cabeza sobre el hombro de su amiga.

- ¿Ah, no? ¿No fue tu idea salir en plena nevada para ir al cine? ¿Y por tu cabezonería, cuando salimos la nieve había apretado y tuvimos que estar horas encerradas hasta que el camino fue despejado?

- A todo el mundo le ha sucedido alguna vez. — Se exculpó.

Alzó la cabeza y la miró como diciendo: "contigo pasa siempre".

- Como se nota que ya no te acuerdas cuando fuimos al Starved Rock State Park. Después de arrastrarnos durante dos horas en coche. Nos hiciste patear los cañones estrechos, donde no nos dejaste descansar hasta ver todo lo que querías.

- Ja, ja, ja. El acantilado fue una pasada.

- Sí y la cascada.

- No te quejaste mientras te bañabas. — Ironizó Claudia.

- ¿Y quién lo haría? No soy fanática de pasarme el día andando, me dolieron los pies durante dos días, con tanta subida y bajada de escaleras, rampas y colinas. Es normal que por lo menos quisiera guardar un recuerdo bonito para cuando saliera el tema.

- Yo no me quejo cuando me llevas a esa torre infernal con balcones de cristal.
— Atacó.

- ¿Qué cosa no haces?

- Bueno puede que un poco. Pero tu eres demasiado quejica.

- Porque a ti solamente se te ocurren majaderías. — Protestó. - ¿Y el día que lloviznaba? Nos hiciste subir a la azotea de tu piso y acabamos empapadas y resfriadas durante cuatro días.

Claudia la miró con los ojos achinados. La conocía demasiado y sabía que eso solamente tenía un significado; estaba intentando contener su risa a raya.

- ¿También soy la culpable de que el tiempo empeorara mientras estábamos allí arriba?

- ¡Nooo! Por supuesto que no. Pero si de que no nos avisaras que la cerradura por fuera estaba rota y solo se podía abrir desde dentro. Nos costó media hora de tiritones tu corta memoria.

Su risa estalló. Ahí estaba la condenada que a todo le veía la gracia. Daba igual que lloviera, que hiciera viento, que nevara... El tiempo era una nimiedad cuando a su amiga se le ocurría algún plan que llevar a cabo. No, con ella siempre una estaba entretenida y por descontado que gracias a ella sus recuerdos eran muchos; todos problemáticos y divertidos.

- Y porque... Uno de los gemelos... Estaba cerca... Que si no... posiblemente seguiríamos allí... — Soltó entre carcajadas.

Su contestación divertida, la hizo romper a reír. Claudia era un caso. ¿Querías diversión? Su nombre era Claudia. ¿Querías bailar bajo la lluvia en bañador? Esa también era Claudia. ¿Subir en globo y en vez de estar observando las vistas, estar escribiendo cualquier chorrada en un papel para hacerlo después un avión y lanzarlo desde el cielo? También era Claudia. ¿Comprar caramelos y pasarte toda la noche de halloween plantada en la puerta recibiendo a los niños ilusionados? ¡Claudia! ¡Claudia! ¡Claudia!

Así era esa alocada que decía que la vida era muy corta para tomar apego a las cosas materiales que luego de nada servirían. Por eso ella todo lo que podía hacer para ayudar, lo hacía. Poco le importaba a quien molestara, ella era así y nadie podía cambiarla. Cualquiera que la conociera se enamoraría de ella, porque era pura humildad, puro amor. El que no la amara es que no había sabido ver el tesoro que era que esa mujer te concediera su amor.

- Te adoro.

Se abrazaron con cariño.

- Siento interrumpir, pero además de que la comida esta puesta... Dmitriy y Mijaíl se están degollando mutuamente. — Dijo Penélope como aturdida.

La observó con preocupación. Se había llevado la mano a la cabeza y cerrado los ojos. Parecía un pato tambaleante que no sabía andar bien. Se movía como si estuviera haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio. A ella le pareció que en cualquier momento perdería el conocimiento.

Corrió hacia ella aunque sabía que esa acción podía acarrear graves represalias a su espalda. La apoyó contra su cuerpo y le echó el pelo hacia atrás. Se veía pálida.

- Claudia, trae agua y algo para darle aire.

La sentó y con la mano trató de darle un poco de aire. Verla blanca, casi sin poder sostenerse, le causó angustia. No sabía qué hacer. Nunca había visto a una persona a segundos de desplomarse como si el alma hubiera abandonado su cuerpo.

Claudia regresó unos minutos más tarde portando un cacho de cartón. Rápida se hizo con él y empezó a abanicar directamente en su cara. Penélope abrió los ojos y Claudia aprovechó para darle un poco de agua.

- ¡Penélope nos vamos!

Mijaíl que había entrado con una cara deformada por el mal genio que tenía encima, se paró de golpe. Sus ojos procesaron lo que allí sucedía y en dos pasos ágiles se posicionó al lado de su mujer. De repente sus ojos se mostraban temerosos. Acariciaba la mano de Penélope con dulzura y le susurraba al oído. Se le asemejó al bebé que llora y al padre que le cantaba al oído para tranquilizarlo y hacerle saber que a su lado había alguien que le amaba.

Apartó la mirada. No debería sentir celos, ni envidia, pero esas emociones bailaban libremente en su interior. Sintióse culpable, le otorgó su puesto a Claudia y se alejó. Sus ojos habían pasado a contemplar el suelo. No podía mirarlos, se sentía como una perra odiosa por anhelar lo que ellos tenían.

- Sabes que no te habría dejado sola. — Susurró rodeándola por la cintura.

- Lo sé.

- ¿Y por qué lo dudas? ¿Por qué piensas que yo no te miro como él la mira a ella? — Señaló a su hermano.

Se mordió el labio. ¿Qué podía contestarle? Ni ella misma sabía lo que le pasaba. Estaba completamente segura que Dmitriy la quería, que se desvivía por ella. Se jugaría el cuello, la mano, la cabeza, el cuerpo entero y no lo perdería. Y aun así, sentía que algo no estaba bien.

- ¿Cómo sabes siempre lo que pienso? — Optó por preguntar y evitar contestar.

- Tus ojos son para mí, como el agua cristalina. Puede que a veces se me escape algo, pero raras veces ocurre cuando se trata de ti. — Besó su mejilla y acarició su cuello. - Leona, no dudes de lo que siento por ti.

- Soy un poco paranoica. — Soltó en tono guasón para volver el ambiente distendido.

- No lo dudo, pero algo te preocupa.

- ¿Cómo se encuentra? — Preguntó e hizo como que no le había escuchado.

Mijaíl la miró y le dio una sonrisa que al mirar a su hermano se convirtió en una mueca despreciativa.

- Ha sido una bajada de tensión. Esta bien.

Dmitriy unió sus manos. Miró sus manos entrelazadas y su sonrisa volvió. Debía confiar. Olvidar todo lo que una vez había sido y empezar a creer que de verdad

Dmitriy la quería. Era un reto, eran dos años viéndolo mostrarse como un ogro carente de sentimientos, pero si había una posibilidad de que aquello que había entre ellos fuera fructífero, tenía que hacerlo. Por el bien de los dos, tenía que lograrlo.

A las cinco Dmitriy consiguió que todos salieran de casa. Fue una riña muy divertida. La que más, con su madre que se negaba en rotundo a marcharse hasta que totalmente estuviera recuperada. Dmitriy casi se volvió loco, amaba a toda su familia, no se cansaba de decirlo. Ese no era el motivo por el que estaba casi corriéndolos, no, para nada, a él lo único que le molestaba era que no le agradaba que invadieran su espacio e intimidad; sin motivo o razón aparente para hacerlo.

Finalmente se salió con la suya. Se aseguraron de nuevo que Penélope estaba bien y con abrazos y besos se despidieron de todos. La descolocó en cantidad ver como Dmitriy y Mijaíl evitaron con distracciones despedirse el uno del otro. No dijo nada. Se quedó con ese gesto guardado. Más tarde le preguntaría a que se debía esa actitud entre ellos.

- ¡Al fin!

La cogió en brazos en cuanto terminó de cerrarse la puerta. Se sentó en el sofá con ella en sus piernas. La dejó apoyada en su pecho. Luego alcanzó el mando del televisor y buscó una película para ver. No prestó atención a lo que ponía. Se acurrucó en su pecho y se llenó de la fragancia tan maravillosa que desprendía Dmitriy.

- Te he echado de menos. — Confesó aspirando ese olor tan extraño a jabón, piel y colonia que tanto la enloquecía.

- Lo siento. No debí haber ido.

Acarició su cabello. La ternura con la que pasaba la mano por su cabeza, le daba paz.

- Mañana quiero mostrarte una cosa que he preparado para ti.

- ¿Cómo lo haces? Dmitriy.

- ¿El qué?

- Tener tiempo para sorprenderme con cosas que no espero. No lo entiendo. Tienes tiempo limitado, siempre estás trabajando. ¿Cómo es posible?

Sonrió orgulloso. Por su mirada adivinó que sorprenderla era una cosa que le encantaba hacer. Sus ojos se mostraban alegres y brillaban con igual de intensidad que una estrella en una noche oscura sin luna.

- No importa si tengo tiempo o no. Simplemente lo busco cuando quiero hacer algo para ti. Para algunas cosas tiro de mis hombres. Para otras yo mismo soy el que se encarga. No hay más. No quiero que me veas como el hombre más maravilloso de la tierra, únicamente quiero que veas a un hombre que lo intenta. Que solo tú haces que quiera intentarlo.

Besó su cabeza. La televisión sonó avisando que una película empezaba. ¡Sí, sí! Dimitriy cambió de canal. Con los morros y ojos fruncidos se apartó de su pecho. Se cruzó de brazos.

- No vamos a ver Bajo la misma estrella.

- ¿Por qué no? Es una historia preciosa, real, a la par que triste.

Esperó que volviera a cambiar de canal. Le hizo pucheros con la boca para convencerle cuando vio que no daba su brazo a torcer.

- Lloraras. — Objetó en desacuerdo.

- ¿Y qué?

- Que no me gusta que llores. — Informó.

Su corazón se llenó de gozo.

- Dmitriy, no pasa nada porque una persona llore viendo una película. Es una historia bonita, pero triste. Es lógico que suelte alguna lágrima.

- No quiero que llores. El pecho me hace cosas raras cuando veo lágrimas en tus ojos.

¡Qué rico!

- Por favor... — Suplicó.

Dmitriy negó con la cabeza.

- ¡Por fa! ¡Por faaaa!

Lo vio soltar el aire en abundancia y supo que se había salido con la suya.

- Te quiero.

- ¡Pelota!

Rió en sus brazos y fijó la vista en la pantalla. El tiempo fue pasando. Rió y lloró. Dmitriy en todo momento la regañaba y quería cambiar la televisión. Cuando llegó la muerte de Augustus el llanto fue incontenible.

Dmitriy con dulzura levantó su cabeza. Con los ojos llenos de lágrimas acarició su zona de la cara favorita. Pudo ver la confusión en sus ojos, para él aquella situación le venía grande. Ni entendía porque lloraba, ni porque la angustiaba una película de esa forma.

- Soy una llorona. — Le dio una sonrisa tristona.

- No puedo rebatir tu alegato.

Le dio un golpe en el pecho.

- ¡Eres un insensible!

- ¿Ahora vas a pagar el pato conmigo? — Soltó alucinado.

Cada vez entendía menos. Quería ver la película y se la había puesto. Se había reído y había disfrutado viendo su sonrisa soñadora. Había llorado y la había abrazado reconfortándola. Ahora la escritora mataba al muchacho en vez de buscarle una cura milagrosa como hacían en otras películas y él era a quien su novia atacaba como si hubiera sido culpa de él.

Claro que le parecía una historia triste, no se imaginaba él en su vida aceptando que iba a morir, saber que su muerte estaba próxima, que ya no tenía tiempo... Saber que no solamente él sufría si no que todos los que estaban a su alrededor y le querían sufrían su deterioro inminente. La vida era así de dura y cruel.

Cada día se veían casos de niños, adolescentes, adultos, personas mayores con esa enfermedad que no daba tregua. Años, meses, días de lucha. Manteniéndose firmes y en pie, con la frente siempre en alto. Orgullosos de tener un día más y agradeciendo el apoyo y ánimo de sus familiares. Tratamientos, pruebas y un largo camino donde al mirar hacia delante no se veía el final de la pesadilla. No era fácil, los ánimos se deterioraban y las energías escaseaban. Miles de casos, miles de historias, miles de sentimientos, miles de emociones, pero todos coincidían en una única meta; luchar con valentía y con todas sus fuerzas afrontando el miedo sin dejar que su espíritu fuera derrotado.

- Eres una llorona porque sabes que se asemeja a lo que hoy en día está ocurriendo en la vida real. Sabes que no es ficción, ni un cuento inventado, si no que sabes que hay gente que como esos muchachos día tras día viven una situación similar. — Besó su cabeza con ternura. - Y eso te entristece y te hace llorar.

- ¿Entonces no piensas que soy una sensiblera tonta que llora por una película?

Dmitriy le dio una sonrisa y la miró directamente a los ojos.

- No. Creo que eres hermosa y que tienes un corazón tan grande que no te coge en el pecho.

Sonrió como una tonta. ¡Cómo le gustaba que le dijera cosas como esa! Para qué iba a mentir, ese hombre era perfecto. Ahora que lo miraba con otros ojos, sus defectos para ella habían dejado de existir. Solamente era capaz de ver las

palabras preciosas que le decía, los besos tiernos y suaves que le daba y las miles de sorpresas que ingeniaba para ponerle una sonrisa en la boca.

Arrimó su cabeza hasta su hombro. Se apoyó sobre él y dejó su rostro escondido en su cuello. Besó aquella zona con mimo y traviesa le dio un mordisco. Dmitriy se puso igual de recto que una antena.

- Creo que es hora de ir a preparar la cena.

Delicadamente la cargó y dejó sobre el sofá. Se apoyó en el respaldo e incrédula lo miró. Su espalda ancha y su culo divino era todo lo que veía mientras caminaba a la cocina.

Resignada por su huída, se recostó en el enorme sofá y fue pasando canales. No le había dicho que tuviera que ayudarle a hacer la cena. ¡Ay, no! Él no sabía cocinar...

- ¡Dmitriy!

Se levantó con presteza y se acercó a la cocina con pasos intermedios. No quería excederse y verse otra semana en cama.

- ¿Qué haces?

- Voy a hacer la cena.

- Ni de coña.

- ¡Dmitriy no voy a comer comida a domicilio! El doctor dijo nada de esfuerzos. Que yo sepa hacer algo ligero como una tortilla, no es esfuerzo.

Dimitriy le dio una de sus miradas de advertencia. No le estaba gustando nada que le estuviera llevando la contraria. Se plantó en sus ideas y abrió la nevera.

- ¡Halaaaa!

- De nuevo te cargas otra sorpresa. — Dijo más divertido que enfadado. - Mi

madre ha dejado la cena preparada y además te ha preparado una tarta de chocolate.

Se giró. Sus ojos buscaron los suyos. Le dio una mirada apenada y juntó las manos quedando las manos unidas, pegadas a su pecho y con los dedos apuntando al techo.

- Lo siento. — Dijo con boca pequeña.

¡Otra vez la había liado!

- Ves y siéntate. — Señaló el sofá.

Sin rechistar así lo hizo, pero primero dejó un beso en su barbilla y volvió a repetir que lo sentía. Tomó asiento frente al televisor y se entretuvo mirando el tiempo. Lluvia y más lluvia. El tiempo no daba tregua. Casi toda la semana seguiría lloviendo.

- Oye, Dmitriy, ¿que dijo tu madre sobre esto? — Señaló por encima de su espalda.

Dmitriy miró hacia donde le estaba señalando. Ocultó una sonrisa en cuanto sus ojos dieron con el grafiti. Arqueó una ceja hacia él instándole a que le respondiera.

- Primero me gritó durante una hora, luego me dio un sermón de lo que significaba la palabra romanticismo y me especificó que eso no lo era. Que eso no era otra cosa que estropear la pared y para nada halagador.

Se abstuvo de reír. No conocía mucho a Keith, pero había imaginado que sería algo como lo que acababa de escuchar. Muy a su pesar, no estaba de acuerdo. A ella le gustaba. Vale, sí, había jodido una pared, pero eso es lo que le había gustado, que a él no le había importado para hacerle ver que la quería.

- A mí me gusta. — Informó.

- ¿Entonces no hago lo que dijo mi madre?

Lo observó con curiosidad.

- ¿Qué es lo que te dijo ?

Dmitriy colocó los platos en la mesa y observó la pared como si la estuviera estudiando.

- Que cogiera un cubo y jabón y frotara hasta que no quedara ni sombra de la pintada y que si no salía frotara con más fuerza hasta que mis manos sangraran y recordara que eso era horrendo.

Rompió a reír mientras se dejó caer en el respaldo del sofá. Eso si sonaba más a Keith. Durante minutos rió sin parar. Dmitriy que no dejaba de mirarla se unió a ella con carcajadas estridentes.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

- Dmitriy, por favor, basta.

- No.

- ¿Pero por qué?

- El doctor...

- No sigas con ese rollo. — Cortó poniéndole el dedo a la altura de la cara. -
¿Qué clase de esfuerzo ves tú en estar sentada en la oficina revisando paquetes?

- No.

¡Aaaah, iba a cogerle la lengua y a hacerle un nudo en ella!

- Voy a ir y no hay más discusión.

Se giró y subió al guardarropa. Buscó un pantalón y un jersey. Cuando encontró un pantalón de vestir en tono marrón lo tiró sobre la cama. Después se hizo con un jersey beige de lana y frente al espejo se vistió. Se dio la vuelta y se sentó en la cama para colocarse unos zapatos de tacón bajo. Se recogió el pelo en un moño y decidida a salirse con la suya volvió a la cocina.

Mientras se servía un café sintió la mirada helada de Dmitriy sobre ella. Por muy fría que fuera, su cuerpo enseguida empezó a calentarse. Se obligó a mantenerse impasible y se sentó con la taza en sus manos.

- Leona, no quiero discutir.

- ¿Quién discute? — Le dijo molesta.

Se había empeñado en que hasta el lunes no pisara la oficina. Habían pasado tres días y hasta el lunes todavía faltaban cuatro. Estaba harta, no aguantaba más sin hacer nada y para rematar su humor encerrada todo el día con Claudia supervisándola por las mañanas y Dmitriy encima de ella; tarde y noche. Y por encima no se refería a encima de su cuerpo, porque el capullo también se negaba a tocarla hasta el lunes.

¡Vamos que era normal que se subiera por las paredes como si fuera una lagartija!

- Cualquier mujer estaría contenta de que su novio se preocupara por ella como yo lo hago por ti. Eso sin contar que estarían dichosas de disponer de dos semanas de vacaciones. — Comentó con calma.

¡Claro que le encantaba! ¿Ella había dicho lo contrario? No. O Dmitriy no la escuchaba o es que sufría de falta de memoria y pensando que se lo había dicho mil veces, se le había olvidado. ¿Por qué era tan tozudo?

- Yo no. — Remarcó con énfasis. - No me gusta estar encerrada. No me gusta que estéis vigilándome como si fuera una viejecita que no puede cuidarse por ella misma. No me gusta que os estéis comportando de esta manera tan irracional y lo que más me joroba es que llevas tres días sin concederme lo que quiero. — Recuperó el aire que había perdido. - Así que deja de seguir calentando los humos porque puedes salir muy escaldado.

Levantó su taza de café y con tranquilidad se lo bebió. Luego dejó la taza en el fregadero. Dmitriy ya estaba cerrando el portátil. Se adelantó y se paró cerca de la puerta. No estaba segura de que su cabezón personal autoritario, hubiera entendido lo que le acababa de decir. En realidad entender, claro que lo había entendido, pero el tarado quería que se quedara en casa tumbada leyendo "Bajo la misma estrella" que le había regalado hacía dos noches.

Se echó a reír dejando a Dmitriy a unos metros de ella desconcertado. No podía remediarlo. Esa noche habían tenido una nueva discusión porque su hombre de hielo había hecho voto de castidad hasta el lunes. Cansada de que cada acercamiento que ocasionaba, él lo hiciera dos veces más lejano, se metió en la cama. Se tapó hasta la barbilla y le dio la espalda. Cuando Dmitriy intentó abrazarla, solamente recibió un manotazo en la mano. Tras hacer el intento tres veces sin logro alguno, lo escuchó rebuscar en el cajón de la mesita. Segundos después tenía un cuadrado de papel rojo de regalo con un lazo frente a los ojos. Se levantó emocionada y durante varios minutos olvidó su enfado. La decepción fue grandiosa al abrir el paquete y ver el libro. Entrecerró los ojos y le hizo saber lo que le parecía su regalo lanzándoselo a la cabeza seguido de las palabras: ¿Y para qué quiero yo esto si ya he visto la película?

- ¿Nos vamos? — Espetó algo más brusca de lo que pretendía.

- ¿Te puedes aclarar? O estás enfadada o calmada. No puedes volverme loco con tus cambios histéricos.

Punto ganador para el hombre de hielo. Tenía que dejar de pensar así, cada vez se le hacía más difícil etiquetarle con ese sobrenombre. Primero porque ya no lo sentía así y segundo porque era ridículo que todo el tiempo estuviera pensando en comérselo a besos y a la vez estar llamándole de esa forma. Tampoco es que tuviera mucha relevancia, ya no lo hacía por criticar o faltar de una forma amable el respeto. No, sus palabras eran bastante diferentes a como eran en un comienzo; ahora eran dichas por decir y desde el cariño.

- ¡Enfadada!

Dmitriy puso los ojos en blanco. Pasó por su lado, pero antes de dejarla atrás, se detuvo. Acercó sus labios a su oreja y dijo:

- Si supieras lo deseable que te ves cuando estás enojada.

Mordió el lóbulo de su oreja. La respiración se le cortó. ¡Tenía que hacerse pruebas ya! Dmitriy se alejó de ella. Increíble, estaba excitada y ni siquiera su cuerpo había rozado el suyo. Vio como se dirigía hacia el auto. Paolo mantenía la puerta abierta; seguía lloviendo. Corrió y se internó en el interior del coche. Como esperaba, Dmitriy la carbonizó con sus letales ojos grises.

El trayecto hasta la oficina fue silencioso y agonioso. No soportaba ver a Dmitriy con el maldito teléfono comprobando esos dichos balances. Entraron juntos por la puerta, pero parecían dos extraños. Él iba inmerso en el aparato, ni siquiera abrió la boca para saludar a sus trabajadores. Ella en cambio sonrió y saludó levantando la mano al pasar.

- ¿Por qué eres tan antipático? — Preguntó una vez entraron en el elevador.

- ¿Yo?

Miró de un lado a otro como si buscara a alguien más en aquel espacio. Luego regresó la vista a los ojos grises que la observaban.

- ¿Ves a otro aquí con quien pueda hablar?

- No soy antipático.

- ¡No que va! Tu eres nulo social.

- ¿Nulo social? ¿De qué hablas?

¡Alucinante! No era consciente de su actitud pasota.

- De toda la gente que trabaja para ti. No eres capaz de levantar la mirada y darles un cordial saludo. De hecho, no eres capaz ni de dar un simple gracias cuando te atienden. — Especificó.

Dmitriy la observó durante los segundos que tardaron en abrirse las puertas. Salió sin darle una respuesta. Le siguió y segundos más tarde cada uno se sentó a su mesa. Se apoyó en la mesa con los brazos cruzados y le miró. Todavía esperaba una respuesta.

- Deja de mirarme como si fuera un bicho raro.

- Es que lo eres.

- ¿Por qué? ¿Por qué no pierdo el tiempo en saludos y sonrisas? Tienen un buen trabajo, un buen sueldo, vacaciones, pagas extra e incluso facilidad para tener días que necesiten libres, sea por una reunión de escuela, por una cita en médicos, por algún percance familiar...

- ¿Y por qué seas un buen jefe, no puedes ser humano?

- Si te prometo saludar incluso a quien no conozco, ¿dejarás el dichoso temita?

Asintió con una sonrisa. Con eso se conformaba. Por lo menos de momento, más tarde le enseñaría a agradecer el trabajo que hacían por él, mientras él estaba sentado en su caro y bien decorado despacho.

- Pues empieza a trabajar.

Así lo hicieron los dos. El tiempo pasaba y cada vez su trabajo se le hacía más sencillo. Era adictivo. Cuando una cosa era fácil de hacer, esa tarea enganchaba, además de que el tiempo se hacía más corto. Tan sumergida estaba que apenas miraba la hora, cuando quería darse cuenta, su jornada había concluido y era hora de volver a casa. Por eso le gustaba trabajar y por eso esos días en los que se había visto incapacitada en la cama, habían sido los peores de su vida.

Un golpe hizo que levantara la cabeza del ordenador. La confundió ver a Dmitriy dándole un golpe a la mesa. Enseguida supo que ese era el sonido que la había asustado. Se levantó de su silla a la vez que de nuevo la mano de Dmitriy impactaba contra la mesa.

- ¿Qué sucede?

Dmitriy buscó su voz. Su mirada empezó desde los pies y fue ascendiendo con lentitud hasta encontrarse con sus ojos. No lo vio venir. Cuando se quiso dar cuenta, Dmitriy la había subido encima de la mesa y la besaba con brutalidad. Sus manos no se entretuvieron y fueron directas al botón de su pantalón.

- Recuéstate hacia atrás y levanta un poco.

Confundida por su repentino cambio, hizo lo que le había pedido. Dmitriy fue rápido y tiró de la prenda como si fuera el fin del mundo y necesitara enterrarse en ella antes de morir.

- Si te hago daño quiero que me lo digas.

- Dmitriy...

- ¿Me lo dirás? ¿Puedo confiar en ti?

Asintió a pesar de que no entendía nada, pero no le importó.

- Quiero que me lo digas.

Se acercó y apresó sus labios con los dientes haciendo la suficiente presión para

hacerle sentir un leve dolor. Un gemido escapó de sus labios envolviendo toda la habitación. Ese leve dolor incrementó el calor en su piel.

- ¿Leona? — Dijo desesperado soltando su cabello.

- Te lo diré. — Afirmó con una sonrisa.

Con maestría y habilidad Dmitriy arrancó su braguita. ¡A comprar ropa nueva! ¡Viva el abuso de fuerza! Le abrió la piernas sin delicadeza. Arrastró la mano hasta su cabello y tiró con fuerza para mantenerla casi sentada y mirando sus ojos. Su boca se abrió soltando un grito; Dmitriy de una estocada dura se había adentrado en ella. No se detuvo. Siguió arremetiendo con fuerza obligando a su vagina a abrirse un poco más con cada golpe. Le dolía, pero a la vez le gustaba. Las sensaciones por el descubrimiento, se propagaron con rapidez por su cuerpo. La excitación crecía... Y crecía... Con cada golpe furioso que llegaba hasta lo más hondo de sus entrañas, su orgasmo se iba originando como un huracán que iba a terminar destrozándola.

Dmitriy ahondó en sus embestidas. Se sentía cerca. Sus gemidos sonaban sin forma de poder contenerlos entre medio de su respiración entrecortada. Dmitriy cada vez era más impetuoso. Entraba y salía una y otra... Y otra vez sin detenerse. El agarre en su pelo había pasado a ser imposible de ignorar. Sus dedos se enredaban persistentes en mantenerla inmovilizada observando sus ojos mientras la poseía.

- ¿Te gusta?

Jadeó en respuesta.

- Contesta. — Ordenó sin apartar sus ojos de ella.

- S... Sí.

Otra embestida demoledora le había dificultado el habla.

- ¿Cuanto?

Mordió sus labios. Estaba segura que le había provocado un corte. Había sentido el sabor de la sangre mezclado con su saliva.

- Cuanto. — Repitió tirando de su clítoris con la mano libre.

- ¡Mucho!

Las embestidas se descontrolaron. La fuerza con la que arremetía y la profundidad que alcanzaba, la hacían sentir que en cualquier momento la iba a desgarrar por dentro. Siguió con esa intensidad unos minutos más, los suficientes para que el clímax la demoliera dejándola agotada y casi sin conocimiento mientras Dmitriy se derramaba empujando una vez más en su interior.

El agarre en su cabello se suavizó. Se dejó caer hacia atrás con el corazón a mil por hora. Temía que en cualquier momento le fuera a estallar. Dmitriy la siguió sin salirse de su interior. Se sostuvo sobre las palmas de sus manos a pesar de que se veía que estaba cansado por el esfuerzo que había hecho.

- ¿Estás bien?

- ¿Qué ha pasado? — Contestó con otra pregunta.

Respiró con fuerza para seguir recuperando todo el oxígeno que había perdido en la sesión espontánea sexual. Todavía estaba procesando lo que acababa de ocurrir y debatiendo con ella misma, como era posible que un acto con el que se tenía que haber sentido indignada, le había provocado nada más que placer.

Dmitriy no había sido cariñoso, no había sido amable, no había sido cuidadoso, no había sido generoso... ¿Era normal sentir que había estado bien? Su forma posesiva de sostenerla, su manera de reclamarla ferozmente, sus ojos unidos a los suyos enseñándole por primera vez quien mandaba... Exigente, controlador, duro, cogiendo lo que quería... No, no se veía como algo normal, si no que había sentido que Dmitriy necesita oírle chillar como nunca. Y vaya si lo hizo, sus gritos eran sonoros e inevitables entre dolorosos y placenteros. Sí, estaba claro que había disfrutado.

- Malas noticias.

Dejó un beso en su cuello. Alargó la mano y cogió unos pañuelos de papel de la mesa. Se puso de pie. Primero se entretuvo en limpiarla perfectamente a ella y luego se dedicó durante unos minutos a hacer que la mezcla de jugos desapareciera de su piel.

- Si compartes conmigo lo que te preocupa, quizás pueda ser de ayuda. — Comentó con una sonrisa, mientras bajaba de la mesa.

- No te preocupes, lo solucionaré, solamente es un cliente disgustado por la campaña que hemos hecho de su producto. — Le dio una sonrisa, que ni por años luz se tragó. - Vuelve al trabajo.

Molesta por su forma de alejarla de lo que le estaba atormentando, se giró y recogió el pantalón. Una vez se lo hubo puesto de nuevo tomó asiento en su mesa.

Una hora después seguía sin poder concentrarse. Se levantó y sin decir una palabra se dirigió a la sala para prepararse un café. Ni Dmitriy la detuvo, ni hizo pregunta alguna. Se apoyó en la pared, mientras esperaba que la máquina terminara de echar el líquido. Preparó un vaso de plástico con tres cucharadas de azúcar. Cogió la jarra. Echó en el vaso el suficiente para que estuviera a su gusto y añadió leche fría.

Regresaba de la sala con el café en la mano hacia el despacho, cuando se encontró con la secretaria de Dmitriy.

- Hasta luego.

- Adiós.

Extrañada miró el reloj en la pared. ¡Las dos! ¿Cómo no se había percatado de la hora? Se regañó por haber sido tan despistada. Tan ensimismada estaba en lo que era lo que tenía a Dmitriy nervioso de la leche que se había olvidado de lo demás. La mitad del tiempo lo había pasado intentando descifrar sus gestos. Como siempre no había conseguido nada; Dmitriy con su imperturbable cara seria, no se lo permitía. Era magnífico ver lo sencillo que era para él ocultar sus

sensaciones, sus emociones, sus preocupaciones. No había hueco abierto por donde encontrar debilidad. Por eso lo mejor era cerrar la boca y no agregarle más tensión.

Llegando a la puerta la voz conocida de Mijaíl, hizo que se quedara muy quieta y muy cerca de la puerta. Vale, estaba mal, eso ella ya lo sabía, pero los problemas y discusiones que les había visto tener últimamente, tenían que tener una explicación. Y ella quería saberla.

- Que descortés y eso que soy tu hermano. Antes por lo menos me ofrecías asiento.

- Mijaíl. — Dijo en advertencia. - No estoy para escuchar tu sarcasmo.

- ¿Y eso? Con lo feliz que se te ve. — Soltó con mordacidad. - Será que los remordimientos te están quemando los sesos.

- Ya, Mijaíl. — Dijo en actitud derrotada.

- Cuando se lo vas a decir, ¿eh?

Debido a la intriga que sentía, su mano apretó con demasiada fuerza el vaso y casi todo el líquido se derramó por su mano. Aflojó la fuerza y siguió escuchando. Más tarde ya se limpiaría.

- No puedo.

- Ya veo... No puedes, pero diste tu palabra. Llama y di que no. Que no lo vas a hacer.

- Tampoco puedo.

Se asomó con cuidado por la rendija de la puerta. Dmitriy sostenía la cabeza entre sus manos. Miraba la mesa perdido y negaba una y otra vez en un claro síntoma de angustia.

- He recibido hoy un correo. Las instrucciones son claras. Debo hacerlo antes de

cuatro días.

El estómago se le encogió. Se le veía tan abatido, tan desesperado... Quería entrar y abrazarlo. Si lo hacía podía olvidarse de encontrar respuestas.

- ¿Qué vas a hacer?

- ¡Joder, Mijaíl! En vez de ayudarme, no haces otra cosa más que añadir tensión a mis hombros.

- ¿Qué quieres que te diga? Hermano. — Remarcó con desprecio en la voz. - Ya te lo dije, pero lo repetiré.

Contuvo el aire a buen recaudo en sus pulmones temiendo que un simple soplo la delatara.

- Tú no fuiste a buscar a Diego. Tú no provocaste la discusión. Tú no fuiste el que le dio un guantazo haciendo que tropezara, llevándose un golpe que le hizo estar cuatro días en el hospital.

- Lo sé. ¡Joder!

Vio como se pasaba las manos por el pelo cansado.

- ¿Y entonces por qué pagar tú?

- ¡Por qué es nuestro hermano! ¡Por qué si yo no dejo a Ariel ella va a presentar una denuncia contra Diego en la que le acusara de matar a su hijo!

- ¿Y qué? Diego nos ha hecho mucho daño, empezando y finalizando por ti.

- Pero sigue siendo mi hermano. — Apuntó con pesar.

Se quedó pensativa. Las piezas empezaban a colocarse cada una en su sitio. Ahora veía todo lo que Dmitriy no dejaba que viera. Comenzaba a entender porque a ratos se lo encontraba observando a la nada. Porque a veces lo escuchaba hablar solo como si estuviera discutiendo con alguien. Porque

últimamente le costaba controlar el sueño. Porque en muchas pláticas perdía el hilo de la conversación y se sumergía en una cápsula de aislamiento.

El pecho se le presionó con mucha fuerza. Parecía que alguien quería arrancárselo sin anestesia y todavía no sabía los datos enteros, ni lo que supondría su descubrimiento.

- ¿Dónde está Diego?

- Sigue en Boston. Después de dejar a esa cobra que se hace llamar mujer, se trasladó allí.

- Estuviste cuatro días en el hospital con ella, fuiste su puta asistente consintiéndola en todo lo que pedía y no conseguiste que cambiara la versión de los hechos. ¿Por qué crees que se detendrá cuando dejes a Ariel?

Observó como Dmitriy lo miraba a los ojos. En silencio se comunicaban. Se le hizo eterno a la vez que doloroso todos esos segundos en los que ninguno de los dos abrió la boca. Su dolor se intensificó. No podía creer que esa mujer estuviera dispuesta a arrasar con sus vidas como el mar cuando se levantaba enfurecido y se tragaba ciudades.

- ¡No me vengas con esta mierda! — Gritó Mijaíl poniéndose de pie. - No es todo ¿verdad?

Le propinó una patada a la silla. Se asustó. Menos mal que había sido precavida y se había tapado la boca con la mano.

- No. Además de dejar a Ariel, tendría que volver con ella. Esa es la única manera para que Diego no sea encerrado durante años por algo que no ha hecho.

Las lágrimas se derramaron de sus ojos. Escuchar lo que esa perra pretendía, le descompuso el cuerpo. De pronto tembló sin remedio.

- ¿Qué no ha hecho?

- Que no lo hizo. — Aseguró contundente.

- ¿Y cómo estás tan seguro?

- Porque Diego será todo lo que quieras, pero en la vida tocaría a una mujer para maltratarla. Los dos sabemos lo mucho que le gustan las mujeres. ¿Alguna vez haz oído que le haya puesto un dedo encima a una sola mujer?

Mijaíl negó con la cabeza dándole la razón a su hermano y entendiendo lo que hacía días intentaba explicarle.

- Estoy seguro que ir a verle, sí fue. Pero nada de lo que ella dice pasó y el problema es que no tengo forma de demostrarlo.

Se alejó de la puerta. Ya no podía seguir conteniendo los sollozos. Se acercó a los cristales. Apoyó la mano y mientras sus lágrimas corrían, de la misma forma vio caer la lluvia.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Removió los tallarines. De un lado a otro los pasaba con el tenedor. Dmitriy no dejaba de mirarla. Le estaba costando mucho no encontrarse con sus ojos; era lo que más le gustaba, verse reflejada en ellos. Siguió haciendo como que comía. No podía mirarle a la cara. No si quería que todo saliera como lo había planeado en su cabeza.

- No me engañas.

- ¿Qué? — Se hizo la perdida.

- Leona, no estás comiendo.

Dmitriy se giró hacia ella. Dejó su tenedor y llenó el suyo con una proporción de comida bastante abundante. Lo sostuvo frente a sus labios sonriendo como si todo estuviera bien. Tragó con fuerza tratando que el nudo amargo que tenía en la garganta bajara y le dejara respirar con plena normalidad. De poco sirvió, el nudo cada vez se hacía más espeso, más grande y más difícil de tragar.

Con las ideas claras y miles de sentimientos en su pecho, cogió delicadamente la mano de Dmitriy y la bajó. Sus ojos la miraron y miraron... Desvió la mirada porque si no, no sería capaz de acabar con aquello.

- Me mentiste. — Dijo en un hilo de voz.

¡Acusar! ¡Acusar! Se recordó. Tenía que acusar para que creyera que estaba enfadada.

- No se de que hablas.

Ladeó la cabeza buscando sus ojos. No los encontró. Estaba decidida a hacer lo que tenía que hacer, por mucho que el alma se le quebrara.

- Susana. Boston. Estuviste con ella.

Dmitriy la cogió por la barbilla con ternura e hizo que le mirara a los ojos.

- No se de donde sacas esas estupideces, pero eso no es verdad.

¡Ahora si la había cabreado! ¿Cómo era tan embustero? ¿Cómo podía negarlo cuando lo había descubierto? En realidad no estaba molesta, todo era una actuación. Tenía que ser así. Ahora que le mintiera a la cara, eso si la hacía querer darle un puñetazo en la boca y echarle los dientes abajo.

- ¡No mientas capullo!

Quito su mano de su piel con un brusco manotazo.

- ¡Estabas con ella! Mírame. — Ordenó al verle bajar la cabeza. - Niégalo. ¡Vamos!

Esperó y como no obtuvo respuesta siguió adelante. Extrajo el teléfono de Dmitriy. Le había costado horas encontrarlo, pero lo había hecho. Había aprovechado que él esa tarde se había quedado en el despacho y había puesto aquella casa patas arriba hasta dar con él. Tonto que pensó que lo tenía todo bajo control y no se había preocupado en esconderlo mejor; lo había encontrado en una de sus chaquetas caras en el guardarropa. Se lo estampó furiosa en el estómago.

- ¿No es ese tu móvil perdido?

- Escúchame.

Se puso de pie y trató de abrazarla. Se removió y dio un paso atrás escapando de sus manos.

- ¿Tendría que escucharte? ¡Me has mentido! Mientras yo estaba en esa cama tirada sin poder moverme... Tú... ¡Tú estabas con ella! ¡De nuevo me dejaste tirada!

Esas palabras le estaban atravesando el alma como si fueran espadas tanto o más que a él. No era cierto, él solamente estaba intentando ayudar a su hermano con la injusticia que se estaba cometiendo contra él. Y eso la enamoró más todavía. Le estaba demostrando que ese corazón que tenía escondido; había perdonado a

su hermano y que aun habiéndole traicionado con la peor de las traiciones, él no lo quería dejar a su suerte.

- Cariño, hablemos, no te enfades.

Esa palabra dicha con tanta devoción, acabó de partirle el corazón. ¡Quería echarse a sus brazos!

- No estoy enfadada.

- Cualquiera lo diría... — Trató de rebajar la tensión.

- ¡Por qué estoy furiosa gilipollas!

Giró sobre su eje dándole la espalda. Con las lágrimas más amargas atravesó el baño y se encerró en su dormitorio. Cogió la libreta y el bolígrafo que hacía una hora había preparado y escribió sin pausa hasta que todo lo que tenía que decirle quedó grabado en esas hojas. Cuando finalizó, había pasado media hora. Miró por última vez esos papeles. Agarró el libro que Dmitriy le había regalado. Metió las hojas dentro, lo cerró y luego dejó un beso en la portada, colocándolo segundos más tarde encima de la mesita de noche.

Se acurrucó y lloró. Esa era la esperanza que le quedaba. Si Dmitriy no encontraba esas hojas... Él sería libre, pero ella...

Se despertó sobresaltada. Las lágrimas caían por sus mejillas. Se pasó la mano por los ojos y se las limpió con rabia. Eran culpa de los nervios. Los tenía en la boca del estómago y por eso la angustia le oprimía el pecho con tanto ímpetu que la hacía despertar en medio de la noche como si alguien la estuviera estrangulando.

- ¿Dmitriy? — Llamó sabiendo que no obtendría respuesta.

Se giró y con los ojos borrosos contempló con pena el lado donde todas las noches Dmitriy estaba abrazándola.

¡Debía cambiar la actitud!

Le estaba costando... No debería ser tan difícil. Aquello era una maldita farsa. Quería ir y gritarle a la cara, pedirle perdón por ser tan retorcida, pero no podía y no debía. Si querían tener una posibilidad, su plan debía salir bien. No dejaría que esa bruja se saliera con la suya y mucho menos consentiría que se lo quedara a base de chantajes sin escrúpulos. Para eso ella se había criado entre víboras... Dmitriy era suyo, su hombre. Con sus cambios extraños, con sus humos malhumorados, con su control excesivo y con su protección desmesurada. Suyo y punto. Ninguna perra falseada se iba a apoderar de lo que le pertenecía con juegos sucios.

Inquieta se puso boca arriba. Las lágrimas no se detenían. Lo intentaba y aun así no la obedecían, salían libres como si tuvieran vida propia. La lluvia chocaba contra el cristal. Con el sonido relajante del agua impactando contra el techo transparente, los ojos se le fueron cerrando.

- Ariel... — Escuchó que la llamaban. - Ariel, despierta.

Agotada por la noche tortuosa que había pasado, se giró hacia el otro costado y con los ojos cerrados, subió las rodillas hasta tocar su pecho y poder rodearlas con sus manos, quedando acurrucada; postura que dejaba claro lo mal que se encontraba.

Cuando abrió los ojos, no había nadie en la habitación. Miró a su alrededor y solamente se encontró una habitación enorme y silenciosa. Suspiró. Probablemente se lo había imaginado. No le extrañaba. Tenía las emociones a flor de piel. Se levantó con determinación. Era hora de seguir adelante. En ese momento ya no podía dar marcha atrás.

Sobre las diez, se puso a dar vueltas por el salón. Cada vez estaba más nerviosa. El timbre sonó y durante unos segundos se entretuvo en mirar hacia allí. Finalmente, se movió y abrió la puerta.

- Hola Mijaíl.

- ¿Qué te ha pasado? Estás...

- Lo sé. Me he mirado al espejo. Gracias por ser tan observador.

¡Daba asco! Sin más vueltas. Sus ojos estaban rojos, la nariz le moqueaba y su cara expresaba la tristeza que la atenazaba. Por no hacer expresa mención a que se había vuelto a provocar cortes con las uñas de sus manos.

- Sentémonos. — Le indicó con la mano el sofá.

Había dispuesto la mesa con una cafetera, dos vasos y un cartón de leche. Habitualmente, no lo hacía así, pero creía que iba a necesitar más de un café para que su cuerpo se llenara de la energía que necesitaba.

- Te ves fatal. Empieza a hablar porque me estoy preocupando.

Asintió. Tenía que dar otro paso más, lejos de Dmitriy. Por eso le había llamado, por eso estaba ahí y por eso ella llevaba desde que cortó la llamada llorando sin cesar.

- Necesito que distraigas a las niñeras. Quiero irme y con ellos vigilando, no puedo.

- ¿Qué? — Se levantó de golpe. - ¿Quieres que mi hermano me corte las pelotas?

- Siéntate. — Ordenó. Cuando lo hizo siguió hablando. - Ayer escuché la conversación que tuvisteis en el despacho.

- Um. — Sus ojos se apagaron. - ¿Y por qué quieres irte?

Le sonrió como diciendo "piensa, no seas vago".

- No voy a permitir que esa mujer se salga con la suya. — Dijo rotunda.

- Vale. ¿Pero por qué irte?

- Por qué no puedo actuar si no me muevo de aquí. ¿No lo entiendes?

Los ojos de Mijaíl se abrieron al completo. Por lo que pudo deducir viendo sus

ojos como si fueran planetas gigantes; ya lo había entendido.

- No. — De nuevo se levantó. - No me hagas esto. — Suplicó.

Se puso de pie, lo cogió del brazo y empezó a zarandearle gritando:

- ¡Reacciona, mierda! ¿No ves que tu hermano está entre la espada y la pared? Si no cede, tu hermano Diego se va a la cárcel y si cede... ¡La vida de tu hermano será un infierno! — Volvió a levantar la voz. - ¿Es eso lo que quieres?

- ¡No! — Reventó Mijaíl. - ¡Al igual que tampoco quiero que tu te condenes! ¡Joder!

Le dio la espalda. Se pasó la mano por la cabeza y luego la volvió a mirar. Se acercó a él y acarició su mejilla. Entendía su angustia. Era su mejor amigo. La quería y temía lo que pudiera pasarle.

- Yo me condeno. Yo elijo este camino.

- ¿Por qué? ¿Por qué no buscar otro modo?

Besó su mejilla con cariño.

- Porque el tiempo se agota.

Mijaíl resopló.

- Y porque le quiero y yo puedo evitarle ese infierno, es que con gusto yo me condeno.

- Dmitriy...

- Entenderá. — Afirmó.

Mijaíl se echó hacia atrás derrotado. Miraba el techo mientras con sus manos tiraba de su pelo con fuerza. Podía ver como le estaba doliendo tener que darle la razón y ser su cómplice; seguramente Dmitriy le daría la paliza de su vida.

- Vale.

A las doce toda su ropa estaba recogida. Mijaíl la había ayudado. Renegando, maldiciendo, dando patadas a las maletas... Pero lo había hecho. Miró de nuevo ese dormitorio que esperaba volver a ver pronto. Cerró los puños con fuerza y clavó sus uñas en las palmas para evitar que por enésima vez, sus ojos se anegaran de lágrimas.

Cogió el teléfono, tenía que dar su siguiente movimiento. Otro más... Lejos del hombre al que amaba.

- Hola. No esperaba tu llamada hasta esta noche. Melisa está por aquí concretando detalles para su fiesta de cumpleaños.

- Necesito tu ayuda. — Dijo antes de que siguiera hablando.

Su corazón protesto; iba a joder la fiesta de su amiga porque su felicidad dependía de ello.

- Tu dirás. — Respondió solicita.

- He discutido con Dmitriy y necesito quedarme unos días en tu piso.

No tardó ni dos segundos en contestar.

- Mi casa es tu casa, ya lo sabes, pero... ¿No crees que eso agravará las cosas? Digo... Por los gemelos.

¡Por eso mismo tenía que quedarse en su casa!

- No.

El silencio las envolvió. Las dos sabían que eso era tan falso como el cuadro de Picasso que su amiga Melisa tenía puesto en la pared de su salón.

- ¿Cuándo vienes?

- Voy saliendo.

- Entonces te espero.

Cortó la llamada. Se agachó para coger las dos maletas que luego Mijaíl le llevaría y se dirigió al salón. Mijaíl estaba esperándola y empezaba a temer que en cualquier momento su hermano los pillara con todo el pastel en las manos. Su intranquilo le delataba.

- El coche ya ha llegado. En cuanto me vea se detendrá cerca de los guardaespaldas. Mientras yo hago lo que hemos acordado. Tú debes subir al coche. No dispondrás de más que unos dos minutos.

- Gracias.

Le abrazó. Se colgó a su cuello y durante eternos minutos se negó a apartarse de él. La tranquilizaba la ternura con la que pasaba la mano por su cabeza. Era como el hermano que estaba calmando a una hermana pequeña llorona a la que el novio acababa de dejar.

- ¿Cómo harás para que Dmitriy no vuelva a ordenar tu seguimiento?

Sonrió y besó su mejilla.

- Para eso ya tengo otro plan.

Mijaíl le dio una última mirada. Comprendía que sus ojos estuvieran obstinados a seguir observando los suyos. No era mucho suponer que seguía esperando que se echara a atrás. No lo haría. Sonrió abiertamente y entonces Mijaíl suspirando abatido salió por la puerta.

Lo vio llegar hasta el coche de sus niñeras, hablar con ellos, sonreír como si todo fuera normal. Segundos después su mano se desplazó a su espalda con disimulo y su dedo pulgar se alzó hacia arriba; señal de que tenía que correr. Cuando Mijaíl sacó con rapidez un cuchillo y lo clavó en la rueda delantera, ella corrió desesperada hacia el coche que se acababa de detener a unos metros.

Una vez a salvo y con el seguro echado, observó como el coche se puso en marcha dejando atrás a los tres guardas que habían salido corriendo para atraparla. Lo último que vieron sus ojos miel, fue el altercado que Mijaíl y Travis estaban teniendo.

- Hola.

Su amiga la recibió apoyando el peso de su cuerpo en la puerta.

- Pasa y cuéntame que ha ocurrido.

- Solamente hemos discutido. — Atajó sin especificar el meollo del problema.

Se adentró en la sala y como ya la conocía se sentó en la silla. Sonrió a pesar de que lo que quería era llorar. No pensaba que dejar a un hombre fuera tan difícil y mucho menos que dolería tanto. Pero claro, no era un simple hombre. Esa era la cuestión, que Dmitriy no era cualquier hombre. Era el hombre que se había robado su corazón, el que la había enamorado, el que había hecho que su vida antes de él fuera una vida vacía y aburrida.

- Si no quieres hablar de ello, dilo. Pero no quieras que me crea, que acabas de dejar al hombre del que estás perdidamente enamorada y que te sientes feliz de cojones. Eso se lo cuentas a otra. — Regañó.

- No he dicho que esté contenta.

- ¡Sonríes queriéndome hacer tonta!

- Eso no es verdad. Lo que pasa es que no quiero hablar y tú no sabes de qué forma conseguir que lo haga para empaparte de todo.

Sus ojos se entrecerraron. La señaló con la mano, un claro signo de que la acababa de enfadar. ¡Qué bien! Otra discusión no le supondría mucho esfuerzo, hasta le vendría bien para olvidar que quería tirarse por la ventana para dejar de sentir la agonía que estaba sintiendo.

- ¡No soy cotilla!

- Sí, lo eres. — Dijo conteniendo el tono de su voz.

- ¡Me preocupo por ti! ¡Malagradecida!

- En ningún momento he dicho que no lo hagas. Solamente recalco que te excedés en tu postura porque es la única manera con la que logras información.

- ¡Perfecto! ¡Apañate con tus problemas! — Siguió moviendo la mano delante de su cara. - Cuando tengas ganas de llorar... Tampoco me busques. — Aclaró.

Pasaron casi el resto del día sin hablarse. A las seis de la tarde Claudia recibió una llamada que medió entre el malhumor que las dos tenían. Ni siquiera ella se creía que estando en un mismo lugar durante horas, estuvieran sin dirigirse la palabra, sin preocuparse de lo que hacía una o la otra. Vio como se encerró en el baño con el teléfono puesto en la oreja. Todavía no había visto a los gemelos por ningún lado.

Se levantó del sofá, dejando de prestarle atención al tiempo meteorológico. La lluvia no les daba tregua. Se asomó a la ventana y comprobó que sus niñeras estaban en la puerta. Sonrió con tristeza. Su tozudo hombre de hielo, no se daba por vencido. Le estaba costando la vida no contestar cada una de las llamadas que estaba recibiendo.

Cada vez que la pantalla parpadeaba con su nombre, el estómago se le encogía y las lágrimas acudían a sus ojos. Había intentado eludir el dolor con otra clase de dolor; y por eso ahora se veía con las manos rojas y con varios arañazos preocupantes. Incluso Claudia que había decidido ignorarla como si fuera un mueble más del salón, se había percatado y mostrado horrorizada.

La vibración de su teléfono de nuevo se hizo eco en el bolsillo de su pantalón. La desesperación que observaba en Dmitriy la afligía. El timbre sonó dos veces seguidas. Claudia que acababa de salir del baño se dirigió a abrir. Ni siquiera se giró, posiblemente fuera Mijaíl con sus cosas. Habían quedado a las cinco y media y ya llevaba media hora de retraso.

- ¡Ariel!

Todo su interior se tensó. Recompuso los gestos de su rostro y con una seguridad aplastante le dio la cara. Dmitriy pulso en la pantalla del teléfono que sostenía en la mano y su bolsillo dejó de moverse.

- ¿Qué haces aquí? — Preguntó como el que está hablando con un conocido.

- Te has ido. ¿Por qué?

Dmitriy buscó sus ojos. Siempre era así. El necesitaba comprobar en sus ojos lo que su boca decía. Para él, los ojos eran el espejo del alma.

- Dmitriy, anoche estuve pensando. Creo que todo ha sido muy precipitado. De odiarnos hemos dado un salto enorme en el que ahora vivimos juntos. Por eso creo que lo mejor es darnos un tiempo.

- ¿Me estás dejando?

- Sí.

Con las manos detrás de la espalda, tanteó hasta llegar al anillo. Con el corazón en un puño, lo extrajo de su dedo y lo sostuvo en la palma de su mano con fuerza. Se acercó a Dmitriy que la miraba ojo plástico. Cogió su mano y en ella dejó con reticencia el circular anillo dorado.

- Lo siento, pero es lo mejor.

La lengua se le hizo un nudo y tuvo que decirlo a la carrera para que las lágrimas se quedaran bien guardadas. Si en ese momento lloraba, Dmitriy no la dejaría marchar.

- Lo has hecho de nuevo.

- ¿Qué?

- Las manos. Tienes heridas que debes curar.

- Bueno...

Cuando se quiso dar cuenta, Dmitriy la había rodeado por la muñeca y tiraba de ella hacia el baño. Confusa por su acción, no tuvo argumentos para hablar, ni imponerse. Con Dmitriy, siempre sucedía así. Se quedaba sin palabras, sin ideas para actuar, sin objeciones que poner...

Pasaron por delante de su amiga que con una mueca penosa, no dejaba de contemplar lo que en su sala sucedía. Dmitriy cerró la puerta tras ellos y la hizo sentar en la tapadera del váter. Sin hacer mención a lo que hacía escasos minutos le había dicho, se metió el artilugio en el bolsillo de la chaqueta. Después rebuscó por todos los cajones como si fuera su casa hasta que dio con un botiquín pequeño. Se quitó la chaqueta, luego desabrochó los botones de las mangas y segundos más tarde se remangó las mangas hasta los codo.

- Deja las manos estiradas.

- Dmitriy.

- Haz lo que te digo.

Su tono había sonado tan firme que no le quedó de otra que hacer lo que le acababa de pedir. Con un cuidado y mimo extraordinario, empezó a limpiarle los cortes.

- ¿Te acabó de dejar y tú te preocupas de curarme los cortes?

No había podido morderse la lengua. ¡Es que no lo entendía!

- Que yo sepa no es un delito hacerlo. Así que deja de mirarme como si hubiera robado un banco.

¡Qué monoooo! Ella lo mandaba a la mierda y él se ponía a desinfectar sus heridas.

- Es... Muy raro.

- ¿Raro curarte?

Desvió un segundo los ojos para encontrar su mirada inquieta observándole con atención.

- Dmitriy, otro no estaría haciendo lo que tú estás haciendo, después de que le hayan puesto el anillo de compromiso en la mano.

¡No, no lo creía! Dmitriy Novikov aceptando las calabazas que le acababa de dar... No sabía ni cómo denominarlo. Estaba bloqueada con la actitud de Dmitriy.

- Te quiero. Para mi no hay nada más importante que tú estés bien.

¡Ooooh! Como siguiera por ahí acabaría llorando...

- Pero... Te he... Dejado... — Dijo con mucha dificultad.

- Y por eso no voy a dejar de quererte. — Sonrió. - Sé que estás enfadada. En unos días, cuando me dejes hablar y explicarte las cosas, todo volverá a la normalidad y tu vendrás a casa conmigo.

Casi se echó a llorar. Lo dijo con una veracidad tan demoledora, que por poco hasta ella se lo creyó. Que volvería, lo sabía, contra eso no había discusión. Pero estaba segura que no iba a ser tan pronto como él creía. No, si quería quitarle de encima a esa arpía que quería tenerlo a la fuerza y estaba dispuesta a utilizar todas las armas que tuviera para apoderarse de la fortuna que representaba casarse con Dmitriy Novikov.

- Algún día puede que me odies. Tal vez ese día seas tú quien no quiera verme.

Cogió aire para darse valor y decir lo que hace mucho tenía que haberle dicho.

- No me conoces, Novikov. No sabes de mí nada más que lo que yo te he contado. — Bajó la cabeza con pesar. - Soy una farsante y tú detestás las mentiras.

Cerró los ojos igual de fuertes que los labios; no era el momento de dar explicaciones.

Los dedos de Dmitriy en su barbilla, le asestaron un corrientazo y no exactamente de los que te da la electricidad y te hace echarte hacia atrás por el impacto. Al contrario, la descarga, provocó que olvidara el sentido y que al alzar la cabeza para encontrarse con los ojos que la desestabilizaban, se pusiera de pie y a la vez que atrapaba sus labios le rodeara el cuello con las manos.

Durante minutos se besaron sin freno. La situación era dominada por el deseo y lo mucho que se necesitaban. Ninguno era capaz de frenar la fuerza que los dominaba. Dmitriy coló las manos por debajo de su jersey. El calor de sus manos logró despertar en ella una fiera que ni siquiera conocía. Le besó con urgencia. Le empujó con prisas y entre besos consiguió que fuera él quien quedara sentado.

Se alejó y Dmitriy protestó soltando un gruñido atronador. Le recordó a un león. Coqueta curvó sus labios en una sonrisa y con su mirada abrasadora puesta en su cuerpo, se sacó el jersey. Luego se quitó el pantalón y en ropa interior se quedó frente a él. Dmitriy estiró las manos y la agarró por la cintura. Tiró de ella y la estrelló contra su boca a la vez que la sentó de cara a él en sus piernas. Acarició su espalda con una lentitud tortuosa.

La impaciencia tomó el control y a tientas buscó el botón de sus pantalones. Perdida en sus besos consiguió deshacerse de lo que le estorbaba tras hacer que Dmitriy se sostuviera unos segundos en sus pies y espalda.

Su glorioso y perfecto pene captó su atención y dejó de mover sus labios sobre los de Dmitriy. Se alejó y lo observó. Se relamió los labios y lo acarició sin pudor. Dmitriy soltó una especie de rugido. Quitó corriendo la mano.

- Leona.

Dejó de mirar hacia abajo y buscó los ojos de su hombre de hielo.

- Sigue. Es toda tuya.

Sonrió como niña chica y enseguida se puso a investigar su mástil como si fuera el mapa del mundo y tuviera que saberse todos los países. Palpó con curiosidad al principio. Era muy suave. Le gustaba el tacto. Después bajó y subió varias

veces con un ritmo muy lento sin dejar de observar la cara de Dmitriy; sonreía divertido. Luego pasó sus dedos por la punta, terminando allí su recorrido y habiendo tomado la suficiente confianza y seguridad para rodearla con su mano de nuevo y empezar a agitarla con más velocidad y más fuerza.

Los gruñidos de Dmitriy llenaban sus oídos provocando que su cuerpo se incendiara en celos por ser su mano la que estaba otorgándole el placer y no ella.

- Ven aquí, leona. Dame esos labios hermosos.

Se acercó y le ofreció su boca. Dmitriy atacó con frenesí y la besó, lamió, succionó y mordió. Dmitriy puso su mano encima de la de ella y la obligó a parar. Luego le dio un mordisco en el cuello y por sorpresa la levantó clavándose en ella sin dilatación.

Mientras la sostenía con fuerza por la cintura se movieron al mismo son. Sentía como la largura de Dmitriy se abría paso llegando lo más profundo que podía. Dmitriy bajó la cabeza hasta su pecho, el calor que ya era horroroso de soportar, se acrecentó al sentir como sacaba sus pechos por encima del sostén y con deleite los mordía, succionaba y calmaba con lamidas de su húmeda y caliente lengua.

Con la respiración entrecortada y el deseo intensificándose, fue ella la que comenzó a marcar el ritmo en una desesperación por alcanzar el orgasmo. Dmitriy dejó de torturar sus pechos y echó la cabeza hacia atrás. Estaba cerca. La cogió del pelo y de nuevo la pegó a su boca. El aire le faltaba.

Sus acometidas se volvieron más duras y profundas mientras la presionaba contra su pelvis. Gritó de placer. Así era como le gustaba; rudo y posesivo. Tras varias potentes embestidas en las que se sintió que iba a desfallecer, Dmitriy abandonó su boca, enterró la cabeza en su cuello y mordiendo con fuerza se vació como si llevara años sin liberación; provocándole el mayor orgasmo que había tenido.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Con el rostro de Dmitriy escondido en el hueco de su cuello, soltó el aire y lo volvió a coger.

¡Mierda! ¡Mierda! Lo que sentía por él, le había hecho meter la gamba. ¿Y ahora qué? Cerró los ojos para ver si de esa manera encontraba la solución para el problemon que se le vendría encima en menos de unos cinco minutos.

- ¿Volverás a casa ahora?

Sus labios se deleitaron en llenarle de besos la zona del cuello. ¡Si ya sabía que la había liado! ¿Por qué todos los hombres pensaban que con un buen polvo se arreglaban los problemas?

- Esto no tenía que haber sucedido. — Comentó con precaución.

- Pero esto... — Remarcó. - Pasa porque no puedes estar sin mí. — Soltó

pretencioso.

A eso no podía objetar nada. Dmitriy era su debilidad. ¿Para qué negar lo obvio?

Se levantó y ganó algo de tiempo mientras se aseaban. Dmitriy terminó primero y eso que había empezado segundos después que ella a asearse y recomponer su atuendo. Claro que, él no tenía ningún interés en retrasar la conversación.

Se observó por última vez en el espejo. Se giró y enfrentó esa sonrisa picara que se negaba a desaparecer de sus labios, mientras se la comía con los ojos en cada movimiento que hacía.

- Dmitriy. — Empezó sin saber como seguir. - Pienso que esto no va a ninguna parte. — Siguió recordando la conversación que estaban teniendo antes de que la cabeza se le fuera. - No me conoces. No es justo para ti estar con alguien como yo. Con alguien... Que te dijo que no tenía familia. Te mentí. Sí, la tengo. — Sus ojos se apagaron al pensar en su madre. - Entre a tu empresa bajo un nombre falso. No entiendo como me puedes siquiera mirar a la cara... Y todavía hay mucho... Más.

Dmitriy se cruzó de brazos. Era muy difícil ver algo que le ayudara a saber si había sido un error optar por la vía de la verdad. De pronto su sonrisa se volvió enorme. Confusa, pensó que para odiar las mentiras, las suyas se la traían floja. Era como si no escuchara lo que le estaba diciendo. ¿Tendría problemas de oído?

- ¿No me quieres fuera de tu vida?

Negó efusivamente con la cabeza.

- Te llamas Ariel Miller. Tienes veintiún años y eres de los Ángeles. Exactamente de Irwindale. No tienes hermanos. — Se dio unos golpecitos en la sien como si tratara de recordar. - Creciste en la calle Lower Azusa. Casa que era de tu abuelo, el padre de tu padre.

Conforme Dmitriy iba hablando, su boca se fue abriendo. No era posible que supiera nada de ella, no a ser que...

- ¿Me has investigado? — Interrogó impactada.

- Es suficiente con que sepas que sé quien es Ethan Miller.

Su cara se descompuso al escuchar el nombre de su padre en los labios del hombre que adoraba. Se sentó en la taza del váter y apoyó la cabeza en sus manos. Tenía que asimilar lo que allí estaba ocurriendo, porque si Dmitriy sabía todo sobre ella... ¿Por qué todavía seguía ahí de pie?

Dmitriy se arrodilló a sus pies. Apartó las manos de su cara y las intercambió por las suyas. Juntó sus labios en un beso tan tierno que le provocó lágrimas en los ojos.

- ¿Qué sabes de mi? — Interrogó con miedo.

- Ariel. Suficiente. — Limpió sus lágrimas con la yema de sus dedos. - Sé que tu padre tiene de empresario, lo que yo tengo de cura.

Sonrió inevitablemente. Pensar en Dmitriy como cura era chistoso. No duraría ni dos días y eso si llegaba. Dmitriy era testosterona pura. Además de terriblemente activo.

- No, de empresario no tiene nada. Tiene una empresa...

Se mordió la lengua. Estaba hablando demasiado.

- ¿Una empresa de transporte? — Soltó a mofa. - Sí, lo sé y también sé que en esos camiones, lleva más que material mecánico.

- Eres increíble, si sabiendo de donde vengo, sigues emperrado en estar conmigo. — Murmuró sin apartar la vista de sus ojos.

En la puerta sonaron dos golpes tímidos. Fue a girar la cabeza, pero Dmitriy se lo impidió manteniéndola sujeta con firmeza.

- Oye bien mis palabras. Me importa una mierda lo que sea tu padre, tu madre, tu abuelo o tu puñetero bisabuelo. Menos me interesa lo que hayan hecho o hagan. A lo que se dediquen es su problema, no el mío. A mí quien me importa eres tú.

Y tú no eres como ellos, si lo fueras, si quisieras esa vida... No habrías salido huyendo, escondido, cambiado el nombre y buscado un trabajo con el que subsistir.

La puerta los volvió a interrumpir. Dmitriy la ignoró. En un gesto posesivo, la cogió por la barbilla y la pegó a sus labios. Con rudeza saboreó su boca completa. No dejó ni parte de fuera, ni de dentro sin degustar con su lengua exigente.

- ¡Tortolitos, siento molestar vuestra reconciliación! Pero tengo a un Mijaíl, paseando de un lado a otro del salón con un humor deplorable.

- ¡Voy! — Gritó alejándose de Dmitriy.

La cabeza no dejaba de darle vueltas. Tenía que encontrar la manera de alejarlo y cumplir la meta que se había propuesto. Puso la mano en el pomo de la puerta dispuesta a salir lo antes posible de allí. Pero entonces Dmitriy dijo:

- Te quiero en casa, leona. No puedo dormir, si no estás cerca. Me he acostumbrado a ese olor envolvente que se filtra por mis fosas nasales mientras te estrecho en mis brazos. No tengo momento más bonito en el día que ver tus ojos al acostarme y al despertar. Te necesito. Me he enamorado como un idiota de tus sonrisas, de tus enfados sin sentido, de tus ojos, de tus idas y venidas, de tu cara sería cuando contemplas el móvil o el ordenador, de esa forma en la que te muerdes el carrillo por dentro, de como te muerdes los labios cuando te sientes nerviosa, de tu mirada lanzagranadas cuando estás molesta...

- Dmitriy... — Dejó salir su nombre en un suspiro.

- ¿Qué hago con todo lo que siento, si te vas?

No tuvo palabras para contestar. De repente olvidó como se formaba una frase. Lo intentó varias veces. Quiso calmar su desasosiego, pero no había forma de que formara una palabra, sin empeorar lo que ya creía había sido un error.

- ¡Ariel y Dmitriy salid de una vez que no tengo todo el día!

- Tenemos... Eh... Hay que salir.

Dmitriy asintió sin decir nada. Había lanzado la pelota a su tejado y ahora era ella la que tenía que mover ficha. Salieron sin mirarse y fueron recibidos por un Mijaíl descontento.

- ¡Dios! ¿Qué te ha hecho ese salvaje?

Escandalizada se acercó a Mijaíl e inspeccionó su cara. Llevaba un buen golpe en el labio, un corte en el pómulos derecho y un moratón en la otra parte de la cara.

- ¡Salvaje tu novio! Que antes de venir a buscarte, se lió a tortas conmigo.

- ¿Dmitriy?

Se giró para observarle. No era posible.

- Tú no has hecho eso.

Señaló a Mijaíl con el dedo. Pronto lo bajo. Había recordado que su madre siempre le decía que señalar era de mala educación.

- Oh, claro que lo he hecho. Y eso es poco para lo que merece.

¿Poco? Pues si dejar a su hermano con marcas que hasta que no pasaran unos días no desaparecerían le era poco... Que era para él "lo que merecía", ¿mandarlo a una cama de hospital?

- Ni siquiera debías haberle puesto un dedo encima. — Recriminó.

- Y él no debió joder la rueda de mi coche, ayudarte a preparar las maletas y mucho menos prestarse a ser tu cómplice y en cambio, lo hizo.

Se encogió de hombros. No sentía ni la más mínima culpa. No le removía por dentro nada ver a su hermano de esa manera. Sí, a veces, seguía siendo un gilipollas de hielo e inhumano.

- Vete.

Se sorprendió. Ni ella sabía porque su boca había tomado el turno de palabra.

- ¿Me echas?

Movió la cabeza afirmativamente. Dmitriy dio un paso adelante. La cogió por las muñecas y tiró con fuerza hacia él. Mijaíl puso una mano en el pecho de su hermano para mostrarle con su gesto que se estaba descontrolando. Descaradamente y con una mirada fría lo atravesó. Después sus ojos volvieron a ella.

- He sido paciente. Te consiento en todo, pero no que me trates como si fuera un muñeco. Mi paciencia no es infinita y tu bien deberías saberlo. — Su mirada seria la dejó helada. - ¿Qué mierda está pasando? ¡Habla!

- ¡Sueltala!

Mijaíl lo cogió por la muñeca y ejerció presión para que su hermano tuviera que dejarla libre. La soltó y le asestó un empujón a su hermano.

- ¿Te acuestas con mi mujer? — Gritó ido.

- ¡No seas imbécil! — Arremetió Mijaíl.

En esos momentos ella estaba en conmoción. Claudia la tenía abrazada y ni siquiera sabía cuando se había acercado.

- ¡Iros los dos al infierno!

Salió corriendo hacia la ventana en cuanto la puerta retumbó en la estancia. Lo vio salir y dirigirse hacia las niñas. Su cara dejaba claro lo cabreado que estaba. Todo su cuerpo era furia. Minutos después, se subió a su coche y el de las niñas le siguió. Sí, estaba la cosa que arde, tanto, como que si tiraba un cohete Dmitriy explotaría.

PRIMER DÍA SIN DMITRIY.

A la mañana siguiente cuando se despertó, lo primero que hizo fue comprobar su teléfono; ni llamadas, ni mensajes. Probó a marcar su número. Era simplemente una comprobación, su alma sabía que Dmitriy la había vetado de su vida.

¡Sin respuesta!

Se levantó y antes de hacerlo, supo que el día sería un suplicio. Y así fue. Las horas se le hicieron eternas. Cada minuto fue agonioso. Cada segundo fue como si el mono la hubiera poseído. No hubo momento que no sintiera las ganas de salir corriendo, de ir en su busca, de explicarle porque se estaba comportando como una perra con él.

SEGUNDO DÍA SIN DMITRIY.

- ¿Cómo te encuentras?

Sabía cómo se sentía y aun así tuvo que pensar la respuesta. Eran apenas las nueve y llevaba tres cafés ya en el cuerpo. Al paso que iba, la tensión se le iba a disparar. No había sabido nada de Dmitriy. La parte que refutaba su plan decía que era lo mejor, pero la parte que no podía vivir sin él, debatía en contra y alegaba que tal vez podía encontrar otra solución.

- Como la mierda. — Contestó minutos después.

- ¿Qué es lo que sucede? Es la primera vez que te veo actuar así.

- No quiero hablar. — Cortó la conversación.

Claudia lo había intentado varias veces, nada había logrado. Silencio y cortes era todo lo que le daba. Se pasó la mano por la cara. Se sentía cansada, casi no pegaba ojo y por eso su cara mostraba el agotamiento. Tenía ojeras enormes que ni aun echándose todo el maquillaje del mundo, lograría a hacer que desaparecieran.

- ¿Cómo lleváis los preparativos de esta noche?

- Ahí van. Faltan un par de cosas, pero todo está listo.

- Ósea que tenemos reserva de bebidas para tres días. — Intentó bromear.

- Algo así. — La volvió a mirar. - ¿De verdad que no quieres quedarte en casa?

Negó. Esperaba el próximo movimiento de Dmitriy y presentía lo que acontecería esa noche. Así debía ser. Era el último escalón para que definitivamente Dmitriy no la volviera a buscar.

- Melisa lo entendería.

- ¿Y los gemelos? — Cambió de tema.

- Regresaran alrededor de las seis.

- Últimamente están muy perdidos.

- Es lo que tiene echarse novia. — Dijo divertida.

Mostró una pequeña sonrisa. Eran pocos los momentos que conseguía desconectar. Los agradecía. Eran pequeños respiros en los que podía sonreír, hablar y bromear como si su corazón no tuviera ningún pesar.

A las ocho llegaron al restaurante del padre de Melisa. A la pobre le había costado lo suyo. Su padre se negaba a dejarle el local, parece ser que, temía los destrozos que le pudieran ocasionar. Entraron y Melisa las recibió con una enorme sonrisa y un abrazo cariñoso.

- ¡Vaya te lo has currado!

- Un poco. — Le guiñó el ojo.

- Ejem, ¿Se os olvida que yo también he aportado lo mío? — Reclamó Claudia.

La apachurraron entre sus brazos riendo. Claudia y su manía de captar la

atención. Pero no le quitó la razón, ella también se había volcado en la fiesta. La única que se había escaqueado era ella. Y para rematar lo mala amiga que era, probablemente estropearía la fiesta. Rezó en silencio para que Dmitriy le diera tregua. Al día siguiente se iría a los Ángeles y nadie lo sabía, excepto su confidente y amigo Mijaíl.

- ¿Nos sentamos? Pronto empezará a llegar gente.

Así fue. El local una hora más tarde estaba petado. Había gente que ni siquiera conocía y a otros los conocía de vista, no porque tuviera relación con ellos. Conforme fueron llegando, tomaron asiento en la mesa. Sus amigas habían juntado varias para hacerla larga y puesto un mantel, para que todos cenaran juntos. La música sonaba y algunos habían optado por dar unos bailes antes de cenar. Ella por su parte a cada minuto se sentía más nerviosa.

La cena empezó y entre charla en un lado, risa en el otro y entre copa va y copa viene, empezó a relajarse y a disfrutar de la reunión. Dio gracias porque la cena terminara sin ningún percance.

- No sabía que tenías tantas amistades. — Comentó viendo como la gente reía y bailaba.

- Ja, ja, ja. Y no lo son. Muchos son clientes habituales con los que me llevo bien y daba palo no invitarlos.

- Ante todo la educación. — Bromeó.

Le dio un sorbo a su copa de vino. Tendría que preguntar como se llamaba, estaba delicioso. Eso en ella era raro, nunca le había gustado el vino. Observó a la gente. Todo el lugar resplandecía en armonía.

- Oye, ¿Cuándo nos vas a contar que sucede?

No podía creerlo. ¿Ni siquiera podían dejarlo estar ese día? Se hizo de nuevo con la copa que estaba vacía y se puso de pie. Se acercó a su amiga y se agachó hasta quedar cerca de su cabeza. Melisa alzó la cabeza para encontrarse con su mirada.

- Se me había olvidado... ¡Felicidades!

Besó su frente y Melisa se retorció en risas. Por lo menos había ganado tiempo. Claudia en vez de unirse a las carcajadas, la miró con desaprobación. Mientras se alejaba, se encogió de hombros. Se adentró en la barra y buscó una botella de whisky. La noche iba a ser larga y aburrida como para aguantar a base de vino. Se preparó una mezcla de whisky cola y luego le dio un buen trago.

- Hola. ¿Me sirves uno?

- Gemelito, sabes que no soy la camarera, ¿Verdad?

Sonrió divertida. Como eran dos gotas de agua y no los solía distinguir, los llamaba así. En su conciencia sabía que no les gustaba, pero le daba igual; ni iba a dejar de llamarlos así, ni iba a dejar de divertirse cada vez que la cara de uno de ellos se arrugaba al escucharla.

- ¿Y tú sabes que tengo nombre?

Sonrió abiertamente.

- Claro...

- ¿Y por qué no lo utilizas?

- ¿No te está esperando tu novia por ahí?

Hizo un movimiento circular con la mano, refiriéndose al local.

- Ja, ja, ja. Lo vuestro es de cuento.

Arrugó el ceño. La confusión se marcó claramente en toda su cara.

- Todas pensáis que porque un tío, se tire a una guapa mujer un par de veces, ya es su novia.

- Hasta donde yo sé, los temas de cama no se mezclan en público. Si la llevas a

fiestas de amigos, se te ve en restaurantes con ella y se la presentas a tus padres. Creo que es normal concordar que la relación es más que un polvo, ¿no? — Explicó como si fuera el telediario.

Se echó a reír. Su confusión creció y repasó mentalmente todo lo que le había dicho. No encontraba nada gracioso en sus frases.

- ¿De qué coño te ríes? — Dijo molesta por ser su rato de cachondeo.

- Si me pones uno como el tuyo, te lo digo.

Alzó una ceja y lo observó por unos segundos. Finalmente, con resignación se lo preparó. Lo dejó frente a él y esperó. El gemelo cogió el vaso y lo levantó. En el aire lo sostuvo hasta que se dio cuenta que esperaba que ella cogiera el suyo y chocaran los vidrios en un brindis. Cogió el vaso y lo chocó contra el suyo. Después se lo llevó a la boca.

La empezó a sacar de quicio que no se dignara a soltar eso tan gracioso que había dicho que le provocó reír como si fuera la mejor monóloga del mundo y que lo raro fuera no reírse con lo que decía.

- Gracias.

Le guiñó el ojo. Se acercó a él crispada por sus ganas de picarla. Parpadeó como la más dulce e inocente dama y le soltó un puñetazo en el brazo.

- ¡Dime el chiste si no quieres recibir otro en el ojo!

De nuevo estalló a reír y se tuvo que contener para no cumplir su amenaza. No le gustaba ser el chiste de nadie y mucho menos el entretenimiento de un idiota que no sabía vivir separado de su hermano.

Dos minutos después harta de oír sus risas sonoras que la hacían sentir ganas de matarlo, alzó el puño dispuesta a dejar claro que hablaba en serio. El gemelo levantó las manos, mientras repetía:

- Vale, vale. Guarda el derechazo que no estamos en un combate.

Lo mantuvo cerrado, pero en el aire. No pensaba bajarlo.

- Las llevo a fiestas, porque en ellas al finalizar es muy probable que tenga ganas y estar borracho a veces impide que te quites el calentón. Teniéndola a mano, el calentón baja sí o sí. — Sonrió con prepotencia. - Las llevo a restaurantes, porque... ¡Oye, no solo follo! Es divertido pasar el tiempo haciendo otras cosas, por supuesto que luego terminamos en la cama. — Le tiró un beso y sintió las tripas levantarse en protesta. - Y se la he presentado a mis padres, porque tengo casi treinta años y no dejan de joder con que me case y tenga niños. — Se arrimó levantándose un poco. - Problema solucionado. Ellos contentos y yo sigo disfrutando de las bellas mujeres.

- Gracias por la información, pero creo que voy a ir al baño a potar. — Lo miró con repugnancia. - Si me disculpas...

Se dio la vuelta y comenzó a andar hacia el baño. Todavía estaba digiriendo todo lo que el compañero de piso de su amiga le acababa de decir, cuando cerró la puerta del servicio. Abrió el grifo y se echó agua en la cara. ¡A tomar por saco el maquillaje! Necesitaba refrescarse y borrar las capulladas que se habían quedado grabadas en su mente.

Oyó que la puerta se abría. Cogió papel a tientes y se secó el agua. Al abrir los ojos, se llevó el susto de su vida.

- Gemelito, me parece que te has equivocado de servicio. — Dijo guasona.

- Para nada. ¿Sabes qué tienes unas piernas que quitan el sentido?

¡Valeeee! Ya se estaba pasando.

- Me parece que has bebido de más.

Le parecía no, estaba segura. Ninguno de ellos se había comportado de la forma tan grotesca con la que se estaba mostrando en aquel instante.

- ¿Por qué? ¿Por qué te digo la verdad? ¿Sabes? Te he observado. Cada vez que

venías a buscar a Claudia. Cuando te quedabas a ver una película. Incluso cuando teníais esas fiestas de pijama ridículas.

Trago con disimulo. Se había apoyado en la puerta del baño y bloqueaba la puerta. Empezaba a sentir miedo. Con cuidado metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Le dio a remarcar.

- Deberíamos salir. Claudia y Melisa deben estar buscándome.

La ignoró y siguió con su recorrido. Su mirada era demasiado intensa.

- ¿Por qué nunca llevas falda?

Pensó durante unos minutos y creyó conveniente contestar cada pregunta que le hiciera si con ello ganaba tiempo.

- No me gustan. — Trató de que su voz sonara normal.

Las utilizaba escasamente. Se sentía más cómoda con trajes. Y en esa ocasión se felicitó porque así fuera. De otro modo, quizás le habría sido una acción nefasta ganar tiempo.

- Una pena. He soñado miles de veces con verte metida en un vestido apretado y corto.

- ¿Desde cuándo pasa esto?

Se señaló. Tenía que haber estado muy ciega para no haberlo visto venir.

- A ver... ¿Desde qué te conocí? Tu cabello aquel día cuando entraste por la puerta, estaba anudado en una trenza, como hoy. Me recordaste a una sirena. Siempre creí que tenía posibilidades hasta que ese idiota apareció.

- Jamás, habría pensado que...

- ¿Qué podías gustarme? No sabes el tiempo que llevo esperando que me miraras como yo a ti. Pero no, nunca te diste cuenta. — Le reprochó.

- No sé que quieres...

- ¡Quiero qué me quieras! — Chilló dando un paso hacia ella.

Sus palabras le cortaron el aliento. Sintió lástima. La tristeza que veía en sus ojos, le desgarraban el alma. Amar no se escogía. El amor llegaba y arrasaba con la cordura, dejando inhabilitados los posibles planes que uno se hubiera hecho.

- Nunca vi nada en tu actitud que...

- Porque nunca quisiste ver. ¿Cuántas veces te retiré un mechón de pelo de la cara? ¿Cuántas me senté a tu lado y te pasé el brazo por encima de los hombros? ¿Cuántas te susurré una broma al oído? ¿Cuántas horas pasé mirándote embobado? Muchas y lo único que deseaba era que me miraras como lo mirás a él.

Cuando terminó sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¡Tenía que ser una cámara oculta! Como fuera una broma de sus amigas, las mataría. Miró alrededor y no encontró ninguna cámara a la vista. Volvió a mirar al gemelo y se sobresaltó al ver que simplemente los separaban unos centímetros.

- Te amo. — Susurró acariciando su cabello.

¡Bravo! Se había pasado un montón de tiempo esperando al príncipe azul y ahora que ya lo tenía, le salían dos ranas más que querían convertirse en ese príncipe.

- Yo...

Se acercó unos centímetros más. Debería estar dándole una patada y salir corriendo, pero sus pies no respondían. Estaba en estado de shock. Los labios del gemelo se posaron sobre los suyos. La sorprendió que fuera suave y que con paciencia moviera sus labios incitándola a que abriera los suyos. No pudo. Aunque era delicado y la besaba como si fuera una diosa a la que deseaba complacer, no pudo corresponderle. Solamente existía un hombre que era capaz de lograr que sus entrañas hirvieran de deseo. Y ese no era el gemelo.

De pronto el gemelo dejó de estar pegado a sus labios. Parpadeó repetidamente. Cuando fue consciente de lo que ocurría Dmitriy tenía al gemelo acorralado contra la pared y daba un puñetazo detrás de otro en el estómago del gemelo. Se acercó corriendo y le puso una mano en el hombro...

- Detente Dmitriy, lo vas a matar. — Dijo con calma.

- ¡Es lo que quiero!

Dio otro puñetazo y ella hizo una mueca con la boca.

- Por favor, déjale ir. — Suplicó.

Lo soltó y el gemelo cayó de rodillas. Se abrazó el estómago. Sintió pena. Se empezó a agachar para comprobar que estaba bien, pero Dmitriy la rodeó por la cintura y la mantuvo en el aire.

- ¡Fuera de aquí!

El gemelo salió corriendo. Su cara mostraba el pavor que sentía de Dmitriy.

- ¿Por qué eres tan bruto?

La dejó sobre sus pies. La sostuvo por los hombros y mirándola a los ojos soltó:

- Te estaba besando. Nadie se apodera de lo mío y se va sin llevarse la advertencia con él.

Puso los ojos en blanco. No le dio tiempo a reaccionar. Dmitriy la agarró de esa forma tan posesiva suya; había atrapado con una mano su nuca y con la otra su barbilla. Apresó sus labios con los dientes y luego con la lengua le abrió los labios. Jadeó con su lengua en su interior. Cuando la besaba de aquella manera, parecía que estaban haciendo más que darse un beso.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

- ¿Dmitriy? ¿Dónde estás?

La voz llegó a sus oídos. La reconocía. Su mundo sufrió un terremoto y en un santiamén salió de la hipnosis que le producía Dmitriy.

- ¿Qué hace ella aquí? — Preguntó con calma.

Dmitriy la miró... Miró... Y miró... Le molestaba en gran manera que hiciera eso.

- Estaba con ella cuando recibí tu llamada.

Extrajo el teléfono y lo observó. Se había olvidado de el cacharro con la llamada activa. Lo que no sabía, era que era a Dmitriy a quien había marcado.

- Gracias por tu ayuda.

Pasó por su lado. Dmitriy la agarró del brazo. Le dio una mirada que en claro dejaba lo enfadada que estaba. ¡Maldito idiota! Ella buscando la forma de salvarle el culo a él y a su hermano y él quedando con el enemigo. Se suponía que eso no debía de pasar. Todavía disponía de dos días para evitar que ella se saliera con la suya.

- Estábamos cenando. — Aclaró.

- Genial, no tienes que darme explicaciones. Tú y yo hemos terminado. — Recordó.

Dmitriy la soltó como si su cuerpo le hubiera quemado la mano. Siguió su camino y abrió la puerta. Se encontró con la mujer que le estaba amargando la existencia a su hombre de frente. Susana sonrió victoriosa. La ignoró, pasó por su lado con la cabeza bien alta y se unió a sus amigas.

- ¿Todo bien?

Afirmó con la cabeza. No podía hablar. Si abría la boca, no podría contener las

lágrimas escondidas. Dmitriy salió y pasó por delante de ellas sin mirar en su dirección. No le pasó inadvertido su tomada de manos; iban entrelazados el uno al otro.

- Me voy a casa. Nos vemos mañana.

Sus amigas la miraron con preocupación. Asintieron en silencio. Besó con cariño la mejilla de cada una. Había mentido. Mañana saldría temprano y se darían cuenta cuando ya no regresara.

TERCER DÍA SIN DMITRIY.

Ese era el día. Tenía un nudo en la boca del estómago. Tuvo que salir corriendo al baño y vomitar el poco café que había conseguido probar. Se limpió la boca con un poco de papel. Su móvil sonó. Mijaíl estaba abajo ya. Salió con sigilo, ni siquiera había cogido maletas, no las necesitaba. Abrió la puerta del portal. Corrió a ponerse entre dos coches y de nuevo vomitó.

¡Menos mal que iba preparada! Cogió un pañuelo y de nuevo se limpió. Le quitó el tapón a la botella de agua que llevaba en las manos y bebió un poco.

- ¿Te encuentras bien?

- Sí, hombre. No temas, son los nervios.

- Deberías hablar con Dmitriy.

- Por el amor de Dios, Mijaíl, ya hemos hablado de esto.

Mijaíl se restregó la cara con impaciencia. No estaba de acuerdo con lo que iba a hacer. La tensión de sus labios y la inquietud que vio en sus ojos, se lo decían.

- Vamos.

Se montaron en el coche. Mijaíl arrancó. Ninguno dijo nada. El silencio envolvió el espacio y se hizo amo del tiempo. Mientras veía pasar las calles, su corazón le dio sacudidas provocando que las lágrimas presionaran con fuerza en sus ojos.

- No tardaré. — Avisó cuando el auto se detuvo.

Mostró su móvil y cuando le dieron la autorización, corrió hacia el elevador. Pulsó el ciento nueve y esperó. Era extraño que no subiera más gente. Lo agradeció con el alma... Estaba a punto de quebrarse y prefería no tener testigos.

Salió del ascensor con la mirada puesta en el suelo. Alzó la cabeza y de lleno se dio con el balcón de cristal. Las lágrimas se deslizaron sin control, ya no pudo contenerlas por más tiempo. Se sentó en el suelo y observó cada pequeño edificio. El cielo inmenso, las nubes... Escuchó y escuchó; nada. Eso era la tranquilidad que necesitaba. Su alma se llenó de paz. Las fuerzas volvieron y se vio preparada para seguir. Se quitó los restos de humedad con el dorso de la mano que las lágrimas habían dejado en su rostro y sonrió. Tenía una meta.

CUARTO DÍA SIN DMITRIY.

- ¿Quieres un café?

- Lo necesito. — Confesó.

Acababan de pasar el cartel que avisaba que habían entrado en Irwindale. Le costó no decirle a Mijaíl que diera la vuelta. Y para lograrlo tuvo que morderse la lengua con saña. Mijaíl detuvo el coche. Se observó en el pequeño espejo. Cada vez era más difícil ocultar el cansancio y la tristeza que la asolaban.

Al entrar por la puerta, sintió todas las miradas sobre ella. Intentó no prestarles atención. Tomaron asiento. La camarera se acercó y les tomó nota. Todo el tiempo que duró el pedido mantuvo la cabeza agachada. No soportaba ser el centro de atención. Sabía que en ese preciso momento estaba siendo el chisme del lugar.

- Todo el mundo mira hacia aquí. — Comentó Mijaíl sin maldad.

- Todos saben quien soy y quien es mi padre. — Lo miró a los ojos. - La mayoría lamen el suelo por donde pisa. Y los que no lo hacen... Tienen problemas.

La camarera regresó con sus cafés.

- Observa. — Le dijo. - Maira, está demasiado caliente, te he pedido leche fría.

- Lo siento. Enseguida se lo cambio.

La muchacha se dio tanta prisa que casi se derramó el líquido encima. Segundos más tarde estaba delante de ella dejando el nuevo vaso. La muchacha temblaba. Podía verse que estaba igual de blanca que la cera. Se llevó el vaso a los labios...

- ¿Está bien así? — Su voz tembló al hablar. - Si está muy frío puedo traer otro.

- Está bien, gracias.

La muchacha se dio la vuelta y volvió detrás de la barra. Miró de nuevo a Mijaíl y se encogió de hombros. Mijaíl tardó en reaccionar y cuando lo hizo, fue para beber un largo trago de su taza.

- ¿Siempre es así?

- Sí.

- Tu padre debe ser importante para que todo el mundo le quiera agradar.

Casi se echó a reír. ¡Importante su padre! Lo que él era no tenía nombre. Conseguía el respeto a la fuerza y no porque se lo ganara.

- Mejor que lo veas así a como yo lo veo.

Desvió la mirada por la ventana. El sol entraba por el cristal. Se quitó la chaqueta y se quedó en manga corta. Nunca le había gustado el calor que hacía. Ni siquiera en invierno se podía vivir esa estación del año. Por eso adoraba Chicago.

- Es hora de que me vaya. — Dijo regresando la vista al frente.

- ¡Hey! Espera. No habíamos acordado nada de que te dejaría en una cafetería y

menos que te fuera a dejar sola aquí.

¡Al final le arreaba! El día menos esperado le iba a dar una tunda para hacerle entender que ella no tenía nada de cobarde. Se valía solita para dar un par de puñetazos. Vale, pensando en dos noches atrás, no convencería ni a un niño de dos años, pero era distinto. Se había quedado cuadrada con el gemelo y había que sumarle que estaba algo bebido.

- Mijaíl... Estamos en el Picasso's, mi padre toma aquí todos los días el café con sus amigos. Mi casa queda en la calle siguiente. — Informó para que se tranquilizara. - No me va a pasar nada. Mi padre aunque es duro, me ama y no me hará daño.

- No. Deja de parlotear como una vieja critica. Ni te dejo sola, ni me voy.

Se cruzó de brazos dejándola sin saber por donde tirar. No podía acompañarla hasta su casa. Su padre lo echaría de la ciudad, si sabía que había ido con ella y aun lo haría peor, si descubría que él la había ayudado a escapar.

- Acepto que te quedes. Cerca hay un hotel. Ahora... Olvida esa tontería de ir donde yo vaya, porque entonces... Los problemas vendrán sobre ti como una lluvia de estrellas.

- No.

¡Tozudo! En eso tenía que parecerse al hermano. ¡Mierda! ¿Y ahora qué?

Se puso el dedo en la boca. Lo mordisqueó. Pensó y pensó... Y de repente la iluminación se hizo visible. Disimuló cogiendo su taza y dejando el tema aparcado.

- ¿Viste a Dmitriy antes de irnos?

- ¿Para llevarme otra paliza? No, gracias. — Rió con su broma. - Le he mandado un mensaje diciéndole que estaba fuera.

Las dudas se le empezaron a formar. De pronto viendo donde estaba, dándose

cuenta que probablemente aquello significaba perder al hombre que quería, el peso de lo que estaba haciendo le cayó como un mazazo. ¿Quién le aseguraba que su padre la ayudaría? Suspiró y volvió a mirar por el ventanal; la esperanza era lo último que se perdía.

- Voy un momento al baño.

Mijaíl asintió. Se levantó y se dirigió por el pasillo. Al final estaba el cuarto de baño. Se paró antes de llegar y observó la puerta derecha que quedaba al lado. Revisó el cuadro que había a un costado. Metió la mano y sonrió al encontrar lo que buscaba. Hizo sonar las llaves en su mano. Rápida abrió la puerta y una vez fuera cerró y las dejó escondidas en la maceta que había de adorno; Maira las encontraría.

Lo había hecho muchas veces. Su padre tenía orden de que en toda cafetería o restaurante hubiera llaves escondidas de la puerta de atrás. Por si acaso algún día alguien decidía darle el susto de su vida. Ella como miembro de la familia, lo sabía. Y por eso hacía uso de ello cada vez que había tenido un encontronazo con hijos de las otras familias.

Caminó con tranquilidad. Era su ciudad. Donde había crecido, corrido, jugado y también sufrido. Se conocía los rincones más hermosos, los más ocultos y los que siempre debía evitar. Cuando llegó a su casa se detuvo. Durante minutos observó el caserón. Recordó de niña como le gustaba esconderse, mientras su madre daba voces detrás de ella. No podía negar que en su infancia, ella siempre la había hecho feliz.

Se acercó a la verja. Los dos hombres de su padre que la custodiaban, se sorprendieron al verla. Sin decir nada, pulsaron el botón para cederle el paso. Recorrió el camino que dividía el enorme verde del jardín y se paró frente a la puerta blanca. Siempre le pareció que vivía en un palacio y ese día lo confirmó. Dudó. Sabía que la puerta estaba abierta, pero creía que lo correcto era tocar. Pulsó el timbre con inquietud.

- ¡Señorita!

Su nana y ama de llaves, la abrazó como si fuera un peluche. Las lágrimas

regresaron. ¡Su nana! Cuanto la había echado de menos. Correspondió a su cariñoso gesto. No quería soltarse nunca. Ella había sido la que siempre había estado ahí para ella cuando su madre tenía que atender otros menesteres.

- ¿Qué haces aquí niña? ¿Por qué has regresado? — Dijo con obvia tristeza.

- Tuve que hacerlo.

- ¡Ay, niña! Con lo que te costó escapar. — Se lamentó.

Tiró de ella por el largo recibidor, luego giró a la derecha, atravesaron una puerta y la guió hasta la enorme puerta blanca que siendo niña siempre le habían prohibido abrir. Luego descubrió que era una sala enorme, que su padre había equipado como despacho.

- Niña, tu padre está reunido con el hermano del señor Eric. — Bajó la voz. - Su padre y Eric vienen teniendo confrontaciones desde que usted se fue. — Revisó que nadie las escuchara. - Y al desaparecer el señor Eric, Tristán su hermano esta muy molesto porque piensa que su padre lo hizo desaparecer y ya sabe lo que significaba...

- Más problemas. — Dejó caer los párpados.

Su padre era uno de los hombres más temidos en su ciudad. Desde donde ella recordaba, nadie osaba llevarle la contraria. Entonces años atrás, apareció el alemán como le decía su padre, con su dos hijos para arrebatarse lo que desde mucho antes de ella nacer venía siendo su territorio. Al fallecer el padre en una encerrona, los hermanos se dividieron para hacerse más fuertes y poder derrocar a su padre. Cada uno, dominaba una parte de la ciudad. El problema estaba en que en realidad, lo que parecían dos, era uno. Y el objetivo era quitar a su padre del medio para dominar ellos la ciudad a su antojo, pero entonces... Ella llegó de una salida donde se había peleado con una chica del instituto y al entrar, su cuerpo chocó contra lo que en aquel momento le pareció una torre.

Recordaba que él había puesto sus manos sobre su cintura y había evitado que se estrellara contra el suelo. Como rebelde que era, en vez de dar las gracias, le soltó una patada y un " suéltame memo". El chico le sacaba unos seis años. Por

eso a la semana siguiente, cuando lo oyó pactar con su padre una tregua a cambio de que cuando ella cumpliera los dieciocho se la entregara, casi se desmayó. Más tarde supo que Tristán era siete años mayor que su hermano y aunque Eric dirigía una parte de la ciudad, él era quien ordenaba a su hermano.

Creyó que con el tiempo ese estúpido trato se desharía. Mucho supuso. Poco después, se vio vigilada las veinticuatro horas del día por petición de Eric a su padre. Lo peor le vino a los diecisiete. Cuando exactamente, los cumplió. Nunca lo olvidaría. Aquel día Eric apareció por la noche exigiendo que se la marcara como suya, plasmando así la firma del contrato que se llevaría a cabo. Pensó que su padre se negaría, pero de nuevo se equivocó y horas después, la rosa en el cachete del culo, la marcaba como propiedad de Eric.

- Niña. — Salió del trance en que se había perdido. - No puedo asegurar del humor que está su padre. Lleva media hora reunido con él y varios de sus hombres.

- No te preocupes.

Besó su frente como tantas veces había hecho. Su nana tocó a la puerta y después abrió.

- ¿Qué pasa? ¿No te he dicho que no quería que nos molestaras?

- Lo siento, señor...

- Habla rápido que no tengo todo el día para escuchar tus tartamudeos.

- La... La ni...

Le puso las manos sobre los hombros para tranquilizarla y se colocó a su lado con la mirada fija en el suelo.

- Hola, papá.

No podía ver la mirada de su padre, pero si la sentía. La de él y la de los otros cuatro hombres allí presentes. Los zapatos de su padre aparecieron en su campo

de visión. Con precaución alzó la cabeza. Ahí estaba. Frente a ella. Con su cabello castaño, sus ojos negros, su bigote. Tal y como lo recordaba. Con su mirada intimidatoria, sus gestos fríos y su pose amenazadora.

- Retírate.

- ¡Vaya, vaya! La hija pródiga vuelve a casa. — Soltó Tristán girando la silla de oficina para verla bien.

Tristán dio una palmada al aire. Gesto que refutaba lo divertida que le parecía la situación. Su nana, le dio un apretón en la mano. Era su forma de pedirle que fuera valiente.

- ¿A qué se debe tu regreso?

- Necesito un favor.

Su padre arrugó el semblante y se cruzó de brazos.

- Un favor. — Repitió como si lo estuviera valorando. - No.

- ¿Qué? ¿No vas a escucharme siquiera?

- Te fuiste. Saliste de la organización. Tus problemas, tuyos son.

- Papá...

Se sentó en su sillón sin apartar la mirada de ella.

- Da gracias que eres mi hija. De otra manera, en este preciso momento estarías muerta.

- Lo sé... — Se resignó.

Entendía a lo que su padre se refería. Nadie podía salir de la organización. Aquel que salía estaba fuera y eso significaba que eras un traidor y eso llevaba a que merecías la muerte. No sabía hasta donde llegaba la organización, ni su poder,

pero estaba claro que no solamente en los Ángeles.

- Espera Ethan. Tal vez... Podamos a hacer una excepción.

- No. ¿Quieres que los alrededores se nos echen encima?

- ¿Chicago? ¿Boston? ¿Nueva York?

Su padre ladeó la cabeza.

- Vamos. Sabes que en realidad no es a ti a quien le toca dar la cara. — Sonrió como un demonio. - Su marca deja claro que pertenece a la Rosa.

- En realidad no se efectuó el...

- ¿La prefieres muerta? Porque según las reglas... Es una traidora, que se escapó y me juego mi patrimonio a que la nena de virgen... Ya no tiene nada.

Su padre endureció la mirada y la observó con detenimiento.

- ¿Qué propones?

Los escuchaba hablar y no daba crédito a lo que oía. Se estaba decidiendo su vida como si fuera una pieza de carne. ¿En qué clase de mundo había nacido?

- Eric la sigue queriendo.

- Pero está desaparecido.

Su padre se acarició el mentón.

- Estoy seguro que tu hija sabe donde está. ¿Verdad Ariel?

Se puso nerviosa. No quería que Dmitriy saliera mal parado y aquellos eran una manada de salvajes que lo único que les importaba era salvaguardar sus negocios.

- No sé...

- Traidora y mentirosa. — Cortó con voz dura. - La última vez que me llamó estaba caminado hacia la puerta de tu habitación.

Pensó como hacer para que el nombre de Dmitriy no saliera a flote. Se arañó las manos con insistencia.

- Si me das dos minutos... Quizás, puedo arreglarlo.

- Ves Ethan. No es tan tonta como crees.

Entrecerró los ojos en su dirección. La ponía de muy mal humor que ese imbécil creyera que las mujeres solo eran buenas para calentar la cama del hombre. ¡Mono de la edad media!

- A cambio quiero mi favor. — Aseveró.

Todos los presentes la miraron como diciendo "¿no ves que tienes las de perder?". Le valía poco. ¡Le estaban tocando los ovarios! Estaba allí por Dmitriy. Haría lo que fuera para conseguir su favor.

- ¿Y si no qué?

- ¿Por qué hablo contigo? He venido a ver a mi padre.

Su contestación hizo que Tristán riera. Hasta su risa le dio escalofríos. No solamente su cara mostraba que era pura maldad, su risa diabólica lo corroboraba.

- Porque... Resulta que debido a quien soy y que represento uno de los jefes de la organización de California... Que ahora mismo están en tregua y trabajando juntas... Puedo exigir que se te trate como traidora.

Tragó con disimulo. Se le había quedado la boca seca.

- ¿Entonces hay más?

- Donde menos esperes hay gente de la organización. Tu padre representa una y yo la otra. Pero puedes encontrar jefes por todos lados.

Eso la hizo sonreír. En pocas palabras se estaba burlando en su cara de él y así se lo hizo saber.

- Y si tantos sois y abundáis en eficiencia... ¿Cómo no me habéis encontrado antes?

Se puso de pie y se acercó a ella. Dio un paso atrás inconscientemente llevada por el miedo de ver esa mirada repugnante tan cerca de ella.

- No he dicho que no haya más organizaciones. Como tu padre y yo en su momento éramos rivales por el territorio, en otros lugares donde tu padre o yo tenemos el control, hay otras organizaciones dando guerra. Eso lo responderá cuando sea el momento el jefe de Chicago.

Lo miró como si fuera experta en el tema y alegó:

- ¿Y a quién responde el jefe de Chicago? Porque si el jefe de allí, no ha dado aviso de que tenía en su territorio a una traidora... Es que control, lo que se dice control... No tiene. — Sonrió divertida.

- Niña, acabas de decir que tu padre no es capaz de controlar a sus hombres.

Soltó una risotada y tomó asiento. ¡Idiota sabelotodo!

- Quiero mi favor. Si no, ya puedes pedir que me maten que tu hermano irá detrás.

- ¡Ariel!

- No me amenaces, mocosa traidora.

- No me des ordenes, viejo verde.

- ¡Ariel, ya!

La voz de mando de su padre cortó toda protesta. Se cruzó de brazos. No iba a hacer nada hasta que le aseguraran su favor.

- Tendrás lo que pidas si me demuestras que mi hermano sigue con vida.

Asintió. Se alejó de ellos y empezó a marcar. Se impacientó cuando probó tres veces y su llamada no fue contestada. Siguió intentándolo.

- ¡Joder Mijaíl!

- No te quejes que me has dado el esquinazo.

Por un segundo sonrió. Pensar en la cara que debió poner al darse cuenta que se había ido, era un recuerdo para toda la vida.

- ¿Tu sabes donde tiene Dmitriy a Eric?

- No sé de qué hablas...

- No me mientas... — Bajó el tono al ver que todos estaban al pendiente de ella. - Estoy segura que él te dijo algo sobre el lugar al que lo había llevado.

- Vale, sí, ¡Y qué!

- ¿Cómo puedo comunicarme con él sin que Dmitriy lo sepa?

- No puedes. Los hombres que los retienen los dirige Dmitriy. Son fieles a él y aunque yo quisiera ayudarte ahí no entro. Esos hombres solo reciben ordenes de él. Además de que yo no tengo ningún número para comunicarme, si lo tuviera tampoco serviría para nada. Solamente escuchan a Dmitriy.

Resopló... Estaba perdida. Tenía que recurrir a Dmitriy. Y ahora a ver que le decía, porque estaba igual de claro que el agua que no le iba a poder contar una trola.

- Está bien, le llamaré.

- Estás en problemas, ¿verdad?

- Nada de lo que no pueda salir. — Le tranquilizó.

Cortó la llamada. Se llevó la mano a la cabeza y se tiró del pelo.

- Tengo que hacer otra llamada en privado. Ahora vuelvo.

Salía por la puerta cuando escuchó la advertencia de Tristán:

- Dispones de quince minutos.

Corrió hasta el jardín y se apuró a marcar. Rezó porque se lo cogiera. Era increíble. Le había dejado para que esa arpía no siguiera metiéndole presión y ahora de nuevo le necesitaba. ¡Birria de brujas que jugaban con los hilos de su vida!

- ¿Dónde estás? — Preguntó con rudeza.

- Dmitriy no puedo discutir ahora.

- ¡Ah, bien! Discutiremos cuando la leona tenga ganas. — Espetó sarcástico.

- ¡Me quieres escuchar! — Gritó. - Tengo un problema.

- Define que clase de problema.

Se mordió el labio, le iba a caer la del trueno.

- Tienes que ponerme a Eric al teléfono y hacerme el favor de soltarlo cuando te vuelva a llamar.

- Ja, ja, ja. Buena broma. Ahora prueba de nuevo.

Se rasgó el labio debido a la fuerza con la que presionó para contener su boca

contestona bajo llave.

- No es una broma. — Murmuró.

Los dos se mantuvieron en silencio. Los segundos pasaron. Observó el reloj de su muñeca. Probablemente le quedarían escasos cinco minutos de los quince que tenía.

- ¿Dónde estás leona?

- En los Ángeles. — Confesó.

Se acababa de dar cuenta del enorme error que había cometido al salir de Chicago.

- ¡Me cago en la Santa madre que te parió! ¡Ariel!

Se tuvo que quitar el teléfono de la oreja. Demasiados insultos para sus delicados oídos.

- ¿Dmitriy?

- Quiero que entres y pongas el teléfono encima de la puta mesa. — Colgó dando por hecho que lo haría.

De nuevo se internó en la casa e hizo el mismo camino hasta el despacho. No dijo nada. Dejó el móvil en la mesa y mientras la miraban como si hubiera perdido la cabeza, se entretuvo mirando las estanterías llenas de libros. El teléfono sonó. Le dio a descolgar.

- Tristán...

- ¿Eric?

- Ese hijo de pu...

La frase fue cortada por un sonido impactando con fuerza, se aventuró a

imaginar en el estómago de Eric. Se llevó la mano a la boca.

- ¡Eric!

- Tristán, escucha. — Parecía fatigado. - Me ha dicho que os diga que no me soltara hasta que le aseguréis que Ariel no sufrirá ningún daño.

El silencio se hizo en la sala.

- No tengo esa intención ahora mismo. Y no lo será si te suelta. ¿Está escuchando?

- Sí...

- Bien... Está es mi propuesta. Ariel ha pedido un favor y usted ha pedido otro... ¿Cuál de los dos va a ser el que libere a mi hermano?

- ¡Nooooo!

Se lanzó hacia él y empezó a darle puñetazos en el pecho.

- ¡Eso no entraba en el trato!

Los secuaces de su padre la cogieron de los brazos y la apartaron de Tristán.

- Dice que las palabras de ella quedan sin validez. Él trato lo hace él.

- ¡Perfecto! No me estaba gustando que una mocosa fuera la que llevara el control.

- Volverá a llamar mañana. Advierte que no se le toque ni un pelo a Ariel, o yo no lo contaré.

- Tiene la palabra del mando superior de la organización de la Rosa.

CAPÍTULO TREINTA

El "pi, pi, pi," retumbó en la sala. Los perros de Tristán la soltaron. Con los ojos empuñados de nuevo se abalanzó hacia él. Con sus uñas afiladas atacó su cara, zafándose y burlando sus sucias manos que intentaban atraparla. Con rabia consiguió arañar y hacerle un buen corte en medio de la mejilla. ¡Así se acordaría de quien era ella!

Tristán se tocó la zona donde le había herido y con las misma le dio un guantazo que la echó varios pasos atrás. Le encaró alzando la cabeza con orgullo e impertinencia.

- Si la vuelves a tocar, te mato. — Salió su padre en su defensa.

Le apuntaba a Tristán directamente a la cabeza.

- Guarda el arma Ethan. No es el momento idóneo para empezar una guerra.

- No te lo volveré a repetir Tristán, la próxima vez, te vuelo la jodida cabeza.

Su padre dejó su arma en el cajón y luego tomó asiento.

- ¡Me la has jugado! — Gritó muy enfadada.

- Nunca te fíes de un hombre de la organización, si no te ha dado su palabra.

Apretó los dientes con furia. Al menos tenía la satisfacción de haberle dejado un recuerdo suyo para un par de días en la cara. Le disparó dagas con los ojos. Si él podía mirarla como si fuera una cosa insignificante, ella podía cortarlo en pedazos con la mirada.

- Creo que es hora de irnos.

Se puso de pie y le hizo una reverencia. Tentada estuvo de darle un rodillazo en la cara para ver como caía de espaldas. Apretó sus puños con más potencia. La presión que ejercía lograba que sus manos se estuvieran volviendo blancas.

- Adiós preciosa.

Cuando desapareció por la puerta, todo su cuerpo se relajó. Todavía le escocía el lado de la cara donde le había dado el bofetón. Se acarició con la palma de su mano y sintió como esa sensación que le hormigueaba se iba desintegrando.

- ¿Por qué tienes que ser tan insolente?

Su padre captó su atención.

- Lo has visto. Me ha engañado.

- Tú tienes la culpa.

- ¿Yo?

Abrió los ojos como dos luceros.

- ¡No has aprendido nada! — Explotó su padre. - Todos mis esfuerzos... Todas mis formas por hacerte fuerte... ¡No ha servido para nada!

Dio un golpe en la mesa que la asustó. Se sentó en la silla que antes había sido ocupada por Tristán y en silencio miró a su padre.

- Ariel, tu has nacido dentro de la organización y no sabes nada. — Remarcó cada palabra. - Nunca escuchaste. Siempre tuviste los pajaritos metidos en la cabeza. Creías que escapar era fácil y mira donde estás... El primer error lo has cometido al confiar sin tener su palabra. Tu sola le has dado la partida.

Agachó la cabeza avergonzada. Su padre tenía razón. Se lo había explicado cientos de veces y ella nunca quiso saber. Hacía de oídos sordos, pero lo hacía con el motivo más grande e inquebrantable que pudiera haber; no quería pertenecer a la organización de los Caballeros. Ni a esa que representaba su padre, ni a la Rosa que representaba Tristán. Simplemente quería ser libre y poder elegir su destino.

Los Caballeros venían desde mucho tiempo atrás. Las veces que había decidido

destapar sus oídos y escuchar, descubrió que el padre de su padre ya nació siendo de la organización. Dos maneras había de que pertenecieras a ella; o nacías en ella o hacías ver que valías. No existían muchas reglas... En un principio una de ellas era nunca mezclarse con la policía, pero su abuelo, se percató que tratando con ellos su trabajo era más sencillo, su reputación se hacía más visible y su fuerza quedaba remarcada mientras que sus enemigos eran derrotados.

Las mujeres no debían meterse en los asuntos de los hombres, ni tener un arma nunca en las manos. Simplemente servían para dar placer a su marido y como tal debían quedarse a un lado, sin objetar y sin voluntad de decisión. La mujer que nacía en la organización, pertenecía a la organización y como tal debía estar con un miembro de la organización. Arriesgarse a tener un noviazgo con alguien que no fuera de su círculo, significaba exponerlo a pasar a mejor vida.

- Siempre te dije que no quería esta vida. — Repitió como tantas veces atrás.

- ¿Y crees que no te escuché? Se lo duro que es para una mujer esta vida. Te entiendo. Pero antes de ti, hubo otras y todas tuvieron que aceptar su realidad. El problema es que tu no abres los ojos. Los tienes liados con rollos y rollos de cinta adhesiva.

Se mordió la lengua. Contó como diez veces hasta diez. ¡A la mierda!

- ¿Qué quieres que vea? ¿Qué los hombres sois unos asesinos sin escrúpulos? ¿Qué las mujeres están destinadas a ser reclamadas por miembros que luego las ponen a trabajar en vuestros clubs? ¿Cómo pasas cargamentos de armas de una punta a otra porque tienes compradas comisarías por miles de lugares? — Resopló como los toros. - ¿Cómo niñas que no tienen ni los dieciocho se prostituyen en vuestros clubs?

- ¡Yo no las obligo! ¡Cada mujer que tengo en mis salones están por voluntad propia! — Estalló su padre haciendo temblar las paredes.

- ¡Hay menores! — Siguió gritando.

- ¡Sí y traidoras como tú! ¡Mujeres que son nacidas dentro y que como tú

escaparon y eso es lo que decidió la asamblea para ellas!

- ¿Asamblea?

Su ceño se frunció. Se comió las ganas de batalla y aguardó a que su padre le explicara que era la "asamblea".

- Ah, así que creías que yo era quien decidía todo...

- Tu eres el jefe... — Titubeó.

- Soy el mando superior. Ante mi responden todos, pero cuando se trata de decisiones con respecto a traiciones o dudas respecto a una orden que se ha dado, todos los jefes debemos votar que es mejor a hacer. Y en muchas excepciones, hemos sido benevolentes decidiendo ese destino en vez de concederles la muerte.

Se quedó sin palabras por unos segundos, pensando en todo lo que había dicho su padre.

- Tal vez prefirieran la muerte. — Alegó.

- Te puedo confirmar que no. A todas se les declara el veredicto y ellas son las últimas en escoger cual de las dos opciones quieren.

- Sigue siendo despreciable.

- Agradece que no estés tú allí, porque si la asamblea pide juzgarte, no podré hacer nada por ti.

Su padre miró la pantalla del ordenador. Tecleó durante unos segundos y volvió su mirada dura a ella.

- Vete a tu cuarto. Yo que tu investigaría como funciona tu familia antes de abrir la boca. No puede ser que veas únicamente lo malo.

Se levantó. Caminó hacia la puerta y cuando llegó a ella, se paró. Se dio la

vuelta y observando como su padre mordía un bolígrafo con los dientes dijo:

- No creo que exista nada bueno en una organización que se dedica a asesinar, sobornar, quemar casas o coches para presionar, vender armas y comerciar con drogas y mujeres.

Pegó un portazo. Siguió hasta el pasillo. Miró las majestuosas escaleras que tenía delante. De nuevo tenía que subirlas, después de cuatro años otra vez las tenía que subir. Todo le había salido mal. Se había puesto en peligro y con ella a Dmitriy. Debió prever que no sería tan fácil como pensó. Y gracias que como había dicho su padre, era la hija del mando mayor, porque si no en ese instante, ya no lo estaría contando.

QUINTO DÍA SIN DMITRIY.

- ¡Nana! ¡Nana!

- ¿Qué pasa niña? Chilla como si la estuvieran destripando.

Soltó una risotada ante la burrada que su nana había dicho. La miró con diversión. Aunque quisiera no podía esconder la sonrisa que le había provocado.

- ¿Has visto mi móvil? Llevó todo el día buscándolo.

- ¿Dónde lo vio por última vez? Dicen que yendo hacia atrás, siempre es más fácil de encontrar lo que se ha perdido.

- La última vez...

¡El despacho!

- Gracias, nana.

Besó su mejilla y pasó corriendo por su lado. Llegó y tocó a la puerta. Su padre le dio pasó y entró en tromba. Se acercó a la mesa y escaneó cada rincón. ¡Nada! No había forma de dar con el cacharro.

- Ariel. — Lo ignoró. - Ariel, ¿qué haces?

- No encuentro mi teléfono. — Dijo sin dejar de buscar.

- Puedes seguir buscando que no lo hallaras.

Unió sus ojos a los de él y lo interrogó en silencio. Sus ojos brillaban. Por primera vez le pareció que su padre se estaba riendo de ella. Era imposible. Una acción inconcebible para ella. Si se ponía a pensarlo, no recordaba ninguna ocasión en la que su padre le hubiera sonreído.

- Lo tiene Tristán. Era lógico que siendo el número donde se comunicó tu amigo, se lo haya apropiado como suyo.

- ¡Os odio!

Se dio la vuelta y salió de allí sulfurada. No podía ponerse en contacto con Dmitriy. Aquello le disgustó. Esa acción de listo que había tenido ese payaso, la había dejado fuera del juego. Se encogió de hombros con pesar; como siempre los hombres hacían los tratos y las mujeres se quedaban al margen.

SEXTO DÍA SIN DMITRIY.

Cerró el libro aburrida. Lo sostuvo en sus manos mientras miraba la portada. Pactos y señales se titulaba. No era fanática de leer ese tipo de libros, el que adoraba ese tipo de lectura era su padre y no porque se lo hubiera dicho. No hacía falta, toda su estantería tenía diversos libros de ese tipo. A ella especialmente, leer sobre el más allá, no le atraía.

Lo dejó de nuevo en su lugar. Al mismo tiempo su padre atravesó la estancia hablando por teléfono. Siempre era igual. Las llamadas no cesaban. Por un negocio o por otro, pero el teléfono siempre estaba activo, como las Webs cifradas imposibles de rastrear.

- Hola, nana. ¿Hay helado?

- ¿Chocolate?

Sonrió en afirmación. Su nana rebuscó en la nevera. Mientras la miraba le pareció que desde que no la veía, había envejecido. No era que fuera muy mayor, pero se la veía tan agotada y triste que le hacía aparentar más edad de la que tenía. Se giró y sus ojos marrones y pequeños la miraron con cariño.

- ¡Aquí está! Como a ti te gusta.

Lo cogió y revisó. No mentía. Su helado favorito de chocolate con trozos de caramelo la llamaba a que cogiera la cuchara y lo atacara como un guerrillero.

- ¿Por qué lo has seguido comprando?

Tenía curiosidad. Nadie en esa casa lo comía. Su padre muchas veces había prohibido que el helado entrara en casa. Su nana siempre lo esquivó y consiguió meter un bote para ella.

- Me enganché a ver la novela, niña, con el bote en la mano y la boca llena de ese empalagoso helado.

Le dio una mirada avergonzada y no pudo más que echarse a reír. ¡Cómo la quería! La abrazó con ternura.

- La echaba de menos, niña.

- Yo también te he añorado, nana.

Los ojos se le empañaron. La había echado tanto en falta que no entendía cómo era posible que estando allí con ella ahora extrañara a otra persona que de nuevo había dejado atrás.

- Se la ve triste.

- ¡Oh, no! Estoy bien. Mira como sonrío.

Le dio la sonrisa más grande y falsa que había sabido perfeccionar.

- Niña, nunca supo mentir. — Protestó. - Sonríe de boca, pero su corazón llora. En su cara se ve el dolor, la tristeza... La pena se traga el brillo de su hermoso rostro.

Se alejó decepcionada. Nunca había sido buena actriz. Se sentó en la silla. Su nana puso sus manos sobre sus hombros y apretó para confortarla.

- Siempre he sido muy posesiva con mis emociones. — Se limpió una lágrima que había resbalado de su ojo. - Me enamoré.

- Eso es bueno.

- No en nuestro mundo. No me estaba permitido escapar y lo hice. No me estaba permitido querer a alguien que no fuera de la organización y lo hice. No me estaba permitido regresar y aquí estoy... — Se señaló con las manos.

La frustración estaba acabando con ella. ¿Por qué todo era tan difícil?

- Rompí todas las reglas. — Comentó, curvando los labios en una pequeña sonrisa.

Fue como un bálsamo sentir los brazos de su nana rodeándola. Le transmitían fuerza, esperanza, una luz donde ella todo lo veía más negro que una mina.

- ¿Por qué regresó?

Fijó la mirada en un punto de la mesa. Vio los ojos de Dmitriy, su sonrisa, su mirada penetrante... Oyó su voz autoritaria, su risa despreocupada, sus gruñidos disconformes...

- Lo tenía todo, nana. Un hombre bueno que me ama, una casa con la que siempre había soñado criar niños, unas amigas únicas, una nueva familia que me acogió como a una hija, un trabajo que me gustaba y un proyecto de futuro donde tendría mi escuela de baile. Con buenos maestros y niños y niñas con sonrisas mientras bailaban.

Sollozó escondiendo la cabeza en sus brazos. Lo había perdido todo. Quiso ser la

heroína y acabó perdiendo todo lo que amaba.

- No llore, niña, que se va a poner fea.

La abrazó más fuerte y no dejó de sostenerla hasta que su llanto hubo menguado. Media hora después se encontraba en el baño enjuagándose la cara. Salió y observó el alrededor por la ventana. Tenía que reconocer que lo que más le gustaba era el enorme jardín; parecía un bosque. Entre césped, palmeras, árboles, flores y toda clase de plantas... Era hermoso y armonioso.

SÉPTIMO DÍA SIN DMITRIY.

Se despertó y algo muy raro le pasó en el pecho. Sentía un sentimiento, una emoción que no sabía cómo identificarla. Nunca le había pasado que el pecho se le alterara sin ninguna razón aparente. Miró el reloj. Era el primer día de los que llevaba allí que conseguía levantarse antes de las seis.

Se levantó y salió corriendo hacia el cuarto de su madre. Si no lo había olvidado, su madre estaría a punto de irse. Su vida siempre había sido así. Únicamente podía disfrutar de su cariño incondicional a esas horas, antes de que se fuera al club y ya no volviera a verla hasta la mañana siguiente. Abrió la puerta. Se detuvo en seco y contempló el dormitorio sin entender que había ocurrido; estaba vacío. Y por vacío, se refería a que hasta la cama había desaparecido.

- ¡Papá! ¡Papá! — Gritó bajando las escaleras.

Atravesó la sala. Casi se estampó contra una pared, al no poder frenar con suficiente prisa. Recuperó el aire. Estaba fatigada. Retomó la carrera y llegó al despacho sin oxígeno en sus pulmones. Tocó con brío a la puerta. Contundente siguió tocando hasta que la voz de su padre le dio el paso.

- ¿Dónde está mi madre?

Su padre abrió la boca y la volvió a cerrar. Le indicó que se sentara con la mano. Negó con la cabeza.

- Está en el club.

- ¿Tan temprano?

- Sí. — Contestó escuetamente.

- No te creo. Su habitación está vacía. ¿Dónde está?

La mirada que le dio su padre fue imposible de descifrar. La observaba sin decir nada mientras contemplaba el anillo de su mano.

- Hay como cinco cuartos más, ¿por qué das por hecho que no se ha cambiado a uno de ellos?

Ni siquiera necesitó pensar la respuesta.

- ¡Por qué siempre fue su cuarto! ¡Por qué ama salir a la terraza y tumbarse en la hamaca esa que se mece para ver las estrellas!

Tan atacada estaba que ni siquiera podía estarse quieta. Daba paseos de un lado al otro del despacho. Su madre amaba esa habitación. Era la única que disponía de una terraza espaciosa. La había acondicionado a su gusto; con flores, una mesa de piedra, sillas y una hamaca sillón colgante en color natural. Su lugar favorito para contemplar la noche, su único momento de paz y libertad.

- ¡Quiero verla! — Exigió.

- No. — Dijo rotundo.

- ¿No? — Interrogó incrédula.

¡Era el colmo que no pudiera ver a su madre!

- He dicho que no.

No dijo nada más. Cuando su padre se ponía de esa manera, era una pérdida de tiempo intentarlo. Se giró y salió por donde mismo había entrado. Se detuvo en el pasillo. Respiró hondamente varias veces. El intento por serenarse no surtió

efecto. Las manos de nuevo le picaban. Se rascó con ahínco. Necesitaba hacer desaparecer la sensación de ahogo que le oprimía la garganta.

La falta de aire se intensificó. Cuanto más abría la boca para coger aire, más se negaban sus pulmones a retenerlo. La vista se le iba. Llevó la mano a su garganta, era un gesto inútil, meramente un acto reflejo. Sentía que la vida se le escapaba y que no podía hacer nada para detenerlo.

- ¡Niña!

Su nana la rodeó por la cintura y ayudó a recostarla en el sofá.

- Respira despacio.

Lo intentó... Y lo intentó sin parar.

- Así niña, poco a poco. Relájese, estoy aquí.

Funcionaba. La voz de su nana... Las caricias que le repartía por la cara... Su dulzura al dirigirse a ella... Consiguieron que traspasara la tela que se había transformado en su mente, haciendo que regresara del mundo oscuro en el que casi había perdido la cordura. Se quedó muy quieta. Cerró y abrió los ojos varias veces, mientras sentía su latido volver a su palpitación normal. El aire llenaba sus pulmones en abundancia y la asfixia fue remitiendo.

- Gra... Gracias.

Empezó a respirar bien. Ya no sentía que se estaba muriendo sin poder evitarlo. Por unos breves minutos había sentido la fatiga de sentir en su propia carne lo que sentían las personas que morían por asfixia. No se lo deseaba a nadie. Tuvo ganas de llorar al pensar en todas esas personas que veían como la vida se les escapa ante sus ojos, sin ellos poder hacer más que ver como se les terminaba el tiempo.

- El ponerte más nerviosa estaba agravando el ataque.

Su sonrisa le pareció la más sanadora y tranquilizadora en aquel momento.

- Ya, ya lo he comprado. — Bromeó sintiéndose mejor. - ¿Qué sabes de mamá?
— Cambió radicalmente de conversación.

- Lo mismo que tú, niña.

- ¿Crees que papá...?

Se vio sin valor de terminar la frase. Lo odiaría. Si su madre había sufrido algún percance, le despreciaría de por vida. No sería nada comparado a lo que sentía por él en ese instante, tras tantos años de palabras y gestos desdeñosos.

- No lo digas, niña. Dios no lo quiera.

OCTAVO DÍA SIN DMITRIY.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Sus ojos fijos en el verde césped. Seguía sin tener noticias de Dmitriy. Tampoco podía comunicarse con sus amigas. Ni en última medida con Mijaíl. No sabía como había quedado el trato, no sabía que estaba sucediendo. La intriga y el miedo no ayudaban a que dejara de sentir que el estómago se le iba a reventar con tanta presión y estrés.

Acarició el césped. Pasó la mano de un lado hacia otro. No entendía porque su padre la mantenía en la incertidumbre y aun menos al margen. Todavía eran las seis y no veía el final del día. Otro más. Uno más alejada de la vida que quería. Si no hubiera sido tan confiada... Un sonido de coches acercándose llamó su atención. Se puso de pie aterrorizada de que fuera Tristán dispuesto a atacar, tras haber conseguido que su hermano fuera liberado. Corrió hacia la entrada.

¡Hasta para eso era tonta! ¿No tendría que ir en la dirección contraria?

Sus ojos se abrieron por el impacto cuando se detuvo a unos metros; muchos coches. Quince, quizás veinte... No podía contarlos, la fila que había en fila recta delante de su puerta era demasiado larga para ver todos los vehículos. Sus manos empezaron a temblar y la boca se le secó. ¿Por qué sus pies no se movían?

- ¡Abre la puerta ahora! — Dijo uno de los hombres que iban en el primer auto.

Dio un paso atrás. Su padre tenía hombres... Pero aquello era como ver un desfile de hombres de uniforme preparados para el caos.

¡Qué hacían esos locos! Debía estar teniendo una pesadilla muy real, si los perros de su padre estaban autorizándolos a entrar. El primer coche se adentró en el enorme jardín. Su padre los mataría por estar utilizando una zona tan bella como parking. El coche se detuvo. Tenía toda su atención; jamás había visto semejante despliegue de coches. La puerta de atrás se abrió. Sus ojos dieron de lleno con unos zapatos de vestir negros. Subió lentamente sus ojos por las piernas de ese hombre, preparándose para echar a correr si suponían una amenaza...

- ¡Rodead la casa!

- ¿Dmitriy?

El shock la dejó desconcertada. No sabía si ir y abrazarlo o gritarle y pedirle explicaciones de lo que estaba ocurriendo. No tuvo que decidir. Dmitriy se acercó con pasos seguros y una mirada aterradora.

- ¡Suéltame Novikov!

¿Por qué tenía la mala costumbre de cargarla al hombro como si fuera un saco? Había llegado hasta ella y sin mediar palabras, rodeó sus piernas y la subió en peso.

- ¡Cierra la boca!

Su rugido consiguió lo que había pedido. Se veía que su mala leche estaba por todo lo alto, no era acertado provocarlo más. Juntó los labios y con las manos en su espalda, esperó hasta que le diera la gana de soltarla. Le vio subir las escaleras y seguir hasta llegar a la cuarta puerta. ¿Cómo era posible? Abrió y los encerró.

TREINTA Y UNO

La bajó con un movimiento ligero y que no le supuso ningún esfuerzo. La cogió del cuello de esa manera tan posesiva suya y la estampó con brusquedad contra su boca. Duro, exigente, desesperado... El beso que le estaba dando era tan intenso que las piernas le jugaron una mala pasada y casi se le doblaron. Ese era Dmitriy, su hombre de hielo. El que se apoderaba de lo que quería sin pedir permiso, sin esperar que ella estuviera de acuerdo con lo que él quisiera reclamar. Lo aceptaba, así le gustaba y así le gustaría siempre.

Gustosa saboreó cada movimiento de su lengua, cada pequeño mordisco que la hacía estremecer, cada succión que arrasaba con su capacidad para pensar. Entre

besos y mordiscos la hizo retroceder; los dos cayeron en la cama. Se presionó más contra ella, dejándole ver con su visible dureza cuanto la deseaba. Dmitriy despegó sus bocas. Reposó la frente sobre la suya y la miró directamente a los ojos.

- Ahora mismo... No sé si matarte con mis propias manos por ser tan ingenua o... Follarte hasta dejarte sin sentido por ser tan imprudente.

- Yo...

Cerró los ojos cuando le mordió el labio con fuerza. El aliento se le escapó en sonido de jadeo.

- No tengo tiempo para esto. Debemos aclarar varios puntos antes de bajar.

Se puso de pie dejándola huérfana de su calor. Se apoyó sobre los codos. La conversación por la tensión que veía en el cuerpo de Dmitriy, iba para largo.

- ¿De verdad creías que necesitaba tu ayuda?

La pregunta fue tan directa y formulada en un tono de incredulidad excesiva, que por un segundo se sintió idiota. Fue consciente de que había hablado con Mijaíl. Rápidamente se recuperó. Se sentó en el borde de la cama y asintió despacio...

- Solamente creí... Que tenía que hacer algo. Te escuché hablar con tu hermano...

La mirada que le dio, le selló los labios.

- Vamos a hablar claro. ¿Para qué viniste? ¿Para pedir que tu padre mandara uno de sus hombres a deshacerse de ella?

Asintió avergonzada. De repente sentía que se había excedido, que sus sentimientos no eran una excusa para acabar con alguien. En cambio, ese era su propósito, ese había sido su plan, hacer uso del poder de su padre para salvar a su hombre de una mujer que solamente quería destruirlo.

- ¿Y por qué no creíste que ese también fuera mi objetivo?

¿Por qué? Podía alegar muchos argumentos. Él no era un asesino. No era un delincuente, no era un monstruo. Era un hombre frío, prepotente, mandón y a menudo un capullo integral, pero no un asesino sin escrúpulos. Un hombre que era conocido, que tenía una buena familia, un estatus social, unos negocios fructíferos... No, eso no le entraba a nadie en la cabeza.

- No eres un desalmado.

- ¿Y tú sí?

¡Noooo! Mierda, había dado en el clavo. Tal vez, no era tan distinta a los de su mundo, si a la primera oportunidad, esa había sido la única solución que había encontrado.

- Ya veo.

Lo observó alejarse, abrir la puerta, decir algo a quien estuviera fuera y regresar donde ella se encontraba con...

- Lee. — Ordenó dejándolo en sus piernas.

- ¿Un periódico?

Miró la portada. No veía nada extraño. Lo abrió y pasó una página y después otra. Le hacía gracia ver como Dmitriy iba perdiendo esa rigurosa calma.

- Página siete. Lee en voz alta.

Enseguida lo encontró. Le faltó poco para ahogarse con su propia lengua. Tiró el periódico al suelo y se encerró en el baño. Vomitó. Lo que tenía en el estómago y lo que no tenía.

- No te he escuchado leer.

Lo miró furibunda.

- Vete a la mierda. — Dijo mientras cogía papel.

Se limpió la boca sin apartar sus ojos de él.

- ¿No era tu deseo? — La cogió por el brazo. - Parece que se te hizo realidad.

Siguió tirando de ella hasta el cuarto. La sentó sin concesiones y le volvió a entregar el periódico.

- Lee.

Le suplicó en silencio que no le hiciera leerlo. Ya era suficiente desagradable ver la foto que había plasmada como para añadirle el titular y el texto.

- Mujer hallada en un callejón estrangulada. — Claudicó, viendo que Dmitriy no cedía. - Según informan las autoridades, la mujer parece ser sufrió abusos, posiblemente de más de un individuo...

Cerró los ojos. Aquello era demasiado cruel. Ella no habría mandado ese tipo de agresión. ¿Y qué más daba? ¡Si la iba a mandar al otro barrio!

- Sigue. No estoy escuchando.

- Por favor...

Levantó una ceja y le dio una sonrisa.

- ¿No tienes estómago para leer, pero si lo ibas a tener para vivir toda la vida con su muerte en tu consciencia? — Dijo retóricamente. - Mira el día. — Demandó con su característica voz de mando.

Repasó la página intentado evitar volver a leer el titular y el texto del cual no había leído ni la cuarta parte.

- El viernes...

- ¡Vaya! Eso significa que antes de que tú salieras de Chicago... Ella ya había

sido encontrada. — Dijo con una calma difícil de creer. - ¡Y tú en vez de venir y contarme tus inquietudes, decides ponerte los pantalones de valentona y regresar a casa para arreglar un problema que ya estaba solucionado!

Le dio un puñetazo a la pared. Se tapó la boca con las manos. No podía entender porque estaba tan cabreado. Ni sabía que decir, ni que preguntar, si era mejor hablar o callar.

- Yo... Yo solamente te escuché y quise buscar una salida. — Dijo de carrerilla.

Dmitriy agarró su cintura y la pegó a su pecho.

- Lo sé, pero no acertaste. Ahora pregúntame lo que realmente quieres preguntar.

- No quiero saber. — Dijo a toda velocidad.

- No seas testaruda. Pregunta. — Insistió.

Se mordió el labio nerviosa. Dmitriy que era astuto y percibió su debate emocional, se acercó y apresó su oreja con sus dientes. Jugó un poco con ella y luego se apartó y dijo:

- Vamos... Leona, estás deseando saber...

- No. — Soltó muy segura.

Aunque su corazón sabía la respuesta, no quería ver a Dmitriy como un ser despreciable. Primero tendría que despreciarse a ella misma por haber querido a hacer lo que él había hecho; él sabía que no se lo podía reprochar.

- ¿Me desprecias?

Negó.

- ¿Me odias?

- No.

- ¿Me quieres?

¿A qué venía ahora tanta pregunta? Asintió.

- ¿Quieres seguir conmigo?

- Dmitriy. — Sonrió. - Sabes que muy difícilmente, podría dejar de querer estar contigo.

Dmitriy la observó detenidamente. Sentía como buscaba en sus ojos alguna señal que le dijera lo contrario a lo que le había dicho. Solamente encontraría unos ojos limpios y transparentes gritándole, lo mucho que lo quería.

- No hay vuelta atrás. — Advirtió.

Se encogió de hombros. Iría al fin del mundo si se lo pedía. Daría la vuelta a la tierra corriendo, si él lo quería. Bailaría desnuda en un escenario delante de cientos de miradas, si él lo deseaba. Con él iba contra todo.

- Por ti lo haría todo. — Confesó.

Por lo que pudo ver, su respuesta le infló el ego, además de aumentar su orgullo de macho.

- Bien. Porque tengo una petición...

La puerta sonó interrumpiéndolos. Segundos después apareció ante ellos Travis.

- Ya han llegado.

- Dos minutos.

Travis asintió con la cabeza y cerró la puerta detrás de él.

- ¿Por dónde íbamos?

Besó sus labios con mucha delicadeza.

- Dmitriy, te estás desviando. Ibas a hacerme una petición.

Sonrió en sus labios. Imposible no hacerlo. Su ceño fruncido y su mueca con la boca en una clara protesta de desagrado, era la cosa más linda que había visto hasta ese día en cualquiera de sus otros gestos. Aunque si lo pensaba... Todos sus gestos eran sexis e irresistible.

- Es que en realidad es una exigencia. — Dijo algo forzado.

- Bueno, no tenemos mucho tiempo por lo que he podido ver. Así que... ¿Qué tal si lo sueltas ya?

Esperó. El tiempo se le hizo eterno. Dmitriy estaba como indeciso. No podía ser tan grave para que ni él mismo supiera cómo plantear lo que quería. Paciente, siguió esperando con su sonrisa en los labios. También tenía algo que decir y quería a hacerlo cuando todo entre ellos estuviera aclarado.

- Vamos a bajar y vas a mantenerte en silencio.

- Vale.

Eso podía a hacerlo con los ojos cerrados.

- Voy a intercambiar tu libertad por la del imbécil que tengo en mi poder. — Siguió cauto.

Su corazón brincó. Iba a conseguir su libertad. Saldría de ese mundo que tanto pavor le daba. Nunca acabaría como su pobre madre; obligada a cumplir ordenes y sumisa sin derecho a expresar su voluntad.

- Y luego pedirás que esa puta marca que tienes en el culo, sea intercambiada por las señas de los Caballeros.

Se quedó de piedra. Sus ojos iban de un sitio a otro sin rumbo fijo. Se intentó apartar de Dmitriy, pero su agarre no se lo permitió. ¡Qué demonios!

- Leona.

- No quiero oírte. — Cortó.

- Tienes que hacerlo.

- ¿Por qué?

- Porque tu única salida soy yo, si no quieres que los de la Rosa te busquen allí a donde vayas. Tu sabes lo insistentes y persecutorios que son.

Su mirada cayó. Le pidió con las manos que le dejara un poco de espacio para respirar. Su ilusión y esperanzas pegaron el batacazo del siglo contra el suelo. Tomó asiento. El temor la hacía temblar y no era seguro estar de pie.

- No tengo opción...

- No puedo dártela. Arriesgarme, sería perderte.

- No quiero esta vida Dmitriy... — Susurró.

Su voz era tan débil, que un principio pensó que no la habría escuchado.

- ¿Ni siquiera conmigo?

Al mirar sus ojos la angustia creció. Le quería, eso lo tenía claro y plasmado en el pecho. Pero, estaba en las mismas... Una cárcel donde podía ser usada como los hombres de la organización quisieran.

- ¡No! — Gritó entrando en pánico. - ¡Me lo has estado ocultando! ¡Tú que odias los engaños! Ahora resulta que eras tú, él que más escondía...

- ¡Vamos, que querías que te dijera! Hey, nena, tengo algo que confesarte, te has enamorado de un miembro de la organización de la que tú huiste. ¿Eso querías que te dijera?

- No lo sé... — Confesó en un murmullo. - Nunca quise vivir en este mundo... No quiero tener hijos para criarlos como asesinos y menos quiero que mis hijas se casen con ellos y las utilicen para sus tratos despreciables.

- No sabes de lo que estás hablando.

Eso la enfadó. Se dio la vuelta y se asomó por la ventana. Claro que sabía lo que decía. Había sufrido desde que era niña esa vida. Y no solamente ella, sino también su madre y todas las otras mujeres nacidas allí.

- No, claro. Ahora me he inventado que sois unos locos que disfrutan matando y que mi madre no está todo el día en un club pasando de uno a otro como si fuera un bañador que te quitas y te vuelves a poner. — Recogió el aire que había soltado aspirando con fuerza. - ¿Me mandarás a uno de los tuyos? ¿Dejarás que otros me tengan sin que yo quiera?

Su mano la agarró inesperadamente por el brazo y la hizo girar. La mirada que le dio, fue la más fría, dura y severa que podía darle.

- Primero deja de decir mierdas. Te llevo protegiendo desde que vi esa mierda de marca. ¡Jamás dejaría que otro te pusiera una mano encima! Con mucha más razón pisarías uno de mis putos clubs. Segundo, no somos asesinos. — Le espetó en la cara. - Los asesinos son los que matan niños, mujeres y personas inocentes... Cosa que nosotros no hacemos. Sí, hacemos toda clase de ilegalidades que nos produzca dinero y poder, pero estás muy equivocada. La organización, cuando acepta una misión de ese calibre; investiga. Y después de investigar es cuando la acción se lleva a cabo y únicamente si esa persona es culpable del delito que la otra persona le acusa. Nosotros hacemos justicia para esas personas que no la tienen y han perdido las esperanzas. Por otro lado los enemigos son tema a parte.

- ¿Y eso os hace mejores?

- No quieras juzgar, lo que tu misma casi pones en práctica por tus propios deseos.

- Dmitriy...

- No he terminado. Me parece que no entiendes como va el tema de las mujeres.

- ¿No?

- ¡No! — Alzó la voz perdiendo la paciencia. - La mujer que como tú es marcada con el símbolo de la organización, queda vetada para cualquier hombre. ¿Por qué crees que tu padre permitió que te la pusieran? Tan ilusa eres que no entendiste que te estaba protegiendo de los clubs que tú desprecias. Puede que Ethan sea un hijo de puta, lo sé, no hace falta que tu me cuentes tus episodios vividos. Pero si tengo claro, que te quiere y todo lo que ha hecho ha sido para hacerte fuerte. Porque en este mundo si no eres fuerte, sin sentimientos y no actúas con pies de plomo, caes igual que la espuma cuando se desvanece.

Como siempre dejó de escuchar. No le interesaba hablar de su padre. Ella sabía lo que había sido su vida, los miles de sin sabores que había tenido que soportar. Los desprecios que todavía le dolían. Los momentos que le daban de lado y la echaban de los círculos de chavales por ser quien era. Movi6 la cabeza mandando lejos los recuerdos.

- No puedo.

Casi estaba sollozando. No hacía ni dos minutos que le había dicho que por él lo haría todo y a la primera oportunidad le daba la espalda.

- Respetaré tu decisión, pero si en la asamblea que ha convocado tu padre, no pides mi protección... La organización...

En su voz percibió la tristeza. Dejó caer su mano y se alejó. No hizo falta que le dijera que se moviera, sabía que tenía que bajar porque se lo había dicho antes. Así que le siguió con la cabeza baja y los pensamientos dando vueltas por su cabeza sin parar. Terminaron de bajar los escalones. Dmitriy le tendió la mano y le dio un apretón. Le gustó, que a pesar de todo lo que le había dicho, hubiera tenido ese gesto con ella.

Entraron en el salón. Los pies se le enredaron y casi cayó. Dmitriy como siempre su salvador, la atrapó antes de que llegara a pasar. No había podido evitarlo. La

impresión de ver allí a tantos hombres juntos, la había puesto muy nerviosa.

Se abrazó a Dmitriy y escondió el rostro en su brazo. Su padre se acercó y se puso a su otro costado. Intentó entretenerse contando los hombres que había en el salón, cada vez que llegaba a trece se perdía.

Durante una hora, Dmitriy explicó porque no había avisado de que se encontraba en su territorio, porque tenía en su poder a un miembro de la Rosa y porque pedía mi libertad. Todos se juntaron durante diez minutos dejándolos al margen a ellos dos. Fue impresionante y una situación tensa que te cagas. Sus nervios por cada minuto que pasaba, subían un grado.

- Novikov, entendemos que Ariel es muy bella y todos estamos de acuerdo que cuando queremos una mujer para nosotros, podemos actuar sin medir las consecuencias. Pero Tristán, pide que sea resarcida esa acción, devolviendo a su hermano y que él sea quien decida si ella dispone de esa libertad, ya que pertenece a ellos esa decisión.

- No. La libertad de ella no está en discusión.

- Novikov. — Habló un hombre mayor que parecía derrochar sabiduría. - Es nacida en la organización y sabes el destino de quien pretende abandonarla para quien no ha nacido dentro, por lo tanto sabes que las consecuencias son agravadas para los miembros que pertenecen por nacimiento. Su libertad significa traición y la traición la condenamos.

El hombre hizo una pausa y la miró. Sus ojos le transmitían un sentimiento de compasión. Sentía que ese hombre se estaba poniendo en su lugar y que podía entender como se estaba sintiendo. Lo que no se explicaba era como era posible que lo viera así de claro, cuando para ella todos estaban cortados por la misma tijera.

- Lo que si podemos admitir es una concesión a su favor, rompiendo el acuerdo con los de la Rosa y por lo tanto debería volver con su padre hasta que llegado el momento sea entregada a otro miembro de la organización.

- ¡No podéis hacer eso! Pertenece a la Rosa. Tiene la marca de nuestra organización y es a Eric a quien corresponde esa decisión. — Refutó Tristán

molesto.

La seguridad que mostró, la hizo perder esperanzas. Se acurrucó más a Dmitriy y escondió la cabeza, creyendo que estaba perdida.

- El trato no se llevó a término.

Se sorprendió al oír a su padre intervenir. Por el rabillo del ojo le observó. Se pasaba la mano por la barbilla mientras miraba a Tristán con una mirada decisiva.

- Y como no se llevó a cabo, no es vuestra la decisión. Por eso he convocado la asamblea para que ellos vean desde fuera, puesto que todos nosotros somos afectados en esta historia y no seremos objetivos.

Media hora más pasó y seguía sin entender porque se negaban a dejar que fuera ella la que eligiera su destino, su vida, su camino. Observó a Dmitriy y vio sus ojos apagados. Se mantenía inamovible, sin mostrar un ápice de flaqueza, pero ella que le conocía sabía que estaba sufriendo. Que su alma se estaba consumiendo, que el fuego lo abrasaba... Y entonces todo lo vio claro...

- ¿Puedo hablar?

Todos la miraron y el primero fue el hombre que tenía al lado sosteniéndola de la mano. Su sorpresa era igual de grande que la de todos los allí presentes; nadie esperaba que quisiera decir algo. El mismo hombre se puso de acuerdo con todos y después asintió. Hasta le pareció ver que sonreía.

- Puedes.

Abrió los ojos más sorprendida que al principio. Siempre pensó que eran unos dictadores que no escuchaban la voz de las mujeres. Quizás, fue demasiado dura con su razonamiento...

- Acepto que no fue muy buena idea escapar, lo reconozco. Pero estaba desesperada. Desde los quince años llevaba escuchando que debía unirme a la Rosa para que la paz entre los dos bandos se prolongara. Para unir dos

organizaciones que desde años atrás se dedicaban a disputarse los territorios y negocios. Que yo aseguraba que la alianza se diera consiguiendo así hacer más difícil que posibles enemigos ocuparan lo que a ellos les correspondía. En otros términos, para que la organización se hiciera más poderosa. Porque la unión hace la fuerza. Y yo era la cabeza de turco que debía ser sacrificada para declarar la buena armonía entre los dos grupos. — Los miró a todos un segundo, intentando adivinar sus reacciones. - Estaba asustada, enfadada y sin saber que hacer. Nadie me escuchaba. De la forma que lo dijera, nadie me prestaba atención, porque yo aseguraba un lazo irrompible a las dos organizaciones. Lo siento.

Dmitriy volvió a apretar su mano. Sus ojos le indicaron lo orgulloso que se sentía de ella. Estaba segura que deseaba abrazarla, pero no podía porque en aquel momento significaría demostrar su debilidad. Y si mostraba que tenía una debilidad, muchos podrían causarle daño a su mundo a través de ella. La utilizarían como meta para destruirlo a él.

- Sabemos que no es fácil. También tu padre nos ha hecho saber que debió sentarse a hablar contigo y explicarte en qué consiste nuestro mundo...

- ¿Puedo decir algo más?

- Tienes un minuto. Después daremos el veredicto.

Se soltó de la mano de Dmitriy. Dio un paso adelante y levantó la cabeza con dignidad. Sentía como todos la observaban curiosos a la expectativa de lo que iba a decir, pero la mirada intensa que abrasaba su espalda, era la única que le interesaba tener sobre ella.

- Quiero hacer una petición que me gustaría que consideraran. Las dos organizaciones llevan tiempo trabajando juntas y hasta día de hoy, a las dos les va de fábula tal y como lo están haciendo. Pido que tengan en cuenta mis palabras y que no me entreguen a la Rosa porque un hombre con capricho de niño, se ha emperrado en que yo le pertenezco. Ese trato como bien ha dicho mi padre no se dio y se ha demostrado que no me necesitan para mantener la paz.

Se infundió valor y suplicó en silencio que la escucharan. Que por una vez, sus palabras fueran oídas y que no le negaran la felicidad que tanto había ansiado.

- Pido la protección de Novikov y solicitó que mi marca sea modificada, siendo sustituida por las siglas "cbs" de los Caballeros.

- ¡Zorra!

No vio en el momento que Dmitriy se movió, solamente pudo asimilar que le acababa de partir la boca a Tristán de un puñetazo.

- Ten más cuidado cuando hables. ¿No has oído lo que ha pedido?

- ¡Has jugado bien hijo de puta! — Gruñó.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

- ¡Basta los dos!

Se oyó de uno de los hombres cuando Dmitriy fue a darle otro puñetazo. Insatisfecho por no poder llegar a tocarlo, le dio una sonrisa de prepotencia y le susurró un: "que te den sopla pollas".

- Tristán ¿podrías decirnos qué es lo que ha pedido Ariel?

- Lo sabéis. — Dijo de mala gana.

- Nosotros sí, pero tú parece que lo has olvidado. Por favor, explica la base de nuestra ley.

Tristán la miró con rabia. Sus ojos citaban lo que por su boca no podía soltar en ese instante; quería despedazarla. Se encogió atemorizada y se resguardo de

nuevo tras la espalda de Dmitriy.

- Toda mujer que sea mayor de edad, que no este casada y pida protección de uno de los miembros de la organización, toma posesión de su destino, decidiendo así que su tutela dentro de la organización pase a ese miembro, si este decide hacerse cargo.

- Por lo tanto... ¿Novikov? — Dijo el hombre mayor que le parecía un sabio.

- ¡Esto es un atropello!

- ¡Silencio!

Todos acataron la orden. Ella en parte, porque todavía estaba asimilando lo que había dicho Tristán lleno de coraje. Sus palabras para ella, aunque no le daban la libertad que quería en su exactitud, si le daba la suficiente. No estaría sometida a unos miembros despreciables que no valoraban a la mujer como lo eran los de la Rosa. Conocía a Dmitriy y sabía que la amaba. Para ella era suficiente con esa pequeña escapatoria y victoria que había conseguido gracias a que había repetido las palabras que Dmitriy en un principio le había exigido que dijera.

- Será un honor tenerla como miembro de la organización de Chicago.

Lo dijo con tanta seriedad, que hasta ella estuvo a punto de engañarla con esa indiferencia de "una más, no es problema". Pero como siempre, fue poner sus ojos en los de él y vio todo lo que a los demás no le dejaba ver.

- Entonces todo solucionado. La asamblea acepta que Ariel quede a cargo de Novikov y los suyos y pedimos que se libere a Eric lo antes posible.

Los hombres fueron saliendo de la sala mientras Dmitriy marcaba en el teléfono. Sonrió y sin poder contenerse lo abrazó. Dmitriy dejó el teléfono en el aire para rodearla con ternura.

- ¿Por qué has decidido apelar a mis palabras?

Se hizo la pensativa para picarle un poco. En cuanto su boca se abriera, su ego

volvería a echar a volar.

- Porque lo que yo quería era decidir mi destino, que nadie me lo impusiera y menos que me obligaran a estar con quien no quiero. — Sonrió ampliamente. - Mientras todos hablaban, me he dado cuenta que ni quería estar aquí con mi padre, ni en la otra punta con los de la Rosa. El único lugar al que quiero ir es allí donde tu estés y entonces he entendido que pidiendo tu protección, escribía mi destino. Porque estar a tu lado es lo que deseo, nadie me lo ha impuesto, nadie me ha obligado y nadie me ha dicho que tenga que hacerlo. Simplemente... Yo elijo y elijo estar con el hombre de hielo con el más lindo corazón oculto que me vuelve loca de pies a cabeza.

- Te quiero, leona. — Susurró muy flojo.

Todavía habían hombres saliendo al jardín para tomar un tentempié. Dmitriy terminó de marcar en su celular. Le guiñó el ojo y se lo llevó a la oreja.

- Puedes traerlo. — Fue directo en su orden.

Quince minutos más tarde por el rabillo del ojo mientras Dmitriy y ella hablaban, vio como Travis aparecía y a empujones hacía pasar a Eric. Lo soltó y este que ya había visto a su hermano se dirigió hacia él. Pudo sentir como Eric, no dejaba de contemplarla. Conversaba con su hermano, pero sus ojos no se apartaban de ella. Le ignoró.

- Tu familia no sabe que tú...

- No.

- ¿Por eso le contaste toda esa historia a Mijaíl? Digo, lo de que me ibas a dejar.

Dmitriy que había cogido un vaso de whisky que su padre le había ofrecido, le dio un sorbo.

- Conoces a Mijaíl. Te imaginas la cara que pondría si le dijera "oye hermano, que soy miembro de una organización donde los delitos son diarios y los asesinatos el pan de cada día. Que te parece, ¿te quieres unir?

La hizo reír. No se imaginaba a Mijaíl afrontando esa situación. Lo más seguro, nunca, jamás, de los jamases, le volvería a abrir la puerta de su casa a su hermano.

- No. Mejor no lo imagino, porque cada vez que le vea, me echaré a reír. Y no creo que pueda hacerlo sin una excusa premeditada para disculparme.

- Necesitaba tiempo. No es tan fácil como parece. Cuando se enteró de que había estado en Boston y que me había visto con ella... Tuve que inventar una excusa para él y otra para que tu no me dejaras. Y luego estaba todo listo y tú seguías de obstinada en dejarme. No entendía nada.

- Nunca fue mi intención irme.

- Si hubiera sabido que estabas planeando esta locura, ni por asomo hubiera retirado a los guardias de su puesto. Me sentí como un completo imbécil cuando me enteré que estabas aquí. — La miró con falso enfado. - Jamás he cometido tantos errores como los que he tenido contigo. Siempre lo tengo todo controlado, pero tú... Haces que pierda la cabeza.

Acarició ese lugar amado que veneraba con especial cariño. ¡Amaba su barba! En ese instante que lo miraba y pensaba, entendía porque la llevaba y porque ella no podía dejar de pasar sus manos por ella; le hacían verse como un tipo más duro y frío de lo que ya era. Y eso nadie lo sabía excepto ella. Una gran ventaja para ella, ninguna lagarta se arrimaría a su hombre para quitárselo.

- ¡Eric!

Hizo el amago de girarse. Ni siquiera le dio tiempo. Se llevó las manos al estómago y los ojos se le llenaron de lágrimas a la vez que caía en los brazos que Dmitriy con velocidad había estirado para atraparla.

- ¡Travis trae el puto coche!

Los ojos se le cerraban mientras su cuerpo temblaba. Oyó un sonido que no supo identificar. Con esfuerzo mantuvo los ojos abiertos y levantó la mano. Llegar a

tocar su rostro le fue imposible, su mano cayó a su costado.

- Lo... Siento... Lo... Siento... — Repitió mientras las lágrimas caían por su cara.

- Escúchame, cariño. No cierres los ojos.

Lo intentó. No quería dejar de ver sus ojos. Se le cerraban...

- Te lo ordeno. No cierres los ojos. No lo hagas. Aguanta.

Sus lágrimas le partieron el corazón. Lo intentaba... Los temblores se intensificaron. Tenía frío.

- Lo... Siento... — Se arrancó de la garganta una vez más antes de que la oscuridad se la llevara.

Estar en esa postura, la incomodaba. Intentó moverse sin abrir los ojos, estaba tan cansada... El dolor la traspasó y de su boca salió un quejido. Tenía la boca seca. Necesitaba beber un poco, si no lo hacía pronto, moriría de sed. Luchó contra el agotamiento y consiguió que sus ojos respondieran a su orden de que se abrieran. Miró a su alrededor.

¿Dónde estaba? Quiso incorporarse, pero de nuevo el dolor en el costado la dobló. Presionó con fuerza los labios para contener los gemidos que soltaba.

- No te muevas, será peor.

Escuchar la voz de Dmitriy en medio de la oscuridad, trajo a su mente las imágenes de lo que había pasado. De nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas.

- Tengo sed.

Se acercó y bajo la escasa luz que salía de encima de su cama, lo vio. Cogió la jarra que había en una pequeña mesa y echó un poco en un vaso. Luego se lo ofreció. No pasó por alto que al ir a cogerlo, él se apuró a soltarlo para que sus dedos no se rozaran. Mientras bebía sin apartar sus ojos de él, pudo ver que estaba demacrado. Se veía agotado, con algo más de barba de lo normal, con el

pelo enmarañado y con la ropa arrugada.

- ¿Qué ha sucedido? — Interrogó confusa.

El silencio se le hizo doloroso. Casi aseguraría que era más insoportable que el dolor que sentía en la espalda.

- El hijo de puta le quitó la pistola a su hermano y como un cobarde te disparó por la espalda. Pero puedes estar tranquila, fue una herida limpia que te dejara únicamente una cicatriz de recuerdo y por otro lado tu padre le devolvió la ofensa volando su cabeza.

Tragó con amargura. Ese era el sonido que su cabeza repetía como si fuera un vídeo puesto en modo de repetición. Buscó sus ojos preocupada. Aunque su voz había querido sonar distendida, había detectado cierta aspereza en su tono.

- Dmitriy... — Murmuró.

- ¿En serio quieres que tengamos esta discusión ahora?

Vio cómo sus ojos y boca se endurecían. Las ganas de llorar se acentuaron. Raras veces lograba descifrar el humor de Dmitriy y aquella ocasión era una de ellas; Dmitriy estaba colérico, además de decepcionado.

- Yo...

No sabía por donde empezar. La forma en la que Dmitriy la observaba era demasiado frívola. Si no le conociera sería capaz de asegurar que Dmitriy la despreciaba, por no aventurarse y decir que la odiaba. Pensarlo le atravesó el corazón como si fuera un punzón.

- ¿Sabes? Cuando estabas muriéndote en mis brazos no dejabas de repetir que lo sentías. En ese instante, no lograba adivinar porque no dejabas de repetir hasta al cansancio, esas dos jodidas palabras.

- Dmitriy, no es el momento. — Dijo su padre entrando por la puerta.

Dmitriy se mordió la lengua. Le dio una última mirada y salió del dormitorio como alma que lleva el diablo. Las lágrimas le empañaron la vista. ¡Qué mal lo había hecho todo!

- Papá. Lo he...

La angustia le cortó el habla y no fue capaz de terminar la frase.

- Sí.

El sollozo salió como un rugido atronador, haciendo que el dolor de su corazón se uniera con el de la espalda. Cerró los ojos tratando de evitar pensar. Merecía la muerte. La quería. La prefería a saber que Dmitriy no perdonaría su imprudencia.

Cuando volvió a despertar. Se sintió como atolondrada. Las médicas habían tenido que sedarla varias veces para que dejara de intentar salir de esa habitación. Por lo que las enfermeras le habían dicho cuando la encontraban serena, ya eran cuatro los días que llevaba allí. También le habían asegurado que pronto le darían el alta. No sin antes advertirle que no debería a hacer movimientos bruscos y que debía guardar cama como mínimo dos semanas más para que la herida no se abriera.

El sonido de la puerta abrirse, llamó su atención. Levantó la cabeza esperando encontrarse con su padre. Se sorprendió y entristeció al ver a Dmitriy con la misma cara agria de la última vez. Tenía que hacer algo, aquello no podía seguir así. Dmitriy debía entender que ella tampoco deseaba que ocurriera lo que había pasado. Que si ella fuera adivina, se hubiera cortado las piernas, antes de haber puesto rumbo hacia casa de su padre.

- Dmitriy, creo que tenemos que hablar...

Levantó la mano claramente para pedirle que se callara. Había visto en sus ojos un pequeño indicio de dolor al verlos parpadear. Suspiró y mantuvo los labios pegados. Quizás, era demasiado reciente para abordar el tema.

- ¿Desde cuando lo sabías?

Resopló. Aquello le hacía pensar que no iban a terminar las cosas como ella quería.

- Horas antes de la fiesta de Melisa. — Confesó con pena y resignación.

Dmitriy se acercó un poco hacia la cama. Presintió que ese día no lo olvidaría en mucho tiempo. Tal vez, puede que nunca.

- Eres una inconsciente, imprudente y una puta chiflada.

El rencor que desprendía su voz la dejó de piedra. "Se lo merecía, había metido la pata", se dijo para mantener la compostura y no romper a llorar, por la crueldad que Dmitriy estaba mostrándole.

- Me has decepcionado. Pensaba que eras lista, que eras astuta, que a pesar de ser joven, tenías cabeza y actuabas con sensatez. Me equivoqué.

Con cada palabra que dijo su corazón se hizo añicos. No era por lo que decía, porque estaba en todo su derecho de desquitarse con ella toda esa ira que le carcomía el alma. Si no por la fiereza que denotaba su voz. Siguió aguantando con sus ojos fijos en sus manos entrelazadas.

- Solamente eres una niña que no piensa en las consecuencias que pueden acarrear sus acciones. Una inmadura.

- ¡Vale ya! — Explotó.

Su voz cada vez que traspasaba sus oídos, era como una bola de granito cayendo en su cabeza. Le estaba costando no echarse a llorar y Dmitriy seguía arremetiendo, dispuesto a acabar con ella como si fuera uno de sus enemigos.

- ¿Crees que yo quería que sucediera algo como esto?

- ¿Ah, no? ¿Entonces que era en lo que estabas pensando? ¡Estabas embarazada! ¡Era mi hijo! — Gritó con el odio más aterrador que había percibido nunca. - Y tú decidiste exponerte sabiendo que eras una traidora a la que podían haber dado

una paliza, haber llevado a uno de los clubs e incluso haber matado. ¿Lo sabías? ¿Sabías a lo que estabas exponiendo a nuestro hijo?

- Si. — Dijo con voz débil.

- No me lo dijiste. — Afirmó.

- No. — Dijo con resignación.

- Fuiste. No viste conveniente dar un paso atrás ante el peligro que ibas a correr.

Negó con la cabeza con los ojos anegados en lágrimas. No lo hizo. Solamente actuó por amor a él. En ese momento su prioridad, era liberarlo de una mujer que lo único que tenía en el corazón era maldad.

- Lo siento.

Intentó coger la mano que reposaba en su cama. Dmitriy la retiró. No le permitió ni rozarla. Se alejó unos metros y durante minutos insoportables se mantuvo callado. La tensión crecía por segundo en el ambiente. Dmitriy había levantado una barrera entre ellos. Una que posiblemente no fuera fácil de romper.

- Quedas bajo mi protección, pero fuera de mi vida.

Le costó asimilar lo que había oído y cuando lo hizo, sus palabras la golpearon muy duramente. Alzó la cabeza con rapidez. Con incredulidad lo observó salir del cuarto. Lo último que vio fue su espalda ancha, su firmeza al caminar y su determinación cuando cerró la puerta sin mirarla.

- Dmitriy...

Tan conmovida estaba que ni echarse a llorar pudo. Como una pesadilla con la que esperaba hacerse más daño, recordó aquel día...

Claudia había salido un momento, tenía que pasarse por la empresa porque la había llamado a última hora el inglés. Comenzó a vestirse sin ganas. Iba porque era el cumpleaños de su amiga y esperaba también ver a Dmitriy para provocar

una discusión, con la que conseguiría que de nuevo se mantuviera lejos de ella. Cuando había terminado de ponerse el pantalón, como muchas veces hacía, introdujo la mano en los bolsillos para que quedaran bien colocados. Sus dedos tocaron una especie de plástico que enseguida sacó. Al verlo casi estuvo a punto de desmayarse.

¡No podía ser! La pastilla que había comprado en la farmacia estaba en su mano, mirándola, como si se estuviera burlando de ella. Y si esa pastilla estaba ahí, significaba que nunca la había tomado y que tenía que salir corriendo a una farmacia otra vez. Así lo hizo. Aunque las siguientes veces, Dmitriy había utilizado protección, eso no quería decir que por ser una vez, su esperma no hubiera cuajado. Cuando regresó a casa con la prueba de embarazo en sus manos, lo primero que hizo fue encerrarse en el baño, leer las instrucciones y llevarla a puerto. Cinco minutos más tarde... ¡Estaba cagándose en todos sus antepasados!

Regresó a la realidad gracias a la humedad que mojó su piel. Se limpió con las dos manos, pero de nada sirvió. Los sollozos se hicieron más audibles y las lágrimas incontenibles.

- Lo que he obtenido, me lo he buscado yo... Yo sola he provocado la muerte de mi bebé... Y el abandono del hombre que amo. — Se dijo con la autoestima por los suelos.

«Fin»

Continuara...

Sobre Bárbara Crespo:

Bárbara Crespo es una mujer de veintiocho años, que vive en Andalucía con su marido y sus niños. Actualmente su vida está dedicada a ellos. En sus ratos libres, se dedica a escribir y cocinar. Aunque le encanta aprender a hacer comidas de distintos lugares, su pasión es la escritura. Por eso el tiempo que puede lo pasa creando historias.